

Historia Universal

DEL

Conde de Segur.

TOMO XVII.

HISTORIA

Universal.

HISTORIA MODERNA

Por el Conde de Segur,

DE LA ACADEMIA FRANCESA, PAR DE FRANCIA,

traducida al español

Por D. Albèrto Lista,

con correcciones, notas y adiciones.

TOMO XVII.



MADRID, DICIEMBRE DE 1832.
Imprenta de DON TOMÁS JORDAN,
calle de Toledo, frente á la del Burro.

HISTORIA DE FRANCIA.

CAPÍTULO XXVI.

Felipe tercero.

Felipe III el Atrevido, rey de Francia. Vuelta de Felipe á Paris. Principios de la casa de Austria. Concilio general de Leon. Casamiento del rey. Ejército enviado á Navarra. Espedicion de Felipe á Navarra. Evacuacion de Navarra por los franceses. Suplicio de Labrose. Guerra de Cârlos de Anjou, rey de Nápoles, con el emperador de Constantinopla. Conspiracion de Juan de Proquita Vísperas sicilianas. Guerra entre Francia y Aragon.

F*elipe III*, *el Atrevido*, *rey de Francia* (1270). Cuando Felipe, hijo de san Luis, subió al trono, estaba muy cerca de seguir á su padre al sepulcro. La fiebre contagiosa que le habia acometido, y la afliccion y dolor de ánimo consumian su vida: pero la juventud (pues solo tenia entonces veinte y cinco años), la vista del feroz enemigo que cercaba sus reales, el deseo de salvar el ejército y volverle á

Francia, y en fin, la impresion de los últimos consejos de su padre, que le recordaron sus obligaciones y alentaron su valor, triunfaron de la enfermedad y de la tristeza.

Todavía estaba de peligro, cuando su tio Cárlos de Anjou desembarcó en la costa de Africa con el ejército que traia de Sicilia. Este príncipe, impetuoso en todas sus pasiones, se entregó á la mas violenta desesperacion, viendo tendido sobre el lecho fúnebre al rey su hermano, al cual habia rogado con tantas instancias que emprendiese esta guerra funesta, de cuyos trofeos esperaba ser partícipe. Inundó el cadáver de lágrimas, y consiguió que se le diesen el corazon y las entrañas de Luis, que fueron enterradas en Sicilia, en la abadía de Monreal, cerca de Palermo. Felipe mandó á Godofre de Beaulieu llevar á Francia los restos mortales de su padre: pero el ejército se opuso á ello, porque le parecia cierta su ruina sino le quedaba alguna reliquia del héroe que tantas veces lo habia conducido la victoria, y cuya muerte queria vengar. Creian que el alma de aquel grande hombre, asistiendo invisible á los suyos, les daria fuerza para vencer otra vez á los agarenos. Felipe, abatido por la calentura, tenia pocas esperanzas de volver á su patria, y temiendo esponer el reino á las turbaciones inseparables de una larga regencia, para que su hijo, niño todavía, estuviese sometido menos tiempo á la ley de la menor edad, dió una ordenanza que reducia la época de

la mayoría de los reyes, de veinte y un años que era antes á catorce.

Fue preciso olvidar las lágrimas y la tristeza por los combates. El rey, harto débil todavía para montar á caballo, confió el mando del ejército á su tio Cárlos. Este príncipe, cuyo ardiente valor inflamaban el pesar y la ira, fue maravillosamente ausiliado por el valor de las tropas que pedian á gritos la señal de la batalla y de la venganza. Los franceses, siguiendo á Cárlos, se lanzaron contra el enemigo con tanta furia y prontitud, que del primer choque rompieron á los bárbaros, los pusieron en huida y les mataron cinco mil hombres. Esta victoria fue gloriosa, pero no mejoró la posicion crítica de los cristianos. Los musulmanes recibian contínuos socorros: y resueltos á evitar en lo sucesivo toda adicion general, fatigaban con escaramuzas contínuas el ejército del rey, que se consumia cada vez mas por el calor, el contagio y la falta de víveres. Los franceses, pues, estaban amenazados de su total ruina: un ardid de Cárlos los salvó. Marchó contra los moros con una parte del ejército, y fingiéndose poseido de terror súbito, se puso en huida: los sarracenos engañados se reunen en masa, le persiguen con ímpetu y caen en el lazo. No bien habian dado la vuelta á un montecillo, Cárlos les hace frente, y mientras renueva el combate, Felipe que ya estaba sano, y se habia apostado detras de la altura con la flor de sus tropas, cae de impro-

viso sobre el flanco de los bárbaros y los desordena. En vano procuran resistir á los dos ataques: su obstinacion solo sirvió para hacer mas sangrienta la derrota: en todos los puntos son desbaratados y degollados. La mayor parte de ellos pereció en el campo de batalla; los demas, buscando su salud en la fuga, el rey de Tunez entre ellos, fueron perseguidos hasta las montañas por los franceses. Tales fueron los juegos fúnebres del héroe de Francia y de la cruz. Esta jornada aumentó la gloria militar de Cárlos, y justificó el sobrenombre de atrevido que ha dado la posteridad al hijo de san Luis: sobrenombre, que no pudo merecer por ningun otro suceso de su reinado. Despues de la victoria, todos los príncipes y señores franceses prestaron homenage á Felipe por sus feudos. Los dos reyes vencedores sitiaron á Tunez. Habiendo recaido Felipe con calentura, Cárlos escribió en su nombre á los regentes de Francia confirmándoles sus poderes: y abusando de la confianza del sobrino, les mandó pagar sus propias deudas al mismo tiempo que las de san Luis. Este santo monarca no habia dejado ninguna: pero los regentes, respetando su memoria, pagaron las de Cárlos.

Felipe, fatigado con tantas batallas, devorado de pesadumbres, y no pudiendo ya conservar esperanzas fundadas de conquistas, cesó de resistir á las instancias de los regentes que le suplicaban volviese á Francia. Aprovechán-

dose del desaliento del rey de Tunez, concluyó con este príncipe treguas por diez años. El sarraceno pagó los gastos de la cruzada, y dió á Cárlos un tributo igual al que este príncipe pagaba á Roma. Los cautivos cristianos quedaron libres, y el rey de Tunez concedió á los franceses libertad limitada de comercio con esencion absoluta de derechos. Firmadas las treguas, se embarcaron los reyes y el ejército llevando consigo el cadáver de san Lúis. En este momento llegaba con sus tropas Eduardo de Inglaterra en socorro de los cruzados. Todos juntos se embarcaron para Sicilia, dando sus últimos y tristes adioses á la playa funesta y abrasadora, cuya corta é inútil conquista robó á Europa tantos ilustres guerreros, y á Francia el mas grande de sus reyes.

Vuelta de Felipe á París (1271). Parecia que el cielo reunió todas las calamidades para hacer mas funesto el término de esta guerra: Una violenta tempestad dispersó la escuadra cristiana, apenas perdió de vista la playa de África. Casi todos los navíos de Cárlos quedaron despedazados: muchos se sumergieron en el mar, y perecieron cuatro mil franceses y sicilianos.

Felipe arribó á un puerto de Sicilia con un corto número de buques. El célebre Teobaldo, rey de Navarra y conde de Champaña, murió dentro de pocos dias, de la enfermedad contagiosa que habia hecho tantos estragos en el ejército.

Isabel de Aragon, esposa de Felipe, que estaba en cinta, dió una caida del caballo, y murió poco tiempo despues. El virtuoso Alfonso, hermano de san Luis y conde de Poitiers, cayó enfermo de peste en Siena, ciudad de Toscana, y terminó su vida, gloriosa por tantas hazañas y por sus amables cualidades. Doce dias despues le siguió al sepulcro su muger Isabela de Tolosa. Á pesar de tantas desgracias, Felipe y todos los señores que se hallaban con él en Sicilia, juraron solemnemente que dentro de tres años partirian á la guerra de la Tierra Santa: pero la opinion europea estaba trocada, y á pesar de este juramento, la guerra de Tunez fue la última cruzada. El rey Felipe, afligido con tantas pérdidas, salió de Sicilia para volver á sus estados. Florencia le recibió con poco afecto. Milan le ofreció doce caballos ricamente enjaezados, y el señorío de su territorio: pero la tristeza habia estinguido momentáneamente la ambicion del monarca, y rehusó estos dones. Pasó los Alpes, y llegó á Francia, vestido de luto por toda su familia. "Se presentó á sus pueblos, dice Mezeray, con muchos atahudes llenos, y las arcas del ejército vacías." Hizo su entrada en París en el mes de junio de 1271. Todas las naciones, sin adoptar las leyes, costumbres y ceremonias de los egipcios, han juzgado á sus reyes despues de muertos, sin pronunciar sentencia: pero los afectos que entonces manifiestan, determinan el juicio de la

posteridad. En Francia y fuera de ella, todas las ciudades, villas y aldeas que estaban en el camino por donde pasaba el cadáver de san Luis, tributaron con su dolor y lágrimas sínceras, honrosos y pios homenages á aquel monarca universalmente querido y llorado. Sus restos fueron venerados como reliquias, y la voz de los fieles le canonizó, por decirlo así, antes que Roma. La Santa Sede estaba entonces vacante, y los cardenales divididos: á pesar de las exortaciones de Felipe, pasaron ocho meses antes de concertarse para la eleccion de sumo Pontífice: hasta que en fin, dieron la tiara al arcediano de Lieja, que tomó el nombre de Gregorio X. Apenas el rey volvió á su capital, celebró las exequias de san Luis, y llevó él mismo sobre sus hombros el atahud de su padre desde la iglesia de nuestra señora hasta el monasterio de san Dionis. "Se cree, por tradicion, dice Vely, que siete monumentos de piedra que hay en el camino de París á san Dionis, fueron erigidos por orden de Felipe III, en los sitios donde este príncipe hizo descanso cuando llevaba el cadáver del santo. Consta de la crónica de san Dionis, que los monges de esta abadía no abrieron las puertas al rey ni le permitieron entrar hasta que los arzobispos de París y de Sens, que le acompañaban, depusieron las insignias de la jurisdiccion episcopal, temiendo que tomasen acto de haber entrado con ellas para impugnar despues la esencion del monasterio. Puestos

sus privilegios en salvo, los monges cumplieron su deber, y depositaron los restos mortales de san Luis, cerca de los de Felipe Augusto. Á su lado se colocaron los de su hijo Tristan y los de su nuera Isabela, y á sus pies el cadáver de Villebon, su camarero.

El 15 de agosto de 1271 fue consagrado en Reims Felipe III, por el obispo de Soissons. Á esta solemnidad no asistieron mas pares legos que el duque de Borgoña y el conde de Flandes. Roberto, conde de Artois, llevó la espada de Carlomagno, llamada *joyosa* (alegre). La veneracion y cariño que san Luis inspiró á los franceses, y el respeto que tuvieron á este gran príncipe sus vasallos y las potencias estrangeras, aumentaron y consolidaron la autoridad real. Felipe III no se vió espuesto cuando subió al trono á ninguno de los peligros que su padre tuvo siendo jóven. Los facciosos se habian convertido en súbditos obedientes, y la diadema gloriosa del santo rey inspiraba, aun despues de su muerte, profunda veneracion al trono. Pero Luis IX fue uno de aquellos monarcas á quienes es fácil suceder, mas no reemplazar. Felipe, en vez de estar reducido como los últimos carlovingios, á las ciudades de Reims y Laon, ó como Hugo Capeto, á la soberanía de las tierras situadas entre el Sena y el Loira, era dueño de Normandía, Turena, Poston, de los condados de Percha, Clermont, Macon, Beaumont del Oisa, Namur, Beziers, Carcasona,

Perona y Narbona, y de muchos señoríos en Beauci, Auvernia, Saintange, Languedoc, Albiges, Rovergue, Queras, Agenes y Venassin. El rey, mostrándose moderado en sus primeros actos, dió el Agenes á Eduardo de Inglaterra, y el Venaissin al papa. Continuó siguiendo el camino que le habia señalado su padre, sometiendo poco á poco las justicias señoriales á la real, y sosteniendo la autoridad de sus bailíos y mucho mas la de su parlamento. Gaston de Foix se negó á prestar homenage á Eduardo, y uno y otro se vieron obligados á recurrir, para la decision de este pleito; al parlamento real. Una ordenanza de Felipe de 1274 prescribió á los abogados el juramento de no tomar á su cargo sino causas justas, y les prohibió recibir honorarios que pasasen de treinta libras, so pena de perjurio é infamia. Habia mucho tiempo que los reyes y barones de Francia representaban á la Santa Sede la necesidad de reprimir los desórdenes y escándalos de muchos obispos y abades. Era necesario un escarmiento, y Gregorio X lo hizo, condenando al obispo de Lieja, que era concubinario; teniendo por cómplices á una abadesa benedictina y á otras religiosas, de las cuales se jactaba haber tenido catorce hijos en veinte y dos meses. Obligósele por la sentencia á renunciar á la mitra.

Felipe imitó á san Luis en el cuidado de dar ejemplo de austeridad y devocion. Llevaba cilicio bajo la coraza, y usaba de absti-

nencia, "mas propia, dice el abate Vely, poco amigo de las prácticas piadosas, de un monge que de un rey."

Las costumbres de aquel tiempo presentaban un contraste singular de rigor y disolucion. Mientras san Luis y su hijo esponian su vida por la cruz; cuando los concilios permitian dar muerte á los hereges, la autoridad régia señalaba cuarteles á las prostituidas, protegiendo así su impuro comercio: y los señores ejercian sobre las recien casadas de sus dominios, un derecho, cuyo nombre solo ofende el pudor y deshonra la especie humana. Contínuamente, eran infringidas las ordenanzas que prescribian el celibato á los sacerdotes. La avaricia de algunos prelados era tal, que Clemente IV, dice el abate Millot, escritor por otra parte, aunque hábil, inficionado con el filosofismo del siglo XVIII, tuvo que reprender severamente al obispo de Magalona por haber acuñado moneda con la efigie de Mahoma; moneda que en las guerras de Africa y Asia ofrecia lucro considerable.

Solo el aumento de la autoridad real podia enfrenar la licencia de los grandes. Felipe ejerció y estendió el derecho que habian tenido sus predecesores para dar á las ciudades fueros comunales, establecer mercados y conceder apelacion al parlamento de los juicios de los señores. Apoderóse poco á poco de la policía general del reino, y sometió á su autoridad la administracion de fuentes y calzadas. "Así,

como observa Condillac, en Alemania y Francia aumentaron los monarcas su poder, protegiendo los pueblos. En Inglaterra los barones llamaron los comunes al parlamento y los tomaron por ausiliares, y en Italia, las municipalidades, sin soberanos ni protectores, se erigieron en república. En todas partes disminuyó gradualmente la potencia de los nobles, al mismo tiempo disminuyó la autoridad temporal del clero." Los poetas de aquel tiempo criticaban el sacerdocio con sátiras amargas, y segun la costumbre, exageradas.

Los estudiantes de la universidad tuvieron una pelea con los monges de la abadía de san German. El abad fue puesto en juicio y condenado: porque la universidad era ya una potencia temible.

Principios de la casa de Austria (1273). La historia de Felipe el Atrevido no justifica este sobrenombre: pues describiendo su reinado, habla mas de los sucesos que pasaron en su tiempo sin su influencia, que de los que él dirigió. En 1272 la muerte de Enrique III de Inglaterra y de su hermano Ricardo, rey de romanos, dió la corona británica al príncipe Eduardo, que estaba á la sazon en Palestina. Una querella, suscitada entre los condes de Armagnac, Foix y Casaubon, perturbó el Mediodia de Francia: obligado el de Casaubon á refugiarse en un castillo real, sus enemigos le pusieron sitio. Felipe, enojado por este insulto, condujo sus tropas á las provincias meri-

dionales, venció al conde de Foix; le hubo á las manos y le retuvo algun tiempo en prision.

Eduardo I, rey de Inglaterra, habiendo vuelto á Europa, hizo solemne homenage al rey de Francia. El parlamento de Felipe juzgó su pleito con Gaston de Bearne que se negaba á reconocerle vasallage; y dió sentencia en favor de Eduardo.

En esta misma época los electores de Alemania, reunidos en Francfort, resolvieron dar la corona imperial á un príncipe germánico; y eligieron á Rodulfo el rojo, que poco antes habia tenido el empleo de mariscal en el palacio de Otocano, rey de Bohemia. Rodulfo era conde de Habspurg en Suiza, y fue tronco de la casa de Austria. Muchos autores han afirmado despues que descendia de la familia de los antiguos duques de Lorena y condes de Alsacia, la cual pretendia tener su orígen en Arquimbaldo, gobernador del palacio de Austrasia. Pero esta ilustre casa de Austria, despues tan poderosa, que aspiró á la monarquía universal, tuvo muy poca autoridad en sus principios. Los príncipes poderosos de Alemania miraban la dignidad imperial como un título vano, arriesgado, y mas oneroso que útil; y así Rodulfo tuvo pocos rivales que quisiesen disputarle aquel cetro, entonces decaido y sin esplendor. Durante el interregno que habia precedido á su eleccion, Polonia, Dinamarca y Ungría sacudieron el yugo del imperio. Lubek, Colonia, Dantrik, y otras ochenta ciuda-

des se confederaron y formaron una liga republicana, con el título de *liga anseática.* Su actividad, industria y valor contribuyeron en gran manera á los progresos de Alemania en riquezas y civilizacion. Rodulfo, en vez de renovar las antiguas pretensiones del imperio sobre las ciudades de Italia, queriendo mas bien llenar su tesoro que aumentar sus dominios, vendió á dichas ciudades la paz y la libertad. Los grandes respetaban tan poco al nuevo César, que Otocaro, rey de Bohemia, rehusó desdeñosamente prestar homenage á un emperador, al cual habia tenido empleado en su palacio. "Nada le debo, decia con orgullo insultante: le he pagado su sueldo." La eleccion del papa Gregorio habia sido tan larga y difícil, y amenazaba tantas agitaciones para lo sucesivo, que la santa Sede reconoció la necesidad de fijar con regularidad las operaciones del conclave.

Concilio general de Leon (1274). Convocóse, pues, en Leon un concilio para arreglar la eleccion de los papas, reformar los abusos de que se quejaban prelados muy respetables, y decidir muchas cuestiones relativas á la situacion de los cristianos en la Tierra Santa, á los intereses del imperio griego, y á las agitaciones de Alemania: porque en aquellos congresos solemnes la tiara era superior á las coronas, los príncipes de la tierra consultaban respetuosamente al gefe del cristianismo, y la religion era el primer móbil de las operaciones

políticas. El concilio empezó el 1.° de mayo de 1274. Asistieron á él quinientos obispos, setenta abades, mil diputados de diferentes iglesias y cabildos, los embajadores de todos los príncipes de Occidente, y hasta los de Miguel Paleologo, emperador griego. El papa presidia el concilio sentado en un trono, en medio de quince cardenales. El rey Felipe le habia dado en la ciudad de Leon un palacio magníficamente alajado, muchos grandes dignatarios y oficiales de servicio y una guardia muy numerosa. Los embajadores del emperador de los griegos abjuraron sus errores en el concilio, y reconocieron solemnemente el dogma de la iglesia católica que declara que "el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo." El papa, para recompensar la obediencia de Miguel Paleologo, le reconoció emperador legítimo de los griegos, y prohibió á Balduino II, arrojado del trono poco antes, conservar el título imperial. En el mismo concilio se confirmó la eleccion de Rodulfo de Habspurg como rey de romanos. El papa habia conseguido que se desistiese Alonso, rey de Castilla, competidor de Rodulfo: y autorizó al nuevo emperador para imponer un tributo sobre los bienes de la iglesia germánica, con el fin de hacer guerra á los musulmanes. El concilio, tratando despues del objeto principal de su reunion, dispuso que cuando muriese un papa, se formase en Roma el cónclave de los cardenales, los cuales, para que no se retardase la eleccion, deberian per-

manecer encerrados sin poder salir hasta haber elegido pontífice. El decreto del concilio dice: "si tres dias despues de cerrado el cónclave, no estan de acuerdo los cardenales acerca del nombramiento de papa, se reducirá su mesa á un solo plato para los cinco dias siguientes, y despues á pan y agua hasta que se verifique la eleccion." Deseando reprimir la usura desenfrenada que habia entonces en todos los paises, se dieron decretos muy fuertes contra los usureros. Felipe mandó prender á muchos: pero como el dinero era muy raro por la poca industria y comercio que habia, la necesidad que todos tenian de los usureros, los hizo superiores á las leyes, y fueron puestos en libertad. Los obispos y abades temian la multiplicidad escesiva de las órdenes mendicantes: y á pesar de la benevolencia de la santa Sede á esta clase de institutos, concedió á los votos del concilio la supresion de muchas de ellas. Fueron esceptuados de esta reforma los predicadores y menores: y se prorrogó para otra ocasion la de los carmelitas y agustinos.

En el mismo año perdió la iglesia dos doctores ilustres, san Buenaventura, que acababa de ser nombrado cardenal, y santo Tomás de Aquino. La historia ha conservado la notable respuesta de santo Tomás al sumo pontífice. "Bien veis, le dijo el papa, que la iglesia goza de mas prosperidad que cuando decia: *no tengo oro ni plata.*" "Es verdad, santísimo padre, respondió el doctor: pero tampoco se di-

ce en el dia el paralítico: *levántate y camina.*" La santa Sede solicitaba para la cruzada los pueblos, aunque cansados de esta clase de espediciones: y así el concilió concedió numerosas indulgencias á los príncipes, señores y guerreros que tomasen la cruz para libertar á Palestina. Pero sus esfuerzos fueron en valde; el escarmiento de lo pasado y los intereses presentes impidieron la empresa.

Casamiento del rey (1275). Despues de la conclusion del concilio, casó el rey con María de Brabante. Las bodas se celebraron en Vincennes, y la reina fue ungida el año siguiente en la capilla real.

Ejército enviado á Navarra (1276). La muerte de Enrique, rey de Navarra, dió orígen á desavenencias y despues á una guerra en que tomó parte la Francia. Enrique no tuvo mas sucesion que una hija, llamado Juana, y habia nombrado por tutor suyo á Pedro de Montaigut. Los reyes de Aragon y Castilla formaron el designio de apoderarse de Navarra. Cada uno queria apoyar sus pretenciones, casando en su familia la heredera del reino. Fernando de la Cerda, príncipe de Castilla, se anticipó á su rival, y entró con sus tropas en Navarra; pero ya habian salido de ella la reina viuda y su hija Juana. Estas dos princesas pasaron á la corte de Felipe, que les ofreció su proteccion, aceptó la tutela de Juana, y envió por gobernador de Navarra á Eustaquio de Beaumarchais con un cuerpo de tropas francesas.

Espedicion de Felipe á Navarra (1277).

El príncipe Fernando de Castilla murió poco despues. Tenia de su muger Blanca dos hijos llamados Alfonso y Fernando: pero á pesar de sus derechos, su tio Sancho fue declarado heredero de la corona. Los niños huérfanos despojados se refugiaron á Aragon: pero en vez de protector solo hallaron en este reino una prision. Su madre pudo escaparse á Francia, "que ya comenzaba, dice Mezeray, á servir de asilo á los príncipes desgraciados." Felipe, irritado de estos sucesos, tomó las armas para defender la causa de su hermana Blanca, y segun la costumbre de su siglo, envió á Castilla un rey de armas amenazando con su venganza sino se restituia á sus sobrinos el trono usurpado. El duque de Brabante y el emperador de Alemania se confederaron con Felipe y le enviaron tropas. El rey marchó á los Pirineos al frente de su ejército: Roberto de Artois, su lugarteniente, entró en Navarra, que se habia sublevado contra el gobernador Beaumarchais, y ocupó el pais: pero despues de este primer triunfo, no hubo ninguna accion de importancia. Felipe habia heredaro el valor de su padre, mas no su prudencia ni su habilidad. Nada habia previsto ni preparado para mantener las tropas, Los enemigos compraban y se llevaban todos los víveres que el rey debió recoger: y mientras con fingidas negociaciones entretenian á Roberto de Artois, embajador de este monarca, redujeron el ejército á tanta escasez

que se vió obligado á retirarse sin pelear.

Al mismo tiempo la insolencia de un valido subalterno destruyó el reposo interior del rey, comprometió escandalosamente el honor de la reina, y produjo escenas estraordinarias y humillantes, que bastan á dar idea de las costumbres de un siglo semibárbaro todavía. Acababa de morir Luis, hijo mayor del rey, nacido de su primer matrimonio. Un intrigante, llamado Pedro Labrosse, barbero en otro tiempo de san Luis, habia ascendido á la dignidad de camarero, y apoderádose poco á poco de la confianza del rey. La jóven reina María de Brabante despreciaba á Labrosse, y se complacia en humillar la vanidad de este hombre, levantado del polvo, cuya insolencia, alentada por las bajas adulaciones de algunos cortesanos, no conocia ya freno. Labrosse aborrecia á la reina, y formó el designio de arruinar su reputacion en el público y en el ánimo de su esposo con calumnias diestramente esparcidas. Algunos malvados, sobornados por él, acusaron á esta princesa de haber dado yerbas al príncipe Luis con el objeto de asegurar el trono á sus propios hijos. Los médicos declararon haber reconocido en el cadáver del príncipe señales del veneno. La malignidad pública daba acogida á estas voces, y un delator pagado acusó solemnemente á la reina. Este proceso escandaloso iba á comenzar, cuando el duque de Brabante, segun los usos de la caballería, envió á París un caballero que pidió

en su nombre el juicio de Dios, y ofreció sostener en el campo la inocencia de la reina. El impostor, aterrado, no se atrevió á sostener la acusacion, y murió en la horca. María quedó absuelta ante la justicia; pero no en el corazon de un marido suspicáz, de un padre privado de su hija, de un rey espuesto á todos los lazos de la calumnia. Felipe, arrastrado de sus recelos y cediendo á consejos peligrosos, encargó al abad de Vendoma y al obispo de Bayeux que indagasen la virtud de su muger, de una religiosa célebre á un mismo tiempo por dos cosas tan contradictorias como son la santidad y la astrología, y que el vulgo crédulo tenia por profeta. Labrosse se creia seguro de la docilidad de la religiosa por el intermedio del vidame de Laon y de un fraile vagamundo, á quien habia pagado bien. El obispo de Bayeux, pariente de la muger de Labrosse, y secretamente asociado á sus intereses, fue al principio á consultar esta muger él solo. Volvió al rey y le dijo que nada queria revelar la monja sino bajo el sigilo de la confesion: por lo cual era imposible aclarar las dudas de S. M. Esta respuesta equívoca, lejos de calmar la inquietud del rey, avivó sus pesares y aumentó sus sospechas. Despues de haber respondido al obispo con aspereza que lo que le habia encargado era consultar á la religiosa y no confesarla, le despidió y envió al convento al obispo de Dole y á un templario, sin decir á Labrosse nada de esta segunda diligencia. Los

nuevos enviados desempeñaron su comision con mas lealtad, y digeron á Felipe, que segun las respuestas de la monja, la acusacion era calumniosa, y que la reina siempre fiel á su esposo, estaba inocente del crímen imputado. Desde entonces María recobró su crédito y su influencia sobre el ánimo del rey, y el favor de Labrosse disminuyó rapidamente.

Evacuacion de Navarra por los franceses (1277). Despues de estos sucesos llevó el rey sus armas, como hemos dicho, á Bearne y Navarra, y se vió obligado por la falta de subsistencias á retirarse con muy poca honra. La reina que miraba á Pedro Labrosse como autor de todos los pesares é injurias á que habia estado espuesta, acusó al indigno valido de haberse dejado sobornar por el oro español, y comprometido con su negligencia en aprontar víveres, el honor del monarca y de las armas francesas.

Suplicio de Labrosse (1278). Felipe habia vuelto á Melun. Un dominicano del convento de Mirepoix trajo secretamente al rey un paquete, en el cual habia una carta interceptada de Pedro Labrosse. Los autores de aquel tiempo no han conservado el contesto de esta carta; pero probablemente contenia algunas advertencias ó noticias dadas por Labrosse á los españoles.

Lo cierto es que Felipe prorrumpiendo en su juramento acostumbrado, dijo: "*por el Dios que me hizo*, que es forzoso prender y juzgaz

á este traidor." Labrosse fue llevado á París, y segun dice Mezeray, fue juzgado, condenado y ahorcado en presencia de los duques de Borgoña y Brabante, y de Roberto, conde de Artois. El obispo de Bayeux, cuñado de Labrosse, se refugió en Roma. Los bienes de sus cómplices fueron confiscados. Labrosse, aborrecido cuando era poderoso, escitó compasion en su infortunio; y la reina, protegida por la voz pública cuando era perseguida, se vió de nuevo espuesta á las sospechas del vulgo despues de su triunfo. Así se deduce de una crónica en verso de un monge de san Magloire, la cual dice hablando de este suceso:

En mil doscientos sesenta
y ocho todos los barones
convinieron en ahorcar
al señor Pedro Labrosse:
No hubo redencion, y al rey
de verlo ahorcado pesóle:
Pereció, mas por envidia
que por algun hecho torpe.

Es digno de observarse que Labrosse murió en la horca de Montfaucon, que habia él mismo mandado levantar algunos años antes. En el reinado de Felipe ocurrieron pocas guerras y de corta duracion, y no hubo mas turbulencias que el disgusto doméstico que habemos referido. Francia tranquila recobró las fuerzas que habia perdido en dos millones de hombres

y doscientos millones de libras tornesas que le habian costado durante un siglo las cruzadas, sin fruto alguno: pues á pesar de hazañas prodigiosas y brillantes, Jerusalen y el sepulcro del Salvador estaban en poder de los musulmanes, y los griegos habian derribado el imperio latino de Constantinopla, que solo duró cincuenta años.

Guerra de Cárlos de Anjou, rey de Nápoles, con el emperador de Constantinopla (1279). Las guerras de los príncipes europeos se habian calmado: el hijo de san Luis parecia haber heredado solamente las virtudes pacíficas de su padre. Pero la ambicion impetuosa de Cárlos de Anjou, agitaba aun el orbe cristiano, y oprimia una parte de Italia que no tardó en verse inundada de sangre francesa. Cárlos, rey de Nápoles y de Sicilia, senador de Roma y vicario del imperio, en vez de gozar pacíficamente de sus conquistas, aspiraba al señorío de toda Italia, y aun estendió sus miras ambiciosas al trono de Constantinopla, al cual alegaba derechos como yerno que era del emperador destronado Balduino. Al mismo tiempo estendiendo sus miras de engrandecimiento á Asia y Palestina, compró á la hija de Lusignan el cetro de Jerusalen. Miguel Paleologo y Rodulfo, emperadores, el uno de los griegos y el otro de los alemanes, se coligaron para poner freno á su inquieta actividad: y habiéndose reunido sus escuadras, vencieron la de Cárlos, y le obligaron á renunciar á sus gi-

gantescos proyectos. El carácter altanero de este príncipe aumentaba el número de sus enemigos, y le quitaba sus aliados naturales.

El poder temporal de la santa Sede era en aquella sazon el apoyo mas necesario del conquistador de Nápoles. Pues Cárlos se privó á sí mismo de aliado tan útil, tratando con orgullo insultante al soberano pontífice, que le pidió para uno de sus sobrinos la mano de una hija del rey. "Aunque el papa, respondió al príncipe francés, tiene calzado de púrpura, no por eso se ha hecho digna su sangre de mezclarse con la de la casa real de Francia." Nicolao III, que era entonces sumo pontífice, y que descendia de la ilustre familia de los ursinos, irritado de esta injuria, se unió á los enemigos de Cárlos y le obligó á renunciar á sus títulos de senador y de vicario del imperio. Al mismo tiempo la reina Margarita, viuda de san Luis, reclamó la Provenza, é imploró para sostener sus derechos el ausilio del emperador, á quien tocaba entonces la supremacía de este condado. Cárlos, obligado por la ambicion á ser servil, temiendo perder la Provenza, prestó homenage á Rodulfo como soberano suyo, y le prometió para uno de sus hijos la mano de Clemencia, hija suya.

Rodulfo acababa entonces de consolidar su poder por la gran victoria que consiguió de Otocaro, su amo en otro tiempo. Otocaro pereció en la batalla, y Rodulfo conquistó el ducado de Austria y dió la investidura de él á su hijo

Alberto. Desde entonces su casa tomó el nombre de casa de Austria.

Si Cárlos, enagenado de su ambicion, excitaba contra sí la animosidad de los estrangeros, se grangeaba tambien el odio de sus vasallos por su rigor, injusticia y tiranía. En vez de reprimir el orgullo, la codicia y la deshonestidad de los guerreros franceses que llenaban su corte y sus reales, él mismo los animaba á oprimir, vejar é insultar el desgraciado pueblo, que la suerte habia entregado á sus armas. Ciego por el error comun de los opresores y de sus lisongeros, creía que la inmobilidad causada por el terror, y el silencio prescrito por la necesidad, eran señales de sosiego y resignacion: y aprendió harto tarde, que el que calla ante la injusticia es el que está mas pronto para conspirar contra ella; cuando la queja supone alguna vislumbre de esperanza. El pueblo oprimido enmudecia: pero estaba dispuesto á la desesperasion y á la rebelion; y bastó un solo hombre y un solo suceso para que estallase la venganza.

Conspiracion de Juan Proquita (1281). Un napolitano, llamado Juan de Proquita, porque era dueño de la isla de este nombre, habia gozado de mucho influjo en Sicilia en el reinado de Manfredo. Teníasele por médico habil y sabio jurisconsulto. Cárlos de Anjou le quitó sus empleos y confiscó sus bienes. Proquita, á quienes algunos autores llaman Procida, concibió el firme y atrevido designio de vengar sus

ofensas y libertar su patria. Su carácter era á un mismo tiempo violento y flexible; incapaz de detenerse por ningun peligro, ni abandonar sus proyectos por ningun obstáculo, inpenetrable en sus intenciones, hábil para disfrazarlas bajo mil formas, para asociar las pasiones agenas á las suyas, y para aguardar la ocasion propicia de conseguir sus fines con mas seguridad. Logró tener cómplices en su conspiracion, ofreciéndoles ausilios que calmasen el terror y medios pecuniarios que hiciesen probable el buen éxito. Proquita, seguro de que Pedro, rey de Aragon, favoreceria sus proyectos de venganza, pues este príncipe, recibiendo el guante de Conradino, habia manifestado ya sus pretensiones al trono que ocupaba Cárlos de Anjou; pasó en secreto á verse con él. Asegurado de su consentimiento y cooperacion, se disfrazó de fraile Francisco, recorrió toda Sicilia, inflamó las iras y urdió con habilidad y secreto la trama de su conspiracion. Con el mismo disfraz pasó á Constantinopla, descubrió su proyecto á Miguel Paleologo, recibió de él una suma considerable de dinero, y volvió á Roma donde halló á Nicolao III dispuesto á favorecer su empresa. Ya creia próximo el momento de volar la mina: pero la muerte imprevista de Nicolao III, y la exaltacion del papa Martino IV, elegido bajo la influencia de Cárlos, obligaron á Proquita á suspender la ejecucion de las sangrientas escenas que meditaba. Empleó todavía dos años en estrechar los lazos que

le unian con sus cómplices, y en aumentar el número de los conjurados. Infatigable en sus correrías y en sus esfuerzos, y multiplicando sus conferencias, no se puede concebir como un hombre solo bastó á tantos afanes, se escapó de tantos peligros, y supo cubrir con un velo impenetrable una conspiracion casi universal en Nápoles y Sicilia, y cuyo secreto se habia manifestado por necesidad á tantos estrangeros. Solamente el odio profundo que inspiraba la mas violenta tiranía puede esplicar como este horrible misterio estuvo tanto tiempo oculto á los ojos de Cárlos, de sus ministros y de su vigilante policía.

Vísperas sicilianas (1282). Los conjurados tenian concertado que el lunes de Pascua de 1282, cuando las campanas tocasen á vísperas, serían asesinados todos los franceses. Esta horrible carnicería se ejecutó con rabia y crueldad de que la historia no ofrecia aun el ejemplo en ningun pueblo. El gobierno, cuya ruina estaba jurada, dormia en profunda seguridad. Cuéntase no obstante, que Cárlos, que entonces estaba en Toscana, recibió algunos avisos secretos, y que los despreció. El armamento del rey de Aragon, que se embarcaba entonces con una escuadra numerosa, dirigida en apariencia contra los sarracenos de África, despertó tan pocas sospechas en Cárlos, que le prestó algun dinero para esta espedicion. Pedro de Aragon habia encubierto sus designios con tanta habilidad, que Felipe, rey de Fran-

cia, le dió tambien veinte mil escudos de oro para favorecer el buen éxito de su cruzada. Así los franceses fueron heridos del rayo, sin haber visto nube ni relámpago que lo anunciase.

Palermo fue el primer teatro en que estalló la horrible venganza. Dícese que un acto de violencia, cometido por un francés, redobló en aquel instante fatal la rabia del pueblo, harto dispuesto ya á los furores. Remy, gobernador de Palermo, mandó á algunos soldados que examinasen si los sicilianos que iban á la iglesia llevaban armas ocultas, como se le habia avisado. Los soldados registraron con indecencia á una doncella, hija de Rugero, ciudadano de Palermo. Á los gritos de la jóven acuden sus padres: la campana fúnebre suena: Proquita aparece: los habitantes salen en tropel de sus casas y comienza la carnicería. En el recinto de la ciudad, y en toda la estension de la isla, en un mismo momento y á una misma señal fueron asaltados, derribados y muertos todos los franceses. En vano buscaron los infelices asilo en los templos: al pie de los altares fueron degollados, mezclándose aun los mismos religiosos entre el pueblo enfurecido. El rencor y la ferocidad llegaron á tal punto, que los sicilianos, cuyas hijas estaban casadas con franceses, las esterminaron sin piedad, y estrellaron sus hijos contra las piedras. En este horrendo dia esculpido con líneas de sangre en los fastos de la historia bajo el nombre de *vís-*

peras sicilianas, perecieron en Palermo ocho mil franceses en el término de dos horas. La tiranía de Cárlos era horrible: la venganza lo fue mas. La última de estas escenas espantosas se verificó en Catania el 4 de abril. Un francés, llamado Juan Viglemad, quiso abrazar por fuerza á Julia Villanelli, noble siciliana: el marido furioso acude á defenderla, y cae atravesado de una estocada. Julia pide venganza: el pueblo toma las armas y degüella á todos los franceses en número de mas de ocho mil. Algunos se refugiaron á una fortaleza donde el hambre terminó su vida. Muchos concibieron la esperanza de escaparse vestidos como los habitantes del pais, y hablando su idioma: pero los sicilianos recelosos los obligaban, cuando los veian, á pronunciar la voz *ciceri*: y como pronunciaban mal esta palabra difícil para los estrangeros, eran al punto reconocidos y muertos. Tal fue el criminal y merecido castigo de aquellos conquistadores culpables que abusando sin medida de la victoria, y estraviados por el ejemplo de su rey, habian abatido á los grandes, despojado á los ricos, oprimido al pueblo, ultrajado el pudor y deshonrado las familias. Pero la venganza fue inescusable en sus escesos, aunque advirtiese á los opresores el inevitable peligro en que los pone tarde ó temprano la desesperacion de los oprimidos. La sangre de veinte mil franceses grabó con indelebles caracteres esta leccion terrible. Por felicidad, este mismo suceso presenta otra lec-

cion mas suave. En medio de la esplosion del odio mas violento y de las venganzas mas implacables, un provensal, llamado Guillermo de Porcelets, descendiente de ilustres abuelos y señor de una parte de la ciudad de Arles, fue respetado por los sicilianos furiosos, y los puñales cayeron en su presencia. Habia seguido á Cárlos á Italia, y despues de distinguirse en muchos combates, se le dió el gobierno de Calatafimea. Su integridad y justicia, la prudencia y benignidad de su gobierno le adquirieron el afecto general: y muertos todos sus compatriotas, solo él quedó vivo y seguro, como un antiguo templo, monumento de la religion de los pueblos, cuya santidad, en las invasiones de los bárbaros, excitaba la veneracion y enfrenaba la licencia de los conquistadores mas feroces.

Es fácil de adivinar el efecto que produciria la noticia de esta revolucion y matanza en el carácter violento del rey Cárlos. Ardiendo por vengar su corona, su honor y las víctimas de la ferocidad siciliana, junta apresuradamente las reliquias dè su ejército, pide, invoca y consigue socorros del papa y del rey de Francia, desembarca en Sicilia y sitia á Mesina. La ciudad, acometida por los franceses, escomulgada por la santa Sede, intimidada por las armas de Cárlos y los rayos del Vaticano, ofrece capitular, y no pide mas condicion que la amnistía. El orgullo ofendido y la venganza cerraron los oidos á la piedad, y

Cárlos fue inexorable. La desesperacion restituyó el esfuerzo á los sitiados, y creó en ellos, por decirlo así, nuevos ánimos. Defendiéronse ostinadamente. La armada del rey de Aragon llegó entretanto á las playas de la isla: Pedro desembarcó su ejército, entró en Palermo y fue coronado rey de Sicilia. Á pesar de este socorro tan deseado, los sicilianos reunidos á los aragoneses eran todavía inferiores en número á los guerreros de Cárlos: y podia presumirse, que este príncipe, hábil en el arte militar, marchando al frente de sus tropas acostumbradas á la victoria, triunfaria de su enemigo.

Pero el rey de Aragon, despues de arrojar á Cárlos de Sicilia, y tomar algunas plazas de Calabria, viéndose insultado por el rey de Nápoles en una embajada que este le envió, le respondió que mentia, y que lo haria bueno en batalla singular, en que los dos peleasen cada uno al frente de cien caballeros. Esta proposicion, conforme á las costumbres del tiempo y á los usos de la caballería, fue aceptada, y debia serlo por un príncipe valiente, atrevido, fogoso y mas guerrero que político: pues no vió, ó no quiso ver, á pesar de los prudentes consejos del papa, que dar tiempo al rey de Aragon, era darle la corona. Aceptó, pues, el desafio, escogió para lugar del combate un campo cercano á Burdeos, por época el 1.° de julio de 1283, y por juez del campo al rey de Inglaterra. Entretanto el papa escomulgó y depuso al rey de

Aragon. Este monarca respondió que obedecia á su decreto, y que en lo sucesivo no se llamaria rey, sino *caballero de Aragon, señor del mar y padre de tres reyes.*

Guerra entre Francia y Aragon (1283). Al año siguiente el impetuoso Cárlos, fiel con puntualidad á su palabra, llegó á Burdeos á la época señalada para el combate: entró en el campo con los cien caballeros que le acompañaban, y permaneció hasta ponerse el sol; pero el rey de Aragon no se presentó.

Este príncipe habia llegado por la mañana, y hablado reservadamente con el general de Guiena, el cual le dijo que el rey de Inglaterra su amo no queria hacer seguro el campo, temiendo las censuras con que el pontífice le amenazaba si lo hacía, y que su vida corria peligro si se presentaba: porque Cárlos y el rey de Francia habian traido á Burdeos mucha gente de guerra: Pedro se volvió á Aragon despues de haber dejado documento y testimonio de haber concurrido al sitio aplazado. Las reclamaciones de Cárlos y de los franceses, repetidas por los historiadores de esta nacion, han hecho que pierda algo ante la posteridad su reputacion de caballero: pero ganó la de príncipe hábil y cauto: pues no fió á enemigos la seguridad de su persona ni el destino de su monarquía. El papa le escomulgó de nuevo, exortó á los príncipes de Europa á formar cruzada contra él, y dió la corona de Aragon á Cárlos, conde de Valois, hijo segundo del rey

de Francia, el cual recibió el cetro de las manos del legado que envió á Francia el sumo pontífice.

Durante la ausencia de Cárlos, rey de Nápoles, Rugero de Lauria, almirante del rey de Aragon, logró una victoria completa de la escuadra provenzal, desembarcó en Italia, venció el ejército francés, y se acampó cerca de Nápoles. Mandaba las tropas de Cárlos de Anjou, su hijo, llamado Cárlos tambien, por sobrenombre el Cojo. Este jóven príncipe, demasiado ardiente para esperar la llegada de su padre, y los refuerzos que le traía, acometió al almirante con furia, pero sin orden, y fue vencido, hecho prisionero y llevado á Palermo.

Los implacables sicilianos querian darle muerte en venganza de la de Conradino; pero la generosidad de la reina Constanza le libertó del furor popular; y quizá por política, tanto como por humanidad, le envió á Aragon al rey su esposo, que le retuvo prisionero.

Tres dias despues de esta funesta batalla, llegó cerca de Nápoles Cárlos, ardiendo en ira y lleno de dolor, con tropas muy poco numerosas para resarcir tan gran pérdida. No obstante, disputando pulgada á pulgada con sumo valor las reliquias de su cetro, luchó algunos meses contra la fortuna, sostuvo su autoridad en Pulla y Calabria, y murió en Foggia el año 1285, dejando á su hijo Cárlos el Cojo la triste herencia de su memoria odiosa, de su corona perdida y de su gloria mancillada. Este prin-

cipe pronunció al morir estas palabras, referidas por el historiador Villani: "Señor Dios, creo que sois mi Salvador, y os pido que tengais piedad de mi alma. Me apoderé de Sicilia mas bien por la utilidad de la santa iglesia que la propia mia: y así os pido que perdoneis mis pecados."

En la misma época falleció un monarca, no menos desgraciado; Alonso, rey de Castilla, perseguido por su hijo Sancho. Alonso le maldijo al morir, y legó sus derechos, su corona y su venganza á Alfonso y Fernando, sus nietos, descendientes de Blanca de Castilla. El ingrato Sancho, favorecido del voto general, conservó la corona.

El rey Felipe de Francia lamentaba los errores, las tiranías y los infortunios de su tio Cárlos de Anjou; pero no pudiendo sin menoscabo de su honor, mostrarse indiferente á tantas injurias y derrotas, ni al esterminio de tantos franceses, declaró guerra á Pedro, rey de Aragon; y para asegurar mejor su venganza, segun la costumbre del siglo, mandó publicar la cruzada en Francia contra este príncipe. Acudieron de todas partes á su llamamiento, y marchó á los Pirineos al frente de 120.000 hombres con el designio de destronar á su enemigo, y de poner la corona de Aragon en las sienes de su hijo Cárlos de Valois. En el camino se le reunió Jaime, rey de Mallorca, despojado tambien de sus dominios por la ambicion de Pedro.

Antes de salir para esta espedicion, habia casado el rey de Francia á su hijo mayor Felipe el hermoso, que tenia entonces quince años, con Juana, condesa de Brie y de Champaña. Los dos esposos eran parientes; pero el papa les concedió las dispensas necesarias.

La fortuna se mostró al principio favorable á las armas de Felipe. Pocos dias despues de haber reunido sus tropas en Narbona, se apoderó de Perpiñan, conquistó el Rosellon, entró en Cataluña, tomó por asalto varias plazas y sitió á Gerona. Pedro de Aragon acudió á socorrer esta ciudad, y dió batalla á los franceses: pero fue vencido, recibió una herida, y la plaza se rindió despues de cincuenta dias de cerco. En ella terminaron las conquistas de Felipe el atrevido.

Pedro murió de resultas de la herida, dejando la corona de Aragon á su primogénito Alfonso, y la de Sicilia á Jaime, su hijo segundo. El valiente Lauria, su almirante, mas hábil y dichoso que él, acometió cerca de las costas de Cataluña la escuadra francesa que llevaba al ejército de Felipe víveres, sin los cuales ni podia continuar sus victorias ni permanecer en España.

La falta de subsistencias y el calor ardiente del estío produjeron una enfermedad contagiosa en el campamento francés. El rey cayó enfermo, y pasó en litera á Perpiñan. Su ejército se vió obligado á retirarse precipitadamente y á abandonar sus conquistas. La pesadum-

bre que causó á Felipe el triste desenlace de una campaña tan gloriosamente comenzada, irritó su enfermedad, y murió en Perpiñan el 6 de octubre de 1285, á los cuarenta y cinco años de edad y diez y seis de reinado. Su corazon fue enterrado en Narbona y su cuerpo en san Dionis. Este monarca caritativo y piadoso mereció en Tunez por su valor el renombre de *Atrevido*; pero logró por sus virtudes un premio mas apreciable que el de la gloria militar. El pueblo le amó y le bendijo, porque no impuso nuevas contribuciones, conservó por mucho tiempo la paz, preservó á Francia de toda opresion, y puso la justicia en el trono.

Felipe casó en 1262 con Isabela de Aragon, que murió á los nueve años de matrimonio; sus hijos fueron Luis, que murió jóven y envenenado: Felipe el hermoso, que sucedió á su padre: Cárlos, conde de Valois, ascendiente de la familia de este nombre, y Roberto, que murió en la cuna. El rey casó en segundas nupcias con María de Brabante. Esta princesa era aficionada á la literatura, y con el socorro de un poeta, llamado Li-Roi-Adenez, corrigió la novela de Cleomadez, y compuso en verso las hazañas de algunos héroes de la antigüedad franca, entre otras, las de Ogier el danés. Felipe tuvo muchos hijos de esta princesa: el primero fue Luis, conde de Evreux, cuyo hijo Felipe fue rey de Navarra por su matrimonio con Juana de Francia, del cual nació un príncipe harto célebre por sus críme-

nes, y que mereció el nombre de Cárlos *el Malo*, que le dieron sus contemporáneos. María tuvo ademas dos hijas: Margarita, que casó con Eduardo I, rey de Inglaterra, y Blanca, que casó con Roberto, duque de Austria, hijo del emperador Alberto.

Los ministros de Felipe fueron Mateo de Vendoma, el famoso Pedro Labrorse, que fue colgado en la horca de Montfaucon, Barbet, arzobispo de Reims, Enrique de Vezelay y Pedro Chalong: estos tres fueron cancilleres. Los guerreros que mandaron en este reinado los ejércitos franceses, fueron el condestable Humberto de Beaujeu, y los mariscales Lancelot, Saint-Maard, Ferry de Verneuil y Guillermo, señor de Bec-Crespin. Las luces adelantaban insensiblemente con la civilizacion: las crónicas de esta época citan los nombres y obras de ciento veinte y siete poetas franceses. Los sabios mas ilustres que florecieron en el reinado de Felipe III, son Alberto el Magno, san Buenaventura, santo Tomás de Aquino, Raimundo de Peñafort y Rugero Bacon. Este nació en Inglaterra en 1216: entró en la religion de san Francisco; y habiendo adquirido conocimientos muy raros entonces, de astronomía, matemáticas y química, sus partidarios le dieron el título de *doctor admirable*: pero sus envidiosos le llamaron hechicero. El general de los franciscanos adoptó esta opinion, puso en reclusion á Rugero, y no consiguió su libertad hasta que hubo probado no tener pacto

alguno con el demonio. Propuso al papa Clemente IV la reforma del Calendario, que ya era necesaria, pero sin efecto por entonces. Bacon fabricó espejos ustorios, y se le deben las primeras ideas que produjerón despues la invencion de los anteojos, telescopios y microscopios. Algunos autores le atribuyen, aunque sin pruebas, la invencion de la pólvora; pero es cierto que escribió un tratado sobre la inflamacion del salitre mezclado con carbon, y que poco despues de publicado este escrito, se inventó la pólvora. Un sabio del siglo XIII no podia preservarse de la credulidad que era el vicio comun, y así Bacon se entregó á los sueños de la astrología y á las quimeras de la piedra filosofal. Su principal mérito fue haber sido uno de los primeros que allanarón y abreviaron el camino de las ciencias naturales, apoyando sus proposiciones, no en teorías vagas, sino en la esperiencia. Santo Tomás de Aquino, natural de Nápoles, hizo sus primeros estudios, primero en el monasterio de Monte-Cacino, y despues en el convento de dominicos de aquella ciudad. Estos religiosos procuraban ganarle para su orden; y lo consiguieron á pesar de los parientes de Tomás, que querian restituirle al siglo. Enviado á París por sus superiores, sus hermanos le cogieron en el camino, le encerraron en un castillo, é introdujeron en su habitacion una jóven, que hizo vanos esfuerzos para seducirle. Tomás, fiel á su vocacion, perseguia á la seductora con un

leño ardiendo. Cansado en fin de las persecuciones de su familia, saltó por la ventana de su prision, y pasó á Colonia, donde concluyó sus estudios bajo la direccion de Alberto Magno. Tomás era taciturno y melancólico; y como sus condiscípulos, mirando su silencio como señal de estupidéz le pusiesen el nombre de *buey mudo*, Alberto Magno les dijo: "los bramidos de ese buey resonarán algun dia en todo el universo." Tomás permaneció mucho tiempo en París, y enseñó filosofía y teología. Acompañó á Alberto y á Buenaventura en la defensa de su orden contra Guillermo de Saint Amour, que lo acusaba. Renunció el arzobispado de Nápoles que le ofreció Clemente IV. San Luis le apreciaba mucho, y le llamaba con frecuencia á su corte. Embebido en sus meditaciones, tanto en la corte como en los demas sitios, olvidó un dia que estaba comiendo con el rey: y en medio de su distraccion dió un gran golpe sobre la mesa diciendo: "esta respuesta es decisiva contra los maniqueos." Los que estaban cerca le advirtieron el yerro que habia cometido, y empezó á disculparse bastante turbado: pero el buen rey, lejos de ofenderse por aquella inadvertencia, quiso que dictase en el momento á un escribiente el argumento que tanto le habia preocupado y distraido. El papa le llamó al concilio de Leon; y el santo doctor murió poco tiempo despues. Sixto IV le canonizó: y sus contemporáneos le dieron el título de *doctor angélico*. En efecto,

es el mas profundo de los escolásticos de su tiempo. Escribió 18 tomos en folio: pero la mas estimada de sus obras es la que se llama *Suma de santo Tomás*, en la cual espone la doctrina de la iglesia acerca de la esencia y atributos de Dios, los misterios del cristianismo y las relaciones de la criatura con el Criador. El estilo de santo Tomás es notable por la claridad y el vigor, aunque su latin carece de pureza y elegancia. Este doctor célebre sostuvo el poder temporal de los pontífices, y la facultad de deponer á los príncipes enemigos de la iglesia. Comunmente se cree que Alberto Magno, maestro de santo Tomás, mereció este sobrenombre por su talento: pero la verdad es que *Mágno* era el apellido latinizado de su familia. Alberto, provincial de los dominicos, fue nombrado por Alejandro IV, maestre del sacro palacio, y luego obispo; pero estas dignidades le parecieron prisiones. Guiado de su vocacion irresistible á la vida monástica y al estudio, abandonó su palacio episcopal, y se refugió á una celda. Dió lecciones públicas de filosofía y teología, y tuvo gran número de discípulos, entre los cuales se contaron los hombres mas célebres de su siglo. Fue llamado al concilio de Leon, y murió en Colonia á la edad de setenta y siete años. Creo que nadie conoce en la actualidad ninguna de las obras contenidas en los 21 tomos en folio que escribió Alberto Magno. El abad Fleury no concibe cómo en ningun tiempo pudo tener celebridad,

"Este supuesto sabio, dice, tomó su física de los árabes, y no conoció mas principios que los cuatro elementos. Ignoraba la astronomía, gustaba mucho de la astrología, y creía que era verdadera ciencia. Para juzgar de sus conocimientos en geografía, bastará saber que colocaba la ciudad de Bizanzio en Italia cerca de Tarento." Su doctrina hizo mas obscura la lógica de su tiempo, enriqueciéndola con mil sutilezas ridículas. Pero el pueblo le tenia por grande hechicero, y decia que fabricó una cabeza de bronce que daba respuestas á todas las consultas. Sus partidarios aseguraban que siendo su convidado Guillermo, conde de Holanda, un dia de Epifanía, el sabio, para hacer el convite mas agradable, trocó el invierno en estío. Aumentaron su reputacion de hechicero muchos escritos, que no son suyos, pero que se le atribuyeron: entre otros, el libro *De Secretis mulierum et naturæ*, compuesto por uno de sus discípulos. Otro hombre no menos respetable del reinado de Felipe III fue Fidenza, natural de Toscana, que habiendo sanado de una grave enfermedad, teniendo cuatro años, por las oraciones de san Francisco, recibió de su madre el nombre de Buenaventura, y le conservó siempre. Este sabio fue colocado despues en el número de los santos; entró, siendo jóven todavía, en el orden de los menores, del cual fue general en 1256. Sus maestros estaban tan edificados de su virtud, piedad y prudencia, que les costaba trabajo

creer que hubiese contraido la culpa original. Profesó muchos años filosofía y teología. En sus cartas se queja de la relajacion que se habia introducido en las órdenes religiosas, señaladamente de las infracciones del voto de pobreza, de la vida vagabunda que muchos frailes hacian, y del lujo y suntuosidad de los edificios claustrales. Muchos de estos abusos remedió siendo general. Renunció al arzobispado de York, para el cual fue nombrado en 1270. Su virtud era tan respetada, que despues de la muerte de Clemente VI, se comprometieron los cardenales en elegir papa á quien designase Buenaventura. Nombró á Gregorio X, que en señal de agradecimiento le nombró obispo de Albano y cardenal. Cuando le llevaron el capelo y la púrpura, estaba lavando los platos de barro en que comia. Siguió al papa al concilio de Leon, y murió poco despues. Sixto IV le canonizó en 1482. San Buenaventura dejó escrito seis tomos en folio. En sus meditaciones sobre la vida de Jesucristo se refieren muchos hechos no mencionados por los evangelistas. Sus escritos tienen un carácter de union y suavidad, mas agradable al corazon que al entendimiento: y por eso sus contemporáneos le llamaron el *doctor seráfico*.

Felipe III, siguiendo los vestigios de su padre, favoreció en cuanto pudo los progresos de los estudios. Fundó la universidad de Mompeller, el colegio de Harcourt en París y la cofradía de cirujanos de san Cosme y san Damian.

Siguió constantemente el sistema de los príncipes capetos, antecesores suyos, y procuró disminuir gradualmente el poderío de los señores. Una innovacion notable contribuyó en su reinado eficazmente á debilitar el esplendor de la nobleza. Felipe fue el primero que dió letras de ennoblecimiento: y fueron espedidas á favor de un burgués llamado Rodulfo el platero. El presidente Henault cree que este hecho no fue innovacion, sino renovacion del antiguo orden de cosas establecido entre los francos, que todos eran libres é iguales entre sí. Hasta el nombre de *noble* era nuevo y desconocido antes de la segunda dinastía. Montesquieu adoptó la opinion contraria, pero sin pruebas. Parece cierto, que en tiempo de Felipe III la nobleza, que era hereditaria desde cuatro siglos antes, habia adquirido esplendor y poder casi soberano: que Hugo, elegido rey por los señores, hubo de sancionar y confirmar sus derechos y privilegios que habian conquistado con las armas y la violencia: y que esta clase, independiente de la voluntad real, deberia probar mucha parte de la influencia cuando el rey adquiriese el derecho de crear nobles, y de disminuir su consideracion aumentando su número. Dícese tambien que en el reinado de Felipe se reunieron en Mompeller los embajadores de todos los príncipes cristianos, y convinieron en el principio de que fuesen inenagenables los dominios de las coronas y se les devolviese todo lo separado de ellas.

Selden, Lauriere y don Vaisset afirman que este hecho es apócrifo: pero aunque no se celebrase la junta, es indudable que entonces declararon muchos monarcas de Europa, como si hubiesen obrado de concierto, que sus dominios serian inenagenables en lo sucesivo. Felipe fue tambien el que empezó á poner clara la legislacion de los infantazgos. Conocíase cuán peligrosas habian sido las antiguas desmembraciones de la corona: y para impedir estos inconvenientes, el parlamento dió un decreto por el cual se adjudicó al rey el condado de Poitiers, en perjuicio de Cárlos de Anjou, su tio. Felipe no desaprovechó ninguna ocasion de afirmar la autoridad regia. Hasta entonces el rey de Inglaterra, que era uno de sus grandes vasallos, habia puesto en las cartas del ducado de Guiena la fecha de su propio reinado. Obligósele á que pusiese la del reinado de Felipe. Todos estos hechos prueban la constancia con que la dinastía capeta procuraba la elevacion de su poder, hasta que lograron hacerle absoluto. La aristocracia, atacada entonces en Francia con tanta vehemencia, triunfaba en Italia. El patriarcado, siempre moderado en Venecia, reunió todo el poder, y el dux Gradenigo hizo que se aprobase una ley para impedir la entrada en el gran consejo á otras familias que no fuesen las descendientes de los primeros venecianos.

A no ser por la brillante gloria que dió á Francia el reinado de san Luis el de su hijo hu-

biera sido quizá mas célebre en nuestros anales. Felipe no creó como su padre, pero conservó lo que halló creado. Succesor de un gran genio, tuvo el mérito, muy poco vulgar, de sostener su obra; y sino igualó á su padre, por lo menos no se mostró nunca indigno de ser su hijo.

CAPÍTULO XXVII.

Felipe cuarto el Hermoso.

Felipe IV el hermoso, rey de Francia. Victorias de Lauria en el Rosellon y Languedoc. Tregua de Oleron. Paz de Tarrascon. Guerra con Eduardo I: conquista de Guiena. Confederacion contra Felipe. Victorias de Cárlos de Valois. Victorias de Felipe en Flandes. Sumision del conde de Flandes. Establecimiento del jubileo. Prision y causa del obispò de Pamiers. Primeros estadòs generales de Francia. Prision, libertad y muerte del papa Bonifacio. Batalla del Lis. Batalla de Mons en Fluelle. Leyes suntuarias y fiscales. Ordenanza sobre monedas. Reconciliacion de Felipe con Roma. Agregacion de Leon á la corona. Concilio de Viena. Causa de los templarios. Causa de las princesas.

Felipe IV el hermoso, rey de Francia (1285). El nieto de san Luis subió al trono en circunstancias felices, en que parecia no tener mas que hacer sino gozar tranquilamente el fruto de los trabajos penosos de sus antecesores. La naturaleza y la fortuna le habian colmado á porfia de sus beneficios. Los guer-

reros aplaudieron su valor en la guerra de Cataluña; su estatura magestuosa y la belleza de sus facciones le adquirió el nombre de Felipe el hermoso: los sentimientos que hasta entonces habia manifestado eran generosos y sublimes, y los franceses, siempre dispuestos á creer lo que desean, esperaban que en su jóven monarca de diez y siete años resucitasen el valor, las virtudes y la benignidad de san Luis. «¡Feliz época para Francia, dice con razon Mably, si despues de tantas guerras, crímenes, errores y calamidades, cuando todos deseaban ya vivir bajo la proteccion de las leyes y de una autoridad justa y vigorosa, hubiera vuelto á aparecer en el trono un san Luis ó un Carlomagno! Por desgracia subió á él Felipe el hermoso." Este monarca conservó la gloria de Francia con las armas y su independencia con el vigor, y aumentó la autoridad regia: pero la justicia y libertad desaparecieron ante el poder arbitrario, y los pueblos fueron víctimas de la ambicion del monarca y de la sórdida avaricia de sus ministros. Antes de él, no era conocido en la legislacion otro atentado contra la autoridad real que el crímen de felonía, esto es, el quebrantamiento de los derechos señoriales y de la fé prometida por el vasallo á su señor. En el reinado de Felipe empezó á ser nombrado el crímen de lesa magestad, pero sin definirlo, y dejándolo vago en su espresion, de modo que podia servir de arma terrible á la tiranía de los ministros. Los

hombres de curia, que poco á poco reemplazaron á los pares en el parlamento, transformaron á los vasallos en súbditos: y las reclamaciones mas fundadas en antiguos derechos señoriales fueron miradas como actos de rebelion por los nuevos magistrados del príncipe. Estos mismos magistrados declararon al rey único legislador: y adoptando los principios de la teocracia, consideraron como sacrilegio toda desobediencia al príncipe. Al mismo tiempo que privaban á los señores de gran parte de su independencia, lisonjeando todavía la vanidad feudal, acabaron de oprimir á los antiguos propietarios de alodios, imágen, viviente aun, de los antiguos hombres libres de Galia: de modo que estos propietarios, privados de sus antiguas prerrogativas, se hallaron sometidos por la fuerza á todas las obligaciones feudales impuestas á los vasallos mas inferiores. No tardó en hacerse general en todo el reino esta máxima estraña: *en Francia no hay tierra sin señor feudal.*

Felipe, despues de haber recibido en Perpiñan los últimos suspiros y la última despedida de su padre, condujo el ejército á Carcasona; y encargó á los señores de Levis, Narbona y Montbrun que recibiesen en nombre suyo el juramento de fidelidad de los albigenses, tolosanos y rovergueses. Pasó despues á Reims, donde fue consagrado por Pedro Barbette, arzobispo de esta ciudad.

Su primer cuidado, apenas tomó las rien-

das del gobierno, fue sostener la guerra emprendida por su padre contra los aragoneses. En otro tiempo los normandos, mas tarde los alemanes y casi siempre los ingleses habian sido los únicos enemigos ostinados de Francia. Una nueva rivalidad comenzaba entre nuestros reyes y los de Aragon: lucha funesta, que inundó muchos años la Italia de sangre, perturbó á Europa, y no terminó sino en el reinado de Luis XIV con la exaltacion al trono de España de la dinastía de Borbon.

Pedro, rey de Aragon, falleció apenas habia recobrado las plazas conquistadas por los franceses. En sus últimos momentos juró, que si escapaba de la muerte, sería siempre sumiso á las órdenes del papa: y con esta promesa lógró ser absuelto de las censuras.

La paz, que todos deseaban, se retardó por la muerte de la ilustre Margarita, viuda de san Luis. Esta virtuosa reina era tan venerada en su senectud, que los príncipes de Europa, creyéndola partícipe de la prudencia de su esposo, la elegian casi siempre por árbitra de sus diferencias. Falleció en París en el convento de religiosas de san Francisco.

Victorias de Lauria en el Rosellon y Languedoc (1287). Los dos hijos mayores de Pedro de Aragon, heredaron sus dos cetros, y fueron coronados, el uno en Zaragoza y el otro en Palermo. Ninguno de estos dos príncipes tenia las grandes prendas de su padre: pero sus armas estaban confiadas al célebre

Rugero de Lauria, guerrero del primer orden. Este almirante penetró en el Rosellon, venció y puso en huida á treinta mil franceses y los persiguió hasta Beziers. De allí á poco desembarcó con sus tropas en la desembocadura del Herault, difundiendo á lo lejos el terror de sus armas, la matanza y el incendio. Cuatro mil hombres, que envió Felipe contra él, fueron exterminados. Se apoderó en los puertos de Francia de muchos bageles mercantes, saqueó los campos de Narbona, y volvió á la capital de Cataluña con ricos despojos y un gran número de prisioneros. El rey de Mallorca, aliado de Felipe, no pudo vengarle de este revés. Es verdad que entró en el Ampurdan con un ejército francés y taló aquel pais: pero mejor para el saqueo que para el combate, se retiró apenas le salió al encuentro Alfonso, el nuevo rey de Aragon, y pasó vergonzosamente los Pirineos. La guerra se sostenia en Italia con igual ardor entre las casas de Aragon y Anjou. Roberto conde de Artois, nieto de san Luis, era regente del reino de Nápoles durante el cautiverio de su primo Cárlos el cojo. Dió el mando de una armada de setenta buques al conde de Abella, que sorprendió á Augusta y amenazó á Catania, sin adelantar mas en Sicilia. Este almirante cedió el mando á Cárlos Martel, hijo del rey Cárlos II, prisionero. El intrépido Lauria le acometió: el combate fue largo y dudoso: pero la fortuna se declaró contra los franceses. Lauria apresó cuarenta

buques y cuatro mil hombres, que no recobraron su libertad hasta haber pagado rescates cuantiosos: pero el almirante aragonés no quiso por ninguna suma dar á Guido de Montfort, fuese por temor ó por aborrecimiento, y lo retuvo en prision.

Don Jaime de Aragon, rey de Sicilia, aprovechándose de esta victoria, desembarcó en Calabria, y se apoderó de todas las ciudades de esta provincia. Solo le faltaba Belvedere, defendida por su señor Rugero de Sanguineto, el cual puso en las murallas una máquina que lanzaba piedras enormes dirigidas principalmente á la tienda del rey. Don Jaime, indignado de su perfidia, pues antes le habia prestado homenage y dado en rehenes dos hijos suyos, mandó poner uno de ellos por blanco de los tiros. Sanguineto, tan bárbaro como fementido, continuó lanzando piedras y su hijo pereció: mas no por eso cesó la funesta máquina. Jaime, admirado de su fanática intrepidez, le envió libre el otro hijo y levantó el sitio. Roberto, conde de Artois, acudió entonces con su ejército; y cuando ya iba á empezarse la batalla, supieron que se habia concluido una tregua entre Francia y Aragon, siendo mediador Eduardo, rey de Inglaterra, para arreglar las condiciones de una pacificacion definitiva.

Tregua de Oleron (1289). Eduardo, mas hábil que ningun otro príncipe de su tiempo en acomodar su ambicion á la necesidad de las

circunstancias, enfrenar su orgullo cuando su interés lo exigía, y manifestarlo de nuevo en ocasion propicia, vino á París por demanda del monarca francés, asistió al parlamento, y prestó homenage á Felipe el dia de Pentecóstes de 1287. Es verdad que al doblar la rodilla ante el trono de Francia, pidió que en lo sucesivo se observase con mas fidelidad que hasta entonces el tratado de paz concluido con san Luis; muchos escritores ingleses miran esta demanda como una restriccion al homenage hechó y al servicio prestado.

Pero á la verdad las reclamaciones de Eduardo eran justas en parte. En 1289 hizo Felipe con él un nuevo tratado por el cual le restituyó la jurisdiccion directa de las diócesis de Cahors, Limoges y Perigueux, y los feudos del Saintonge, poseidos anteriormente por los condes de Poitiers. Eduardo por su parte renunció á todo derecho sobre los feudos del Quercy, mediante una pension que se le prometió, de tres mil libras. Por este mismo tratado, Eduardo fue reconocido como mediador entre Aragon y Francia. En aquellos tiempos, todavía semibárbaros, los estados vertian su sangre y sus tesoros, no por su dignidad, independencia ó prosperidad, sino por los intereses de algunos señores. Las guerras eran todas de familia: y era imposible establecer equilibrio entre las potencias europeas, pues el casamiento, la muerte ó el divorcio alteraban á cada momento los límites de los estados. El

matrimonio y el divorcio de Luis el jóven, pudieron dar á conocer las consecuencias funestas de este sistema. Luis habia adquirido por su casamiento la Guiena y un tercio de Francia, que eran el dote de Leonor: por su divorcio perdió tan grandes posesiones. El rey de Inglaterra, haciendo partícipe de su trono y lecho á la misma Leonor, fue mas poderoso que su señor y casi tan rey de Francia como él. El pleito de las casas de Aragon y de Anjou por la posesion de los reinos de Nápoles y Sicilia, fue por muchos siglos la desgracia de Francia, España é Italia: millones de víctimas fueron inmoladas á esta sangrienta querella, en que generaciones enteras perecieron por la eleccion de un dueño (1). He aquí lo que se aprende estudiando la historia de aquellos tiempos, cuya falta lamentan hoy muchos: tiempos brillantes para los caballeros, y ennoblecidos con sus hazañas: pero calamitosos para las naciones, y tristes para la humanidad.

La santa Sede se opuso á la pacificacion, porque en ella no se atendia á sus derechos so-

---

(1) Sin embargo, es menester confesar que los aragoneses peleaban por la estension de su comercio y marina, igualmente que por los derechos de su rey. Es muy notable que el conde de Segur no ha manifestado los mismos sentimientos filantrópicos cuando describió las conquistas de los normandos, mucho mas bárbaros: antes bien, celebra y con razon la gloria que adquirieron por sus hazañas. Por ventura, ¿las victorias de los franceses tienen el privilegio esclusivo de no hacer gemir la humanidad? (*N. del T.*)

bre Nápoles y Sicilia: y el pontífice Nicolao IV desechó el tratado que iban ya á concluir las potencias beligerantes. Eduardo no se desanimó: negociando á un mismo tiempo con los legados del papa, con el rey de Francia y el de Aragon, consiguió que Cárlos el cojo, hijo del célebre Cárlos de Anjou, se pondria interinamente en libertad, obligándose á pagar cinco mil marcos de plata, y dejando en Aragon sesenta y tres rehenes, entre ellos, tres de sus hijos, y los de los señores mas distinguidos de Provenza. Cárlos se obligaba tambien á confirmar treguas por un año entre Francia y Aragon: debia hacer todos los esfuerzos posibles para que el pontífice las aprobase; y sino conseguia concluir paz definitiva entre el papa y las casas de Aragon y de Anjou, volveria á su prision y consentiria que el rey Alfonso de Aragon dispusiese de Provenza á su voluntad. El papa, descontento justamente de la parcialidad del mediador inglés, protestó contra un tratado tan humillante para Francia, y mandó á los sicilianos que reconociesen por rey á Cárlos II de Anjou: pero aquellos isleños estaban dispuestos á perecer antes que volver al yugo de los franceses.

Al mismo tiempo, por medio del cardenal Juan Chollet, natural de Francia, y legado del papa, se terminaron las desavenencias entre Felipe y don Sancho, rey de Castilla. Entrambos reyes, por un tratado concluido en Leon del Ródano, convinieron que se obli-

garia al rey de Aragon á entregar al de Francia sus dos primos, los infantes de la Cerda, hijos de Blanca de Francia Pero el rey de Castilla, á pesar de sus derechos á la corona, solo les dió el reino de Murcia con título de feudo. Los dos príncipes, cuando se vieron libres, dieron oidos á la ambicion mas que á la prudencia, y tomaron las armas contra el rey de Castilla. Felipe no pudo ó no quiso socorrerlos, y fueron vencidos. Cárlos II de Anjou no queria someterse á las condiciones del tratado de Oleron (otros autores la llaman de Campfrane); pero al fin, fastidiado de su largo cautiverio, aceptó aquella tregua vergonzosa contra la cual habia protestado el pontífice,

Paz de Tarascon (1291). Felipe, escitado por las advertencias del papa, no quiso ratificar el tratado y volvió á comenzar la guerra. El pontífice absolvió á Cárlos de su juramento; pero este príncipe quiso cumplirlo, y se presentó en las fronteras de Aragon con la intencion de volver al cautiverio. Muchos caballeros franceses declararon que estuvo allí sin armas y con muy pocos sirvientes: Rymer, historiador inglés, asegura al contrario, que llegó acompañado de un cuerpo de tropas. Despues de algunas conferencias inútiles, tenidas en Perpiñan, volvió Cárlos á Italia, venció en Calabria á los aragoneses y se hicieron treguas: los dos monarcas convinieron en verse en Junquera. Dos legados del papa asistieron

á la conferencia, que se trasladó despues á Tarascon, donde se concluyó en 1291 el tratado de paz, favorable á Roma y contrario á Aragon. El rey Alonso prometió ir á la capital del mundo cristiano á impetrar su perdon, la absolucion y el levantamiento del entredicho puesto en sus dominios. Cárlos, rey de Nápoles, prometia empeñar á Cárlos de Valois, hermano de Felipe, que renunciase al trono de Aragon que el papa le habia dado: y ambos príncipes pasarian á hacer guerra á los infieles en Palestina. En fin, el rey de Aragon prometia no dar socorro á su hermano don Jaime en el caso de que este quisiese conservar el trono de Sicilia. Cárlos de Valois, habiendo casado con Margarita, hija del rey Cárlos II de Nápoles, renunció á todas sus pretensiones sobre el reino de Aragon, y recibió como indemnizacion, de la generosidad del rey Felipe su hermano, los condados de Maine y Anjou.

Habiendo fallecido en este tiempo don Alonso, rey de Aragon, le sucedió don Jaime su hermano. Este príncipe débil firmó el tratado de Tarascon, se reconcilió con Cárlos II, le cedió la isla de Sicilia, y casó con Blanca, su hija segunda.

Pero Fadrique, hermano tercero de Alonso y de Jaime, fue nombrado rey por los sicilianos, que abandonados de Jaime, habian formado la firme resolucion de no someterse nunca á los angevinos. Don Jaime le negó todo socorro y le amenazó que pelearia contra él.

Don Fadrique, atrevido, ostinado y valiente, se mantuvo con tanta habilidad y fortuna contra su hermano, Nápoles y Roma, que al fin se vieron obligados á dejarla por su vida el reino de Sicilia con el nombre de Trinacria: y se resolvió que despues de su muerte volviese aquel reino á la casa de Anjou: lo que nunca se cumplió: porque cuando murió Fadrique, los angevinos solo tenian fuerzas para conservar el reino de Nápoles. Los sicilianos no habian perdido la memoria de la tiranía sangrienta de los franceses, ni de la execrable venganza con que ellos los habian castigado. Este recuerdo horrible hacía odiosa la dominacion angevina, y los príncipes de Aragon debieron sus victorias no menos que á su habilidad y al valor de los almugábares que á la ostinada resistencia del pueblo, y al aborrecimiento que profesaba á la descendencia de Cárlos de Anjou.

Castilla tomó poca parte en estas guerras. Cuando el rey don Sancho, exigió la libertad de los infantes de la Cerda, supo que don Lope de Haro aconsejaba al rey de Aragon retener los prisioneros. Don Sancho le mandó venir á la corte y afeó su proceder con palabras imperiosas. Haro, ardiendo en ira, tiró de la espada, y el rey le dió muerte. Muchos señores se armaron en venganza suya, y las turbulencias que produjo este acontecimiento dieron bastante que hacer á don Sancho, y le impidieron atender á las guerras y negociaciones entre Francia y Aragon.

Mientras que la discordia agitaba á los reyes de Europa, la santa Sede entendia en la reforma de muchos abusos que por la calamidad y licencia de los tiempos se habian introducido en los eclesiásticos.

Un concilio que se celebró en Wurtzburg en 1289, y otro de Ruan de 1299 publicaron decretos fulminantes contra los sacerdotes y religiosos que lidiaban en los torneos, frecuentaban las tabernas, tenian mancebas, usaban de vestidos suntuosos é inmodestos, alojaban mugeres en sus casas y empleaban el dia en convites. En los anales de Oldemburg se cita la inmoralidad de algunos señores eclesiásticos que permitian á sus vasallos el adulterio, durante un año, mediante una contribucion cuantiosa. El duque de Brabante y el conde de Luxemburgo habian concertado terminar, por medio del desafio, una antigua disputa. Presentáronse en el campo de batalla, cada uno al frente de mil quinientos caballeros El conde y sus tres hijos perecieron en el combate, y en desprecio de los cánones de la iglesia, el arzobispo de Colonia peleó en este desafio, y fue hecho prisionero. La ignorancia del siglo oponia obstáculos, que parecian invencibles, al celo y solicitud de los prelados celosos y poseidos del espíritu del Evangelio. Aun dominaba en Europa el principio de la fuerza, introducido por los bárbaros: y pasaron muchos años antes que cediese á las luces de la justicia y de la sabiduría que el cristianismo diseminaba.

En este tiempo se esparció en toda Europa la creencia de haber sido trasladada por mano de ángeles, primero á Dalmacia, despues á un bosque de Romaña perteneciente á una santa viuda llamada Laureta, y en fin á la playa del Adriático, la humilde casa de Nazareth en que habitó la familia del Salvador. Edificóse junto al mar el santuario y ciudad de Loreto, célebre por los milagros y por los dones de los peregrinos. En este siglo el estado de guerra era una necesidad general de los grandes y del pueblo: la paz, contraria á las ideas y ocupaciones habituales, los fatigaba. Eran pocos los que profesaban el comercio, y menos todavía los que cultivaban las artes y las letras. Los trabajos de la agricultura se confiaban á los siervos del terruño. Las únicas profesiones veneradas eran el estudio de la teología, que abrió en Europa la puerta á los demas, los torneos durante la paz, y la vida de los campamentos y los trabajos militares durante la guerra. Pero ningun principio político dirigia ni las guerras, ni las paces. La inquietud ambiciosa, y la esperanza de aprovecharse de la fortuna ponia las armas en la mano: el cansancio las hacía dejar, y se firmaban treguas ó paces poco duraderas.

Guerra con Eduardo I: conquista de Guicna (1292). No obstante la prontitud con que Eduardo, rey de Inglaterra, vino á París á hacer á Felipe solemne homenage y á prestarle juramento como vasallo y duque de Guie-

na, era fácil prever, que estas demostraciones de amistad, mas políticas que sinceras, no producirian otra cosa sino una concordia de poca duracion. En efecto, no tardó en conocerse la parcialidad de Eduardo cuando fue mediador entre los reyes de Aragon y Francia. El rey de Inglaterra era muy altivo y poderoso para sufrir con resignacion el yugo del vasallage: y cuando hubo sometido el reino de Escocia, que vino á ser, bajo el flaco rey Juan Bailleul, feudo de su corona, se conoció claramente que solo esperaba ocasion favorable para romper los vínculos que le hacian dependiente de Felipe en cuanto á los estados que poseia en Francia..

Estando los ánimos preparados para la discordia, el mas leve motivo bastó á encender la guerra. Un hombre, que pertenecia á la tripulacion de un buque inglés, acometió y asesinó en el puerto de Bayona á un marinero normando. La parcialidad de los ingleses dejó impune este delito. La injusticia cometida en las orillas del Adur se supo en las del Sena: los normandos irritados toman las armas, se embarcan, recorren el mar, cogen y saquean muchos navíos ingleses. Una escuadra inglesa, por represalias, acomete á doscientas barcas normandas cargadas de botin, las apresa y las lleva á los puertos de la gran Bretaña. Desde que empezaron estas querellas, envió Eduardo á París al conde de Lincoln á pedir el castigo de los corsarios normandos y la reparacion de los

perjuicios causados á su comercio. Pero sin esperar, como debia, la respuesta del gobierno francés, sus tropas salieron de los límites de Guiena y sorprendieron y abrasaron la Rochela. Felipe, justamente indignado de este quebrantamiento de la paz, intimó al rey de Inglaterra que le diese satisfaccion, y le amenazó con citarle al parlamento sino restituia las presas que habian hecho á los franceses sus tropas terrestres y marítimas. Eduardo respondió con altivez, que si los franceses tenian quejas que dar, podian presentarlas al parlamento inglés, que era independiente y les haria justicia.

Poco tiempo despues fue citado al parlamento de París como duque de Guiena y vasallo del rey Felipe. Acusósele de haber tolerado las hostilidades de los habitantes de Bayona y de los piratas ingleses, rehusado toda satisfaccion, y permitido á sus vasallos que continuasen en sus violencias, de que habian sido víctimas cuatro oficiales del rey y gran número de franceses. Ademas se le acusaba de haber proferido palabras injuriosas contra su señor, el rey de Francia, y de escitar en todas partes á la rebelion los vasallos de este príncipe. La sentencia dada por Felipe, terminaba en estas palabras que refiere el abate Vely: "he aquí, rey de Inglaterra, los escesos cometidos por los vuestros: los conoceis, y los habeis tolerado ó permitido: por lo cual, ordenamos y mandamos que os presenteis en nues-

tro tribunal el dia vigésimo despues de la fiesta de Navidad, para responder á todas estas acusaciones, oir lo que la equidad le dictará y someteros á su sentencia." Eduardo, como era de esperar, no obedeció ni á esta citacion ni á otra segunda, y fue condenado en rebeldía como reo de felonía. El conde de Henao creyó que podria aprovecharse de este rompimiento para satisfacer sus enojos particulares contra el rey de Francia. Confiando con harta ligereza en el ausilio de los ingleses, tomó las armas: pero Cárlos de Valois, entró con prontitud en sus dominios, y le aterró de tal modo con su repentina invasion que se sometió y vino á París á pedir perdon.

Pero el rey Felipe, que hasta entonces habia sido muy pródigo y descuidado, se hallaba sin dinero. Obligado á satisfacer los gastos de la guerra inminente, y á rechazar el gran número de enemigos que la política activa de Eduardo suscitaba contra él, impuso pesadas contribuciones á los vasallos de sus estendidos señoríos. Entre estas contribuciones habia una que se llamó entonces *mautollu* (mal quitado), y despues *maltote*. La cobranza de este tributo fue difícil, principalmente en Normandía: y causó en Ruam violenta sedicion. Las tropas reales la reprimieron, y el rey ejerció contra los rebeldes cruel severidad: unos fueron ahorcados, otros desterrados, y se confiscaron los bienes de todos.

Segun el uso, ya antiguo, que suspendia

las querellas particulares cuando eran llamados los vasallos á alistarse bajo la bandera real, mandó Felipe á los señores que suspendiesen sus desavenencias, y se reuniesen con él contra el rey de Inglaterra: y aun quiso aprovecharse de esta circunstancia para abolir el uso de los combates judiciales. Los tribunales habian mandado celebrar un desafio entre los condes de Foix y de Armagnac que disputaban la herencia de Gaston de Moncada, vizconde de Bearne. Segun los usos de la caballería, el duelo debia hacerse en público con asístencia del rey. Ya estaba abierto el palenque: los dos adversarios juraron sobre los evangelios que peleaban por la justicia de su causa; los reyes de armas dieron la señal del combate, y comenzó la pelea. Despues de una lid vigorosa y prolongada, el conde de Armagnac cayó derribado en la arena. El rey mismo fue á levantarlo, y declaró que por la plenitud de su poder régio avocaba á sí esta causa, y la sentenciaria. El orgullo feudal, espantado de este acto imprevisto del poder supremo, pareció someterse, y dejó al príncipe repartir la herencia entre los dos contendientes. Pero si se ha de creer á Moreau, que escribió la historia del Bearne, la sentencia del rey cubrió, mas no estinguió el fuego de esta discordia que duró todavía sesenta años.

Por decreto del parlamento contra Eduardo se confiscó el ducado de Guiena; y el condestable Radulfo de Nesle, encargado de la

ejecucion de la sentencia, conquistó rápidamente á Burdeos, Bayona y otras muchas ciudades. Eduardo aterrado envió á París al príncipe Edmundo su hermano, para que diese á Felipe una carta en que disculpaba no ir él mismo en persona con el pretesto del mal estado de su salud que no le permitia embarcarse. Muchos escritores ingleses, para borrar la nota que sufrieron sus armas por las conquistas del condestable, dicen que Eduardo no se opuso á la invasion de Guiena, porque estaba seguro de recobrarla y ponerla en lo sucesivo, no como feudo sino como dominio conquistado, libre de toda dependencia y homenage. Estos mismos autores acusan de mala fé al rey de Francia, y dicen que el príncipe inglés Edmundo, engañado con falsas promesas, y esperando respuesta favorable, habia ido al parlamento, y con gran sorpresa suya se le negó toda restitucion. Añaden que este príncipe, exhalando entonces su indignacion contra un artificio tan ruin, en que habian tenido parte la reina de Francia y su madre, dió pretesto á Felipe para renovar con la violencia de sus espresiones en pleno parlamento las quejas contra Eduardo, y confirmar la confiscacion de Guiena. Los historiadores franceses no dan crédito á estos hechos que cuenta Rapin de Thoiras, aunque este autor cita, en apoyo de su opinion, una memoria escrita por el mismo Edmundo. Habiendo desaparecido toda esperanza de reconciliacion, solo pensa-

ron los dos gobiernos en asegurar la victoria con la fuerza de sus ejércitos y el número de sus aliados.

Confederacion contra Felipe (1293). La envidia que inspiraba Francia por haber llegado en poco tiempo á ser tan poderosa bajo el gobierno de sus reyes, favoreció entonces los proyectos de Eduardo; y este príncipe logró hacer contra Felipe una coligacion formidable, cuyos miembros celebraron un tratado en Cambrai. Los aliados del rey de Inglaterra fueron Adolfo de Nassau, rey de romanos, que esperaba realizar sus pretensiones sobre el Franco condado; el conde de Bar, el duque de Brabante, yerno de Eduardo; el conde de Gueldes y el arzobispo de Colonia. Guido de Dampierre, conde de Flandes, creyendo favorable la ocasion para hacerse independiente, accedió tambien á la confederacion inglesa. Los príncipes aliados de Felipe, fueron Juan Bailleus, rey de Escocia, que deseaba sacudir el yugo de Inglaterra y tener un protector casando con Isabela de Valois, sobrina del rey de Francia; Erico, rey de Noruega, y Alberto, duque de Austria y enemigo del rey de romanos: Humberto, delfin de Viena; y en fin Hugo de Longwy, Jacobo de Chatillon y algunos pueblos de España prometieron socorro al monarca francés.

Adolfo de Nassau, rey de romanos, envió un cartel de desafio á Felipe, con una carta tan injuriosa que el rey de Francia respondió

con estas palabras de desprecio: "en verdad que su estilo es muy aleman."

Algunos años despues Alberto, duque de Austria, dió batalla cerca de Spira al rey de romanos, le venció y mató, y se abrió camino con su espada al trono imperial. Eduardo perdió tambien la alianza del conde de Flandes; el cual, no tomando bastantes precauciones para guardar su persona, fue preso por algunos oficiales franceses. Felipe le dió libertad poco despues; pero conservó como rehen á su hija, que estaba prometida al hijo del rey de Inglaterra.

Victorias de Cárlos de Valois (1296). Los ingleses hicieron la guerra en Guiena con flojedad y poca fortuna. No atreviéndose á acometer á Burdeos, se contentaron con sorprender á Bayona y fatigar el ejército del Condestable, inferior en número. Pero Cárlos de Valois, que acudió en su socorro, rechazó á los ingleses, tomó la Reole, y afeó su gloria con actos de crueldad; pues mandó ahorcar á los oficiales de la guarnicion de san Severo, que se le habia rendido. Edmundo, hermano del rey de Inglaterra, salió al opósito á Cárlos, pero fue derrotado, herido, y se vió obligado á encerrarse en Bayona, donde murió de las heridas.

Poco despues el conde de Lincoln, nuevo general del ejército inglés, tomó la ofensiva y dió batalla á los franceses, mandados por Roberto, conde de Artois. La suerte de las

armas le fue contraria, y los ingleses perdieron gran número de soldados en el combate, y muchos prisioneros. El ejército derrotado, se dispersó perseguido; y los generales Lincoln y Richemont buscaron su salvacion en la fuga.

Al mismo tiempo hicieron un desembarco en Inglaterra Mateo de Montmorency y Juan de Harcourt: pero el único resultado de esta espedicion fue el incendio de la ciudad de Douvres.

El conde de Flandes, recobrada su libertad y reclamando en vano la de su hija, tomó de nuevo las armas contra Felipe. Dos eclesiásticos fueron los que llevaron al rey de Francia el desafio y la declaracion de guerra del conde: lo que dá á entender con bastante claridad cuales eran las costumbres singulares de aquel siglo. Felipe reunió numeroso ejército para castigar la temeridad de su vasallo. Entonces publicó una nueva ordenanza prohibiendo todas las guerras privadas mientras durase la del rey y el embargo por deudas de los caballos y armas de los que acudian á las banderas reales.

Queriendo grangearse la amistad de Juan, conde de Bretaña, le dió el título de duque y par de Francia, con el privilegio de no poder ser citado al parlamento por simple intimacion, sino en caso de atentado contra la supremacía real y de apelacion por falsos juicios. La creccion de Bretaña en ducado par

fue el primer acto de este género en la monarquía francesa: Felipe lo convirtió en derecho y aumentó de este modo considerablemente la autoridad real, que se elevaba poco á poco sobre las ruinas del feudalismo. Anjou y Artois fueron hechos condados pares por el mismo Felipe.

Esta fue la época mas brillante de su reinado. Quedaba abatido el conde de Flandes: los ingleses del mediodia, derrotados en tres batallas, habian huido: el duque de Bar peleó con un ejército francés, mandado por Juana, reina de Francia y de Navarra y condesa de Champaña, y fue completamente vencido y hecho prisionero. Pero una escena mas grande se empezaba entonces en el teatro del mundo.

Un pontífice, de grande talento y de carácter obstinado, emprendió no solo conservar, sino tambien estender el supremo dominio que desde los tiempos de Gregorio VII ejercia Roma sobre los príncipes cristianos: pero no atendiendo á la diferencia de las épocas y del espíritu europeo, sucumbió en su empresa y las monarquías quedaron independientes. No era ya aquel siglo donde era preciso oponer á la barbarie de los príncipes y señores el freno moral de la iglesia. Las costumbres de los pueblos se habian civilizado: la política habia recobrado sus verdaderos principios, y la dictatura cristiana no era por consiguiente tan necesaria.

Despues de la muerte de Nicolao IV, los cardenales eligieron por sumo pontífice al ermitaño Pedro de Moron, hombre santo, pero sencillo. Tomó el nombre de Celestino V: y siendo sus virtudes mas bien monásticas que políticas, fundó el orden de los celestinos. Benito Cayetano, sabio jurisconsulto y hombre de mucha capacidad y destreza, se hallaba en su corte: y deseando sucederle, logró persuadirle, como era verdad, que el peso de la tiara no se habia hecho para él.

Celestino, convencido por las razones de Cayetano, y segun los detractores de éste, por sus artificios criminales, pero sobre todo é indudablemente por la voz de su conciencia que le advertia su incapacidad, reunió los cardenales, declaró ante ellos su abdicacion, y les pidió que eligiesen un sucesor. Los cardenales aprobaron su resolucion, Benito Cayetano fue elegido y tomó el nombre de Bonifacio VIII.

El nuevo papa, aunque dotado de mucho talento, elocuencia, política y vigor, era el menos propio para lograr su empresa: porque carecia de las virtudes de Gregorio VII, del espíritu suave y conciliador de Alejandro III y de la habilidad de los dos Inocencios III y IV en conócer y apreciar las circunstancias. Sus costumbres y su orgullo han sido censuradas en todos tiempos por los historiadores eclesiásticos y profanos. El padre Daniel dice que se creia superior á cuantos

le habian precedido en la santa sede, y lamenta el funesto efecto de sus decretales que fueron desaprobadas por sus sucesores. Atribuíasele haber acortado los dias de Celestino, á quien mandó recluir en el castillo de Fumone. Habiendo sido, cuando particular, celoso gibelino, fue el mas ardiente de los güelfos desde que ascendió al pontificado, y se cuenta que un miércoles de ceniza, imponiéndola al arzobispo de Génova, le dijo: "acuérdate, hombre, que eres gibelino; y que como gibelino, serás herido por el rayo y reducido á cenizas." No pueden censurarse en él el intento de someter á los Colonas, gibelinos y por tanto enemigos de los justos derechos temporales de la iglesia; pero fue reprehensible la violencia con que los hizo prender y quiso que fuesen juzgados como traidores. Los Colonas apelaron al concilio general futuro, y declararon que acusarian en él á Bonifacio por los indignos artificios de que se valió, segun decian, para obligar á Celestino á abdicar la tiara.

Bonifacio escomulgó á los dos cardenales Colonas por hereges y rebeldes, y mandó insertar la proscripcion de esta familia en la famosa coleccion de decretales que empezó á formarse en el pontificado de Gregorio IX. Uno de los Colonas tomó las armas: pero derrotado por las tropas pontificias, se puso en fuga. Los demas entregaron sus fortalezas con la esperanza del perdon que se les habia pro-

metido: pero viendo que la persecucion no cesaba, huyeron, unos á Sicilia y otros á Génova y Francia.

El papa, aniquilados sus enemigos de Roma, manifestó al descubierto sus pretensiones á la monarquía universal: nombró un rey para Ungría: dió al monarca de Aragon las coronas de Cerdeña y Córcega (lo que podia hacer, porque los pisanos, cuando las conquistaron de los sarracenos, las hicieron feudos de la santa Sede) y en fin, envió á Francia dos Cardenales con órdenes á Felipe y á Eduardo para que se sometiesen á su mediacion é hiciesen la paz, so pena de incurrir en escomunion si dentro de breve término no obedecian. Felipe respondió: "el rey de Francia gobierna sus estados como le parece, y no recibe ley de nadie. La guerra que tengo con la Inglaterra, no es asunto de religion: el papa puede dar consejos á los franceses, pero no órdenes; y jamás las recibirán de él." El conde de Flandes, que tenia necesidad de quien le protegiese contra el rey, apeló al papa de la sentencia de Felipe, y el obispo de Meaux intimó al rey que hiciese justicia al conde de Flandes y pusiese en libertad su hija, amenazándole, sino lo hacía, con el tribunal de Roma. Felipe se irritó de este atrevimiento, tanto mas, cuanto el obispo era su vasallo, y declaró solemnemente que jamás daria cuenta de su conducta sino á Dios solo, ni permitiria que se in-

trodujese en su reino las máximas ultramontanas.

Pero Felipe no era mas virtuoso que Bonifacio, y defendió la causa del trono con armas muy diferentes de las de san Luis. Ostigado por una liga formidable, y hallándose exhausto el erario por sus dilapidaciones anteriores, hubo de echar sobre sus pueblos un impuesto considerable y no acostumbrado, que escitó el descontento general. Para calmarlo, alivió á los pueblos y á los señores en parte de la contribucion, y la echó sobre los bienes del clero.

Bonifacio prohibió formalmente al clero francés pagar el tributo que se le exigia : y en la famosa bula promulgada á este efecto, y conocida con el título de *clericis laicos*, condena á los reyes que se atrevan á imponer contribuciones sobre los bienes de la iglesia: declara traidores y cobardes á los obispos y abades que los paguen sin consentimiento del sumo pontífice; amenaza de escomunion á todos los que contravengan á sus órdenes, y considerando las disposiciones de la bula como máximas generales de derecho público, las amplía, no solamente á Francia, sino tambien á todos los estados de la cristiandad.

Felipe, en represalias, publicó una ordenanza prohibiendo á sus vasallos toda esportacion de oro, plata, pedrerías, caballos, víveres y municiones sin su espreso permiso, y sin designacion de los lugares adonde estos

géneros iban á ser esportados. Su objeto era impedir que pasasen á Roma los frutos de la piedad y devocion de los fieles, creyendo que así quitaba á la corte pontificia uno de los apoyos de su autoridad temporal. Bonifacio le escribió indignado: "Si os atreveis á estender á los eclesiásticos la autoridad de vuestros edictos, mereceis el anatema pronunciado contra los agresores de las franquicias de la iglesia y violadores de sus privilegios. La iglesia, por la voluntad de Dios, tiene el derecho de mandar á todos y de no recibir órdenes de nadie. Sabed, pues, príncipe secular, que vuestro cetro no tiene poder alguno sobre el clero: ni olvideis que la disputa que hay entre vos y el rey de Inglaterra, es, por su naturaleza, de la competencia de la santa sede: pues se trata de saber y decidir si habeis podido, sin pecar, quitar la Guiena á Eduardo y el condado de Borgoña á Adolfo de Nassau." Despues de otras muchas reprehensiones, termina su carta, amenazándole con la censura y el entredicho en sus estados, si desconocia la autoridad de su tribunal. La guerra estaba, pues, declarada; y muchas bulas y ordenanzas reales sirvieron de manifiestos. Felipe, en un largo preámbulo, decia á sus pueblos: "Si cedemos á las pretensiones de Roma, ningun rey podrá ni defender sus estados, ni proteger su nobleza, ni conservar la independencia y seguridad de su pueblo. Yo respeto la iglesia: pero no

temo amenazas injustas, ni imitaré el ejemplo de Inglaterra, ni de Adolfo de Nassau, que han reconocido al papa por su soberano: y Bonifacio, usando de los derechos que le han cedido, acaba de castigar la rebelion del uno y la tardía resistencia del otro." La mayor parte de los prelados de Galia adhirieron á la causa del rey.

El arzobispo de Reims y muchos obispos representaron vivamente á Bonifacio el daño que causaban sus pretensiones, y las funestas consecuencias que podian traer al mismo clero, cuya autoridad queria estender tan desmedidamente. En fin, despues de haber declarado al sumo pontífice que la iglesia galicana se reuniria para asegurar la tranquilidad del estado, y defender con todas sus fuerzas el honor del rey y la independencia del reino, suplicaron á Bonifacio que revocase ó modificase la bula.

Esta oposicion obligó al papa á hacer algunas concesiones, y permitió al clero francés dar al rey pequeños socorros en dinero, no á título de impuestos, sino como préstamos ó dones gratuitos. Felipe, mal satisfecho de esta corta reparacion, publicó un nuevo edicto declarando que no reconocia superior en cuanto al gobierno de su reino, y que si estaba sometido al papa en las cosas espirituales, sabria defender la independencia de la autoridad temporal que Dios le habia confiado.

Victorias de Felipe en Flandes (1297). Las victorias de Felipe hicieron que triunfase su causa. Despues de haber armado caballeros con toda solemnidad á su hermano el conde de Evreux, y á ciento y veinte señores franceses, se paso al frente de su ejército, entró en Flandes, taló el pais, dispersó las tropas de la confederacion, y sitió á Lila. Sus generales vencieron muchos cuerpos flamencos cerca de Comines, é hicieron prisioneros á muchos señores. Roberto, conde de Artois, famoso por su valor que rayaba en temeridad, acometió otra parte de Flandes, logró una victoria señalada, cerca de Furnes, del ejército de la liga, é hizo gran destrozo en los flamencos. Los condes de Juliers y de Beaumont fueron derribados y hechos prisioneros: pero el vencedor pagó cara la victoria: pues su hijo mayor murió poco despues de las heridas que recibió en la batalla. El rey de Inglaterra, que llegó demasiado tarde para socorrer á sus aliados, se hizo fuerte en Brújas. Felipe marchó contra esta plaza, que no se atrevió á ponerse en defensa y se rindió, retirándose los ingleses á Gante. Poco despues se volvieron á embarcar. Cárlos de Valois y el condestable de Nesle los persiguieron con ardor, esperando abrasar su armada: pero la prontitud con que huyó, burló la diligencia de los franceses. El rey de Nápoles y el conde de Saboya propusieron su mediacion: y Felipe, cediendo á sus instan-

cias, concedió treguas por un año al rey de Inglaterra y al conde de Flandes; durante las cuales, el rey de Francia quedó en posesion de Lila, Courtrai, Furner, Casel, Brújas y Douay. Despues de esta campaña corta y gloriosa, volvió triunfante á París en los primeros dias de noviembre. El triunfo de las armas de Felipe produjo su efecto ordinario: aumentó el afecto de sus pueblos, resfrió el ardor de sus enemigos, y obligó á Bonifacio á mudar por algun tiempo de tono y lenguaje.

El sumo pontífice modificó ó esplicó, por medio de una declaracion, en un sentido mas suave, las disposiciones de su decretal *clericis laicos*, que, segun decia, no es aplicable á Francia, donde los reyes pueden exigir subsidios de los eclesiásticos sin permiso de la santa Sede, cuando lo exigen las necesidades del estado. "Nunca hemos pretendido, añade, atentar contra las franquicias del reino de Francia, los derechos de los reyes ni los privilegios de duques, condes y barones." Felipe, orgulloso con este triunfo, convocó la asamblea de los prelados de Francia, y mandó leer en ella la declaracion pontificia.

En este intervalo de buena armonía entre el rey y el papa, fue canonizado san Luis, llamado ya santo por la voz pública y la veneracion de los pueblos. Tres obispos fueron enviados por Bonifacio á París á hacer las informaciones, é interrogaron á trescien-

tos testigos. Uno de ellos fue el señor de Joinville, antiguo compañero del buen rey. Los testigos declararon y verificaron sesenta y tres milagros obrados por las reliquias del monarca. En cuanto á sus virtudes cristianas y morales, eran de notoriedad en toda Europa. El dia que llegó la bula de canonizacion de san Luis, fue celebrado en toda Francia con grandes fiestas y públicas alegrías. La corte y la ciudad concurrieron á san Dionis; la capital resonó con los instrumentos y cánticos del pueblo: hubo muchos banquetes: ilumináronse todas las calles. El cuerpo del desgraciado monarca fue llevado en procesion á la santa capilla por los arzobispos de París y Leon, y devuelto á san Dionis por el rey y su familia. Algunos años despues se trasladó y depositó una costilla del santo rey en la iglesia de Nuestra Señora, y su cabeza en la santa capilla. En todos los pueblos de Francia se consagraron iglesias á san Luis. El anciano Joinville vió en sueños el alma de su antiguo amigo, y tuvo con ella el siguiente diálogo, referido candorosamente por el mismo senescal. "Señor, le dije, cuando salgais de aquí os daré alojamiento en una casa mia." "Por la fé que te debo, me respondió el ánima del rey, no saldré tan pronto, pues ya estoy aquí." "Cuando desperté, añade Joinville, me ocurrió que esta aparicion era para advertirme que debia consagrar mi capilla al rey: y así mandé

construir en ella un altar, y fundé una misa perpétua bien dotada en honor de Dios y mi señor san Luis.

Felipe, viendo que el papa modificaba sus decretales, que abandonaba la mayor parte de sus pretensiones, que reconocia en él la facultad de exigir impuestos del clero de Francia, y prometia favorecer la eleccion de Cárlos de Valois al trono imperial, consintió en nombrarle, no juez, sino árbitro entre él y el rey de Inglaterra. El imperio, Francia y Eduardo enviaron sus embajadores á Roma. Bonifacio cometió la imprudencia de pronunciar un juicio evidentemente parcial en favor de los enemigos de Felipe.

El conde de Flandes habia sido vasallo rebelde y pérfido: Eduardo, que habia rehusado castigar á los que asesinaron franceses en sus estados, acababa de manchar su trono con un acto de crueldad, mandando cortar la cabeza al príncipe de Gales, vencido y hecho prisionero por sus armas. Fruto de este crímen fue la reunion del príncipado de Gales á la corona de Inglaterra. A pesar de todo, la sentencia de Bonifacio mandaba á Felipe restituir á Eduardo la Guiena, y al conde de Flandes todas las plazas conquistadas por los franceses. Despues debia tomar la cruz y hacer el viaje de Palestina. Queria tambien, que para asegurar la paz, casase Eduardo con Margarita de Francia, é Isabela, hija de Felipe, con el heredero del trono inglés. Eduar-

do debia restituir á Francia algunos castillos que habia tomado, y hasta la completa ejecucion del tratado de paz, habian de quedar las plázas que los dos reyes se restituian, en poder del sumo pontífice como en depósito. El papa, para hacer pública su sentencia, la intimó solemnemente en pleno parlamento á Felipe por manos del obispo de Durham, embajador del rey de Inglaterra.

Bastaba desechar esta sentencia y recusar el juez, si se creia injusta: mas no se contentó con eso la corte de Francia. Felipe dió señales de desprecio é indignacion concentrada: Roberto, conde de Artois, prorrumpió en espresiones de ira, arrancó la bula de manos del embajador, la rompió y la arrojó al fuego, jurando que un rey de Francia no admitiria jamás condiciones tan injustas é ignominiosas. Felipe no reprimió tan indecente violencia, porque no le desagradaba: protestó solemnemente contra la decision, principalmente en la parte relativa al conde de Flandes, que era la mas contraria á la autoridad real, al honor de Felipe y á los principios del derecho feudal. Al mismo tiempo se supo la muerte de Adolfo de Nassau, y que Bonifacio favorecia las pretensiones de Alberto de Austria al imperio, en perjuicio de las de Cárlos de Valois. Cuando el papa supo el arrojo de Roberto de Artois, esclamó: "¿qué, se ha atrevido á quemar mi bula en presencia del rey y de los grandes? Hasta

ahora ningun herege, pagano ó tirano ha cometido semejante osadía."

Sumision del conde de Flandes (1299). Desvanecióse toda esperanza de paz: y apenas espiró la tregua en 1299, Cárlos de Valois invadió á Flandes y se apoderó sin dificultad de Bethune, Dam y Douay. Guido de Dampierre, conde de Flandes, que se habia retirado á Gante, cediendo al terror que le inspiraba tan poderoso enemigo, se sometió, pasó á París, y puso á merced del rey sus estados, su persona y las de sus hijos Roberto y Guillermo. Felipe vacilaba entre la clemencia y el rigor; pero triunfó el deseo de la venganza. Su corazon no era bueno, y degradó la dignidad real mostrándose poco generoso con un enemigo desarmado. No concedió ni al conde de Flandes, ni á sus hijos mas que la vida: púsolos en prision con cuarenta señores de su comitiva, confiscó el condado de Flandes, y confió el gobierno de aquellos dominios á Santiago de Chatillon, conde de San Pol, tio de la reina.

Establecimiento del Jubileo (1300). El papa perdió poco despues otro protector. Felipe invitó á Alberto de Austria á una conferencia en que conciliaron sus intereses y estipularon el matrimonio de Blanca, hermana del rey de Francia, con Rodulfo, hijo de Alberto. Arregláronse tambien los límites del imperio y de Francia: y algunos historiadores aseguran que por este tratado renunció Felipe en favor de la casa de Austria, á sus preten-

siones sobre Lorena y Alsacia, y que el emperador, por su parte, abandonó las suyas sobre el antiguo reino de Arlés. Esta defeccion inesperada de un aliado, en el cual fundaba su mayor esperanza, irritó en gran manera á Bonifacio. Anuló la elecion de Alberto, échó de Roma á sus embajadores, vistió trage militar, se mostró en público con espada en mano, y declaró solemnemente que no habia otro rey de romanos ni otro César sino el sumo pontífice, monarca supremo de la cristiandad. Mas no por eso dejaron de celebrarse las bodas entre Blanca y Rodulfo.

En el año de 1300 determinó Bonifacio conceder en él y establecer para los años seculares sucesivos, el jubileo é indulgencia plenaria que algunas veces se habia concedido en los tiempos anteriores á los que visitaban como peregrinos el sepulcro de los apóstoles. Un gran número de fieles acudió á Roma de todos los paises: cada dia del año mil trescientos, segun dice Villani, se vieron en Roma doscientos mil peregrinos. Sus cuantiosas limosnas se aplicaron á las fábricas de las iglesias, y á la subsistencia de los pobres, y no al tesoro pontificio, como dicen calumniosamente los enemigos de la sede apostólica. Los años de jubileo fueron despues mas próximos. Clemente VI mandó que el intervalo fuese solamente de cincuenta años, Urbano VI de treinta y tres y Paulo II de veinte y cinco.

La guerra entre la tiara y el trono era mas

enardecida cada dia. Cualquier suceso daba orígen á nuevos debates y alimentaba el fuego de la discordia. Felipe envió por embajador al papa á Nogaret, baron de Cauvisson; el cual prometió que el rey marcharia á Palestina cuando se hubiesen transigido sus desavenencias: y le previno al mismo tiempo que el rey de romanos acababa de firmar un tratado de alianza con Felipe, y que ambos estaban resueltos á no someterse jamás á las pretensiones temporales de la santa Sede. Al mismo tiempo advirtió al papa el peligro que corria escitando el enojo de un monarca tan poderoso y firme como el rey de Francia. Bonifacio se quejó amargamente del proceder de Felipe y de los señores franceses, en particular del vizconde de Narbona que habia hecho homenage al rey por sus dominios en lugar de hacerlo al arzobispo de Narbona de quien era vasallo. Felipe envió á Roma al mismo arzobispo, hombre moderado, para que aplacase la ira del pontífice: pero nada consiguió.

Prision y causa del obispo de Pamiers (1301). Bonifacio nombró legado suyo en París á Bernardo de Saisset, obispo de Pamiers, ardiente campeon de la supremacía temporal de Roma, y que en una disputa que tuvo con el conde de Foix, habia sido favorecido por el pontífice que la terminó escomulgando al conde. Este prelado irritó mas la llaga, proclamando en París las mismas máximas y pretensiones que apenas podia sufrir Felipe, es-

plicadas desde Roma. Dijo al rey que pusiese en libertad al conde de Flandes, sopena de escomunion y de entredicho en el reino. Felipe le recordó los deberes de un obispo y de un vasallo. "No lo soy vuestro, respondió el legado: en calidad de obispo, no reconozco otra autoridad espiritual ni temporal que la del papa." El rey le mandó salir de su palacio y corte; y apenas llegó Bernardo á su diócesis, mandó el rey á sus tribunales que le citasen y le persiguiesen en juicio. La comision encargada de la instruccion de la causa, se componia de los condes de Foix y Cominges, de los obispos de Tolosa, Beziers y Magalona, del abad de Saint Papoul y de algunos magistrados.

Embargáronse los papeles del acusado; y la comision le intimó que compareciese en término de un mes ante el consejo del rey. Negóse á ello: y el senescal de Tolosa, á pesar de las dudas del guarda sellos Pedro Flotte, y las instancias del arzobispo de Narbona, prendió al obispo y le trajo á Senlis, donde estaba la corte: acto de violencia y arbitrariedad, contraria á la legislacion, existente entonces, y que quitaba al obispo sus jueces naturales, dándole un tribunal de escepcion. Acusósele ante el consejo de traicion, por haber solicitado á los condes de Foix y Cominges á sublevarse contra el rey, de acuerdo con ingleses y aragoneses, por haber dicho palabras injuriosas a la persona del rey; una de ellas fue que debia dársele el título de *monedero falso*, porque

en efecto Felipe habia alterado el valor de las monedas. El arzobispo de Narbona, presente en el consejo y metropolitano del acusado, instándole á que pronunciase sentencia contra él, dijo que segun los cánones, estaba obligado antes de proceder como juez, á consultar á sus sufragáneos y al papa.

Pero la pasion de los señores del consejo era tan declarada, que desembainaron los aceros para matar al obispo allí mismo: Felipe, mas prudente, aunque no menos injusto y vengativo, le libertó de sus furores y le mandó poner en arresto bajo la custodia de los sargentos. El arzobispo de Narbona consultó á ocho obispos que habia en la corte, y todos decidieron que el acusado permaneceria en prision, pero bajo la guardia de la iglesia. Hecho esto, se multiplicaron, como era de esperar, los testigos contra el obispo de Pamiers; y se le intentaron nuevas acusaciones por palabras heréticas contra el sacramento de la penitencia, y por dichos irreverentes contra el papa y contra san Luis. Los prelados, oidas estas declaraciones, escribieron al pontífice, suplicándole que citase á su tribunal al obispo de Pamiers, y le impusiese el castigo que merecia la gravedad de sus delitos.

El pontífice mandó poner inmediatamente en libertad al reo, declarando que ningun príncipe lego tenia poder sobre personas eclesiásticas: y en efecto, tal era la legislacion de aquel siglo. Felipe obedeció, y permitió al ar-

zobispo de Narbona conducir á Roma al obispo de Pamiers para que fuese juzgado. Entonces el papa, creyéndose mas fuerte que su competidor, dió una segunda bula que suspendia todos los privilegios concedidos por sus predecesores á los reyes de Francia, y otra tercera, que es la mas importante de esta célebre causa, en la cual declara á Felipe: 1.°, que está sometido á Roma, tanto en lo temporal como en lo espiritual: 2.°, que de ningun modo le pertenece el nombramiento á los beneficios: 3.°, que aunque el rey esté encargado de la administracion de las temporalidades de las iglesias en Sede vacante, debe restituir los frutos al obispo que se nombre. Felipe respondió á esta bula de una manera indecente, é indigna de la autoridad pontificia y regia, y de la historia: á la verdad sosteniendo sus derechos, pero insultando al papa tan neciamente, que esta carta sola bastaria para hacer ver que aun era necesaria en aquel siglo la supremacía temporal de Romá, pero puesta en otras manos que las de Bonifacio. Sin embargo, este pontífice, si bien estendia ilimitadamente sus pretensiones, no faltó nunca en sus respuestas á la urbanidad y respeto que se deben á sí mismos personages tan altos, aun cuando exortaba al clero de Francia á celebrar un concilio para reformar los abusos, reprimir los escesos de Felipe, y establecer reglas prudentes y sabias de gobierno: aun cuando censuraba á su adversario, porque oprimia al pueblo y al

clero con excesivos impuestos, porque arruinó la iglesia de Leon, porque usurpó en los monasterios una jurisdiccion que no le pertenecia, en fin, porque era destructor y no custodio de la iglesia. "Muchas veces, escribia á Felipe, os hemos mostrado vuestras maldades con la esperanza de escitar en vos saludable arrepentimiento: pero semejante al aspid, cerrais vuestros oidos á nuestros consejos paternales. Por eso hemos mandado á todo el clero francés que venga á Italia cerca de nosotros para terminar con una prudente reforma las calamidades que afligen vuestro reino. Os será permitido comparecer en persona ó por embajador para oir nuestra sentencia y la de Dios."

El monarca francés opuso á estas acusaciones la doctrina del papa Gelasio, que distinguiendo el poder temporal del espiritual, habia declarado á entrambos independientes uno de otro, sin reconocer mas superior que Dios. "Declaro, decia, que desheredaré mis propios hijos, si fuesen tan viles que reconociesen sobre sí, en las cosas temporales, mas poder que el de Dios."

Primeros estados generales de Francia (1302). Las espadas estaban ya desembainadas, y la pelea era inevitable: era forzoso que la tiara cediese ó que la corona cayese al suelo. Cada partido debia reunir sus fuerzas para sostener esta lid decisiva: y Felipe, ó por sus propias luces ó por agenas sugestiones, determinó concentrar todas las voluntades de su nacion contra la tempestad que

le amenazaba, y convocó el clero, los grandes y el pueblo. Esta fue la primera asamblea francesa que tuvo el nombre de *estados generales*: y en presencia suya mandó el rey quemar la bula del papa como atentatoria á la dignidad real: ceremonia inútil y perniciosa en cuanto acostumbraba á los pueblos á ver envilecida la dignidad del padre comun de los cristianos. Los estados generales, aunque Vely diga lo contrario, no fueron una nueva institucion, sino renovacion de las antiguas asambleas de los francos en la primera dinastía, y de los parlamentos convocados por Pipino y Carlomagno en la segunda: porque ademas de los obispos y los señores, llamados entonces *optimates*, los monarcas convocaban hombres libres, diputados de las ciudades. Pasquier cae en el mismo error que Vely cuando dice: "nunca el pueblo fue llamado á las asambleas, ni se hacía de él mas caso que de un cero." Lo que resulta de todos los documentos de la historia francesa, es que la costumbre de escluir al pueblo de los parlamentos, y de no convocar á ellos sino la grandeza y el clero, se introdujo en tiempo de los hijos de Luis el piadoso y de sus descendientes. Los primeros capetos olvidaron tambien á los hombres libres que no eran nobles. Luis el gordo, Felipe Augusto y el mismo san Luis, que protegieron con tanta eficacía las franquicias de los comunes, no les permitieron intervencion en aquellas grandes asambleas en que se de-

liberaba la paz y la guerra, los matrimonios y alianzas de los príncipes, las leyes que los monarcas deseaban hacer generales y que se adoptaba fuera de sus dominios, y en fin, los juicios de los grandes barones acusados de felonía.

Felipe el hermoso fue, pues, el primero que llamando los pueblos al parlamento, dió á esta reunion el nuevo nombre de estados generales: pero al mismo tiempo debe observarse que esta mudanza de nombre produjo una muy favorable á la autoridad regia. Los nuevos parlamentos, despojados de las mas importantes prerogativas de los antiguos, perdieron la de deliberar acerca de las leyes generales, las cuestiones de paz y guerra y los principales intereses del estado. Este proverbio antiguo: *la ley se hace por la constitucion del rey y por el consentimiento del pueblo*, desapareció del derecho público de los franceses. Los estados generales fueron convocados casi con solo el objeto de pedir dinero: y solo les fue permitido esponer humildemente al rey con el nombre de *doleancy*, sus quejas y sus deseos. Es verdad que en su primera reunion se les consultó acerca de las pretensiones de la santa Sede: pero no debe olvidarse que el principal objeto de estas pretensiones era un impuesto sobre el clero, que, segun el papa, no podia exigirse en Francia sin su permiso. Despues los estados generales procuraron estender sus derechos segun las circunstancias, y acaso fue esta una de las razones porque los reyes los convocaron con

poca frecuencia. Los parlamentos tenian la pretension de representarlos en el intervalo de unos á otros, y muchas veces se opusieron á la arbitrariedad de los ministros, y se negaron á archivar las leyes que les parecian injustas; pero sus pretensiones fueron impugnadas, y no pudiendo sostenerlas ni con títulos auténticos ni con la fuerza real, se veían obligados á ceder á la autoridad y á archivar los edictos *en virtud de orden.* Esta falta de derecho público bien arreglado, este caos de intereses y pretensiones opuestas, terminaron en 1789 por una larga y terrible revolucion, que dió origen á pretensiones mas peligrosas y á calamidades cuyo término no se vé todavía. Todo hombre imparcial, que estudie con atencion la historia de Francia, conocerá que lo que hemos dicho es lo mas probable que hay acerca de cuestiones tantas veces controvertidas por sabios publicistas é historiadores juiciosos: pero á pesar de sus indagaciones y de sus ingeniosos sistemas, la série de los hechos citados en los anales franceses, es el hilo mas seguro que podemos seguir para no perdernos en este laberinto político. Otra observacion, que hemos indicado, es de mucha importancia. Habia mucho tiempo que la negligencia desdeñosa de los grandes permitia que el parlamento se llenase de hombres del estado llano. Este cuerpo, compuesto de legistas, abrazó la causa de la autoridad real contra el feudalismo, y formó casi todo el código francés de leyes redactadas

bajo los emperadores romanos: y así, todas las reclamaciones de antigua independencia, fundadas en cartas feudales, fueron tachadas en el parlamento como rebeliones, y se introdujo bajo Felipe el hermoso el crímen de lesa magestad como se habia introducido bajo los primeros señores de Roma. Todas estas mudanzas, opuestas al interés de los nobles y á costumbres que ya eran antiguas, tuvieron grandes y frecuentes oposiciones. El rey Felipe, aprovechándose unas veces de las circunstancias, otras cediendo á ellas, ya suprimia antiguos privilegios, ya concedia nuevos: ya protegia á los legos contra el clero, ya á este contra los señores; y por la division de las clases, se hizo árbitro de todas. Si se clamaba contra una ordenanza injusta, deponia y castigaba á los bailíos, á quienes él mismo habia mandado ejecutarla. Indemnizaba perjuicios verdaderos con promesas ilusorias, y como dice Mably, "no ha existido príncipe mas fácil en prometer y en olvidar lo prometido." Hasta su reinado todas las ordenanzas de los siglos XII y XIII habian sido ventiladas y archivadas en el parlamento. Felipe fue el primero que redactó las suyas con solo su consejo privado, no dejando á los parlamentos mas que la vana formalidad de archivo: y esta flaca rama fue á la que posteriormente se asió el mismo parlamento para oponer resistencia, algunas veces invencible, al poder ministerial.

Los estados generales se compusieron, pues,

de los tres órdenes de la nacion, clero, nobleza y pueblo. Estando reunidos, el rey espuso en una breve oracion su deseo de reformar los abusos, y pidió á los diputados que contribuyesen á reforma tan útil. El canciller habló despues, y manifestó la necesidad del tesoro, y los gastos que exigian la dignidad de la corona y la seguridad del estado. Oida la esposicion de los hechos y la peticion de subsidios, los tres órdenes deliberaron separadamente, y despues, segun las instrucciones de sus provincias, redactaron sus respuestas y quejas. "Aunque estas quejas, dice Pasquier, han dado motivo á muchas buenas ordenanzas, en la realidad no eran mas que bellos tapices para que sirviesen de adorno en la posteridad: pues el estado llano es sobre quien recae principalmente el peso de los subsidios. Por eso le llamó Felipe á su presencia, para que esperando alivio á sus males, y contento del honor que se le hacía en consultarle, acudiese alegre á estas dietas, y prometiese dar todo lo que se le pedia." Pero Felipe, en los apuros que tenia, estaba obligado á acariciar el pueblo para calmar su exasperacion. En todas partes había sediciones. Ruan y Orleans estaban llenas de turbulencias: y en París el rey se vió sitiado algunos momentos en el palacio del Temple por el pueblo amotinado.

Un impuesto, que ascendió primero á la centésima, y despues á la quinquagésima parte de la venta de cada propiedad, mas una al-

cabala de seis dineros por libra en lás ventas, eran la verdadera causa de todos los tumultos: y los agricultores y mercaderes, contínuamente oprimidos por las vejaciones pecuniarias de los barones y los vasallos, no podian con el aumento de gravámen que les echaba el erario real.

Era objeto principal de su odio, el famoso Enguerrando de Marigny, superintendente de hacienda: y este ministro, aterrado de las sublevaciones, y no queriendo ser esclusivamente responsable de las mudanzas hechas é intentadas por Felipe, que generalmente se atribuían á sus consejos, propuso al rey llamar el tercer estado á la asamblea, esperando reconciliarse con el pueblo y lograr que se legalizasen todos los abusos de que se quejaban. La esperanza no le salió falsa: y cuando hubo esplicado, con elocuencia muy rara en aquel siglo, las necesidades de la corona, los peligros á que estaba espuesto el gobierno por la rebelion de los flamencos, y por la liga formidable que la sostenia, y la necesidad de los socorros que el rey pedia á la nacion, los estados, movidos de sus palabras, concedieron á Felipe un subsidio muy considerable. Pero si el estado llano, satisfecho su amor propio con el honor de que gozaba, consintio en sufrir este gravámen, no tardó en conocer cuán grande era, y desde entonces el ódio popular contra el superintendente, fue mas violento é implacable cada dia.

Decidido el negocio de los subsidios, Felipe se quejó amargamente del papa Bonifacio: y

sobre todó, de que su legado Juan Datillet, obispo de Meaux, hubiese declarado que "el reino de Francia debia fé y homenage á la magestad papal, y estaba sometido á ella." Pedro Flotte, canciller de Francia, habló en nombre del rey; se quejó de las sumas que la corte de Roma sacaba del reino, de las bulas contrarias á los derechos de la iglesia galicana, de los nombramientos de estrangeros para las prelacías, y en fin, de las ofensas contra la dignidad é independencia de la corona, y declaró que el rey estaba resuelto á reprimir todas las pretensiones contrarias á las inmunidades, derechos y privilegios de la iglesia francesa y de la autoridad real. La asamblea aplaudió este discurso, y declaró que nunca se reconoceria en Francia mas soberanía temporal que la de Dios y del rey. El conde de Artois felicitó al rey en nombre de la nobleza, por su celo en el restablecimiento del orden y las leyes. "Declaramos, dijo, que estamos dispuestos á prodigar nuestra sangre en defensa de las libertades del reino: y aun cuando S. M. tolerase las pretensiones de Roma, ningun caballero francés se someteria á ellas. La nobleza de Francia no reconocerá mas superior en la tierra que al rey." El clero fue mas circunspecto; y así, despues de haber esplicado su adhesion á las libertades del reino y á la autoridad regia, exortó á Felipe que conservase cuidadosamente la feliz armonía que sus predecesores habian establecido con la santa Sede, y pidió término para deli-

berar con madurez sobre cuestiones tan graves y delicadas. Su objeto era ganar tiempo y entablar negociaciones. La respuesta del estado llano fue ardiente, ingénua y grosera, y en el mismo sentido que la de la nobleza.

El descontento general de los barones y del pueblo contra las pretensiones de la santa Sede, se manifestó entonces en palabras amenazadoras. El clero, temiendo un cisma, cesó de contemporizar, y declaró que estaba pronto á dar su ausilio al rey para la conservacion de su persona real, de su dignidad, de las franquicias de la nacion y de los derechos de la corona, segun estaban obligados á hacer todos los individuos de este órden en calidad de feudatarios y por la fidelidad jurada al príncipe. Pero al mismo tiempo pidieron á Felipe permiso de pasar á Romá, á donde el papa los habia citado. Despues se convinieron los tres órdenes en escribir al sumo pontífice, pidiéndole que respetase en lo sucesivo los privilegios y fueros del reino y los derechos del rey. Los escritos de los barones y comunes fueron dirigidos á los cardenales, y los del clero al papa. Pedro de Mornay, obispo de Auxerre, enviado á Roma por la iglesia de Francia, se encargo tambien de pedirá Bonifacio que retardase la convocacion de un concilio general.

En el escrito de los obispos se impugnaba la máxima de que *el rey dependiese del papa en lo temporal.* "Llamándonos á todos á Roma para reformar la iglesia, dividís y alligís la

iglesia misma: privais al soberano de consejos y al pueblo de sacerdotes. Las sumas exigidas por vuestros legados, han ofendido á los estados generales. Toda la nacion francesa está resuelta á defender y conservar las franquicias de la iglesia galicana: y nosotros mismos, despues de haber procurado en valde aplacar la ira del rey, de los príncipes, de los grandes y del pueblo, nos hemos visto obligados por el amor de la justicia y de la patria, á declararnos en favor de la autoridad régia. Perdonadnos, pues, santísimo padre, si no vamos á Roma como deseábais porque el rey jamás lo permitirá, modificad, pues, vuestras bulas amenazadoras, y pensad que es mas conveniente retardar la convocacion del concilio, que esponer á Francia, persistiendo en este designio, á un cisma, y la religion á grandes aflicciones." "La iglesia romana, respondió Bonifacio, oye con lástima las palabras insensatas de su hija la iglesiagalicana. ¿No os avergonzais de temer las amenazas del indigno canciller Pedro Flotte, verdadero Belial, miserable cíclope, tuerto en el cuerpo y ciego en el espíritu? Vosotros sois los que rompeis la unidad de la iglesia, si no os separais de esa asamblea. Defender que el poder temporal no está sometido al espiritual, es caer en el error de los maniqueos, y establecer, como ellos, dos principios contrarios. Os declaramos que acogeremos favorablemente á los que nos obedezcan, y que castigaremos, segun la gravedad de sus

culpas, á los que se manifiesten rebeldes á nuestras órdenes."

La historia ha conservado el escrito de los barones de Francia á los cardenales. Es largo y pesado, aunque franco y audaz. Se quejan á sus nobles padres y amados y antiguos amigos los cardenales de la iglesia romana, de que se haya perturbado la union, por tantos años célebre, entre Francia y la santa Sede, y echan la culpa de esta calamidad á las pretensiones del pontífice. "Jamás permitiremos, dicen, la máxima *nueva é injuriosa para nosotros*, de que el rey de Francia está sometido al papa en lo temporal. En este pais siempre se ha dicho que el rey solo depende de Dios en cuanto á la autoridad civil." Se quejan tambien de que el santo padre hubiese convocado á Roma los obispos, doctores y jurisconsultos franceses para remediar los males y abusos, que segun Bonifacio, habian cometido el rey y sus ministros contra los grandes, la nobleza, las universidades y el pueblo. Pero "nunca, dicen los barones, se han quejado al papa ni la nobleza, ni el pueblo, ni las universidades, de esos abusos: ni quieren que se remedien por su autoridad ni por ninguna otra sino la del rey, que ya ha enmendado algunos: y sino lo hizo antes, fue porque no pareciese que cedia al temor, ó al mandato y correccion agena." Concluyen diciendo que no creen posible que el sagrado colegio haya dado su asentimiento á las *nuevas* máximas de derecho político que Bonifacio que-

ria establecer. Este escrito fue firmado por treinta y un miembros de la nobleza en nombre de todos: entre ellos Luis, hijo del rey de Francia, el conde de Artois, los duques de Borgoña, Bretaña y Lorena. Esta determinacion unánime de los tres órdenes del estado y la firmeza de su lenguaje causó en Roma sorpresa y consternacion.

Bonifacio no se intimidó; pero las instancias de los cardenales le obligaron á moderar la aspereza de sus espresiones y desaprobar las de su nuncio el obispo de Meaux. "Mis cartas y palabras, escribia á Felipe, se han interpretado mal. Jamás he dicho ni pensado que vuestro reino estuviese sometido á mí en cuanto al gobierno y legislacion: mi único objeto ha sido mostrar que se ha faltado á la reverencia que merece el soberano pontífice de la iglesia universal." Al mismo tiempo presidió un consistorio en que el cardenal de Oporto esplicó la supremacía del sumo pontífice sobre todos los reyes, á quienes *deja* la jurisdiccion temporal, reservándose la facultad de juzgar las causas en que intervenga pecado.

Bonifacio censuró entonces con palabras ásperas, segun su costumbre, al canciller de Francia, á los condes de Artois y de san Pol, y á otros ministros del rey. "Han olvidado, dijo, la antigua prediccion de san Remi:" *los reyes y los reinos serán felices mientras permanezcan unidos con la iglesia: y perecerán cuando se separen de ella.* Jamás tuve la *fa-*

tuidad (espresion indigna de que han usado contra mí) de creer que los reyes de Francia tienen su corona de los papas; pero sostengo que todo lo que es pecado está sometido á la autoridad de las llaves de san Pedro." En este discurso se vé que el papa queria estender la autoridad espiritual é indudable de la iglesia á los negocios políticos, como se habia hecho en los siglos anteriores, y que el rey de Francia solicitaba reducir aquella autoridad á lós límites de los primeros siglos del cristianismo. Esta cuestion que no se habria movido bajo los últimos carlovingios ni bajo los primeros capetos, prueba que los gobiernos políticos iban ya adoptando su verdadero principio que es la utilidad general, y por consiguiente, saliendo de la tutela de la iglesia, que los habia dirigido por lo menos cinco siglos. Es verdad que Felipe el hermoso no era el monarca mas á propósito para demostrar que los reyes merecian ya la emancipacion; pero las tradiciones de san Luis permanecian, y ellas bastaban para conocer que los gobiernos estaban ya en el verdadero camino.

La disputa se encendia: y no fue escuchada la mediacion del duque de Borgoña. Bonifacio reunió el 30 de octubre un concilio en Roma, al cual asistieron cuarenta arzobispos, obispos y abades franceses. El papa trató en este concilio de establecer la supremacía de la santa Sede sobre las coronas como máxima fundamental. Su principio era que el sumo pon-

tífice, gefe de la iglesia, ejercia por sí mismo la autoridad espiritual, confiaba á los reyes la temporal: pero que ambas procedian de una misma fuente, que era la iglesia, á quien Dios las habia dado. Despues promulgó dos bulas, imponiendo á los monarcas la obligacion de presentarse ante él cuando fuesen citados, y prohibiéndoles que impidiesen á sus vasallos pasar á Roma. El sabio abad Fleury, examinando la doctrina de Bonifacio, dice que sería exacta, si se hubiese limitado la supremacía de la autoridad espiritual sobre la temporal al dominio de la conciencia.

Prision, libertad y muerte del papa Bonifacio (1303.) Felipe respondió á las bulas del papa celebrando en el Louwre una asamblea general el 13 de marzo de 1303: en la cual se reunieron muchos príncipes y barones: mas solo se atrevieron á concurrir, del clero, dos arzobispos y tres obispos, temerosos de incurrir en la indignacion del papa. Cárlos de Anjou, por sobrenombre el Cojo, mandaba en Italia el ejército del sumo pontífice: pero obediente á las órdenes del rey, pasó á Alpes, se presentó en el Louwre y tuvo mucha parte en las determinaciones de la asamblea. No hubo en ella el menor vestigio de moderacion ni de respeto: el procurador general Guillermo de Nogaret habló con la mayor indecencia contra el sumo pontífice, dijo que era menester convocar un concilio para juzgarle y nombrar un sucesor, y pidio que su proposicion fuese archivada: y

así se hizo. Juan Lemeine, legado del papa, que llegó entonces á París, aumentó la irritacion de los partidos, por la dureza y orgullo con que amenazó al rey, que si no obedecia á las órdenes del pontífice, obrarian contra él las armas espirituales y temporales de su Santidad. Felipe respondió con tranquilidad y firmeza, y citó, para sostener sus derechos, los actos de sus antecesores y estas palabras de su abuelo san Luis: "yo respetaré siempre el poder espiritual y legítimo del papa, mientras no salga de los límites de la justicia." El legado le acusó de una culpa, harto verdadera, cual fue la alteracion de las monedas. Felipe procuró en vano justificar un acto tan tiránico como inmoral, y en favor del cual no podian alegarse sino costumbres bárbaras y ejemplos odiosos, sin ninguna razon plausible: y aseguró al legado que tomaria providencias para que en lo sucesivo no padeciesen sus pueblos por este motivo. Renovó sus quejas contra las pretensiones de Bonifacio, pidió á su Santidad que desistiese de ellas, prometiendo por su parte respetar los derechos de la santa Sede; y declaró que para lograr la reconciliacion que era tan deseable, estaba pronto, segun él mismo habia indicado al sumo pontífice, á estar á lo que decidiesen los duques de Borgoña y de Bretaña, dignos por todos respetos de su confianza. En este tiempo habia desavenencia entre el rey y el arzobispo de Leon. Este prelado era sostenido por el pueblo, y fue menester que las

tropas reales acudiesen á reprimir una sublevacion que hubo. Felipe se aprovechó de esta ocasion para estender su poder, trató á Leon como ciudad conquistada, sostuvo que toda la culpa era del arzobispo, y no hizo caso de las advertencias del papa que le reprendia esta usurpacion.

Bonifacio, contenido hasta entonces por los cardenales, creyó que era llegado el momento de no limitarse á amenazas: y envió orden á su legado de intimar la escomunion á Felipe. En su bula prohibia á todos los sacerdotes franceses celebrar en presencia del rey los sagrados misterios. El rey, que supo por sus espías el golpe que se le preparaba, mandó arrestar en Troyes al arcediano de Coutances y á otro mensagero del papa que traían las bulas, y promulgó una nueva ordenanza embargando las temporalidades de los obispos que habian ido á Roma. El nuncio de su santidad se volvió á Italia. Sabiendo Bonifacio por sus informes el suceso de la bula anterior, publicó otra deponiendo á Felipe y dando el trono de Francia á Alberto de Austria, diciendo que este reino pertenecia á los emperadores: sobre lo cual dice Mezeray: "aunque se hallase un documento antiguo para apoyar este derecho, el reino de Francia es muy hermoso y grande para que pueda caber en un pedazo de pergamino." Alberto, enemistado antes con Bonifacio, habia hecho paces con él y prestado vasallage y juramento

de fidelidad á la santa Sede: pero fue prudente y rehusó la corona que el pontífice le ofrecia.

El rey, apenas llegó á su noticia la acta de deposicion, juntó de nuevo los estados generales del reino, que se reunieron en el Louvre el 15 de junio de 1303. El conde de Evreus, hermano del rey, los condes de San Pol y de Dreux, y el caballero Guillermo de Plasian, tomando la ofensiva contra el papa, le acusaron de muchos delitos, juraron sobre los evangelios la verdad de los hechos que alegaban, y suplicaron al rey, como defensor de la fé cristiana, que mandase convocar un concilio general. El clero se retiró para deliberar separadamente. En otra sesion Plasian acusó á Bonifacio de muchos errores contra la fé, y de que multaba á los franceses llamándolos *patarinos*, y diciendo que era mejor ser perro que francés. Acusóle tambien de otras muchas violencias y crímenes horrendos. Nogaret no estuvo menos furibundo. El rey, despues de haberlos oido, apeló al concilio general y al papa futuro, de todos los actos, contrarios á su autoridad real, que habia hecho Bonifacio ó que hiciese en lo sucesivo. La nobleza adoptó el informe de los procuradores generales. El clero votó en favor de la convocacion de un concilio, pero "con la esperanza, dijeron, de que el papa se justificaria en este tribunal:" adoptaron tambien la apelacion de las bulas al futuro concilio; pero no quisieron mostrar-

se partes contra Bonifacio. El abate Vely dice que en esta junta habia cinco arzobispos, treinta y cuatro obispos y once abades. El arzobispo de Narbona, menos circunspecto que sus compañeros, presentó diez capítulos de acusacion contra Bonifacio. Todos los obispos prometieron al rey no separarse de él, no obstante la escomunion y deposicion pronunciadas por la santa Sede. Nueve cardenales se reunieron á ellos, y Nogaret fue encargado de llevar á Italia el decreto de los estados generales. El papa se hallaba entonces en Anagni: y en vez de intimidarse con la decision de París, declaró que sin su voluntad no podia reunirse concilio general, y preparó una nueva bula contra Felipe que debia publicarse el 8 de septiembre. Felipe recurrió á la violencia para terminar esta lid, y dió órdenes secretas á Nogaret, acusador de Bonifacio y á Sciarra Colona, su enemigo mortal. Ambos reunieron con secreto y prontitud, cerca de Siena, con el dinero que se les habia dado para ello, muchos señores y algunas tropas de las que habian militado á las órdenes de Cárlos de Anjou. Entraron de improviso al frente de ellas en Anagni, acometieron al palacio del marqués de Cayetan y á los de otros muchos cardenales, mandaron tocar á rebato, sublevaron el pueblo y cercaron el castillo donde residia el papa. Bonifacio fue abandonado de la mayor parte de sus cortesanos; pidió y consiguió una tregua de cuarenta horas, y recibió á los Colonas, que te-

niendo en las manos la ocasion de vengarse, exigieron su abdicacion. Bonifacio, privado de defensores en tan inminente peligro y rodeado de enemigos, no desmintió la magnanimidad de su carácter, y dijo: "pues que me han hecho traicion como al Salvador, y he sido entregado á mis enemigos, como él para que me den muerte, á lo menos sabré morir como sumo pontífice." Vistióse el manto de san Pedro, puso en su cabeza las dos coronas, símbolos de sus dos poderes, y teniendo en sus manos la cruz y las llaves de la iglesia, se sentó en un trono y esperó inmóvil la decision de su destino. Concluida la tregua, empezó el combate: el marqués de Cayetan procuró en vano defender la entrada del palacio: fue rechazado, vencido y hecho prisionero, y no se le hizo otra gracia que la de dejarle vivo. Los soldados saquearon todos los aposentos y el tesoro de Bonifacio que era grande. Nogaret se acerca al trono, presenta al sumo pontífice el decreto de los estados generales, le anuncia la acusacion intentada contra él, y le intima que convoque un concilio general ante el cual comparezca y sea juzgado. "Yo me consolaré, respondió Bonifacio, de ser condenado, si lo soy por patarinos." Este nombre se daba entonces á los hereges albigenses: y Bonifacio usaba de él para insultar á Nogaret, cuyo padre habia sufrido el suplicio de fuego, por favorecedor de aquella heregía. Entonces Colona se acerca enfurecido al pontífice, y le

dice con desvergüenza que al momento se quite la tiara. "No, dijo Bonifacio: ahí teneis mi cabeza, cortadla. Yo he de morir en el trono á que Dios me ha elevado: pero antes de espirar, maldigo á Felipe y á sus succesores hasta la cuarta generacion." Colona levanta la mano, dá un bofeton al pontífice, é iba á acabarle con su brazalete. Nogaret le detuvo: pero insultó de palabra á Bonifacio, echándole en cara este beneficio que recibia de un agente del rey de Francia, "cuyos antepasados, dijo, han defendido siempre á los papas contra sus enemigos." Dichas estas palabras, le entregó á un capitan Florentin, confidente suyo, para que le tuviese en custodia. Bonifacio se libró de la espada, pero temia el veneno: y así rehuso todos los alimentos que Nogaret le enviaba, y solo comió en los tres dias que estuvo preso, un pan y algunos huevos que le dió una pobre muger.

Este infame atentado contra el gefe de la cristiandad, hecho de orden de un príncipe estrangero y sin mas autoridad que la fuerza y la traicion, irritó de tal manera á los habitantes de Anagni contra los franceses, que tomaron las armas, acometieron á los satélites de Nogaret, los ahuyentaron y dispersaron, pusieron en libertad al sumo pontífice, y le llevaron en triunfo á la plaza pública. Bonifacio habló al pueblo y le enterneció con sus gemidos y lamentos. "Ya lo veis, les dijo: los impíos me han dejado tan pobre como á

Job. Si hay entre vosotros algun pobre artesano que por caridad me dé un poco de pan y agua para aplacar mi hambre y sed, yo le concedo indulgencia plenaria. Quiero seguir el ejemplo de nuestro Salvador: perdono á mis enemigos, y levanto la escomunion á Nogaret y á Colona." Estas palabras escitaron el mayor entusiasmo, y volvió á Roma seguido de inmensa comitiva. A pocos dias murió de una calentura ardiente, producida por las anteriores pesadumbres. En uno de los delirios se cuenta que se roía los dedos y daba con la cabeza en la pared. Falleció el 11 de octubre de 1303, despues de nueve años de pontificado. Bonifacio VIII, que tuvo grandes cualidades; pero tambien graves defectos, siendo el mas notable la violencia de carácter y la falta de prudencia y moderacion. Si acometió á la autoridad real como no debiera, Felipe se defendió de un modo imposible de justificar, y con una de las grandes maldades que mancillarán para siempre su memoria. Esta lid funesta entre el sacerdocio y el imperio produjo el efecto de distinguir con mas atencion que se habia hecho antes, los límites entre el poder temporal y espiritual de los monarcas y pontífices; y aunque no cesaron enteramente las disputas, se concluyeron mas tarde por medio de transacciones, llamadas *concordatos*, entre los gobiernos y la corte de Roma. Los cardenales se reunieron para nombrar succesor á Bonifacio, y eligieron á Nicolás de

Treviso, general de los hermanos menores, y obispo de Ostia, que se llamó Benedicto XI: hombre pacífico y virtuoso, cuyo carácter moderado daba esperanza de una pronta reconciliacion entre Felipe y la corte de Roma.

Pero entre tanto la opresion que los franceses ejercian sobre los flamencos, el carácter poco sufrido de este pueblo, las intrigas del rey de Inglaterra, el orgullo irascible de Felipe, y su necesidad de dinero que renacia incesantemente, agitaron por mucho tiempo los ánimos, y prolongaron las desgracias de los pueblos, agoviados con el triple gravámen de los impuestos reales, de las vejaciones señoriales y de las calamidades de la guerra que verlia su sangre, consumia sus rentas, aniquilaba su comercio y paralizaba su agricultura. El rey estuvo en Flandes el año de 1302. La fertilidad de este pais, la actividad de sus labradores, la industria de sus mercaderes y la riqueza de sus burgueses causaron admiracion á la corte de Francia. Cuéntase que la reina, al salir de un baile que le dió la ciudad de Brújas, y sorprendida de la magnificencia de muchas señoras jóvenes que lo habian embellecido, dijo: "yo creía que en esta concurrencia solo hubiera escitado admiracion la reina: pero he visto seiscientas damas mas ricamente adornadas que yo." Los flamencos, descontentos de sus condes, recibieron muy bien á los franceses y al rey. Por desgracia, la dureza de Chatillon, conde de san Pol, á quien Felipe ha-

bia encargado el gobierno de Flandes, y las rigorosas instrucciones del canciller Flotte, irritaron pronto los ánimos y convirtieron el cariño que empezaba, en odio justísimo. El gobernador, el canciller y sus agentes abrumaron á los flamencos con tributos, violaron sus franquicias, no hicieron caso de sus quejas, castigaron hasta sus murmuraciones y oprimieron su libertad, construyendo ciudadelas en Brújas, Courtrai, Casel y Lila. Entonces nacía y empezaba á crecer un nuevo pueblo, compuesto de hombres libres que habitaban en las ciudades y villas privilegiadas. Su prosperidad habia aumentado estraordinariamente la poblacion, la industria, el bienestar, y por consiguiente la altivez. Intervenian en los tratados de los reyes, como garantes, se gobernaban por sí mismos, y defendian su independencia con milicias numerosas y bien armadas. Libres del yugo arbitrario y de las multiplicadas vejaciones del régimen feudal, eran naturalmente favorable al trono que los habia protegido. Miraban á los reyes como patronos, y á los señores y á sus vasallos, tributarios y soldados, como enemigos. Bastaba, para sacar utilidad de estas disposiciones, un gobierno suave, justo y paternal: pero Chatillon fue tirano. Los flamencos, despues de vanas tentativas para desarmar su rigor con súplicas y quejas, se sublevaron en fin.

Pedro Leroy, tejedor de Brújas, fue su gefe. El gobierno quiso prender á Breyel, lu-

gar teniente de Leroy: y como se defendiese ostinadamente contra la guardia de Chatillon, Pedro Leroy, al frente de mil burgueses, vino en su socorro y desbarató las tropas francesas. A esta conmocion se siguió tranquilidad de algunos dias: despues de los cuales Pedro Leroy y veinte y cinco amigos suyos fueron sorprendidos y presos. Los ciudadanos de Brújas tomaron de nuevo las armas, y los libertaron. Chatillon, deseoso de venganza; acudió con quinientos caballos, pensando sorprender á los rebeldes, y se ocultó en un bosque con el intento de entrar en la ciudad á la hora concertada con los partidarios que tenia en ella: que era cuando las campanas tocasen á misa mayor. Pedro Leroy descubrió esta conjuracion, tramada por una faccion que se llamaba de *la flor de lis*: y cuando se dió la señal, todo el pueblo cargó sobre ellos y los degolló.

Chatillon encontro las puertas cerradas y frustrado su designio. Entonces reunió todas sus fuerzas, y puso sitio regular á la ciudad que se rindió por falta de víveres. El vencedor anuló sus privilegios y dobló las contribuciones. Pero Leroy, dotado de la audacia y vigor que saben hallar recursos hasta en las derrotas, habia pasado adonde estaban los hijos del conde de Flandes, y obtenido de ellos algun socorro en hombres y dinero. Con este refuerzo volvió á Brújas, sorprendió á los franceses que estaban ocupados en demoler las fortificaciones, los derrotó completamente y

los obligó á huir. El ejemplo de Leroy fue contagioso, y hubo sediciones en Gante y otras ciudades. Guillermo de Juliers, preboste de Mastrick, sostuvo á los rebeldes: pero la faccion de *la flor de lis* le venció. Pedro Leroy, no contentándose ya con haber resistido al enemigo, tomó la ofensiva, marchó con mil seiscientos hombres contra la plaza de Ardemburg, la tomó, y derribó, con aclamacion y aplauso del pueblo, el estandarte de Francia, que tremolaba en sus murallas. Pero estos movimientos populares, como todos los de su especie, carecian de plan: y la inconstancia de la plebe que pasaba con suma facilidad del reposo á la agitacion, y de la tempestad á la calma, desconcertaba los designios de sus gefes y favorecia los de los enemigos. El pueblo de Ardemburg, poco despues de haber levantado en triunfo á Pedro Leroy, se sublevó contra él, le proscribió, y le obligó á huir para salvar su vida. Brujas, sitiada segunda vez, capituló de nuevo: 5000 burgueses, indignados de esta cobardía, abandonaron sus hogares. En virtud de esta capitulacion, el conde de san Pol no podia entrar en la ciudad sino con trescientos hombres: é introdujo mil setecientos caballeros y mucha infantería. Nada era sagrado para él, ni promesas ni tratados, ni leyes ni privilegios. Tenia en su casa dos filas de toneles grandes llenos de cuerdas, destinadas segun decia, á ahorcar muchos habitantes cuyas malas intenciones le eran conocidas. Los veci-

nos de Brújas manifestaron una desesperacion concentrada, que engañó al vencedor, porque le pareció sumision. No pudiendo ya sufrir el esceso de su humillacion que no los preservaba del riesgo, llamaron en secreto á sus compatriotas desterrados.

Pedro Leroy se acercó una noche con siete mil hombres á la ciudad, rompió las puertas, escaló las murallas, y prohibió á sus soldados dejar salir á ninguno sin decir *Scilt ende vriendt*, palabras flamencas que los franceses no sabian pronunciar. Los caballeros y soldados del gobernador, dispersos, sorprehendidos, acometidos y perseguidos, fueron todos pasados á cuchillo. Chatillon, causa de sus males, pudo escaparse disfrazado de clérigo. Los flamencos enfurecidos saciaron la sed de sangre, destrozaron con sus dientes á los franceses moribundos, les arrancaron las entrañas, pusieron en las puntas de las lanzas las cabezas de los caballeros, y se las tiraban unos á otros como alcancías. Las calles, los muros y aun los templos quedaron inundados con la sangre de tres mil víctimas que perecieron en este desastre. Así, en el norte y en el mediodia, en Flandes y en Sicilia, el orgullo, la injusticia y las viciosas costumbres de la anarquía feudal entregaron á la muerte un gran número de franceses. Los flamencos, como los sicilianos, castigaron las maldades de sus opresores con atrocidades mas grandes.

El odio contra el rey de Francia cundió

en todas partes. Todos los flamencos tomaron las armas, y acudieron en gran número á los estandartes de los hijos del conde de Flandes y de Guillermo de Juliers. La violencia de su odio pareció dar á sus progresos la rapidez de un incendio. En pocos dias se apoderaron de Casel, Bergues, Furnes, Courtrai, Udenarda é Iprés. Solo la plaza de Lila les resistió. Felipe, conociendo entonces que no se trataba de reprimir un tumulto, sino de sostener una guerra temible, envió contra los flamencos cuarenta mil infantes y siete mil caballos, mandados por Roberto, conde de Artois, príncipe no menos célebre por su violencia y altivez que por su valor impetuoso.

Batalla del Lis. Los flamencos tenian sus reales muy bien atrincherados entre Brújas y Courtrai, protegidos por fosos muy profundos, el Lis y un canal. El condestable de Nesle, viendo una posicion tan fuerte, creyó con razon que era temeridad atacarla á viva fuerza, y propuso cercarla y reducir al enemigo por hambre cortándole las comunicaciones. Este dictamen desagradó al orgulloso conde de Artois, á quien parecian viles todos los que no eran nobles y caballeros: y así hablaba de los burgueses flamencos que se habian rebelado, en términos muy injuriosos, llamándolos *tribu desordenada y gente sin obligaciones.* "Dad al instante, dijo al condestable, la señal de la batalla. Vos teneis motivo para querer evitarla, porque el conde de Flandes es vuestro pa-

dre político." "El suceso me justificará, respondió el anciano héroe: pero es menester que veais por vuestros mismos ojos si soy traidor: seguidme en lo mas vivo del combate: y os llevaré tan lejos, que no volvereis." Dáse la señal: el ejército del rey marcha contra los soldados paisanos con mas valor que prudencia: cree volar á una victoria fácil y segura; pero la profundidad del canal le detiene, y llega desordenado al márgen del Lis. Allí se arrojó sobre los franceses toda la masa del enemigo, los desordena y dispersa, y los echa á las lagunas, donde ni podian huir ni pelear. Este combate, que duró pocas horas, fue muy sangriento: veinte mil franceses perecieron en él: los que no estaban tan empeñados en la lid, huyeron. El conde de san Pol murió en el campo de batalla. Los flamencos ofrecieron cuartel al condestable de Nesle; pero el buen caballero no quiso aceptarlo, y murió peleando, como tambien su hermano que era mariscal de Francia. El canciller de Francia, los condes de Eu, Aumale, Tancarislle, Dammartin, Dreux, Soissons y Henao, el mariscal de Melun, y otros doscientos caballeros, despues de hacer gallarda resistencia, prefirieron la muerte á la fuga, y fueron degollados por el enemigo. Entre los cadáveres se encontró el del conde de Artois, atravesado de un bote de lanza. Este dia desastrado fue uno de los mas funestos para Francia. Toda la nobleza francesa tuvo por afrentosa esta derro-

ta, "que sufrieron, dice Mezeray, gefes temerarios, de una canalla mas propia para los tumultos que para la pelea." Mezeray olvidó que en nombre de la patria y con el acero en la mano, los oprimidos, de cualquier clase que sean, saben elevarse al nivel de los opresores; y que el campo de batalla es, como el sepulcro, donde reina la igualdad. Solo el valor señala los puestos en la guerra. Los flamencos llevaron por trofeos de su victoria cuatro mil pares de acicates dorados, que quitaron á los caballeros muertos en la batalla, y los colgaron en las paredes de la iglesia de Courtrai. Esparcida la noticia del triunfo, Flandes enagenada proclamó su independencia. Las pocas tropas del rey, que estaban todavía en el condado, fueron echadas.

Difundióse general consternacion en Francia. El carácter de Felipe era muy altivo é imperioso para desanimarse por una derrota. Este príncipe, alentando los ánimos abatidos, prometió venganza pronta y ejemplar: convocó á los vasallos inmediatos y de segunda gerarquía: llamó á las armas á todos los franceses: cada señor dió su contingente de hombres de armas. Los pueblos alistaron numerosa infantería: el rey agravó á los propietarios con un impuesto del quinto de la renta, y mandó hacer en las monedas una alteracion que disminuyó los valores en un tercio. El celo de los franceses fue activo para favorecer su enojo: ochenta mil hombres se reunieron bajo su

estandarte, y ocuparon un vasto campo cercano á Arras. Los flamencos se acercaron sin miedo al ejército real. Se creia muy próxima una accion decisiva: pero hubo tantas tempestades y lluvias en el mes de octubre, que los caminos quedaron intransitables Los víveres escasearon; y sin haber combatido, las tropas de ambas naciones se retiraron á sus plazas respectivas.

Los flamencos tomaron poco despues la ofensiva, invadieron el Artois y lo saquearon. Soberbios con sus triunfos, y llenos de una confianza insensata, volvian á su territorio cargados de botin, sin batidores de estrada ni órden. Su imprudencia fue pronto castigada: cayeron en manos de varios cuerpos emboscados, y perdieron cerca de veinte mil hombres, por los movimientos hábiles de Gaucher de Chatillon, nuevo condestable de Francia, que supo aprovecharse de la negligencia y de los yerros del enemigo.

A los principios de 1303 concluia la tregua firmada en 1297 con Inglaterra, y era de temer que Eduardo, favorecido de la sublevacion de los flamencos, aumentase los males de Francia. Felizmente, el monarca inglés, atento á otros cuidados, hizo paces con Felipe en el mes de mayo. Su casamiento con Margarita, hermana del rey de Francia, y de la princesa Isabela con el heredero del trono inglés, fueron las principales condiciones de este tratado, en el cual se estipuló que Bailleul, rey

de Escocia, aliado de Francia y prisionero de Eduardo, sería puesto en poder del sumo pontífice para que decidiese su destino. Eduardo renovó su juramento de obediencia como vasallo, duque de Guiena y par de Francia, y prometió prestar homenage á Felipe, ó en persona, ó por medio de su hijo el príncipe de Gales. Con estas condiciones recobró las plazas que habia perdido en Aquitania. Ademas, concluyeron entrambos reyes un tratado de alianza defensiva contra todo hombre, *capaz de vida y muerte*, esceptuando, por parte de Francia, á Alberto, emperador de Alemania; y por parte de Inglaterra, al conde de Henao, yerno de Eduardo.

Este conde era entonces enemigo de los flamencos. Grimaldi, noble de Génova, mediante una suma cuantiosa, le dió diez y seis galeras armadas que se reunieron con veinte navíos franceses, y fueron contra una armada flamenca de ochenta velas, mandada por Guido de Flandes. Los flamencos con el ausilio de esta armada, sitiaban á Zericzée. Dióse un combate naval, en que fueron derrotados, y Guido hecho prisionero y conducido á París por Grimaldi. La rebelion de Flandes, que al principio se miró como un motin facil de sosegar, se habia convertido para los franceses en una guerra tan importante, que Felipe tomó en san Dionis el oriflama, no desplegado nunca sino en las espediciones de los reyes al Asia ó al Africa, y en las guerras de poten-

cias formidables que amenazaban á Francia grandes peligros.

Batalla de Mons en Fluelle (1304). El monarca francés entró en Flandes al frente de sesenta mil hombres. Sus hermanos Cárlos de Valois y Luis, conde de Evreux, le acompañaban: los barones franceses le habian traido gran número de banderas. Felipe halló á los flamencos, dispuestos para la batalla, en Mons en Fluelle, entre Lila y Douay, atrincherados á la usanza de los antiguos bátavos y germanos: esto es, con borricadas detrás de carros. La memoria del desastre del Lis era harto reciente para arrostrar los mismos riesgos con la misma temeridad. El rey, no olvidando la funesta imprudencia del conde de Artois, y los sabios consejos del condestable de Nesle, resolvió evitar los trances de una batalla decisiva, y esperando domar á sus enemigos por hambre, los rodeó sin acometerlos.

Los flamencos tenian pocos víveres, y ademas su reciente victoria les daba mas confianza en sus fuerzas. Deseosos de combatir, salen de su campamento, acometen con furia la vanguardia del rey, la desbaratan, como tambien á los primeros puestos franceses, atacan el campamento de Felipe y difunden por todo él terror pánico. Los héroes mas ilustres temblaron: el intrépido Cárlos de Valois y otros muchos caballeros huyeron arrebatados entre la tropa. No se atendia ni obedecia el mando de

ningun gefe: todo era desórden, y el honor parecia olvidado. La derrota entera del ejército era inminente.

Pero en este miedo universal, en esta fuga ignominiosa, á pesar de los gritos de los vencedores, los lamentos de los heridos y los suspiros de los moribundos, Felipe, con la espada en la mano, se mostró digno de su puesto, de su nombre y de Francia. Acompañado de veinte valerosos guerreros, se arroja enmedio de las filas enemigas. Esta osadía heróica espanta y contiene á los fogosos asaltadores: pero despues acometen en gran multitud al rey, cuyos defensores todos cayeron á sus pies, atravesados con mil heridas. Felipe quedó solo, peleando contra todo un ejército: su estremo peligro y su intrepidez mas que humana despertaron el valor de los franceses. Avergonzados de abandonar á su rey, cuya espada y yelmo veian relucir en medio de las lanzas enemigas, se escitan con amonestaciones recíprocas. Cárlos de Valois se pone á su frente y se arroja de nuevo al combate.

Lo demas del ejército acude, escitado por sus gritos. Todos acometen con furor á la infantería flamenca, la rompen y desbaratan, entran con ella en los reales, la persiguen hasta muy lejos, degüellan á todos los que pueden alcanzar, y no cesó esta espantosa carnicería hasta que la oscuridad de la noche obligó al rey á mandar tocar la retirada. Guillermo de Juliers, uno de los principales gefes de

los flamencos, quedó prisionero. Algunos aùtores valúan la pérdida del enemigo en treinta y seis mil hombres, y otros solamente en seis mil. Sus armas y equipages cayeron en poder del vencedor. Este brillante triunfo costó caro á los franceses: perdieron quinientos caballeros, entre ellos á Anselmo de Chevreuse, y dos hermanos parisienses, del apellido de Jancelin, que recibieron golpes dirigidos contra el rey. Felipe concedió á sus descendientes el derecho de poner en su escudo banda azul con flores de lis doradas. No puede contestarse al monarca francés el mérito de haber mostrado en esta batalla todo el valor de un paladin: pero es probable que la parcialidad y adulacion de los escritores de aquel tiempo hayan exagerado las ventajas del ejército real y la pérdida del enemigo.

Esta sangrienta jornada no tuvo los resultados que siguen ordinariamente á las grandes victorias: porque de allí á pocos dias, teniendo el rey sitiado á Lila, se presentaron los enemigos en número de sesenta mil hombres. "Esto es nunca acabar, dijo Felipe: no parece sino que llueven flamencos." Los ostinados enemigos le enviaron dos reyes de armas, pidiéndole ó una paz honrosa ó que señalase dia para el combate decisivo. Esta altivez moderó la del monarca. Temiendo los efectos de tan ostinado valor, y no queriendo reducirlos á la desesperacion que muchas veces hace prodigios, cedió á las instancias del conde de Sa-

boya y del duque de Brabante, y por su mediacion concedió tregua á los flamencos, y al año siguiente la paz bajo estas condiciones: Roberto, hijo del conde Guido, salió de prision, y se le dió el condado de Flandes, por el cual hizo homenage al rey: se pusieron en libertad todos los prisioneros flamencos: Flandes recobró sus antiguos privilegios: y por resarcimiento de los gastos de la guerra, Felipe quedó en posesion de las ciudades de Lila, Douay, Orchies y Bethune, y ademas se le pagó una suma de doscientos mil francos. El rey volvió triunfante á París, restablecido el honor de las armas francesas. Su primer cuidado fue ir al templo de nuestra Señora á dar gracias solemnes á Dios por haberles protegido en tan gran riesgo. En favor de esta iglesia metropolitana fundó una renta de cien libras, é hizo colocar en la nave grande su estátua ecuestre, que le representaba cuando sorprendido en medio de su campamento, subió prontamente á caballo sin mas armas que yelmo, espada y brazalete. Al libertarse de tan inminente riesgo hizo voto de consagrar su estátua á la Vírgen.

Los combates de un príncipe tan activo contra la ostinacion de los flamencos, su larga, dificil y peligrosa contestacion con Bonifacio, sus desavenencias con Eduardo, sus ataques no interrumpidos contra la autoridad de los grandes barones, sus impuestos frecuentes, é intolerables en hombres y dinero, el es-

pectáculo nuevo que dió á los franceses reuniendo los estados generales y convocando el estado llano á esta asamblea, y mas tarde la ejecucion del vasto plan que habia concebido para destruir el orden mas belicoso, aristocrático y rico de la cristiandad, embargan de tal modo la atencion de los que leen ó escriben la historia de su reinado, que arrebatados de la perpetua actividad de este monarca, apenas pueden estender la vista fuera de los límites de sus estados, ni examinar los demas paises de Europa para no olvidar los sucesos de aquella época memorable de fermentacion causada por la ambicion de los príncipes y grandes, y aun mas por la lid entre la antigua barbarie, que aun era poderosa, y la civilizacion que empezaba. Europa iba caminando, aunque sin plan ni designio, á un nuevo orden social, incierta del objeto á que se dirigia, deslumbrada por las tinieblas que abandonaba, ciega por las pasiones que mas la habian atormentado, y entorpercida por las antiguas cadenas que deseaba romper. Las señales de la servidumbre y las pretensiones del feudalismo duraron todavía muchos años: los progresos de la humanidad, de la razon y de la justicia fueron lentos y desiguales: y por desgracia, como sucede en todas materias, no llegaron los hombres á la verdad hasta haber recorrido un vasto círculo de errores. En la estremidad oriental de Europa todas aquellas tribus bárbaras que fatigaron tantos años la

historia con los nombres de dacios, godos, búlgaros y hunnos, habian desaparecido. Ungría y Polonia eran ya monarquías cristianas: pero á causa de la licencia feudal, y en desprecio de las máximas de la religion, los escalones del trono se manchaban frecuentemente con crímenes y asesinatos. Habiendo muerto Ladislao IV, rey de Ungría, á manos de los tártaros, la sucesion de su corona fue motivo de guerras civiles y estrangeras. Cárlos Martel y Andres III, en vez de reinar, pelearon. El trono imperial fue tambien disputado con sangre: y Alberto de Austria no le poseyó, hasta haber muerto con su propia mano á Adolfo de Nassau. Alberto libre de su competidor por tan brillante victoria, afeó el triunfo con vicios: solo imitó de los césares el despotismo y las crueldades: pero su tiranía, feliz en otras partes, se estrelló en los peñascos de Velvesia. Un corto número de gañanes groseros, pero altivos, fueron los primeros que arbolaron el estandarte de la independencia. Guillermo Tell y sus valientes compañeros adquirieron gloria eterna, libertando su patria de un yugo odioso. Alberto emprendió marchar contra ellos; pero su soberbia le habia acarreado muchos enemigos, y murió á puñaladas á manos de un sobrino suyo. Enrique de Luxemburgo fue elegido emperador, y su hermano Juan, rey de Bohemia. Cariberto, hijo de Cárlos Martel y biznieto de Cárlos de Anjou, subió al trono de Ungría, sin que lo impidiese el emperador

Enrique, que volvió esclusivamente su política y sus armas á la Italia. Los triunfos de Enrique fueron rápidos, pero cortos. Entró en Roma y recibió la corona imperial. Cuando se preparaba á invadir el reino de Nápoles, fue envenenado, segun se dice, con un horrible sacrilegio, al recibir la comunion. Al mismo tiempo Venceslao dió un código á Polonia y un senado á Bohemia: mas no supo imponer ley á sus servicios: oprimió, y fue aborrecido y asesinado.

En Italia luchaban los grandes contra la autoridad de los papas y la libertad ó licencia de los pueblos. Los Viscontis se apoderaron de Milan, y Roma fue víctima de las facciones de los Colonas y Ursinos. Génova, opulenta y libre, llevaba á paises remotos sus armas y su poder. Poseía varias islas del Archipiélago, casi toda la Córcega, y dominaba en la antigua Tauride, hoy Crimea, donde tenia la plaza de Cafa. Venecia fue teatro de una grande revolucion. El dux Gradenigo, hombre hábil, pero orgulloso y ostinado, era querido de la nobleza y odioso al pueblo. La aristocrácia era poderosa, porque su autoridad se fundaba no en la violencia ni en las armas, sino en los derechos de los primeros pobladores, y en el benéfico uso que hacia en favor del pueblo, de las riquezas adquiridas por la actividad de su comercio. El mismo espíritu y los mismos servicios hechos á la nacion, les habia conservado justo aprecio, y Ve-

necia estaba acostumbrada á ver los mismos nombres en los mismos empleos. Desde muchos años antes, las elecciones eran tan ilusorias que las familias privilegiadas nombraban ellas mismas á los electores. Esta ilustracion y autoridad, fundada en el crédito, no bastaban al orgullo de Gradenigo: y así privó al pueblo de los pocos derechos políticos que le quedaban: no permitió la admision á los empleos ni la participacion de la autoridad, sino á los individuos de las familias antiguas y opulentas que habian ejercido antes destinos públicos, y fundó una aristocrácia, cuyo esplendor fue brillante, durable el poder, y gravoso el yugo, sobre todo para ella misma. Este mismo dux estableció el temible tribunal de los diez, que fue verdadera inquisicion política. La nobleza, aborrecida entonces, despojada de sus privilegios y aun perseguida en la mayor parte de las grandes ciudades de Italia, logró en la república de Venecia el triunfo mas completo. Adquirió tambien alguna preponderancia en Ferrara, en Bolonia y en otras ciudades de corta poblacion, cuyos burgueses no podian resistir á los señores, que dominaban en los castillos de las cercanías. En los estados del Norte, los pueblos igualmente enemigos de la nobleza, se acogieron á los reyes para que los vengasen, prefiriendo el gobierno de un solo palacio al de muchas fortalezas señoriales. En Francia fueron los reyes los que protegiendo á los pueblos, se valieron de ellos

y de la autoridad del parlamento para sujetar á los nobles: en Inglaterra se unieron los nobles y los pueblos contra el poder arbitrario de la corona.

En Grecia, Miguel Paleologo, despues de comprimir la audacia de Cárlos de Anjou, dividió hábilmente y venció á los sarracenos: pero su hijo Andrónico, menos feliz, vió levantarse contra él la formidable dinastía de los otomanos, que un siglo mas tarde habia de erigir una nueva potencia sobre las últimas reliquias del imperio de los césares. Otman, guerrero turco, se elevó por su denuedo á la dignidad de sultan de Iconio: su hijo Orcan conquistó á Frigia, Misia y Caria. Amurates I, habiendo sometido enteramente el Asia menor, pasó á Europa y tomó á Andrinópoli. En las estremidades orientales y occidentales de Asia, los chinos rebelados y los belicosos otomanos rompieron el yugo de los descendientes de Gengiskan. Los caballeros de san Juan de Jerusalen, salvándose con heróico valor de la espada de los musulmanes y de las ruinas de Acre, quitaron á los turcos la isla de Rodas. Su célebre maestre Villaret defendió heróicamente esta plaza contra todas las fuerzas de los otomanos. Portugal brilló en este tiempo con gloria noble y pura en los reinados de Alfonso III y de Dionisio el prudente, que mereció ser llamado el Tito de su siglo. En España una muger heróica, María de Molina, madre de Fernando IV, triunfó

de la ambicion de los grandes, de los aragoneses y de los moros. En el norte de Europa, Rusia era todavía bárbara é ignorada. Contínuas disensiones agitaron á Dinamarca: pero Suecia floreció en los reinados brillantes de Magno y Canutson. Los caballeros teutónicos llevaron con sus armas victoriosas la cruz y la civilizacion á Prusia, mientras Polonia, protectora de este pais, ardia en tumultos intestinos. Al mismo tiempo la altiva Escocia aplaudia las hazañas heroicas de Roberto Bruce. Este guerrero, no pudiendo sufrir el yugo inglés, reanimó las esperanzas de sus compatriotas, que á su voz tomaron las armas. Vencido dos veces por Eduardo I, buscó asilo escondido en sus montañas, donde esperó el momento favorable para la venganza. El rey de Inglaterra murió: su hijo Eduardo II, engañado por sus ministros, adulado por sus cortesanos, y arrebatado de sus pasiones gobernó mas como tirano, que como rey. Los barones ingleses se rebelaron: Gaveston, valido de Eduardo, fue preso y degollado. Entonces Roberto Bruce apareció al frente de sus escoceses, proclamó la independencia, y la defendió contra sus enemigos.

Tal es el cuadro de agitaciones contínuas que presenta, en el largo reinado de Felipe y en el de su hijo, esta misma Europa donde se gozan en el dia todos los bienes del órden social, y nada, ni aun la guerra misma, suspende los sentimientos de humanidad. En

aquellos tiempos que algunos celebran desmedidamente, se observan las poblaciones aun no restituidas al derecho comun, y los señores insistiendo en perpetuar su yugo arbitrario. En el norte y mediodia se verificaban contínuas variaciones en la distribucion de los poderes y en la deliberacion y ejecucion de las leyes. La fuerza mandaba, pero no gobernaba: porque todo se hacía casualmente y sin plan: y la mayor parte de la poblacion ni sabía leer ni escribir. Los vicios de los príncipes eran reprehendidos de los eclesiásticos: pero estos no siempre tenian la virtud necesaria para cumplir dignamente su ministerio; y así no faltaban pretestos á los grandes para desconocer la autoridad espiritual cuando no les era favorable. En tiempo de guerra (y la guerra era entonces casi perpetua) se quebrantaban sin pudor todas las leyes humanas y divinas: se violaban las capitulaciones y los tratados: se mutilaba y degollaba á los prisioneros: y en los templos y hasta en la santa mesa se vengaba el vencido envenenando al vencedor. La deshonestidad y el adulterio se mostraban con desvergüenza en todas partes; y el escándalo llegó á ser tan grande, que muchas princesas murieron en el cadalso, y sus cómplices, castigados con estraordinaria barbarie, no tanto por la ofensa de las costumbres, como por la injuria hecha á la magestad, fueron abiertos, desollados y arrastrados. "No se entiende, dice con mucha razon hablando de

esta época el autor del *Espíritu de la historia general de Europa*, como el género humano, sometido durante seis siglos á tantas desgracias, pudo perpetuarse cuando todo contribuia á su destruccion Comparando el estado presente de Europa con lo que era entonces, parece que los historiadores y cronistas han querido escribir no mas que sátiras crueles; y que, siendo enemigos atrabiliarios de los hombres, no han empleado sus plumas sino en denigrarlos á los ojos de la posteridad. Pero la reunion de tantos testimonios no permite dudar de esta verdad funesta, á saber, mientras la Europa fue bárbara, reinaron en ella violencias, crímenes, vicios y desgracias de toda especie. A proporcion que las luces se introdujeron en el caos, se disiparon las nubes poco á poco, el orden social se consolidó, las grandes convulsiones que afligen á los pueblos, fueron menos frecuentes, y los atentados políticos han encontrado menos dóciles las víctimas. El poder arbitrario decayó, las costumbres se suavizaron y respiró la humanidad. Las luces religiosas y morales son las que han disminuido la suma de infortunios que tan largo tiempo afligen á Europa."

En medio de las pruebas numerosas de la barbarie de diez siglos, que segun Robertson, fueron la época mas triste de la historia, debe observarse, que esceptuada España donde la anarquía feudal tuvo siempre poca influencia, Francia tuvo la gloria de libertarse antes

que las otras naciones, de este azote, y de señalar, por decirlo así, el camino de la civilizacion. Nuestros reyes capetos tomaron animosamente por guia á la justicia. Hicieron muy grande su autoridad; mas la justificaron con grandes acciones y servicios, sustituyendo paulatinamente las leyes romanas que Ciceron llama la razon escrita, á los usos estravagantes y caprichosos de los señores: protegiendo las letras y las ciencias: estableciendo tribunales justos y grandes, y librando sucesivamente á sus pueblos de la tiranía feudal: de modo que el interés del trono se confundió durante muchos siglos, en el pensamiento del pueblo, con el interés de la nacion.

Ademas, por una circunstancia rara y feliz, en esta larga sucesion de príncipes no hay ninguna cuyos defectos no esten mas ó menos compensados con algunas cualidades buenas ó brillantes. Esta observacion no es de un cortesano de los capetos, sino de Napoleon, su mayor adversario. "Es único el ejemplo, solía decir, de una dinastía tan larga que haya producido tantos valientes guerreros, tantos reyes sabios, y tantos príncipes, que el que menos ha sido hábil." Entre todos ellos, de los cuales ninguno semejó los reyes indolentes de la primer dinastía, ni á los monarcas débiles de la segunda. Felipe el hermoso, aunque muy superior á Luis el gordo, á Felipe Augusto y san Luis, mereció, por su valor personal, por la proteccion que concedió al pueblo contra el

feudalismo, y por la resistencia, aunque inmoralmente dirigida, contra las pretensiones exageradas de la corte de Roma, un lugar bastante distinguido en los anales de Francia. Tuvo algun cuidado del restablecimiento de la justicia, bastante habilidad en su política, y rara intrepidez en los combates: pero mal aconsejado de un ministro codicioso, y harto propenso por sí mismo á plantear proyectos de engrandecimiento, desproporcionados con las facultades de su tesoro, abrumó los pueblos con gravosos impuestos, trastornó el crédito público con la alteracion de las monedas, y para allegar dinero por medios, mas criminales todavía, derramó sin piedad la sangre de los caballeros del Temple, cuyo único delito probado fue la riqueza. Este príncipe debió á la naturaleza el sobrenombre de *hermoso*, á sus vejaciones el de *monedero falso*: y al fin de su vida mereció el de *cruel*. El gravámen de *la maltote*, causó en todas partes frecuentes sediciones. La de Ruan fue tan amenazadora y grave, que para reprimirla se recurrió al destierro, á la confiscacion y á los suplicios.

Leyes suntuarias y fiscales (1305). Enguerrando de Marigny le persuadió que los progresos del lujo en todas las clases, desquiciando los caudales, cegaban el manantial de los impuestos que queria tener siempre espeditos: y así creyó remediar este mal con leyes suntuarias; procurando obligar á sus vasallos á no hacer de sus bienes mas usos que llenar

el tesoro real. Prohibió, pues, á las personas opulentas tener en su mesa mas de dos platos y potage guisado con manteca, y en dias de vigilia cuatro platos. El rey mismo dió el ejemplo, comiendo solo tres platos, y no bebiendo otro vino que el de su cosecha. Prescribiendo esta frugalidad, imitaba el ejemplo de Enrique II, rey de Inglaterra, cuya severidad excitó en otro tiempo las quejas de muchos monges, á las cuales respondió, si es cierto lo que dice Velg: "es indecente que vuestro abad os permita mas platos que los que el rey come en su mesa." Los duques, condes y barones, y sus mugeres, no podian tener mas que seis vestidos al año, los caballeros, dos, y las personas de clases inferiores, uno. En aquel tiempo los hombres vestian sotana y manteo; y solo la gente del campo, criados y siervos llevaban vestido corto. No usaban pieles sino las personas constituidas en altas dignidades. La anchura y color de las partes, y el largo de la cola de los manteos, distinguian las clases. Los pares usaban escarlata y armiño, y el *mortero* ó grande sombrero, era el adorno de su cabeza. La gente del pueblo llevaba bonete. El precio de los géneros se fijaba segun las clases. El vestido del rey para las solemnidades costaba diez y seis libras y diez sueldos. Toda la recámara de un príncipe de Francia costaba ciento siete libras. Hasta entonces el lujo y la vanidad habian confundido paulatinamente las clases: ya hemos referido, que la reina Blanca,

madre de san Luis, engañada por la magnificencia del vestido de una prostituta, la saludó y abrazó creyéndola una gran señora. Felipe, aunque protegió el estado llano, y lo introdujo en los estados generales, no podia desentenderse de las ideas feudales del siglo; y así prohibió á las burguesas pasearse en coche, tener page de hacha, y enriquecer su vestido con oro, armiño, ó cualquier otra especie de pieles. Por mas codicioso que fuese este príncipe de dinero, por la ignorancia de su siglo no alcanzó que con estas leyes suntuarias paralizaba la industria, aniquilaba el comercio, y cortaba todas las raices de la riqueza pública.

Las ordenanzas de Felipe contra el lujo no excitaron sediciones como sus providencias en materia de hacienda. Pero no se pusieron en ejecucion, y la vanidad nacional fue mas ostinada que la autoridad régia. La moda resistió aun á la iglesia misma. Usábase un calzado, llamado á *la poulaine*, que era un zapato que concluía en punta, cuya longitud variaba, segun las clases, desde medio pie hasta dos. Añadiéronseles despues cuernos ó garras, que el clero condenó, porque los hereges los habian usado así. Pero se hizo tan poco caso de sus condenas como de las ordenanzas reales. Lo mismo sucedió con la prohibicion de los desafíos: el falso pundonor y las preocupaciones triunfaron todavía por mucho tiempo de la razon, de las leyes y de la religion.

Felipe publicó una ordenanza de reforma

general del reino, prometió eficaz proteccion á los individuos del clero, confirmó todos los privilegios de que gozaban en el reinado de san Luis, prohibió á sus tribunales confiscar las temporalidades sin instruccion antecedente y rigorosa, y aun en este caso, no mas que hasta la concurrencia de la multa á que se les habia condenado en juicio legal. Decretó graves penas contra las concusiones de los depositarios de beneficios en regalías: prohibió á los jueces recibir salario ó presente. Se tasaron los derechos de notarios y alguaciles. Prohibióse ejercer el destino de juez en el lugar de nacimiento. Todas las causas presentadas al tribunal del rey, debian, segun esta ordenanza, quedar despachadas en el término de dos años. Mandó á sus consejeros no recibir pension ni del clero ni de los pueblos. Los senescales, bailíos, vizcondes, jueces y prebostes, quedaron obligados á jurar que administrarian justicia así á los pequeños como á los grandes, sin escepcion de personas, y que defenderian los derechos del rey sin causar perjuicio á los vasallos.

En fin, decretó que el parlamento celebraria sus sesiones dos veces al año en París; el *tablero* (echiquier), en Ruan, y el tribunal de *los grandes dias*, en Troyes. Declaró al mismo tiempo que habria un parlamento en Tolosa, si los señores del Languedoc consentian que sus juicios fuesen sin apelacion. De este modo se hicieron sedentarios los parla-

mentos: porque hasta entonces habian seguido al rey en todas sus residencias. El canciller de Francia presidia la sala grande. En el reinado de Felipe, eran consejeros de instruccion doce eclesiásticos y diez y ocho legos. En el reinado de Luis, el hosco eran jueces los obispos de Mende y de Soissons, y los abades de san German de los Prados y de san Dionis. Los prelados fueron escluidos en tiempo de Felipe el largo. Pasquier dice en sus *Indagaciones* que los señores no tardaron en conocer sus intereses, y solicitaron ser admitidos en el parlamento: y que Felipe de Valois, en vez de hacer justicia á su demanda, decidió que en lo sucesivo no habria mas que treinta consejeros en la sala grande, cuarenta en la de instruccion (*enquàte*) y ocho en la de pedimentos (*requêtes*). Los señores no insistieron en su reclamacion: las formas complicadas que los legistas habian introducido en los procedimientos, fatigaban á los pares, barones y caballeros, y los obligaron á desaparecer de los parlamentos.

Aun se palpaban las tinieblas duraderas de la barbarie, y el santuario de las letras y de las ciencias, se trocó muchas veces en foco de tumulto y sedicion. En 1305 el preboste de París mandó ahorcar á un estudiante, y la universidad, indignada de la violacion de sus privilegios, cerró al momento todas sus escuelas y fulminó escomunion contra el preboste; el pueblo, guiado por algunos eclesiasticos dís-

colos, apedreó las ventanas de este magistrado, diciendo contra él mil dicterios. El preboste, vencido en juicio, dió satisfaccion á la universidad, y dos capillas, á cuyo gasto contribuyó el rey. La tranquilidad de la iglesia de Francia fue turbada por heregías en este tiempo. La asamblea del clero condenó al silencio á Juan de París, que queria esplicar, por principios materiales, el sacramento de la eucaristía. El error del tercer evangelio mas puro y perfecto, que nació y fue condenado en tiempo de san Luis, se renovó en el de Felipe el hermoso, añadiendo sus sectarios que siendo la nueva ley, enteramente de amor, ninguna muger podia negarse á los deseos de los hombres. Estos hereges fueron tan numerosos, que hubo de predicarse cruzada contra ellos. Su gefe Donein, y Margarita, manceba suya, fueron presos y condenados al fuego, como tambien una religiosa que se jactaba de tener comunicacion con la divinidad, y un iluminado que predicaba, que un alma no podia pecar en habiendo llegado al grado de éxtasis.

La muerte de Bonifacio no estinguió el rencor de Felipe, persiguióle hasta en el sepulcro, y exigió que se le juzgase despues de muerto, como á los antiguos reyes de Egipto. Envió al papa Benedicto XI, tres embajadores para suplicarle que instruyese el proceso de su antecesor: fundando su demanda en todos los delitos atribuidos á Bonifacio y en las quejas particulares del rey de Francia contra

él. Benito, que ni queria indisponerse con Felipe, ni comprometer la dignidad de la santa Sede, procuró ganar tiempo, absolviendo al rey de todas las censuras fulminadas contra su persona, anulando las bulas de su predecesor contra el rey y reino de Francia, y concediendo amnistía, y restituyendo sus derechos á los colonos, en consideracion á la proteccion de Felipe. Los cardenales proscritos por Bonifacio no se contentaban con esto, y alegaban que el papa no tenia facultades para deponerlos y juzgarlos sino el concilio. Por otra parte Benedicto irritó el enojo de Felipe, escomulgando á Nogaret y á todos sus cómplices en la prision de Bonifacio.

Cuando esta negociacion se complicaba en vez de adelantar, murió Benedicto XI, envenenado, segun se decia, con unos higos que le trajo un jóven disfrazado de ternera. Las costumbres del siglo daban probabilidad á estas acusaciones, y el público las adoptaba sin pruebas. Atribuyóse el delito á los Cayetanos y Colonas y á Nogaret. Durante nueve meses hubo gran division en el cónclave, fomentada por aquellas dos familias poderosas. El cardenal de Prato propuso elegir tres candidatos que no fuesen italianos, y nombrar entre ellos al que prefiriesen los cardenales franceses.

Los Cayetanos, siendo mas numerosos, hicieron que la candidatura recayese en tres arzobispos, amigos suyos. Uno de ellos fue el arzobispo de Burdeos, ardiente amigo de Bo-

nifacio y contrario del rey de Francia; pero que á pesar de esto, fue el que nombraron los cardenales franceses. Su odio contra el partido de la corte de París se convirtió en afecto. En una entrevista secreta que habia tenido con Felipe en san Juan de Angeles, este monarca, le dijo que tendria los votos de los cardenales franceses si prometia reconciliar al rey con la iglesia, revocar todas las censuras fulminadas contra él, contra sus vasallos y aliados, condenar solemnemente á Bonifacio, restaurar los Colonas, nombrar cardenales á los sugetos que le nombró, y *complacerle en un asunto que le diria en tiempo oportuno.* No dicen los historiadores si esta última peticion fue la ruina de los templarios, ó las pretensiones de Cárlos de Valois al imperio. El arzobispo prometió todo esto con juramento, y poco despues fue proclamado en Roma, primero con grande alegría y despues con mucha confusion de los Cayetanos. Tomó el nombre de Clemente V, y recibió la tiara en Lusignan, ciudad del Poiton. Cuando hizo su entrada en Leon, fue en gran manera honrado por el rey, los príncipes y muchos barones franceses: pero la alegría de esta solemnidad se turbó con un accidente desgraciado, que la superstición vulgar tuvo por mal agüero. Una pared se desplomó cuando pasaba la comitiva, mató al duque de Bretaña, hirió al conde de Valois y derribó al mismo pontífice.

Leon estaba entonces tumultuado por los

desórdenes, maldades y violencias de un sobrino del papa, que acompañado de otros jóvenes insensatos, corria de noche por las calles é insultaba impunemente á las mugeres que encontraba. A pesar de la proteccion de Clemente, el arzobispo de Leon juró que el delito no quedaria sin castigo. Sus criados acometieron con armas á los gascones y en la refriega pereció el jóven. Clemente quiso privar al arzobispo de las temporalidades: pero Felipe le protegió, y desde entonces quedó sometida Leon á la autoridad del rey de Francia. La elevacion de Clemente V al trono pontifical libertó á Felipe de las terribles inquietudes que le causó el carácter altivo y la rivalidad de Bonifacio: y se aplicó esclusivamente á remediar los desórdenes que causaban en lo interior del reino sus providencias fiscales y opresivas.

Ordenanza sobre monedas (1306). Continuando la alteracion de las monedas, y mudando á cada instante su peso y título, prohibió á sus vasallos contar por marca como antes, y les mandó contratar con libras, sueldos y dineros. En vano le ofrecieron los obispos, abades y señores, en la asamblea de 1303, la décima parte de sus rentas, con tal que se obligase, por sí y sus succesores, á no hacer mas alteracion en las monedas: el rey desechó con dureza esta súplica. Este príncipe fue el primero que puso al frente de sus edictos la espresion: *por la plenitud de nuestro poder*

real, y entonces el pueblo le puso el apodo de *monedero falso*. En 1305 el marco de plata valía ocho libras y diez sueldos.

La obstinacion del monarca y sus providencias arbitrarias excitaron clamor universal. Causó verdadera carestía, fijando *máximo* en el precio de los granos, á cuarenta sueldos el *setier* de trigo, treinta el de cebada y veinte el de avena. Todos los contratos eran inciertos; todos los caudales estaban espuestos á perecer. Sin embargo, no hubo grandes sublevaciones, porque los señores mas poderosos, en vez de proteger á los oprimidos, imitaban al opresor y alteraban tambien en sus dominios el valor de las monedas. El exceso del mal produjo el remedio: cegada la fuente de las riquezas, disminuyeron los provechos del fisco al mismo tiempo que crecia el descontento universal. Felipe abrió en fin los ojos: procuró purificar ante el público sus actos arbitrarios, alegando la urgente necesidad que habia tenido, de defender á un mismo tiempo la monarquía contra las fuerzas de Inglaterra, la agresion de los flamencos, las amenazas del emperador, y las pretensiones de la santa Sede: y prometió remediar con prontitud las calamidades de su pueblo, dando por garantía de sus promesas todos sus dominios.

En 1306 el marco valió solamente dos libras y quince sueldos: pero los señores continuaron la alteracion de la moneda en sus feudos, y se hicieron odiosos á la nacion. El rey apro-

vechándose con destreza de su imprudente avaricia para conseguir mas presto el objeto constante de su política, que era la destruccion del poder feudal, publicó contra el abuso que cometian los grandes una ordenanza, tanto mas célebre, cuanto pareció popular. Por ella estableció en las casas de moneda de los señoríos, oficiales régios encargados de inspeccionarlas para que todas las monedas tuviesen el mismo peso y título que las del rey. Prohibió á los señores y prelados acuñar nuevas monedas sin haber recibido órden para ello; y en fin, acometiendo animosamente á los barones de mas poder, escribió una carta imperiosa al duque de Borgoña para obligarle á cumplir su ordenanza; y mandó embargar en Burdeos el cuño del rey de Inglaterra su vasallo.

Los señores, por su parte, habian creido hacer odiosa la autoridad real, permitiéndole cobrar impuestos de los burgueses y propietarios de sus dominios: pero su esperanza fue vana: el pueblo temía á los señores que por tanto tiempo le habian tiranizado, mas que al rey: y ademas Felipe el hermoso habia merecido su gratitud, llamándole á los estados generales: y así este príncipe, en vez de amedrantarse con las grandes reuniones, se valía de ellas para sembrar la discordia entre las clases del estado. La cuestion de la amortizacion era entonces objeto de animosidad entre el clero y la nobleza. Los señores decian que

los cuerpos eclesiásticos que ni pueden morir ni enagenar sus bienes, no debian adquirir tierras en sus señoríos, sin indemnizarlos, por medio de un derecho de amortizacion, de la alcabala de venta que perdian para siempre cuando los bienes caian en manos muertas. Los obispos y abades rechazaban como sacrílega esta pretension feudal. De este modo, segun observa Mably, los tres órdenes aumentaron con sus divisiones el poder de la corona, todos procuraron á porfía captar la benevolencia del rey, y así se consolidó la autoridad casi absoluta del trono. Felipe habia reunido á la corona los condados de Angulema, Champaña y Brie: era rey de Navarra: y en toda la estension de Francia, á escepcion de los cuatro grandes feudos de Borgoña, Guiena, Flandes y Bretaña, que aun se defendian, estaban aniquilados los cimientos del régimen feudal. El rey, haciendo contínuos progresos y dividiendo para reinar, separó los estados de las provincias del mediodía, llamadas Languedoc (lengua de *Oc*) de los de las provincias septentrionales, que se distinguian con el nombre de Languedoyl (lengua de *Oyl*). Ni señaló la época de sus sesiones, ni les concedió derechos generales, y en vez de ponerlas como barreras contra la arbitrariedad, no las consideró sino como medios propios para conseguir mas fácilmente los subsidios, y hacer olvidar enteramente las juntas de los barones. Concedió á los pares en el parlamento su an-

tigua precedencia sobre los obispos, y á estos se dió orden de salir de la corte y residir en sus diócesis. Perdióse la costumbre que tenian los barones de limitar á su voluntad las ordenanzas reales: ni ya se pidió su consentimiento para cumplirlas en sus dominios; de modo que no quedaron sometidas á otra formalidad que á la de archivo en los parlamentos.

Pero este parlamento que habia tomado el nombre de *corte real de París*, comenzaba ya á conocer el alto destino que se le preparaba, y estendiendo su competencia, iba atribuyéndose una parte de la que tuvieron los antiguos parlamentos ó asambleas nacionales, compuestas de pares y de obispos. En 1309 condenó al rey á pagar daños y perjuicios al obispo de Evreux, al cual disputaba sus derechos á un bosque. Juzgó á muchos soberanos: condenó al rey de Inglaterra á quince mil libras de multa, y al conde de Foix, á treinta mil. Cuando el rey nombraba una comision, se apelaba de su juicio al parlamento. Despues se aumentaron de tal modo la fama y poder de este cuerpo, que los príncipes estrangeros pidieron muchas veces la verificacion y archivo en él de los tratados que hacian con los reyes de Francia. Hubo muchos ejemplos de esto en el siglo xv, como los tratados de Actas, de Perona, de Madrid, de Cateau, Cambresis y de Vervins, concluidos con las córtes de Austria, España y Borgoña. Así los parlamentos, que se componian de legistas,

tuvieron la pretension de representar, y representaron efectivamente, el gran consejo real de los pares y grandes, reliquia de las antiguas asambleas nacionales de los francos. El conde Buat en su sistema mas verisímil que comprobado, dá al parlamento un orígen mas antiguo, suponiéndolo descendiente de los cien compañeros ó consejeros que tenian los reyes de los germanos para administrar justicia. "Tambien tuvieron, dice, los reyes francos un consejo que juzgaba las causas en apelacion del conde palatino y de los otros condes. Estos, asistidos de pares ó asesores, juzgaban en nombre del rey á los hombres libres. Se vieron todavía reliquias de este uso en la segunda dinastía, cuando el consejo de rey juzgó y condenó al hijo de Ludovico Piol. Sin embargo, los grandes eran juzgados las mas veces en la asamblea general, como lo fue Tasilon duque de Baviera. Los parlamentos generales eran institucion nacional. El parlamento, esto es, el tribunal y consejo del rey, fue institucion feudal y monárquica."

Reconciliacion de Felipe con Roma (1308). La deferencia de los estados generales al rey, y los subsidios que le concedian, no bastaban á su necesidad de dinero. Mezeray compara el erario de este príncipe á las urnas de las Danaides, que no se llenaban nunca por mas agua que se echase en ellas.

Su codicia recurrió á un arbitrio hartas veces empleado por sus predecesores. Mandó

salir de Francia á todos los judíos y les prohibió volver so pena de confiscacion y de muerte. Como eran asentistas, y el pueblo los aborrecia, se creyó que su espulsion tuvo por objeto aplacar á los oprimidos sacrificándoles estas víctimas.

Felipe, pacificado el interior de Francia, tuvo en Poitiers una conferencia con el pontífice, en la cual se confirmó la reconciliacion completa de Francia y de la santa Sede. Ratificóse la paz hecha con Eduardo II, y se le restituyó la Guiena como dote de su muger Isabela de Francia. Eduardo II casó con esta princesa en Boloña, y prestó homenage á Felipe por el ducado de Aquitania. El rey instaba siempre al papa que juzgase y condenase á Bonifacio: Clemente pidió y obtuvo que este negocio se dilatase: y algunos autores dicen que en pago de esta condescendencia de Felipe le concedió la ruina de los templarios.

Súpose al mismo tiempo que el gobernador de Navarra habia sublevado este reino contra Luis el hosco, hijo de Felipe, á quien pertenecia como herencia de su madre. Luis acudió con tropas y venció y castigó á los rebeldes. Entonces se estendió por Europa la fama de la sublevacion de Suiza contra Alberto de Austria. Los cantones de Switzuri, y Undelwalden, animados por tres paisanos, fundaron la independencia de su patria: y en odio de la dominacion austriaca, mataron todos los pavos que habia en Suiza, porque en

el escudo de armas de Austria estaba pintada un ave de esta especie. Poco despues llegó á París la noticia de haber perecido Alberto á manos de su sobrino el duque de Suevia.

Felipe esperaba que el papa favoreceria, segun lo prometido en la conferencia de san Juan de Angely, las pretensiones de Cárlos de Valois al imperio: pero la elevacion de un príncipe francés á la silla imperial y el aumento de la influencia de Felipe no convenia á la política romana ni á la europea: y así sabiendo Clemente que el rey marchaba á Alemania con ejército poderoso, escribió en secreto á los electores que no perdiesen tiempo, si querian ser libres en la eleccion, y nombrasen con prontitud á Enrique de Luxemburgo, príncipe digno del trono por su valor y virtudes. Los electores conocieron cuán importante era el consejo, y despues de ocho dias de deliberacion, proclamaron emperador á Enrique.

Felipe al saberlo, se quejó del papa, y Clemente, por aplacarle, convocó en Viena del Delfinado un concilio para el 1.° de octubre de 1310, en el cual habia de juzgarse á Bonifacio. Poco despues se difirió la reunion hasta el año de 1311. De todas partes empezaron á llover libelos contra la memoria de Bonifacio, con grave escándalo de la cristiandad: pero casi todos los obispos, apoyados por los reyes de Castilla y Aragon, dirigieron enérgicas representaciones á Felipe para que aplacase su odio, y no diese, por una pasion ruin, tan in-

decente espectáculo al orbe cristiano. El rey cedió á sus solicitudes, y remitió la causa al arbitrio del papa y de los cardenales. Los árbitros anularon todas las bulas de Bonifacio, y mandaron borrar de los archivos de la chancillería romana los actos injuriosos para el rey de Francia. Solo á Nogaret se negó la absolucion, y no le fue prometida sino á condicion de tomar la cruz y hacer varias peregrinaciones. El afecto del rey que le colmó de riquezas y le nombró su canciller, le indemnizaron del horror y desprecio que inspiraba á toda la cristiandad.

Agregacion de Leon á la corona (1310). Pedro de Saboya, arzobispo electo de Leon, tomó las armas contra los franceses. Luis, hijo mayor de Felipe, marchó contra él y le obligó á capitular. El prelado renunció á toda pretension de la soberanía, y desde entonces quedó Leon reunida definitivamente á la corona: pero los canónigos de la catedral conservaron sus prerogativas y el título de condes. En el mismo año llegó á Francia la noticia de las hazañas de los caballeros de san Juan y de la defensa heróica de su gran maestre contra los turcos.

Concilio de Viena (1311). El concilio de Viena se reunió para deliberar sobre los medios de recobrar la tierra santa, sobre la reforma de las costumbres y sobre la abolicion del orden de los templarios. Este concilio, convocado al principio con el objeto de conde-

nar á Bonifacio, dió en presencia del rey un decreto, que declaraba á este pontífice legítimo sucesor de san Pedro y esento de heregía. Dos caballeros catalanes arrojaron en medio del concilio el guante de desafío contra los que denigrasen la memoria del papa. Nadie lo levantó, y el mismo Felipe suscribió al decreto.

Causa de los templarios (1312). Un negocio mas importante trataban entonces el sumo pontífice y el rey. Tal era la ruina total de un orden ilustre, lleno de gloria hasta entonces y venerado de todos los príncipes. Empezaron las escenas sangrientas de un drama terrible, cuyo desenlace trágico inspira todavía, despues de tantos siglos, sorpresa y admiracion. Los templarios, ya fuesen criminales, ya inocentes, sumergidos en los calabozos, puestos en los tormentos, heridos por la espada real y por los rayos del vaticano, fueron en todas partes objeto de compasion para la posteridad; las cual condena justamente el rigor desapiadado que se ejerció contra ellos. Hasta nuestros dias estuvieron cubiertos de un velo impenetrable las causas del odio, y la verdad ó falsedad de las acusaciones que se hicieron al orden del temple: pero ya gracias á las indagaciones laboriosas del sabio académico M. Raynouard, parece que se han disipado las nieblas que cubrian tan terrible misterio. Este escritor ha disculpado á los templarios en sus *monumentos históricos* y celebrado su heróica firmeza en la tragedia que consagró á su memo-

ria. Pero antes debemos segui... ...acion de Villani y de la mayor parte de los historiadores franceses, para saber lo que durante muchos siglos se ha dicho y escrito acerca de este triste episodio de la historia moderna.

El orden de los templarios, fundado en 1118 por Hugo de Payens, Godofre de Saint Omer y otros siete caballeros franceses, estaba consagrado por su instituto á defender la religion y la tierra santa. Su regla fue escrita por san Bernardo, dada en el concilio de Troyes y aprobada por el papa Honorio II. Hacian voto de castidad, pobreza y obediencia: Balduino, rey de Jerusalen, les dió casa cerca del templo; de lo cual tomaron el nombre de templarios. Llevaban hábito largo y cruz roja sobre manto blanco. Se abstenian de carne tres dias en la semana: pero era proverbio general *beber como un templario*, para indicar un hombre entregado á la embriaguez. M. Raynouard dice, que este proverbio no estuvo en uso hasta despues de la ruina del orden: hemos referido en la historia de las cruzadas las hazañas brillantes de estos caballeros religiosos, que tantas veces llevaron el terror á los ejércitos infieles. Es verdad que sus virtudes decayeron despues, y que se dejaron seducir como los otros cruzados, por los favores de la gloria y de la fortuna. Fueron ricos, orgullosos, independientes y aun avaros: pues ya hemos visto que negaron á san Luis el dinero necesario para completar su rescate. Por desgra-

cia, tomaron parte en las discordias de los cristianos y en las querellas de Génova con Venecia. Su valor impetuoso rompió importunamente muchas treguas útiles á la causa de la cristiandad.

Los musulmanes se aprovecharon de las divisiones de los latinos y de las imprudencias de sus gefes. La tierra santa volvió al poder de los infieles. Las reliquias de los templarios, que escaparon de la espada sarracena y de las ruinas de Acre, se refugiaron á la isla de Chipre. Felipe el hermoso los exhortó á que viniesen á Francia con su gran maestre. Como ignoraban las calamidades que iban á caer sobre ellos, obedecieron. Recibióles como á héroes, y el gran maestre y sus caballeros fueron colmados de honores, al mismo tiempo que se meditaba su ruina.

Un templario, prior de Montfaucon, y un florentin, llamado Nofodi, cuando ya iban á sufrir la pena capital debida á sus crímenes, declararon que tenian que descubrir cosas importantes, y pidieron y obtuvieron audiencia del rey, en la cual denunciaron á los templarios como enemigos del estado, de las leyes y de la religion. El historiador de Clemente V dá otros nombres á los denunciadores. En su declaracion afirmaron lo que los templarios obligaban á los que entraban en su orden, á renegar de Jesucristo y á escupir un crucifijo: que adoraban un ídolo de barba larga con bigotes, y cuyos ojos eran dos carbunclos: que

se entregaban á los vicios mas infames, y que en ciertas épocas buscaban una muger recien parida, la atormentaban de mil maneras, y asaban y comian el niño: que cuando moria un templario, sus compañeros quemaban el cadáver y tragaban las cenizas: en fin, que habian entregado la tierra santa á los infieles por dinero. La crónica de san Dionis, el inglés Walsigham, Nostradamo, los historiadores de Provenza y el de Malta repiten estas acusaciones monstruosas, que se difundieron por todas partes y en todas fueron creidas por la envidia con que se miraba la riqueza y el poder del orden. Los escritores mas moderados dicen, que estas imputaciones, falsas en la generalidad, pudieron ser verdaderas en parte, atendida la corrupcion y barbarie de costumbres que reinaban en todas las clases de la sociedad.

Felipe, impetuoso en sus odios, violento en sus resoluciones, mandó prender todos los templarios que habia en su reino en un mismo dia, que fue el 13 de octubre de 1307, se apoderó del temple y del tesoro del orden, que estaba en esta casa, y puso en ella su palacio y el archivo de las cartas de Francia. Nogaret reunió, en nombre del rey, el clero, los grandes y los prohombres de París; les denunció los delitos de los templarios y se declaró su acusador. . . . . . .

Guillermo de París, dominicano, inquisidor de la fé y confesor de Felipe, hizo comparecer á su tribunal los templarios, formó el

interrogatorio é instruyó el proceso. El papa, informado de todo, desaprobó cuanto se habia hecho hasta entonces, fundado en que el orden del temple, siendo eclesiástico, estaba exento de la jurisdiccion civil: reprendió al inquisidor, y exigió que se pusiesen á disposicion de la santa Sede las personas y bienes de los acusados. Felipe no entregó el tesoro: pero prometió entregar las personas y los dominios. En una conferencia que tuvo con el papa en Poitiers, se formó una junta, compuesta del obispo, señores y personas distinguidas de la ciudad: y se decidió que los reos se entregarian, bajo la autoridad del rey, á la custodia del papa y de la iglesia, y que en caso de condenacion, sus bienes se destinarian esclusivamente á la conquista de la tierra santa. Dos camareros del rey fueron los guardas de los caballeros presos. Clemente V perdonó al inquisidor Guillermo sus providencias intempestivas, y le permitió tomar asiento entre los jueces de la causa, que se instruyó por las dos autoridades reunidas de los obispos y de los magistrados. El papa determinó, por medio de bulas, las formalidades que debian observarse: y amenazó con escomunion á los prelados, inquisidores ó cualquiera otras personas que no restituyesen los bienes de los templarios de que se hubiesen apoderado. El gran maestre pidió ser oido y juzgado por el papa: pero Felipe logró estorbar que aquel ilustre acusado se acercase al sumo pontífice. Las últimas

bulas de Clemente V despertaron el resentimiento del rey contra la santa Sede: mas el papa le desenojó dándole esplicaciones convincentes. De ciento cuarenta caballeros, interrogados en París, todos, escepto tres, confesaron los crímenes que se les imputaban. Algunos dijeron que no estaban iniciados en los misterios interiores del orden, y que en ellos solo se admitia á los gefes. Confesaron delitos, en Bigorre, once templarios: en Troyes, dos: en Bayeux, cinco: en Caen, trece: en Cahors, siete: en Pont de l'Arche, diez: en Carcasona, siete: y en Beaucaire, cuarenta y cinco. El historiador del orden de Malta, orden rival y envidioso del de los templarios, afirma, no obstante, que todos confesaron á fuerza de tormentos. "Cerca de las cárceles, dice, donde estaban las víctimas, solo se oian gritos y gemidos de los infelices mutilados, quebrantados y atenaceados. Algunos, con heróico valor, arrostraban los tormentos y negaban con la mayor firmeza." Pero lo que irritaba mas los ánimos, preocupados contra los templarios, fue que generalmente se tenia por cosa cierta haber confesado los crímenes de que se les acusaba, y sin necesidad de tormentos, en presencia del inquisidor y de otros muchos cardenales, el gran maestre Santiago de Molay, el comendador de Normandía, hermano del delfin de Auvernia, el gran prior de Francia, y los maestres de Provenza, Aquitania y Poitou. El mismo Clemente V interrogó setenta y

dos templarios, que confesaron todos los delitos, á escepcion de algunas infamias, y el insulto del crucifijo. Los templarios fueron presos tambien en España y Sicilia. El rey de Inglaterra se resistió al principio: pero despues siguió el ejemplo general, por deferencia, segun decia, al pontífice y á Felipe. El orden, proscrito ya por la opinion pública, halló en su propio seno defensores animosos, que oponian á las acusaciones de sus adversarios, el amor á la religion, probado durante dos siglos por las hazañas de los templarios, por la sangre con que habian teñido los alfanges sarracenos, por las cadenas que habian llevado entre los infieles, y en fin, por sus estatutos, por sus limosnas y por la brillante fama, adquirida en Europa y Asia con tantos sacrificios, caridad é intrepidez. Muchos templarios, animados con estas defensas elocuentes, arrostraban los tormentos y retractaban sus confesiones: pero esta firmeza tardía irritaba y no desengañaba á los jueces, que castigaban como relapsos á los que se desdecian de su primera confesion, condenaban al fuego á los que aseguraban que eran inocentes, y ponian en libertad á los que se confesaban criminales, con tal que prometiesen no volver á usar el hábito del orden. Los condenados aterraron á los berdugos con el valor que manifestaban oprimidos con el peso de las cadenas, destrozados por los tormentos y enmedio de las llamas de las hogueras.

Un concilio, que se reunió en Viena, representó al pontífice la necesidad de observar en una causa tan importante todas las formalidades jurídicas y de conceder á los acusados el tiempo necesario para su defensa: pero el ardor de Felipe abrevió los trámites: y un tribunal de comision, fulminó, en nombre de Clemente V, la sentencia de abolicion del orden. La mayor parte de los padres del concilio declararon que no podian juzgar al orden sin oir la defensa de su gran maestre: pero los arzobispos de Sens y de Ruan y otros dos prelados dijeron que la informacion ya hecha contra un orden perverso, acusado de crímenes enormes en tan diversos paises y por un número tan grande de testigos, bastaba para el conocimiento de los jueces. Despues de medio año de incertidumbre y de negociaciones, el papa declaró, que á falta de otras formalidades haría uso del poder pontificio: y así un consistorio secreto abolió provisionalmente, en virtud de autoridad apostólica, el orden de los templarios, dejando sus personas y bienes á disposicion de la iglesia. Estos bienes debian reunirse al orden de los caballeros de Malta.

Cuando en París se hizo la informacion contra los templarios, el gran maestre, tratado poco antes como soberano en Asia y en Europa, compareció ante el tribunal cargado de cadenas. Defendió con intrepidez su orden, atribuyó á la envidia las calumnias con que

le denigraba, y no confesó mas delito, sino el celo demasiado de los templarios en defender sus privilegios. Los jueces le negaron que nombrase abogado, recordándole la declaracion que habia hecho ante seis cardenales en Chinon: pero el gran maestre afirmó con altivez, y llamando impostores á dichos cardenales, que la confesion que se le atribuia no fue la que él hizo. Recordó despues la regularidad y mugnificencia de las iglesias del Temple y los innumerables actos de caridad de los templarios, protestando la sinceridad de su fé, cuyo símbolo repetia, y que habia sellado con su sangre. En fin, pidió que su causa se viese ante el sumo pontífice. Sesenta caballeros imitaron su ejemplo, y juraron que su fé era pura, y sin mancha: que todas las acusaciones eran calumniosas, y las confesiones del corto número de los tímidos, arrancadas por el tormento ó conseguidas por el soborno. "Contra nosotros, decian, se han empleado las mismas armas: pero somos guerréros de Jesucristo, y sufriremos mil muertes antes que faltar á la verdad." La informacion hecha en París y en otras ciudades, las discusiones del concilio, las negociaciones del papa y las deliberaciones del consistorio secreto duraron desde 1309 hasta 1311. El papa no dudaba que los templarios se someterian á la sentencia del consistorio secreto que abolió el orden, y que daba por único castigo á los mas culpables la reclusion. Los demas debian ser puestos en libertad, si

obedecian: y solo la resistencia los espondria á perder la vida.

Dos legados del pontífice pasaron á París é hicieron comparecer ante ellos al gran maestre y á los caudillos del temple. Leyóseles su confesion, y se les intimó que la renovasen mostrándoles una hoguera hecha en medio de la plaza del tribunal, en la que habian de morir si se obstinaban en negar sus delitos. "Ese horrible espectáculo, dijo el gran maestre, no me obligará á confirmar la mentira con nuevas imposturas. Ya es tiempo de asegurar el triunfo de la verdad. Juro ante el cielo y la tierra, que todas las imputaciones de vicios, delitos é impiedades, hechas á los templarios, son calumniosas. Nuestro orden es puro, virtuoso y católico. Yo soy digno de muerte por haberla acusado cediendo á las solicitudes del papa y del rey. Quisiera espiar esta culpa con suplicio mas terrible que el del fuego, para merecer la compasion de los hombres y la misericordia de Dios."

Los demas gefes, á escepcion de dos, dijeron lo mismo, fueron entregados á las llamas y declararon ser inocentes hasta el último suspiro. El vulgo inconstante, conmovido al ver la intrepidez de las víctimas, convirtió el odio en compasion y la ira en entusiasmo, honró con lágrimas las cenizas de los caballeros, y las recogió como reliquias. Entonces se esparció la voz de que el gran maestre, ya medio consumido por las llamas, habia emplazado ante el tribunal

de Dios á Clemente dentro de cuarenta dias y á Felipe dentro de un año. El pronto fallecimiento de entrambos dió á esta profecía fabulosa el carácter de un hecho histórico. En varias ciudades y paises de Europa perecieron con el último suplicio muchos templarios, que declararon su inocencia tomando al cielo por testigo.

Muchos autores dicen que el motivo de la condenacion de los templarios fue el deseo de apoderarse de sus riquezas. Segun Mariana, Mezeray y otros escritores, no todos los templarios eran culpados de los delitos que se les imputaban, pero sí gran parte de ellos. Dupuis y el padre Daniel disculpan á Felipe de la nota de avaricia, y afirman que este principe no tomó posesion de los bienes de los condenados; y no creen que un concilio general hubiera proscrito todo el orden de los templarios, si las confesiones de los reos hubiesen sido arrancadas por el tormento. La opinion general de la cristiandad fue que las torpezas y desórdenes de algunos caballeros, el orgullo é independencia de todo el orden, sus frecuentes resistencias á la autoridad real y á la de los obispos, y la rivalidad del orden de Malta fueron causa de la ruina de los templarios. En los poetas de aquel siglo se leen ya epígramas contra las víctimas, ya contra los jueces, y con mas frecuencia, dudas sobre la inocencia ó culpabilidad de los acusados. El abate Vély cita unos versos, escritos por

Godofre, testigo del suplicio de los templarios, cuyo sentido es el siguiente:

Diversamente en el mundo
de este proceso se habla:
yo estoy dudoso. Unos dicen
que la envidia fue la causa,
otros que el delito. Ignoro
cual opinion es la errada.
Sea el éxito el que fuere,
parece que el siglo acaba.
Tal vez con buenos principios
péximos fines se enlazan.
Las justicias de la tierra
bien pueden ser engañadas,
no la de Dios. Yo enmudezco:
otros dirán lo que falta.

Cuando en nuestros tiempos se estendió el torrente de las revoluciones hasta la capital del mundo cristiano, se trajeron á Francia y fueron impresos todos los documentos relativos á la causa de los templarios, sacados de los archivos del vaticano. M. Raynouard, secretario perpetuo de la academia que los consultó y estudió, ha publicado su opinion sobre esta materia, y es la siguiente. Los principales motivos de la acusacion contra los templarios fueron su poder, su orgullo y sus riquezas. Habia en Francia quince mil caballeros de este orden, todos valientes y hábiles: pero mal vistos á causa de sus últimas derrotas en Palestina, donde su orgullo y su violencia habia causado muchas veces discordias entre los cru-

zados. Ultimamente eran del partido de la casa de Aragon contra la de Anjou. Descontentos como toda la nacion de las providencias arbitrarias del rey en cuanto á la alteracion de monedas y el impuesto de la *maltote*, fueron acusados de complicidad con los parisienses cuando estos se sublevaron y sitiaron á Felipe en el temple: y en vez de ofrecer al rey un asilo y calmar la sedicion, irritaron sus sospechas, tomando el carácter de protectores que podrian llegar á ser terribles enemigos. Defendieron la causa de los judíos proscritos y la del feudalismo ya moribundo: en fin, poseian riquezas que exageraba la fama y que el rey codiciaba. Es verdad que el papa, consintiendo en la abolicion del orden, exigió que los bienes fuesen confiados á la custodia de la iglesia y entregados mas tarde á los caballeros de Malta: pero no es menos cierto que Felipe se quedó con el tesoro hallado en el temple y con los muebles del orden, y que hasta el fin de sus dias gozó de las rentas confiscadas. Cuando el gran maestre, llamado del Asia por orden espresa del rey, llegó á Poitiers, creia que solo se trataba de un proyecto de union de su orden con el de san Juan de Jerusalen, publicado de oficio: y Molay y los principales templarios supieron con asombro las acusaciones dirigidas contra sus costumbres y su fé. Defendiéronse con vehemencia, y el pontífice pareció convencido de que eran inocentes. Estas conferencias se celebraron el mes de abril

de 1307. Entonces prodigaba Felipe al gran maestre las apariencias de su favor y amistad, y llegó hasta nombrarle padrino de uno de sus hijos; mientras que daba á Nogaret y á Marigny instrucciones secretas para perseguirle. El 12 de octubre del mismo año se les trató con la mayor distincion: y el gran maestre fue elegido con tres personages de la corte para llevar las borlas del paño en el entierro de la princesa Catalina, muger del conde de Valois: y al dia siguiente fueron presos y encadenados como reos el mismo gran maestre y sus caballeros. Suspendióse algunos años el sacrificio: porque en aquella época no se reconocia en el rey ni aun en el papa, la facultad de proscribir un orden religioso, sin autorizacion de un concilio: y ademas, porque antes de esterminarlos era menester desacreditarlos en la opinion pública que los abria defendido, á no ser acusados de usureros, hereges, apóstatas é impíos. Pero las poesías de aquel tiempo prueban que el público no quedó tan convencido de la verdad de las acusaciones como hubiera deseado Felipe. Un poeta esplicó sus dudas del modo siguiente:

"No sé si fue con razon
ó si fue con injusticia:
prendieron á los templarios
que en la Francia residian,
un viernes del mes de octubre
al rayar la luz del dia."

No se omitió ningun medio ni para incitar el pueblo contra ellos ni para obligarlos á que confesasen. Les presentaban cartas fingidas del gran maestre en que los exhortaba á la confesion: los ostigaban ya con amenazas, ya con las promesas mas seductoras: los privaban de alimento, y hacian con ellos las mayores crueldades para hacerles declarar. Se les ataba una cuerda á las manos, se les levantaba por medio de una polea con grandes pesos en los pies, y se les soltaba de pronto. Otras veces les untaban los pies con aceite, y los ponian al fuego. Les ceñian anillos de hierro en los talones, y otros mas pequeños entre los dedos, y los apretaban hasta que crugian rotos los huesos. Muchos perecieron en el tormento. Los que quedaban vivos y no confesaban, volvian á los calabozos, donde no se les daba mas que pan y agua. Estos bárbaros tratamientos eran contrarios á las reprehensiones que el mismo Felipe habia dado seis años antes al inquisidor Fulques por las violencias que habia empleado en Languedoc contra algunos sospechosos de heregía. Decíale el rey que la cárcel era para la custodia, no para el castigo: *ad custodiam, non ad pœnam.* Pero con respecto á los templarios no hubo crueldad que le pareciese demasiada, para hacerlos confesar. El inquisidor Guillermo instó á todos los jueces que remitiesen á la corte con la mayor prontitud posible todas las declaraciones de los templarios, principalmente aquellas en que

confesaban haber renegado de Jesucristo. Los jueces de Tours, ó por complacer al rey, ó por enojo particular, pidieron juicio sumario y el pronto castigo de los hereges, añadiendo que el rey no tenia necesidad del papa para enviar al suplicio á los enemigos de la religion. El papa, movido á compasion y celoso de su autoridad, retardó la destruccion de los templarios, y mandó hacer informaciones en todos los paises de la cristiandad. Muchos templarios confesaron los delitos que se les imputaban, y setenta y dos de ellos hicieron su confesion ante el sumo pontífice. Conservanse sus nombres y declaraciones: pero la mayor parte de estos caballeros se retractaron. Guillermo echó en cara al gran maestre y á los gefes del orden el homenage que habian hecho á Saladino; por lo cual dijo este sultan "que los templarios merecian las derrotas que habian sufrido por haber prevaricado en su fé y en su ley." «Esa es una calumnia, respondió el gran maestre. El rey de Inglaterra habia firmado treguas en Palestina: los templarios poseian muchas aldeas, encartadas en los dominios del sultan. El gran maestre no prestó homenage alguno, ni hizo mas que abstenerse de los combates como prescribian las condiciones de la tregua: y todo el orden, que al principio llevó á mal su inaccion, la aprobó despues y reconoció que habia obrado con prudencia." El acta de acusacion contra los templarios se reducia á estos artículos: negar la divinidad de Jesu-

cristo, insultar los crucifijos, adorar un gato, no pronunciar los que eran sacerdotes, cuando decian misa, las palabras de la consagracion entregarse á toda especie de deshonestidad, adorar en cada provincia diferente ídolo, y degollar ó sepultar en profundos calabozos á los que rehusaban ser cómplices de estas infamias. Los templarios dijeron en el acta de defensa, "todas esas acusaciones son calumniosas, y las confesiones han sido arrancadas por el tormento. Flexian de Beziers y Guillermo Robert han hecho morir á muchos templarios para obligarlos á confesar. Se han violado todas las formalidades de justicia con respecto á los acusados: puestos en prision, ultrajados y mutilados, han sido conducidos como ovejas, á la carnicería. Se les han presentado cartas del rey en que se les prometia, si confesaban, vida, libertad y rentas. Estos hechos son notorios é incontestables. El orden es inocente, y sus acusadores, malos cristianos. Nuestra fé es la de la iglesia. Hacemos voto de pobreza, obediencia y castidad: peleamos por la religion contra los infieles, segun prescriben nuestros estatutos, que es fácil consultar y publicar. Cuando los sarracenos han dado á los templarios la opcion entre la muerte y la apostasía, todos han preferido, sin vacilar, la muerte. Y por eso las familias mas virtuosas y distinguidas envian sus hijos á nuestro orden. Pedimos ser juzgados por el concilio general, alejándose de él nuestros perseguidores y todo magistrado lego,

y separando de nuestra vista esos aparatos de terror: entonces quedará manifiesta nuestra inocencia."

M. Raynouard censura agriamente que se hubiese puesto en prision y tratado como á los demas reos á nueve caballeros que se presentaron en el concilio de Viena, como defensores de su orden, con mandato para ello de otros dos mil templarios: porque, segun asegura, se habia dado salvoconducto especial á todos los que diesen luces al sínodo en esta gran causa, ya en pro, ya en contra de los acusados: y añade que los padres del concilio manifestaron su desaprobacion de este hecho. Á pesar de las reclamaciones de los acusados, nunca se pudo conseguir que se presentàse á los jueces ni al público ningun artículo de reglamento, ninguna carta que pudiese servir de apoyo á la acusacion. Solo se les objetaban delaciones de hombres oscuros, y confesiones de muchos caballeros, logradas á fuerza de tormentos y retractadas despues. Puede compararse el cuadro de las infames costumbres que se atribuian á los templarios con el elogio imparcial que san Bernardo habia hecho de estos mismos caballeros. "Viven, decia, sin tener nada propio, ni aun su voluntad. Vestidos con sencillez y cubiertos de polvo, tienen tostada del sol la cara, y el mirar severo y altivo. Cuando llega el momento de combatir, arman de fé su corazon y de acero su cuerpo: muestran la mayor intrepidez en los grandes peligros, y ni

temen el número ni la fuerza de los infieles. Toda su confianza está en el Dios de los ejércitos, y peleando por su causa solicitan victoria cierta ó santo y glorioso fin. Vida feliz, en la cual se espera la muerte sin temor, se desea con alegría, y se recibe con firmeza." La creencia de los templarios en cuanto al dogma de la trinidad se manifestaba en todos los símbolos de su iniciacion. Pedian tres veces el pan y agua y la admision en el orden: hacian tres votos: observaban tres cuaresmas anuales: comulgaban tres veces al año, y daban limosna tres veces á la semana: solo comian carne tres dias en el mismo intervalo; y en cada ocho dias oian tres misas. Los que cometian culpas graves, recibian tres disciplinas en pleno capítulo. Cada caballero tenia tres caballos y juraba no huir de tres enemigos. El rey de Inglaterra antes de ceder á las instancias de los perseguidores del orden, escribia así al sumo pontífice: "el gran maestre y sus caballeros, fieles á la fé católica, son muy estimados de mí y de todos los de mi reino, y así no puedo dar crédito á acusaciones tan sospechosas, hasta que tenga completa certidumbre de su verdad." El mismo Felipe, cuatro años antes de la proscripcion de los templarios, hablaba así de ellos en un acto público: "las obras de piedad y de misericordia, la liberalidad magnífica que ejercita en todo el mundo y en todos tiempos el santo orden de los templarios, instituido divinamente tantos años hace, y su valor

que merece ser excitado para velar aun mas atenta y continuamente por la peligrosa defensa de la Tierra Santa, nos obligan con justicia á emplear nuestra regia liberalidad en el orden y en sus caballeros, en cualquier lugar de nuestro reino que se hallen; y á dar muestras de favor especial al orden y á los caballeros, á los cuales amamos con sincera predileccion."

Estos testimonios tan auténticos de aprecio, la sangre de los templarios derramada en los combates contra los infieles, y la imposibilidad de ocultar los delitos horrendos que se les atribuian, por el espacio de mas de cincuenta años que recibieron en su seno individuos de las familias mas distinguidas de Europa, impugnan victoriosamente, segun Raynouard, la idolatría, las obscenidades y los ultrages al crucificado. Este escritor tiene por cierto que la avaricia de Felipe y su odio á las columnas de la aristocracia fueron el único motivo de la destruccion de aquel orden que censuraba con sobrado atrevimiento sus operaciones fiscales y opresivas, y cuya independencia y altivez le desagradaba. Este monarca, tan ostinado como atrevido en sus empresas, habiendo logrado que muchos caballeros confesasen, esperaba que despues de la abolicion del orden, nadie osaria hacerle resistencia: y así su enojo no tuvo término, cuando traidos á París el gran maestre y otro gefe del orden para ratificar sus confesiones y recibir perdon, el gran maestre dijo en presencia de una asamblea nume-

rosa: "justo es que en un dia tan terrible y en los últimos momentos de mi vida, descubra yo la iniquidad de la mentira y haga triunfar la verdad. Declaro, pues, ante el cielo y la tierra, y confieso con oprobio mio, que cometí el mayor de los delitos, cuando confesé que eran ciertos los que se habian imputado á mi orden. Protesto, y la verdad me obliga á hacerlo, que los templarios son inocentes: y que solo hice la declaracion contraria, para suspender los dolores escesivos del tormento y mitigar el furor de los que me atormentaban. No ignoro los suplicios que han sufrido otros templarios que han hecho retractaciones semejantes á la mia: pero el horrendo espectáculo que tengo presente, no es capaz de moverme á confirmar la primer mentira con otra segunda: y renuncio voluntariamente á la vida, si se me impone para salvarla una condicion tan infame." El consejo del rey se juntó, y condenó al fuego al gran maestre y á su compañero. Subieron á la hoguera, y manifestaron, en muestra de ser inocentes, la misma constancia, que otros caballeros que les habian antecedido en tan terrible prueba. Todos los historiadores, dice M. de Raynouard, que han hablado de su suplicio, hayan sido amigos ó enemigos, nacionales ó estrangeros, y cualquiera que sea su opinion acerca de la causa, confirman unánimemente la intrepidez y resignacion que mostraron hasta el último instante estos mártires del honor. Cuando llegaron al lugar del suplicio vieron preparadas

las hogueras, ya encendidas las hachas, y los berdugos prontos, sin dar señales de terror. En vano un enviado del rey proclamó el perdon y la libertad de los que no persistiesen en su retractacion: en vano los amigos y parientes de los caballeros los incitaban con ruegos y lágrimas á tener piedad de sí mismos. Sin atender á súplicas, promesas ni amenazas, entonaron el himno de la muerte, invocando á Dios, á la Vírgen y á los santos: triunfando de los mas horrendos dolores, se creen ya en los cielos, y exhalan sus almas con los últimos cantos. "Tal fue, concluye el académico, el fin de estas víctimas ilustres. Su suerte se decidió desde el lunes 11 de mayo de 1310 hasta el dia siguiente por la mañana."

En el concilio de Viena se promulgaron algunos decretos para la reforma de la disciplina, á peticion de dos obispos franceses, que representaron la necesidad de atajar los abusos que se hacian de las escomuniones (pues en una sola parroquia se contaron setecientos escomulgados), la ignorancia y desórdenes que se notaban en el clero inferior, los tratos de comercio y ganancia de muchos canónigos, y el lujo de algunas religiosas, que solian presentarse en público y asistir á los bailes, adornadas con vestidos de seda y pieles muy ricas, y peinadas sin llevar cubierto el cabello.

Causa de las princesas (1313). Felipe el hermoso, que tenia hartos motivos para sentir agravada su conciencia, tomó la cruz, en

espiacion de sus pecados, con todos los príncipes de su familia. El rey de Inglaterra le imitó, y vino á Poissy, llamado por el de Francia, que le perdonó todas sus infracciones á los deberes de fiel vasallo.

Felipe convocó á París todos los grandes del reino, y en su presencia armó caballeros á sus tres hijos, al duque de Borgoña y al conde de Blois. Con motivo de esta solemnidad, los pueblos, segun el uso antiguo, concedieron al rey grandes subsidios, y en solo París dieron los burgueses diez mil libras. Por desgracia, el dinero que recibia el tesoro real, salia con mas prontitud que entraba, y el lujo de la corte consumia facilmente las mas cuantiosas sumas. Felipe, tan pródigo como codicioso, distribuyó hermosos vestidos y magníficas pieles á todos los señores, damas y caballeros que concurrieron á la fiesta. Durante muchas semanas no hubo en la capital mas que juegos, bailes y banquetes. Hubo tambien representaciones teatrales, y así el orígen de esta diversion puede buscarse en el siglo XIV. Las composiciones que se representaban, imágen del espíritu religioso y de la rusticidad de la época, se llamaban *misterios*, y eran pasages de la Escritura puestos en escena, ó dogmas de nuestra creencia, materializados groseramente por la imaginacion, bárbara todavía, de los compositores. Se representaba al Salvador comiendo con su madre, orando con sus apóstoles y juzgando á los vivos y á los

muertos. El rey pasó revista junto al Louvre á la milicia armada de la capital, que constaba de treinta mil infantes y veinte mil ginetes: lo que dió mas asombro que contento á los ingleses que asistieron á los ejercicios militares. Muchas señoras tomaron la cruz. Durante esta renovacion del antiguo ardor religioso, el emperador Enrique de Luxemburg, mas atento á los negocios de Europa que á los de Asia, invadió á Italia, recibió en Milan la corona de hierro, marchó á Roma, que no queria obedecer ni al emperador ni al papa, y se apoderó de ella; pero poco despues murió de una enfermedad tan pronta, que se le creyó envenenado.

Una nueva rebelion de los flamencos retardó el proyecto de la cruzada de Felipe. El conde de Flandes vino á París á justificarse, y su hijo Luis, que habia sido puesto en prision, se escapó de ella. El parlamento despojó al fugitivo de su herencia, y á pesar de las instancias del papa, el rey marchó con su ejército contra los flamencos que se sometieron y volvieron á rebelarse otra vez. El conde logró, dando rehenes, una tregua que quebrantó de allí á pocos dias. La posicion crítica en que se hallaba el rey de Francia, daba alientos al odio de los flamencos. La prodigalidad habia dejado exhausto el tesoro, y para llenarlo se alteró de nuevo la moneda. Manifestóse entonces por todas partes el descontento de los señores y la indignacion de los pueblos contra Marigny, superintendente de ha-

cienda, y se formaron confederaciones en diversas provincias entre los duques, condes y barones mas poderosos.

Al mismo tiempo atormentaban el ánimo del rey las pesadumbres domésticas y los desórdenes de sus tres nueras. Margarita, hija de Roberto, duque de Borgoña, y esposa del heredero de la corona, y Blanca, hija de Oton, conde de Borgoña, fueron acusadas y convencidas de adulterio. A la primera se le dió muerte con un dogal, consintiendo su marido en su suplicio: la segunda fue repudiada y recluida en el monasterio de Maubuisson, donde tomó el velo. Juana de Poitiers, esposa del tercer hijo de Felipe, fue acusada tambien, juzgada por el parlamento y absuelta, declarando su esposo que era inocente; mas feliz, dice Mezeray, ó por lo menos mas prudente que sus hermanos. Los dos amantes de las princesas condenadas eran caballeros normandos, y se llamaban Felipe y Gualtero. Despues de juzgados y condenados en Pontoise, fueron desollados vivos y ahorcados. En la misma horca se colgó al ugier de cámara que habia sido tercero de sus amoríos. Muchos de sus cómplices fueron echados al rio ó ahogados secretamente: tales eran la justicia y las costumbres del buen tiempo antiguo, que algunos celebran tanto. Un obispo, que se halló comprometido en este proceso, fue juzgado en secreto por una comision de cardenales, y condenado á prision perpetua.

Estos pesares domésticos, las quejas unánimes del clero, nobleza y pueblo, las confederaciones de las provincias, la sublevacion de los flamencos, las intrigas de los ingleses y el total agotamiento del tesoro, produjeron en Felipe mortal melancolía, á la que siguió una enfermedad de languidez. Quedó tan débil que fue preciso llevarle en litera á Fontainebleau. Viendo cercano su fin, trató de asegurar la suerte de sus hijos. Como Luis debia succederle en el trono de Francia, dió á su segundo hijo Felipe el condado de Poitiers, y á Cárlos, el de la marcha, declarando que estos dos feudos volverian á la corona á falta de herederos barones: lo que sirvió despues como regla para todos los infantazgos. Felipe confesó públicamente al morir los yerros que habia cometido y mostró grande arrepentimiento de las exacciones con que oprimió al pueblo. Desengañado, aunque tarde, dió á su hijo consejos prudentísimos. "Guárdate, le dijo, de imitar mi funesto ejemplo en alterar las monedas y en abrumar los pueblos con nuevos impuestos." Este rey murió en 1314, á los cuarenta y seis años de edad y treinta de reinado; tuvo sepultura en san Dionis. Su cadáver fue encerrado entre dos cajas de plata y cubierto con un paño de oro sembrado de flores de lis. Casó en 1284 con Juana, reina de Navarra, que murió en 1304. Los hijos de este matrimonio fueron Luis X, llamado el hosco, Felipe el largo, Cárlos el hermoso, que reinaron todos

tres, y Roberto que murió niño. Felipe tuvo tambien dos hijas, llamadas la una Margarita, y la otra Isabela, que casó con Eduardo II, rey de Inglaterra. Los ministros de Felipe fueron Enguerrando de Marigny, superintendente de hacienda; los cancilleres Guillermo de Crepy, Pedro Flotte, el cardenal de Suizi, Pedro de Corbeil, Guillermo de Nogaret, Pedro de Latilly. Los condestables de Nesle y de Chatillon y Roberto de Artois mandaron sus ejércitos. Entre los mariscales de Francia que se distinguieron en su reinado, cita la historia á Juan de Harcourt, á Simon de Melun, á Guido de Clermont, á Foucault de Merle, y á Juan de Corbeil. En el corto número de sabios de esta época son nombrados Juan Chollet, que fundó en París el colegio de su mismo nombre, Guillermo de Nangis, estimado por sus obras históricas, y Juan Scot. La torre del Temple, edificada en 1212 por Huberto, tesorero de los templarios, fue en el reinado de Felipe archivo de sus cartas y monumento de sus crueldades.

Felipe el hermoso fue hábil político é intrépido guerrero: y aunque su gloria fue manchada con grandes defectos y perversas acciones, tiene, no obstante, lugar distinguido en los anales de Francia. Su reinado fue época memorable: porque fortificó la autoridad real contra las pretensiones de la corte de Roma, humilló el orgullo de Inglaterra, dió golpes mortales á la anarquía feudal y fundó sobre

sus ruinas el trono de las leyes. Estableció tribunales permanentes, dió vigor á la justicia, y sosteniendo la gloria de las armas francesas, mostró en los mayores peligros la intrepidez de un caballero. Pero si inspiró respeto merecido á los propios y á los estraños por la elevacion de sus miras y la firmeza de su carácter, perdió el afecto de sus pueblos oprimiéndolos con impuestos. San Luis fue llamado *príncipe de justicia:* su nieto recibió de sus vasallos con harta razon el nombre de *monedero falso.* Los pueblos le debieron ser admitidos en los estados generales: pero los subsidios que les exigió, trocaron en odio la gratitud. Su conducta con Bonifacio VIII fue indecente, violenta é impía, y la sangre de los templarios mancilla su memoria. Su rigor tiránico contra este orden fue censurado por todos los autores, legos ó eclesiásticos, aun en los tiempos en que se dudaba de la inocencia de las víctimas. El presidente Henault, el mas circunspecto de los historiadores franceses, dice: "la destruccion de los templarios fue un acontecimiento monstruoso, ya sean sus crímenes ciertos, ya inventados."

CAPÍTULO XXVIII.

Luis décimo, Juan primero, Felipe quinto, Cárlos cuarto.

Luis X el hosco, rey de Francia. Emancipacion de los siervos. Intereino: regencia: Juan I, rey de Francia: Felipe V el largo, rey de Francia. Verdun agregada á la corona. Paz con Flandes. Conspiraciones de los nuevos pastorcillos y de los leprosos. Cárlos IV el hermoso, rey de Francia. Alteraciones de Flandes. Conquista del Agenes. Paz con Inglaterra. Nuevo rompimiento con Inglaterra. Paz definitiva con Inglaterra.

Luis X el hosco, rey de Francia (1314.) Los historiadores no estan de acuerdo acerca de la época exacta en que nació este rey. Unos dicen que tenia veinte y tres años y otros veinte y cinco, cuando succedió á su padre. Su primer cuidado fue ratificar el testamento de Felipe, y hacer que sus hermanos jurasen observarlo. Habia llegado á mayor edad, aunque jóven todavía: su ánimo era ardiente; pero su razon estaba poco formada. Impetuoso é inconsecuen-

te, carecia de fuerza en su fogosidad momentánea. Amenazaba con ira; y cedia con debilidad á la menor resistencia. Así, Cárlos de Valois su tio, se apoderó con facilidad de su confianza, adquirió sobre él un ascendiente irresistible, alejó de su persona á sus mas adictos servidores, y les substituyó los suyos. Cárlos, pues, reinó en nombre de Luis. Las circunstancias eran críticas: no habia dinero en el tesoro, y el pueblo descontento se negaba á toda demanda de subsidios.

Pero las necesidades del gobierno eran urgentes. Para subvenir á ellas y calmar el odio popular, se adoptaron medios tiránicos, confiscando los bienes de todos aquellos á quienes se acusaba de haberse enriquecido por sus malversaciones en la administracion de hacienda: y el desgraciado Enguerrando de Marigny fue la primer víctima que Cárlos resolvió sacrificar al aborrecimiento público. Este rigor era injusto: porque Felipe el hermoso, príncipe absoluto en sus resoluciones, y poco accesible á los consejos que contrariaban sus pasiones, era el principal culpable de la alteracion de las monedas y de los subsidios mas gravosos. El crímen de Marigny fue solamente haberse hecho el objeto del odio público por su permanencia en el ministerio. Reunióse en Vincennes un consejo, al cual fueron llamados todos los recibidores de impuestos para que diesen cuentas; y como era de esperar, estas cuentas ni fueron claras, ni completas, ni convincentes. Entonces

Cárlos preguntó con imperio á Marigny qué se habia hecho el producto de todas las contribuciones que habian pagado los pueblos. "Todo se ha gastado, respondió el ministro, en las guerras de Flandes, Henao y Guiena. El deseo de enflaquecer los enemigos de Francia justifica los cuantiosos impuestos que se han exigido á los flamencos, y nada se ha hecho sino con órdenes terminantes del rey." Cárlos de Valois, mal satisfecho de esta respuesta, afirmó que solo el ministro era responsable de la penuria del tesoro; que se habia guardado una parte del producto de los impuestos, y que sus dilapidaciones eran la causa única de la escasez que se esperimentaba. "Príncipe, replicó Marigny, lo que decís es falso, y vos sabeis mejor que nadie la causa del desorden de la hacienda: pues sois quien ha dejado vacío el tesoro, haciendo que el rey os diese la mayor parte de las sumas que entraban en él." "Mentís por la barba," gritó Cárlos echando mano á la espada: y volviéndose despues al rey su sobrino, le dijo: "Señor, no volveré á poner los pies en palacio hasta que se me dé satisfaccion pública de las calumnias de este disipador insolente."

Pocos dias despues fue preso Marigny en el Louvre y encerrado en la torre del Temple, con su abogado y amigo Rodulfo de Presles. Los bienes de este fueron confiscados sin formalidades judiciales y entregados á Pedro Machaut, privado del rey. Fue reconocida mas

tarde la inocencia de Rodulfo; pero Machaut conservó la mayor parte de su presa, vendiendo su proteccion á la familia de aquel desgraciado. En el proceso intentado contra Marigny se alegaron cinco capítulos principales: 1.° haber alterado las monedas: 2.° haber oprimido al pueblo con impuestos: 3.° haberse apropiado ilegalmente sumas considerables: 4.° haber dejado perderse los bosques reales: 5.° haberse coligado secretamente con los rebeldes flamencos que habian pagado liberalmente su infidelidad. El vulgo, siempre dispuesto al odio contra los hombres que han ejercido gran poder, se mostraba muy indignado contra Marigny. El arzobispo de Sens y el obispo de Beauvais, hermanos suyos, perdiendo la esperanza de que saliese absuelto, solicitaron su perdon; procuraron templar el enojo de Cárlos de Valois, y le suplicaron que se contentase con el destierro, y no estendiese la venganza hasta su vida.

El rey parecia dispuesto á la clemencia: pero el resentimiento implacable de Cárlos de Valois, no podia ser satisfecho sino con la sangre de su enemigo: y logró de Luis, débil de ánimo y crédulo, todo lo que deseaba, infundiéndole temor: Cárlos descubrió por una casualidad que la muger y la hermana de Marigny, imbuidas en la superstición del siglo, habian formado un hechizo contra la vida del rey y de los príncipes. Consistia en hacer de cera una figura de la víctima, y atravesarla

con tijeras ó con un puñal. Esta especie de superstición se llamaba *embovedamiento.* Las dos mugeres fueron interrogadas, y respondieron que habian recurrido á la magia para templar la ira del rey, mas no para matarle; pero no fueron creidas. Púsoseles en prision, y este incidente aceleró la causa de Marigny, y decidió su éxito. La credulidad supersticiosa de aquella época no es de admirar, cuando el mismo Mezeray, tan próximo á nuestro siglo, dice, hablando de esta causa: "corrió la voz, *falsa ó verdadera*, de que Marigny tenia un demonio familiar: y que habiéndole consultado acerca de su suerte, le respondió que sería funesta. *No olvides*, añadió el maligno espíritu, *cuántas veces te he pronosticado que nada tienes que temer sino cuando falten á un mismo tiempo papa*, *emperador y rey de Francia.* Esto se verificó cuando se le puso en juicio: porque entonces estaban vacantes la santa Sede y el trono imperial, y Luis el hosco, no estando ungido todavía, no podia, segun la costumbre del siglo, llamarse verdaderamente rey." Estas últimas palabras contienen un error harto grave para un historiógrafo; porque habia muchos años que los reyes capetos, y últimamente Felipe el atrevido en África, reinaban y gobernaban con plena autoridad antes de haberse consagrado. La uncion bendecia y santificaba el poder, no lo daba. Ninguna formalidad de justicia se observó con Marigny. Esta víctima, inmolada al odio

popular, sufrió el peso de todas las faltas y errores del monarca á quien obedeció. El favor durable de que habia gozado, fue su mayor delito. Era camarero mayor, conde de Longueville, superintendente de hacienda, y segun los cronistas de san Dionis, coadyutor del rey en el gobierno del reino. Este ministro, rodeado poco antes de aduladores, no halló mas que enemigos en su infortunio, y por decirlo así, verdugos en sus jueces. Ademas de los otros delitos, se le acusaba de haber puesto su estatua en el palacio del rey: siendo así que el mismo Felipe habia consentido en ello.

Con ignominia eterna de sus jueces, no quisieron oir la defensa del acusado. Ya no le quedaba mas protector que el rey, y éste tambien le faltó. Fue condenado á muerte la víspera de la Ascension, y llevado á Montfaucon. "Allí, segun la crónica de san Dionis, fue colgado en lo mas alto de la horca con otros ladrones." Al morir, declaró en alta voz su inocencia. Sus acusadores no presentaron ninguna prueba de los delitos: y sus grandes riquezas fueron acaso el único indicio probable de su culpa. Cárlos, dueño entonces del poder, exhortaba á todos los que tuviesen quejas contra el ministro, á presentarse en el tribunal; pero nadie acudió. El cadáver del infeliz permaneció en el patíbulo mucho tiempo siendo alimento de los cuervos. En el reinado siguiente se entregó lo que quedaba de él al arzobis-

po de Sens, que le dió sepultura en la cartuja de París. En vano se pusieron á cuestion de tormento sus creidos cómplices: la violencia de los dolores no produjo confesion alguna. El mismo Marigny habia mandado levantar la horca de Montfaucon: y la malignidad de sus enemigos no olvidó hacer pública esta circunstancia. Cuando Cárlos de Valois murió se arrepintió de la muerte de Marigny, y encargó á sus sirvientes que diesen limosna á los pobres de París, diciéndoles: "rogad á Dios por Monseñor Enguerrando de Marigny y por Monseñor Cárlos de Valois." Debe tenerse compasion de un ministro, juzgado sin formalidades, condenado sin pruebas, y sacrificado al odio ciego del pueblo y á la venganza de Cárlos de Valois: mas tampoco debe olvidarse que Marigny fue instrumento dócil de la codicia, violencias y vejaciones de Felipe el hermoso, y muy en particular, de las que cometió contra el pontífice Bonifacio VIII. Su condenacion arbitraria ha debido causar indignacion justísima á los historiadores que han hablado de ella: pero han traspasado los límites de la compasion, cuando han tributado elogios pomposos al ministro de un rey que mereció el título de *monedero falso.* El padre Daniel, hablando de la muerte de Marigny, dice: "este fue el fin deplorable de un ministro de estado, superior quizá á cuantos Francia habia tenido hasta entonces." ¿Qué mas podria decir si hablase del abad Suger? Vió-

se en aquella ocasion lo que sucede en todas las venganzas políticas: se persiguió, no tanto al crímen, como al enemigo personal. Nadie habia aconsejado á Felipe la alteracion de la moneda sino dos florentines, y Marigny no fue consultado sobre este asunto. "Los delincuentes, dice el abate Millot, quedaron libres, y el inocente pereció."

Luis veía con espanto las rebeliones que amenazaban su trono. Los pueblos del Vermandois, del Beauvaisis, de Champaña, Borgoña y Forez acababan de formar una liga temible contra la autoridad real: se quejaban á gritos del exceso de las contribuciones, y la mayor parte de los señores, de la infraccion de sus privilegios: y Luis retardaba su consagracion, porque temia ofrecer al descontento general una ocasion tan favorable y solemne de reunirse contra su autoridad. Empleó en negociaciones el tiempo que retardó la festividad: y para calmar los ánimos irritados, despues de haberles sacrificado la cabeza de Marigny, prometió á los barones y obispos restituirles los privilegios de que gozaban en el reinado de san Luis: y suprimió una parte de las contribuciones que afligian al pueblo.

Entre las sublevaciones que entonces se manifestaron, hubo en la ciudad de Sens una muy estraordinaria: porque los rebeldes nombraron un rey, un papa y un colegio de cardenales. Esta estravagancia, que fue reprimida y castigada en breve, era hija de la confusion

de ideas políticas que reinaba en aquel siglo, en que se estaba verificando el tránsito de los gobiernos mistos de civil y religioso, á las autoridades monárquicas mas libres y espeditas en su movimiento. Si hubiese aparecido en el trono de Francia, en una época de incertidumbre política, algun tirano cobarde y cruel, como Juan sin tierra, probablemente se habria verificado una revolucion. Pero los primeros Valois fueron débiles y no perversos; y ni tuvieron el genio que funda instituciones durables, ni el carácter tiránico que provoca resistencias grandes y bien combinadas. Por otra parte, el pueblo, el clero y los señores, aunque todos descontentos, estaban divididos entre sí. El estado llano se quejaba de los impuestos, pero tenia necesidad del trono para no volver bajo el yugo de sus antiguos señores. El clero recurria á la corona cuando se veía aquejado por las pretensiones de la curia romana. Los barones, humillados por el carácter de consejeros jueces, á que se habia reducido su inmensa autoridad, se presentaban en el parlamento en corto número. Poco á poco fueron contestados y suprimidos todos sus derechos señoriales; y así eran los mas dispuestos á sublevarse, formar coligaciones y tomar las armas. Pero eran muy flacos para atreverse ellos solos contra el poder de los capetos, cuyos dominios y fuerzas se habian estendido tanto desde el reinado de Felipe Augusto: y fueron abandonados de los grandes vasallos,

que hubieran podido dar alguna consistencia á su rebelion. Los duques de Borgoña, Guiena y Bretaña, y el conde de Flandes, harto poderosos para creerse amenazados en el peligro comun, y conservando intactos sus privilegios, se desdeñaron de asistir á los parlamentos, quitaron toda fuerza, con su ausencia, á las coligaciones de los señores, y muy pronto fueron estrangeros y aun enemigos de Francia. Así la agitacion universal, causada por el descontento de los franceses, produjo mas ruido que efecto. Algunas promesas que hizo Luis á los grandes y al pueblo, bastaron para disipar la tempestad. El rey, libre de temores, y no sintiendo otro mal que la falta de dinero, echó nuevos impuestos al pueblo y al clero, vendió los oficios, y obligó los siervos á comprar la libertad. Así pudo pagar un ejército para hacer guerra á los flamencos: pero la terminó sin ventaja suya.

En este reinado corto, débil y turbulento, la fortuna de Francia la preservó de toda invasion estrangera, á la cual no habria podido resistir: porque ademas de la penuria del tesoro y de las sediciones parciales que la agitaban, fue afligida de lluvias continuas que destruyeron todos los sembrados, y produjeron horrible escasez. En muchas ciudades se acusó á los panaderos de haber mezclado con la harina huesos pulverizados y escrementos: y muchos de ellos fueron presos, juzgados, espuestos á la vergüenza y desterrados.

Pero las potencias estrangeras no podian entonces aprovecharse de una ocasion tan favorable á su envidia. Inglaterra era víctima de turbaciones civiles. Eduardo II, dominado por su válido Gaveston, era aborrecido de los grandes, y se rebelaron contra él. Gaveston, sitiado en una fortaleza capituló: y en desprecio de la capitulacion, el conde de Warwik mandó darle muerte. Eduardo disimulaba su enojo, pero se negaba á dar una amnistía que prometió, hasta que Felipe el hermoso le movió á concederla. Mas un nuevo privado, llamado Spencer, excitó el descontento de los grandes, y dió motivo á nuevas hostilidades que acabaron con la deposicion de Eduardo.

Alemania no estaba mas tranquila. Muerto el emperador Enrique de Luxemburgo, se dividieron los electores, unos á favor de Luis de Baviera, y otros por Federico, hijo de Alberto de Austria. Entrambos fueron coronados y sostuvieron ocho años en guerra declarada sus pretensiones al imperio; hasta que en fin Luis venció á Federico y le obligo á cederle la corona. España solo atendia á reunir sus fuerzas contra los benimerines, tribu africana, que dueña del imperio de marruecos amenazaba entonces las playas meridionales de la península.

En Roma hubo grandes disensiones despues de la muerte de Clemente V. Los cardenales se reunieron en Carpentras y se separaron sin haber podido hacer eleccion. El rey en-

vió á Leon á su hermano el conde de Poitiers, que exhortó á los cardenales á venir á conferenciar con él; y cuando hubieron llegado, los mandó encerrar, declarándoles que no tendrian libertad hasta que hubiesen nombrado papa.

El rey Luis, libre de peligros esteriores por las disensiones de los estados vecinos, y tranquilizado con el buen éxito de sus negociaciones con los grandes y pueblos de su reino, puso toda su atencion en tres asuntos que le interesaban entonces principalmente, á saber, su coronacion, su casamiento y la guerra de Flandes. No temiendo ya ninguna oposicion, pasó á Reims donde fue consagrado. Encontró en el camino á la princesa Clemencia, sobrina de Roberto, rey de Nápoles, é hija de Cárlos Martel, rey de Ungría, á la cual habia pedido por esposa. Esta princesa llegó á Francia casi sola, y despues de haberse libertado de una furiosa tempestad en que perecieron casi todos los señores de su comitiva y las tripulaciones de los navíos. Luis volvió á París, celebró sus bodas y satisfizo en justicia las quejas de los pueblos y nobles del Artois contra su condesa Mafalda. El rey la mandó comparecer en su tribunal; y esta causa fue vista ante Amadeo el grande, conde de Saboya, elevado recientemente por el emperador á la clase de los príncipes. Debia su sobrenombre á las virtudes que le hicieron árbitro respetado en todas las cortes de Europa. Al mismo tiempo los pares de Francia pronunciaron sentencia

contra el conde de Flandes. Este vasallo rebelde acababa de violar todos los tratados que habia concluido con Felipe el hermoso: y habiéndosele citado ante el tribunal de Luis, se negó á comparecer.

Las hostilidades comenzaron. Guillermo, conde de Henao, taló las orillas del Escalda, y los flamencos sitiaron á Lila. El rey marchó contra ellos, los obligó á huir, y los persiguió con tanto ardor, que hubieron de encerrarse en Courtray, donde los sitió. Pero el rigor de la estacion, la falta de orden, la ignorancia que habia entonces en el arte de proporcionar subsistencias á los ejércitos y la escasez absoluta de víveres obligaron á Luis á levantar el cerco.

Desmayó con tanta prontitud como atrevimiento habia tenido para acometer, y volvió á París dejando sus tropas y sus bagajes entre los lodos de la Bélgica. La retirada de este ejército pareció fuga; y los flamencos le hubieran destruido, á no ser detenidos por el hambre, que los aquejaba tanto como á los franceses.

Emancipacion de los siervos (1315). Luis, habiendo perdido sin fruto en su inútil campaña el dinero que habia juntado para hacerla, reunió los señores, los obispos y las personas distinguidas de los pueblos para conseguir algun subsidio que prometió restituir de sus rentas personales. Vendió el derecho de ciudadanía á los mercaderes italianos, hizo que los

cardenales recluidos en Leon, le concediesen una décima sobre las rentas del clero de Francia, y se apoderó sin escrúpulo de los fondos destinados á la guerra de Tierra Santa. Puso tambien en venta muchos oficios de judicatura. La libertad de los pueblos era debida á la prudencia de tres grandes monarcas, Luis el gordo, Felipe Augusto y san Luis: la libertad de la gente del campo se debió á las dilapidaciones de un mal reinado. Felipe el hermoso dejó exhausto el erario: y para llenarlo, Luis X vendió la libertad á todos los siervos de sus dominios. Muchos señores imitaron su ejemplo. Lo singular fue, que gran número de aldeanos, habituados á inmemorial servidumbre y degradados por ella, no quisieron comprar su emancipacion, y fue menester obligarlos por fuerza á ser libres. Luis, aunque vendió este beneficio, proclamó en el preámbulo del edicto esta máxima: "segun el derecho natural, todo hombre nace libre." Mably observa que si la servidumbre era contra el derecho natural, no debia venderse la emancipacion: observacion inexacta, porque todo derecho existente, sea cual fuere su orígen, debe ser resarcido: y el de los señores sobre los siervos, aunque injusto, era legal. El presidente Henault cita una emancipacion concedida en la misma época á condiciones muy singulares: el señor de Conflans emancipó á Roberto de Besil y á sus hijos, con el gravámen de servir militarmente bajo sus banderas

un mes cada año: de modo que este siervo recibió la libertad como se recibia un feudo.

El carácter de Luis era débil, pero bondadoso. Reconociendo la justicia de un decreto del emperador Federico, que prohibia oprimir á los labradores bajo ningun pretesto, prenderlos á ellos ó á sus viudas, embargar sus bienes ó los enseres é instrumentos de labranza, lo adoptó enteramente y lo convirtió en ley para Francia. Fue protector de la universidad, y permitió á sus individuos viajar por todo el reino sin obstáculos: "porque, decia, á esta sociedad sábia debemos la conservacion de la fé, las buenas costumbres de la sociedad y las luces del mundo entero."

La turbulencia de los flamencos causaba á Luis grandes inquietudes: su inconstancia le libertó por algun tiempo de las incomodidades de esta guerra. Afligidos por la carestía, y descontentos de los impuestos que se les echaban, se rebelaron contra su señor: y el conde de Flándes se vió obligado á comparecer ante el parlamento convocado en Pontoise, á implorar la clemencia del rey, y á someterse á todas las condiciones que le impusiese.

El hambre hizo pacíficos á los flamencos, y volvieron á tomar las armas, apenas renació la abundancia: pero ya no reinaba Luis. Cayó enfermo á fines de mayo de 1316, y falleció el 5 de junio. El pueblo creyó que le habian dado yerbas: pero el delincuente, si lo hubo, quedó oculto. La cronica de Godofre

designa otra causa de su muerte: dice que Luis, despues de haberse encendido mucho jugando á la pelota en el castillo de Vincennes, bajó á una gruta del jardin, y bebió vino muy fresco, del cual le provino una fiebre violenta que terminó sus dias. Su testamento contenia mandas piadosas, restituciones, un socorro de cincuenta mil libras para los cristianos de Palestina, y otro de diez mil para los hijos de Marigny, que yacian en la indigencia. Luis, antes de subir al trono, casó con Margarita, hija de Roberto, duque de Borgoña, que fue acusada de adulterio, presa, condenada y despues ahogada con un dogal. De ella tuvo una hija, llamada Juana, heredera del reino de Navarra, que llevó en dote á su marido Felipe, conde de Evreux, nieto de Felipe el atrevido. Cuando Luis murió, Clemencia de Ungría, su segunda muger, estaba embarazada de cuatro meses. En su reinado fue canciller Estevan de Mornay, y condestable Gaucher de Chatillon. Los soberanos mas ilustres de su tiempo fueron Roberto Bruci, rey de Escocia, Alonso XI, rey de Castilla, y Otman, gefe de la dinastía belicosa que destruyó el imperio griego. Luis fue llamado en su juventud *el hosco*, porque habia vencido y reprimido á los facciosos de Navarra y de Leon, que se llamaban *hoscos*. Mientras fue rey, no justificó su sobrenombre con ningun acto de vigor ó denuedo. Acaso fue el único príncipe insignificante de la dinastía de los capetos: pues aun-

que reinó, fue su tio Cárlos quien tuvo el cetro. Godofre, autor de aquel tiempo, dice con el candor de su antiguo lenguaje: "Luis X era mas queriente que entendiente de *lo que bondaba al reino.*"

Intereino: regencia: Juan I, rey de Francia: Felipe V el largo, rey de Francia (1316). El trono estaba libre de las tempestades que le legó Felipe el hermoso. Luis X, aprovechándose de las disensiones de los malcontentos, y prodigándoles las declaraciones de la mas escrupulosa exactitud en reparar sus males y mantener sus privilegios, habia restablecido la tranquilidad. "Este príncipe, dice Mably, lo prometió todo para no conceder nada." La rivalidad de los tres órdenes del estado favoreció su política. Contentáronse con esperanzas, y cuando murió Luis, ninguna inquietud habia en Francia: pero de improviso se suscitó una cuestion importante, y tan grave que podia encender todas las pasiones, trasmitir el cetro á otra dinastía, y sumergir el reino en las discordias mas sangrientas. Luis falleció sin hijos: su muger estaba en cinta, y podia ser hija lo que naciese: y en este caso ¿quién debia ser el heredero del trono? Esta era la vez primera desde la fundacion de la monarquía que se presentaba semejante dificultad. El nombramiento de regente, aunque de menos importancia que el de rey, estaba tan enlazado con la cuestion principal, que hubiera sido dificil separarlo de

ella. En efecto, ¿cómo se podria dar toda la autoridad de regente á un príncipe, que en el caso de no escluir las hembras, no debia subir al trono? Felipe, conde de Poitiers, y hermano del difunto rey, conoció cuán urgente y crítica era su posicion. Luis al morir le habia confiado la regencia: pero Cárlos de Valois su tio la solicitaba, y tenia gran número de partidarios, habia tomado habitacion en palacio, y lo habia guarnecido con sus tropas.

Felipe frustró sus proyectos, usando de gran celeridad: y dejando en Leon á los cardenales ocupados en el nombramiento de papa, pasó con suma presteza á París. Muchos señores salieron á recibirle, y al frente de ellos, el condestable Gaucher de Chatillon, resuelto á hacer que se ejecutasen las órdenes del difunto rey, y el conde Amadio de Saboya, cuyo nombre valía tanto como un ejército. Este, segun la crónica de Godofre, aconsejó prudentemente á Felipe, que asegurase sus pretensiones, apoderándose prontamente de la autoridad soberana, *por el derecho de la nacion.* Seguido de un cuerpo numeroso de tropas, obligó á los soldados de Cárlos á evacuar el palacio, fijó con esta accion la incertidumbre de los que vacilaban, desalentó á sus adversarios, aumentó el celo y la confianza de sus amigos, y tomó las riendas del gobierno antes de pedir que se le confiasen.

Su primer cuidado fue celebrar con pompa las exequias del difunto rey su hermano en

san Dionis. Despues de esta ceremonia, convidó á un gran banquete á los príncipes, prelados y barones: mandó rodear de guardias el palacio y echar de él á los mercaderes, convocó á los grandes del reino, y en este parlamento esplicó sus derechos á la regencia, y al trono si la reina Clemencia daba á luz una hija.

La discusion fue larga y animada. El duque de Borgoña dijo que si la reina paria hija tocaba la corona á la princesa Juana, hija mayor de Luis el hosco, y sobrina del mismo duque. Mas estraordinario fue que Cárlos, conde de la Marcha, que despues fue rey, se opusiese á la elevacion de su hermano Felipe, y sostuviese contra su propio interés las pretensiones de la succesion femenina. Ningun ejemplo de los anales franceses era aplicable á la situacion en que entonces se hallaba el reino. Todos los reyes desde Hugo Capeto habian dejado succesion masculina: y así, se habia observado sin la menor contestacion la costumbre de seguir el derecho de los varones segun el orden de primogenitura en la herencia del trono. Pero en la situacion en que se hallaba vacante el reino, los adversarios de Felipe defendian las pretensiones de Juana, hija de Luis, alegando que en Francia casi todos los grandes feudos podian ser heredados por hembras, y caer de *lanza* en *rueca*, como se decia entonces. Los partidarios de Felipe invocaron, por la vez primera, la ley sálica, y citaron en su favor este pasage: *De terra vero salica nul-*

la portio hereditatis mulieri veniat sed ad virilem sexum totæ terræ hereditas perveniat: artículo inaplicable á la succesion de la corona, como han observado todos los antiguos publicistas, y relativo solamente á las tierras de los francos, sus casas, sus solares, sus *salas*, que no podian ser poseidas ni defendidas sino con la espada. Un argumento mas poderoso podia deducirse del uso constantemente observado bajo la primer dinastía. Nunca las hijas de los reyes francos heredaron el cetro, que siempre pasó á los hermanos, quedando escluidas las princesas: pero la debilidad de los últimos reyes carlovingios produjo total subversion, y permitió introducir en el derecho público costumbres tan varias como èstravagantes. Muchos, que entonces aspiraban al trono, se fundaron en que descendian por hembras de Carlomagno. Viéronse en todas partes jueces, magistrados y varones hembras: ellas heredaban los feudos mas importantes: y muchas tuvieron asiento en los parlamentos como pares del reino, desde el tiempo de Hugo Capeto. El trono, que es el mas eminente de los señoríos, ¿debia ser el único masculino? "Esta era, dice Mably, la gran cuestion que el fallecimiento de Luis el hosco obligó á ventilar y decidir." Y esta cuestion era doble: porque era preciso resolver, en primer lugar, si las hembras podian reinar en Francia: y en segundo, dado caso que fuesen escluidas, si se debia preferir entre los príncipes que lo pre-

tendiesen, el pariente mas lejano por la succesion masculina al mas cercano, pero de la línea femenina. La pluralidad del parlamento resolvió estas dos cuestiones en favor de los herederos varones por orden de primogenitura, y se fundó en el pasage citado de la ley sálica, aunque ninguna relacion tenia con el asunto de que se trataba. Fundáronse tambien en las costumbres antiguas de los francos, abolidas ya por el tiempo: pero sin duda el verdadero motivo de esta decision fue el recelo fundado de que el cetro francés pasase á familia estrangera por el casamiento de una reina. Este era el mejor y el mas perceptible de todos los argumentos políticos. En fin, la succesion al trono de varon en varon, que se estableció entonces por ley solemne del reino, era la prenda mas segura de paz interior que pudiese desear la nacion francesa. A pesar de lo evidente que era este interés general, la deliberacion fue muy larga, porque algunos príncipes de la sangre real sostuvieron las pretensiones de Juana. No obstante, como la corona de Navarra, y el condado de Champaña podian ser, segun la ley de estos paises, poseidos y gobernados por hembras, Felipe y el parlamento, atendida la justicia de las reclamaciones del duque de Borgoña, resolvieron que si el hijo de Clemencia no era varon, se entregarian á Juana el reino de Navarra y el condado de Champaña.

Declaróse, pues, que si la reina daba á

luz una hija, Felipe sería rey; y si un príncipe, tendria por diez y ocho años la regencia y la tutela, presidiria todos los consejos, haria la guerra y la paz, ejerceria en fin todas las funciones reales. Él prometió añadir cuatro mil libras á la pension de la reina. Resolvióse tambien que el regente tendria un sello particular con esta inscripcion: *Felipe, hijo del rey de los franceses, gobernador de los reinos de Francia y de Navarra.* En conformidad con estas resoluciones, los pares, barones y prelados le proclamaron custodio de la monarquía y le juraron fidelidad. De este modo la antigua costumbre de la dinastía merovingia, que prefirió siempre los hermanos de los reyes á sus hijas, llegó á ser, en 1316, ley fundamental de la monarquía francesa; y como Vély observa con razon, "el asentimiento general de los franceses á la elevacion de Felipe al trono y la regencia prueba suficientemente que la decision del parlamento fue estimada por muy justa y nacional."

Felipe, ensalzado al poder supremo por el voto de su nacion, y libre de la oposicion del duque de Borgoña, cuyas pretensiones habia satisfecho reconociendo los derechos de Juana al cetro de Navarra, se grangeó tambien el afecto del clero manifestando su celo religioso y declarando que se pondria al frente de una nueva cruzada siguiendo los últimos deseos de Felipe el hermoso. Poco despues de haberse encargado de la regencia, supo que habia sido

elegido sumo pontífice Jacobo de Ens, natural de Cahors, cardenal y obispo de Porto, el cual tomó el nombre de Juan XXII. Cuéntase que estando indecisa la eleccion por la igualdad de votos, se dió á sí mismo la pluralidad, clamando: *ego sum papa.* Pero ningun autor contemporáneo cita este hecho: y el mismo Juan XXII en una carta que escribió al rey, dice que fue ensalzado por los sufragios unánimes de los cardenales. Este pontífice, hijo de un zapatero, era de pequeña estatura, y ordinario en su fisonomía, poseía sin embargo grande ingenio y alma vigorosa. Uno de sus primeros actos fue poner en juicio á Hugo Geraldi, obispo de Cahors, á quien acusó de haber intentado envenenarle. Los jueces condenaron á este prelado á la degradacion y á ser desollado y quemado. Entonces eran casi generales las quejas de las frecuentes simonías. Juan XXII, para desarraigar este vicio, publicó una bula en la cual se atribuyó la colacion de todos los beneficios. La eleccion de un papa francés, la entera sumision de los grandes feudatarios al regente y las disensiones intestinas que afligian los estados vecinos, daban esperanza de larga tranquilidad al reino de Francia.

Una contestacion particular, relativa á la herencia del conde de Artois, era entonces el único negocio que mereciese, no el empleo de la fuerza, sino la intervencion de la prudencia: y sin embargo, este leve nublado llegó á ser una tempestad que conmovió el trono de

los Valois, inundó de sangre á Francia, y la sometió por algun tiempo al yugo humillante de un monarca inglés. Tan grandes sucesos, originados de una causa tan poco importante, obliga al historiador á describir el orígen y progresos de esta contestacion. El cuadro de las guerras que se hacian los pueblos de la antigüedad, era mas brillante. Como no reconocian mas derecho que el de la fuerza, el escritor de genio podia pintar con vivos colores las pasiones de los pueblos y de los reyes, los recursos de los grandes capitanes, las discusiones tempestuosas de las asambleas políticas, en fin, todo lo que era entonces medio de adquirir la superioridad física contra el enemigo. Pero en las disputas de los pueblos modernos, que desconocen el principio de la violencia y han adoptado el de la justicia, el historiador, para indagar sus causas, ha de abandonar forzosamente los pinceles filosóficos de la historia, para representar el papel de un jurisconsulto. La larga competencia de los Valois y de los reyes de Inglaterra, la de las casas de Aragon, y de Anjou, y otras muchas querellas sangrientas que han costado tanta sangre á la humanidad, no pueden referirse con la esactitud debida, sino adoptando el lenguaje de un relator que informa á los jueces de los títulos y documentos de un pleito: de modo que el mismo motivo que ha hecho á los pueblos adelantar en su civilizacion moral, disminuyendo la influencia de las pasiones, y substituyendo á

la fuerza los instrumentos jurídicos, quita á la historia sus grandes é interesantes descripciones, y suprime gran parte de su poesía.

Un pleito, movido por Roberto de Artois contra Mafalda, que poseía este condado, fue causa de una guerra de mas de cien años entre Inglaterra y Francia, del cautiverio de un rey francés, y de la coronacion de un príncipe inglés en París. Isabela de Henao, esposa de Felipe Augusto, le trajo en dote el condado de Artois, que poseyó su hijo Luis VIII, y lo dejó como viudedad á su muger Blanca de Castilla. San Luis lo dió como infantazgo á su hermano Roberto, príncipe célebre y desgraciado, cuya ardiente temeridad fue castigada en Egipto por la cuchilla de los sarracenos. Su hijo y heredero Roberto II, tuvo dos hijos: Felipe, que casó con Blanca de Bretaña, y Mafalda, que casó con Oton, conde de Borgoña. Felipe murió en la batalla de Farnes, dejando un hijo y cuatro hijas. En Artois no se reconocia el derecho de representacion: y así, cuando murió Roberto II algunos años despues de su hijo Felipe, Mafalda su hija reclamó la herencia de su padre, como parienta mas cercana que su sobrino Roberto III y sus sobrinas. Roberto se opuso á su peticion. Felipe el hermoso decidió el pleito en favor de Mafalda, reservando los derechos ulteriores de los sobrinos de ésta. El jóven Roberto, cuando tuvo mayor edad, renovó sus pretensiones; mas perdió segunda vez el plei-

to, y solo consiguió del parlamento de París algunas indemnizaciones en tierras y dinero.

Roberto ratificó esta sentencia y pareció resignarse con su suerte: pero muerto Luis X, en la época del intereino, viendo que los pueblos y nobles de Artois, no obstante la intervencion del difunto rey, manifestaban su descontento contra Mafalda, tomó las armas ausiliado de muchos caballeros y se apoderó del condado diciendo que le pertenecia. Las principales ciudades del Artois le abrieron las puertas, á escepcion de Saint Omer. Cuando intimó á los habitantes de esta plaza que le reconociesen por señor, le respondieron: "nosotros no hacemos duques ni condes, sino el rey. Si él os nombra, os recibiremos como á cualquier otro." Roberto confiaba en que había alborotos en Francia, y temia poco al gobierno, incierto todavía de sus derechos: y así, cuando se le citó al parlamento, se negó á comparecer.

Entonces Felipe reunió su ejército con presteza y marchó á Amiens. Los insurgentes, amedrentados con este ataque repentino, pidieron perdon, y lo consiguieron obligándose á pagar una multa, y á restituir á la condesa Mafalda sus castillos y muebles. Al mismo tiempo se determinó que el pleito de Mafalda y Roberto fuese decidido por árbitros, y en caso de discordia entre estos, por los pares y barones de Francia. Roberto quedó arrestado, con su consentimiento, hasta la decision, y el

condado de Artois en depósito en poder de los condes de Valois y de Evreux.

Dos años despues la corte de los pares pronunció sentencia solemne adjudicando el condado de Artois á Mafalda y á sus herederos. Roberto y ella juraron mútua amistad, y se obligaron á que ratificasen el tratado los condes de Richemont y Namur, sus parientes, y los príncipes de la familia real. La paz se restableció, pues, en apariencia: porque Roberto, mirando la sentencia como una injuria, conservó siempre por esta causa profundo resentimiento, del cual dió pruebas, harto funestas, en otro reinado.

Felipe, cuando volvió á París, vió engañada su esperanza de elevacion, y poco despues cumplida con dos acontecimientos que sucedieron en pocos dias. La reina Clemencia dió á luz un hijo, que fue reconocido, con el nombre de Juan I, por rey de Francia y de Navarra.

Este príncipe murió antes de siete dias. Fue llevado á la iglesia de san Dionis, donde fue á un mismo tiempo proclamado rey y sepultado con toda solemnidad.

El regente declaró públicamente sus derechos al trono, fue coronado, y tomó el nombre de Felipe V. Los franceses le dieron el sobrenombre de *Largo*, á causa de su grande estatura.

La decision solemne de los pares, grandes y prelados del reino para escluir las hembras

de todo derecho á la sucesion del trono, daba esperanza de que Felipe subiria á él sin ninguna dificultad. Pero cuando se vió por la primera vez desde Hugo Capeto, pasar el cetro á una rama colateral, en virtud de la decision mencionada, Cárlos de Valois, el duque de Borgoña y el conde de la Marcha, sosteniendo las pretensiones de la princesa Juana, hija de Luis X, hicieron tan enérgicas reclamaciones que se temió ver turbada la ceremonia de la consagracion por alguna protesta escandalosa. Nángis dice que entonces habia hasta treinta príncipes de la familia real. Rapin Thoiras, historiador siempre parcial á favor de los ingleses, se admira con razon de que algunos príncipes franceses, contra su propio interés, se negasen á reconocer los derechos de Felipe. Sobre todo, la oposicion del conde de la Marcha, que heredó poco despues el trono con el nombre de Cárlos IV, parecia inesplicable. Pero en el *Espicilegio* se lee un motivo, que es harto frecuente. Habia grande enemistad personal entre este príncipe y el regente: y los intereses mas grandes no son escuchados cuando hablan las pasiones. Felipe, no queriendo dar lugar á que fermentasen estos motivos de descontento, partió con celeridad á Reims, donde estaban convocados los grandes: y rodeó de tropas el palacio y la catedral. El conde de la Marcha, su hermano, que habia llegado antes que él, se retiró, viendo frustrados sus designios: y él y el duque de Borgoña

protestaron contra la violacion de los derechos de Juana.

Roberto de Courtenay, arzobispo de Reims, consagró y coronó á Felipe. Mafalda, condesa de Artois asistió á esta ceremonia como par de Francia, y sostuvo la corona sobre la cabeza del rey su yerno: lo que causó, dicen los historiadores, sorpresa y descontento. Movióse una disputa de precedencia entre los obispos de Langres y de Beauvais, que ambos eran pares: el de Beauvais, aunque no era mas que conde, precedió al de Langres que era duque. La firmeza y prontitud de Felipe impusieron respeto á los descontentos y los obligaron al silencio.

El rey volvió á París, que manifestó su alegría con fiestas brillantes; y convocó una asamblea, compuesta de pares, barones, obispos, vecinos de algunas ciudades, é individuos de la universidad.

Todos juraron en manos del cardenal Pedro de Arablay, canciller del reino, no reconocer mas reyes que Felipe y sus herederos varones con esclusion de las hembras. Los individuos de la universidad no prestaron juramento: no porque fuesen de contraria opinion, sino porque no eran de derecho miembros de aquel parlamento.

Estas nuevas asambleas, como observa M. Hallam, eran sumamente irregulares. En nada se parecian á las que tuvo la nacion bajo los merovingios, á las cuales todos los francos

tenian derecho de asistir; ni á las asambleas de leudes, obispos y oficiales del rey, que convocaban los gobernadores de palacio, y menos á los campos de mayo, parlamentos de Carlomagno, en los cuales, como dice Hincmaro, los tres órdenes del estado, ya separados, ya unidos, discutian, proponian ó adoptaban los capitulares. Tampoco eran, como en tiempo de los primeros reyes capetos, reuniones de todos los pares, esto es, de todos los vasallos inmediatos de la corona, que se juntaban para tratar de la paz, de la guerra, de los matrimonios, de las alianzas, para arreglar la regencia y para juzgar á los barones acusados de felonía. Las nuevas asambleas eran la mezcla informe y arbitraria de todos los elementos que componian las antiguas, sin derechos generalmente establecidos, sin poderes ciertos, sin atribuciones ni reglas fijas. En ellas se encontraban confusas y discordes la autoridad real, que aumentaba contínuamente el poder de los señores en oposicion con el del rey, las pretensiones diversas y contestadas del clero y la nobleza y los nuevos derechos del estado llano. Desde mucho tiempo antes se habian sustituido los usos á las leyes, y el derecho romano comenzaba entonces á triunfar de los usos. Los parlamentos, compuestos de jurisconsultos, aspiraban al poder que habian tenido los parlamentos señoriales. En medio de esta lucha y confusion, el poder real, cuya proteccion solicitaban todos, se elevaba rápi-

damente, como habia previsto y querido Felipe el hermoso, político tan osado como sagaz. El rey convocaba en los tiempos y lugares que le parecia, los estados, ya generales, ya particulares, que muchas veces se componian solo de señores, prelados y algunos burgueses de una provincia y aun de una ciudad. Nada habia estable en el interés público, sino la consolidacion del trono: nada era fijo sino el designio constante del príncipe y de sus ministros, de aumentar el poder real y abolir el de los señores, teniendo por ausiliar al cuerpo de la magistratura, cuya autoridad en el parlamento se fundaba sobre las ruinas de la de los barones. Los duques de Aquitania, Borgoña y Bretaña y los condes de Flandes fueron los únicos que pudieron conservar todavía por largo tiempo su independencia y privilegios.

Felipe, aunque no se atrevía á combatirle ningun enemigo, veía con inquietud el descontento general del reino: y así procuró ganar, haciendo algunas concesiones, á Luis de Evreux, su tio, y al conde de la Marcha, su hermano; como tambien al duque de Borgoña, y á Juana, hija de Luis el hosco, asignándoles pensiones sobre el ducado de Angulema, y prometiendo á la princesa los condados de Brie y Champaña, en caso de que él muriese sin hijos. Estos príncipes, contentos con la transaccion, renunciaron á sus demas pretensiones y juraron fidelidad al rey. Prometie-

se la mano de la princesa á Felipe, hijó del conde de Evreux, con tal que éste trajese de Roma la dispensa necesaria.

Verdum agregada á la corona (1319). Felipe el hermoso y su hijo Luis tuvieron la desgracia y cometieron el yerro de entregar su confianza á ministros y cortesanos avidos, que se enriquecieron haciendo trueques fraudulentos, desmembrando escandalosamente el dominio real y obteniendo cuantiosas pensiones de la debilidad de los príncipes. Felipe, hallando el tesoro exhausto, tomó providencias severas para llenarlo. Recobró los dominios enagenados, revocó las donaciones de sus predecesores, y persiguió en justicia á los dilapidadores; los mas notables eran Duplessis, Pedro Flotte, Machaut y Nogaret. Siguiendo el sistema de los reyes capetos, se aprovechó, para aumentar su poder, de las pocas ocasiones favorables que se le presentaron. En la ciudad de Verdum habia dos partidos que venian frecuentemente á las manos. El uno de ellos echó de la ciudad al otro. El conde de Bar tomó las armas á favor de los desterrados, y el obispo de Verdum favorecia á los contrarios. Felipe encargó á su condestable que restableciese el orden en aquella ciudad: y así lo hizo, sometiéndola á la autoridad del rey.

Paz con Flandes (1320). En Flandes eran oidas siempre las sugestiones de los enemigos de Francia: pero una parte de los habitantes se oponia á los designios ambiciosos de su con-

de Roberto. El papa encargó al cardenal Gosselin y al obispo de Amiens reconciliar los flamencos con el conde, y á éste con el rey: mas los flamencos no los recibieron con agrado, porque suponian, que el pontífice, como era francés, no sería imparcial. El conde Roberto invadió con sus tropas el territorio de Lila. La municipalidad de Gante y las de otras ciudades considerables desobedecieron las órdenes del conde, y no quisieron romper la tregua hecha últimamente con los franceses; de modo que Roberto hubo de volver sus armas contra ellas.

El cardenal Gosselin, siguiendo con paciencia la negociacion, la llevó felizmente al cabo, y la paz se firmó en el mes de mayo de 1320. Por ella quedaron en poder del rey las ciudades de Douay y Orchies, los flamencos le pagaron un tributo de treinta mil florines, y prometieron no dar socorro al conde en el caso de que rompiese el tratado. El rey consintió en dar la mano de su hija Margarita á Luis, conde de Nevers y de Retel, biznieto del célebre Roberto, conde de Artois, á condicion que heredaría el condado de Flandes á la muerte del conde Roberto su padre, aunque su abuelo viviese todavía. El conde de Flandes estaba entonces en París, y como no le eran agradables las condiciones del tratado, huyó de la capital en el momento de firmarlo. Su partida atemorizó á los diputados de las ciudades de Flandes, que le escribieron que su fuga los comprometia esponiéndolos á la venganza del rey.

"Sino volveis, le decian, no tendremos cabezas en que poner los sombreros; y todas nuestras ciudades tomarán las armas contra vos." Roberto, movido de sus amenazas mas que de su peligro, volvió á París, se sometió al rey y firmó el tratado.

La guerra entre guelfos y gibelinos estaba mas encendida que nunca en Italia. Galeazo Visconti, señor de Milan, el mas firme apoyo del partido gibelino, puso sitio á Verceil. El soberano pontífice imploró contra él el ausilio del rey de Francia, y éste envió al socorro de aquella plaza mil quinientos caballos, mandados por Felipe de Valois, que despues subió al trono. Debian unírsele las tropas del pontífice, del rey de Nápoles, de Florencia, y todo el partido guelfo: su impaciencia no le permitió esperar las tropas ausiliares, y vino á acamparse á vista de Verceil con un cuerpo muy poco numeroso. Galeazo, despues de haberle prodigado vanas declaraciones de respeto al rey de Francia, le manifestó su firme resolucion de pelear si era acometido, y así se presentó delante de Felipe con todas sus tropas en orden de batalla. A vista de un ejército tan numeroso, creyó el príncipe que sería temeridad emprender la pelea, y pidió una conferencia á Galeazo, que la aceptó con sumo placer. Este caudillo, osado y sagaz, engañó á Felipe con su cortesía, con su aparente sumision, con promesas vagas; con suntuosos regalos; y el joven príncipe volvió á Fran-

cia sin haber peleado y con poca reputacion. Apenas se alejó de Verceil Visconti, revestido del título de lugarteniente del emperador, dirigió sus fuerzas contra Génova y la sitió. El papa le amenazó, sino desistia de su empresa; y viendo que no obedecia, le escomulgó, declarándole herege, y reo de haber envenenado á un nuncio apostólico, de haber azotado y desterrado algunos obispos, quemado iglesias, violado doncellas, obligado al clero á celebrar el oficio divino en su presencia á pesar de las órdenes de la santa Sede, y manifestado dudas impías acerca de la resurreccion. Al mismo tiempo, segun la costumbre de aquellos siglos, publicó una cruzada contra él.

Mientras la necedad de Felipe de Valois dejaba libre curso á la ambicion de Galeazo, perdió Francia otro príncipe de mas edad, reverenciado en toda Europa por sus virtudes. Este era Luis, conde de Evreux, firme defensor de los privilegios de la iglesia galicana, amigo sincero de la justicia y defensor constante de los oprimidos. Solía decir que "la grandeza de un príncipe de la sangre consistia en su fidelidad á Dios, al rey y á las leyes; y que no debia tener otro objeto, en el parlamento sino el descanso y felicidad del pueblo: en la guerra, una paz durable: y en todos los negocios, el bien público. Felipe creó á favor de este príncipe en 1316 la dignidad de par, aneja al condado de Evreux, con todos los privilegios propios de los antiguos pares.

Godofre de Bar, obispo de Evreux, siguiendo los consejos de este príncipe, emprendió reformar las costumbres relajadas del monasterio de san Taurino: pero murió sin haberlo conseguido, y los monges se vengaron en su cadáver, depositado en la iglesia del monasterio, sacándole del ataud, y azotándole ignominiosamente. Accion tan abominable no pudo estar oculta: pero no se dió mas castigo á los delincuentes que una multa anual de cuarenta sueldos que debian pagar el dia aniversario del fallecimiento del obispo. Tan respetado era entonces el clero regular. Quedaban todavía semillas de la barbarie, que no bastaban ahogar ni la moral santa del evangelio, ni las brillantes cualidades de algunos príncipes, ni la autoridad de la corte de Roma. Habíase introducido la ignorancia en algunos monasterios, asilos en otro tiempo del saber: y con ella, los vicios que siempre la siguen. Sin embargo, el movimiento de las luces era siempre progresivo, y poco á poco fue triunfando la pureza de la moral cristiana de todos los escesos y desórdenes del principio de la fuerza, introducido por las naciones bárbaras y conservado por el régimen feudal.

En el mismo tiempo se suscitó la célebre disputa, propia del espíritu de aquel siglo, sobre si los religiosos de san Francisco, que habian renunciado á todos los bienes de la tierra por su voto de pobreza, eran, ó no, propietarios de los alimentos que consumian. Una

bula de Juan XXII terminó esta querella, que costó algunas rencillas sangrientas entre los partidarios de ambas opiniones, principalmente por haber tomado parte en ella los gibelinos de Italia.

El espíritu de la época se manifestó tambien en el establecimiento de la célebre confraternidad de los *mártires de amor*, que sugirió al autor de *Amadís de Gaula*, el episodio de la penitencia de Veltenebros en la Peña pobre, tan felizmente parodiada por el inmortal Cervantes. Estos cofrades tomaron el nombre de galos y galas, porque se admitian de ambos sexos. Su gloria consistia en probar el esceso de su pasion buscando aventuras, arrostrando peligros y esponiéndose como insensatos á todo el rigor de las estaciones. En medio de los mayores frios iban los caballeros y damas, medio desnudos, á bañarse en los rios helados: y en sus casas tenian sin fuego las chimeneas, rodeadas de céspedes y verdura. En lo mas fuerte de la canícula se vestian de pieles y se calentaban en grandes braseros. Este fanatismo amoroso, tan contrario al pudor como á la razon, no permitia á los maridos mostrarse celosos con los *galos* que visitaban á sus mugeres. Parece que semejante estravagancia debió durar poco tiempo: pero las crónicas de aquella época dicen: "este género de vida, este amartelamiento duró hasta que murieron de frio la mayor parte de los cofrades."

Conspiraciones de los nuevos pastorcillos

y de los leprosos (1321). En el mismo reinado tomaron las armas muchos paisanos, con el nombre de *pastorcillos* y con el designio de conquistar la Tierra Santa. Tenian por gefes un fraile apóstata, y un clérigo echado de su parroquia Una de sus tropas se presentó cérca de París: otras, mas numerosas, corrieron la Aquitania y el Languedoc, aterrando y robando los pueblos y degollando todos los judíos, que encontraban. El conde de Foix los acometió, venció y dispersó, y mandó ahorcar á muchos de ellos. Un solo hecho basta para mostrar cuán feroces eran todavía las costumbres. Los pastorcillos, persiguiendo á los judios, cercaron á quinientos de ellos que se habian encerrado en una torre. Los sitiados, despues de haberse defendido con piedras y palos, tiraron al enemigo sus propios hijos como armas arrojadizas: y resueltos á libertarse de los tormentos que les preparaban los sitiadores, muriendo por eleccion propia, mandaron al mas jóven y fuerte que los degollase á todos. El bárbaro obedeció: y habiendo quedado él solo con algunos niños, se entregó á los pastorcillos que le hicieron cuartos.

En 1321 hubo otra conspiracion inaudita hasta entonces, y fue la de los leprosos, clase tan numerosa como desgraciada. Estos infelices, aislados en medio del mundo que huia de ellos con horror, cediendo al delirio de la desesperacion, concibieron, segun se decia, el execrable designio de hacer partícipes de su

miseria y vergonzosos sufrimientos á todos los franceses, poniendo en los manantiales y en las fuentes, debajo de las camas y de los muebles, y en fin, en todas las partes que podian, sus vestidos y lienzos infestados con el veneno de su enfermedad. Atribuíase la idea de esta maldad á un príncipe zarraceno, cuyos cómplices y agentes eran los judíos domiciliados en Francia. Muchos leprosos fueron entregados á las llamas, y los demas, recluidos. El rey queria apoderarse de sus bienes: pero hubo de renunciar á este designio por la oposicion que encontró.

La venganza del pueblo recayó sobre los judíos. Muchos de ellos fueron asesinados, y los demas espelidos del reino, y sus bienes, que ascendian á ciento cincuenta mil libras, confiscados á favor del erario. Y así cuando se calmó la primera efervescencia, se creyó que la conspiracion atribuida á los leprosos y judíos, habia sido invencion de los ministros del rey, que procuraban todos los medios posibles de reponer el tesoro, exhausto contínuamente por el mal gobierno.

La necesidad de dinero, que esperimentó casi siempre el estado desde los tiempos de Felipe el hermoso, daba orígen, como en todas partes, á providencias arbitrarias y opresivas: pero tambien es cierto que en aquella época los príncipes y caudillos de lar naciones eran tan crédulos é ignorantes como el vulgo. El mismo Felipe V, atormentado por los celos

y deseando saber si su esposa le guardaba fidelidad, consultó á una hechicera flamenca que le tranquilizó. La muger y hermana de Marigny habian sido quemadas por crímen de sortilegio. Un sabio prelado de aquel tiempo escribió sobre los demonios familiares de las religiosas. El papa Juan XXII, habiendo descubierto una conspiracion contra su vida, pidió á la condesa de Foix que le cediese un hueso de serpiente cuya virtud, segun se creía, preservaba del veneno. Este mismo pontífice tuvo una larga disputa con la universidad de París acerca de la vision beatífica. Así que, en el juicio que se forme de los hombres ilustres de aquellos siglos, debe separarse lo que les es personal, de lo que habian contraido por el espíritu de la época.

Felipe V era esforzado, prudente, generoso, hábil en política, y muchos de sus actos prueban su amor á la justicia. Por orden suya condenó el parlamento á la pena de horca un magistrado, llamado Capperel, que sobornado por un hombre rico y condenado á muerte, habia hecho ahorcar en su lugar á un infeliz pobre y desconocido, no indiciado de ningun delito. Este rey dijo en una de sus ordenanzas: "Dios, en cuya mano estan todos los reyes, no los ha establecido en la tierra, sino para que arreglando con prudencia su propia conducta, gobiernen sus reinos y vasallos con justicia. Así, en agradecimiento de la bondad con que nos ha hecho rey de Francia y de Navarra, de-

seamos ansiosamente que nuestra vida y las de las personas que nos son cercanas, esten muy bien arregladas, de modo que no se pueda censurar ningun defecto en nuestro gobierno; sino antes bien, sirvamos de ejemplo á nuestros pueblos, y cuando recurran á nos ó á nuestros magistrados, hallen siempre pronta y conveniente justicia."

Prohibió tambien á sus ministros y consejeros presentarle ningun acto, carta omisiva contrarias á las leyes ó á los antiguos reglamentos: y vedó al canciller, so pena de prevaricacion, sellar ningun acto en que hubiese esta cláusula: *no obstante tal ordenanza.* Recibió con benevolencia los memoriales de las ciudades que imploraban su proteccion contra la opresion de los señores, y estableció en cada una de estas ciudades un capitan general que mandaba los hombres de armas. Este oficial, elegido por los vecinos y hombres buenos, juraba defender á los pueblos: y ellos, por su parte, prometian ausiliarle para mantener el orden y las leyes. De este modo afirmaba el rey con sagacidad su propio poder debilitando el de los señores, y la seguridad de los pueblos preservándolos de toda vejacion. En su ordenanza de 1319 escluyó á los prelados del parlamento, socolor de que "tenia escrúpulo de distraerlos del gobierno espiritual." Sus predecesores habian hecho vanos esfuerzos para librar á Francia del azote de las guerras privadas. Desde Felipe V

no las hubo sino entre los grandes barones que eran entonces soberanos casi independientes y vasallos coronados. Reprimió la turbulencia de los otros señores, enviando salvaguardias que fueron respetadas en todas las provincias. Pero el golpe mas sensible que dió al feudalismo, fue atribuir al rey la inspeccion general de las casas de moneda. Los barones de poco poder se vieron obligados á la obediencia: los mas fuertes entablaron negociaciones con la corona, que compró al conde de Valois las casas de moneda de Chartres y Anjou, y al señor de Borbon, las del Clermont y del Borbonés. Si Felipe hubiese limitado á estos actos el deseo de estender su poderío y de abatir la potencia feudal, no habria merecido mas que elogios: pero mancilló una institucion que era preciso conservar. La nobleza no podia sostener su consideracion sino siendo el premio hereditario de los antiguos servicios hechos al estado, ó de las virtudes y conocimientos destinados á dar principio á una ilustracion nueva. Felipe deslustró la nobleza, concediendo el goce de sus privilegios á muchas familias plebeyas que los compraron. La misma ambicion del poder le movió á adoptar una providencia, poco honrosa para los vecinos de las ciudades que estaban bajo su proteccion. Mandó que fuesen desarmados, y que no se les diesen las armas sino cuando hubiera necesidad de sus servicios. Esto produjo descontento general, y solo se esperaba ocasion propicia para manifestarlo. Los no-

bles reclamaban sus derechos, el clero sus privilegios, los burgueses su independencia. El antiguo sistema se desplomaba en todas partes: y en el orden nuevo que se establecia con regularidad, aumentaba rápidamente el poder del trono, pero rodeado de ministros codiciosos y de parlamentos compuestos, no de guerreros, sino de legistas. Estos fueron al principio poco estimados del pueblo francés, habituado por tantos siglos al esplendor y á la independencia turbulenta del noble y antiguo tribunal de los barones y pares. Los nuevos jueces, mas instruidos que los antiguos, fueron mas sumisos á las leyes y menos arbitrarios.

Pero, si se ha de dar crédito á los escritos del célebre canciller de l'Hopital, siendo menos poderosos y mas pobres que sus antecesores, no supieron resistir bastantemente á la tentacion del oro. He aquí lo que decia l'Hopital sobre esta materia: "Sucedió poco despues de la ereccion del parlamento de París bajo Felipe el hermoso, que algunos litigantes que habian tenido pronto y buen despacho en sus pleitos, cuando iban á dar gracias á los jueces, les llevaron, por cortesía, algunas cajas de confites como en agradecimiento del trabajo que habian tenido en decidir sus demandas, y de la buena justicia que les habian administrado. Esto era tan poca cosa, que ni el que lo daba, se hacía mas pobre, ni el que lo recibia, mas rico. No obstante, lo que al principio fue una

nonada, se ha aumentado con el tiempo, y ha llegado á éscesos tan grandes é insoportables, que puedo decir que el desorden actual de la justicia en Francia, procede de estos *dulces* (epices), no suaves y azucarados, sino ásperos, amargos y picantes." Estos progresos fueron prontos: porque veinte años despues, aunque no se habian convertido todavía los dulces en dinero, se estableció la costumbre de dar los confites en fuentes de plata; y no ya como cortesía, sino como necesidad. En 1420 se pusieron los dulces en tasa, en virtud de ordenanza. Con ellos se enriquecieron jueces, abogados y procuradores, y cuadruplicaron sus emolumentos todos los individuos de la curia. Su honorífica profesion vino á ser especulacion lucrativa: y como hubo interés en oscurecer los pleitos para prolongarlos, nació el embrollo judicial. En tiempo de Francisco I, se crearon y vendieron á favor del fisco nuevos oficios de magistratura. "En el dia, dice l'Hopital, cuesta mas un oficio de judicatura que lo que antes producian sus obvenciones en trescientos años." Á pesar de ser justas las reprehensiones que este hombre célebre hace á los tribunales, siempre fue un gran paso para la civilizacion haber substituido el código de los romanos al de los francos y el imperio de la ley al de la espada. De esta manera nació el orden del caos.

En tiempo de Felipe V comenzaron á separarse enteramente el ejercicio de la justicia,

la profesion eclesiástica y la de las armas. Es verdad que los pares conservaron el derecho de asistencia á los parlamentos: pero no fue bastante, como antes, para gozar de este privilegio, tener un feudo del rey. Desde el siglo XIV no se admitieron nuevos pares en aquel supremo tribunal, sino en virtud de letras especiales del monarca. Felipe V se distinguió por la firmeza de su carácter: supo hacerse obedecer, administró recta justicia, reprimió las concusiones, y exigió de todos los que manejaban la hacienda pública el mismo orden y exactitud que observaba él mismo en los gastos de su casa.

En aquel tiempo el lujo de los príncipes y grandes consistia en caballos de guerra y caza, en armas ricamente trabajadas, en vestidos y pieles suntuosas para las grandes solemnidades, en las cuales se entregaban á la alegría de los banquetes, mas abundantes que delicados. Pero en la vida ordinaria reinaba aun la antigua sencillez. Un amplio hogar servía de chimenea á toda la familia: pocas calles estaban empedradas: los nobles iban por ellas á caballo ó en carro: este era objeto de lujo, y Felipe el hermoso prohibió su uso á los burgueses.

La mayor parte de las casas de París eran de madera. Á pesar de esta rusticidad, de su estrecho recinto, de la ninguna policía y poca limpieza de casi todos sus barrios, la capital de Francia, que podia alistar treinta mil hom-

bres de milicia, excitaba ya admiracion y envidia. La vida de Felipe V fue corta: á haber sido mas larga, hubiera probablemente sufrido muchas agitaciones: porque los ataques que dió á los privilegios del clero, de la nobleza y del tercer estado, los habian ofendido hasta tal punto, que en muchos lugares se formaban conspiraciones y ligas contra su autoridad.

Despues de unas cuartanas muy largas, acompañadas de disentería, que debilitaron sus fuerzas, murió este príncipe el 3 de enero de 1322, á los treinta y un años de edad y cinco de reinado. Diósele sepultura en san Dionis: su corazon fue depositado en la iglesia de los franciscanos de París, y sus entrañas en la de los dominicos. Felipe, imitando á muchos de sus antecesores, encargó á su heredero en el testamento reparar los agravios que habia hecho, y aliviar á sus vasallos de los pesados tributos que les habia impuesto. Dejó muchas mandas piadosas y nombró albacea al papa Juan XXII. Este rey fue el primero que publicó ordenanzas acerca de las rentas perpetuas y de por vida. De su esposa Juana, hija de Oton, conde de Borgoña y de Mafalda, condesa de Artois, tuvo los hijos siguientes: Luis, que murió niño: Juana, que casó con el duque de Borgoña: Margarita, con Luis, conde de Flandes: Isabela, con el delfin de Viena, y Blanca que entró religiosa. Sus ministros fueron Gerardo de la Gueste, el canciller

Pedro de Chapes, y Juan de Cherchemont. Sus ejércitos fueron mandados por el condestable Gaucher de Chatillon, y por los mariscales Juan de Corbeil, Juan de Beaumont y Reinaldos de Trie. En su reinado vivia aun el buen Joinville, que siendo testigo animado de las virtudes y hazañas de san Luis gozaba de la veneracion pública. Al mismo tiempo ilustraba á Italia el inmortal poeta Dante. Felipe no hizo ninguna accion heróica por la cual mereciese ser colocado entre los héroes de Francia: pero sus nobles cualidades, su firmeza y actividad, y su amor á la justicia le grangearon un lugar no despreciable en la historia de los reyes franceses.

Cárlos IV el hermoso, rey de Francia (1322). Cárlos debió darse la enhorabuena de no haber logrado el designio que formó siendo conde de la Marcha para separar del trono á su hermano Felipe: pues si hubiese triunfado, se habria cerrado á sí mismo el camino para ser rey, y la princesa Juana se hubiera coronado. Pero él se aprovechó de la decision unánime de los pares y barones de Francia, relativa á la herencia de los barones, fue reconocido sin oposicion, y consagrado por el mismo Roberto de Courtenay que ungió á sus dos hermanos Luis el hosco y Felipe el largo. Á esta ceremonia asistieron todos los pares, escepto el conde de Flandes y el rey de Inglaterra, duque de Guiena.

El primer cuidado del rey fue romper el

lazo que le unia con Blanca de Borgoña, que convencida de adulterio, vivia recluida en la fortaleza de Chateau Gaillard. Cárlos alegaba, que siendo pariente de Blanca y ahijado de Mafalda de Artois, madrastra de aquella princesa, debia anularse su casamiento. La condesa quiso defender los derechos de su hija: pero desistió de ello, porque se le hizo entender que se ejecutaria la sentencia de muerte, dada contra la princesa adúltera. Juan XXII declaró nulo el matrimonio, fundado en que la bula de su predecesor Clemente, que había reconocido su validez, carecia de las debidas formalidades y no esplicaba suficientemente los motivos de la decision.

El rey, viéndose libre, casó con María de Luxemburgo, hija del emperador Enrique VII.

Al mismo tiempo formó el proyecto de pasar á Oriente en socorro del rey de Armenia, acometido por los sarracenos: y encargó la direccion de esta empresa á Almarico, vizconde de Narbona, que estaba preso y condenado á muerte por haber ahorcado sin formalidad de juicio á dos vasallos suyos que habian apelado al rey de una sentencia del vizconde. Este caballero, por un juego de la inconstante fortuna, salió inopinadamente del calabozo para mandar un ejército.

Confióse la armada al supremo almirante Berenguel. Este empleo tenia grandes privilegios en el mar, en los puertos, en la corte y en los parlamentos. En tiempo de Enrique II

se suprimió, y se restableció despues para darlo al cardenal de Richelieu. Villaret cree con bastante probabilidad, que el nombre de almirante (amiral) se derivó de la palabra árabe *emir*. Cárlos mandó al vizconde de Narbona comprar veinte galeras. En cada una de ellas debian embarcarse doscientos hombres. Pero esta cruzada tuvo la misma suerte que todas las empresas de la misma especie proyectadas despues de la muerte de san Luis. Se empezaban con mucho ardor, y se olvidaban con sobrada ligereza.

Desde el tiempo de Felipe el hermoso se trataba á los ministros casi de la misma manera que á los judíos. Cuando estaban ya enriquecidos con los despojos del pueblo, se les proscribia, para confiscar sus bienes y alimentar el erario con el fruto de sus rapiñas. Cárlos imitó á su hermano en perseguir á los que habian administrado la hacienda en el reinado anterior. Gerardo La-Guette, nacido de una familia oscura de Auvernia, habia sido ministro de hacienda. Acusado de malversacion por la voz pública, fue preso y murió en el tormento sin declarar el sitio en que tenia guardados sus tesoros. Su cadáver fue arrastrado por las calles y colgado en la horca de Montfaucon. Otras sentencias, no menos rigorosas, pero mas justas porque recaian sobre delitos patentes y probados, honraron el nombre de este rey para con el pueblo, y le grangearon el título de *justiciero y custodio del derecho*

de cada uno. Envió á varias provincias comisarios con fuerzas suficientes para reprimir la insolencia de muchos señores que robaban los bienes de los burgueses y las propiedades de los habitantes del campo. Jordan de Lille, señor de Casaubon, era uno de ellos: fue puesto en prision, y acusado de diez y ocho capítulos, que cada uno, segun se decia, era digno de muerte. Pero se le perdonó por consideracion al papa que era su tio. Cobrando alas con la impunidad, juntó una cuadrilla de foragidos, incendió aldeas, robó mercaderes, forzó doncellas y dió muerte á los que se le resistian. Fue citado al tribunal del rey, y mató á palos al alguacil que le intimó la comparecencia: y despues tuvo la osadía de presentarse en la capital con una comitiva compuesta de los nobles mas distinguidos de la provincia. Este séquito fue una prueba de que las costumbres de los caballeros no eran ya tan loables como quieren hacer creer los panegiristas de los siglos bárbaros. Pero en fin, la justicia triunfó por la severidad del rey, que excitaron los acusadores, que fueron los señores de Lomagne y de Albret. Jordan fue juzgado, condenado á muerte, arrastrado en París á la cola de un caballo, y ahorcado despues. Se vé, por la relacion de Nangis, que el uso bárbaro de arrastrar así á los reos, existía aun en Francia como en el tiempo de Brunequilde.

Alteraciones de Flandes (1323). La discordia reinaba siempre en Flandes. Luis, hijo del

conde de Nevers y yerno de Felipe V, debia, segun el último tratado, heredar este señorío, aun cuando su padre muriese antes que su abuelo. El caso previsto se verificó: el anciano conde sobrevivió dos meses á su hijo mayor. Roberto de Casel, su hijo segundo, sin hacer caso de los tratados ni de las decisiones del parlamento, pretendió la sucesion, tomó las armas y con el socorro del conde de Namur se apoderó de muchas ciudades. Luis protestó contra esta violencia, y el rey mandó ver la causa en el parlamento. Las ciudades de Flandes manifestaron mucho afecto á Luis, y declararon que si se les daba otro conde, adoptarian el régimen republicano. Luis, confiando con exceso en el favor popular, cometió la imprudencia de recibir el homenage de los flamencos sin esperar la sentencia del tribunal del rey. Cárlos mandó prenderle y encerrarle en la torre de Louwre; y habiendo manifestado con esta accion que sabia hacer que se respetase la autoridad de los pares, le perdonó y le puso en libertad. El parlamento le adjudicó el condado de Flandes, á condicion de no reclamar nunca del gobierno francés las ciudades de Douay, Orchies y Lila. Roberto de Casel conservó el dominio que se le habia concedido. Si Luis, llamado por los votos de los flamencos, hubiese gobernado con justicia, habria gozado pacíficamente de su autoridad consolidada por el cariño público: pero se hizo odioso á los pueblos, siguiendo los consejos im-

prudentes del abad de Vezelay, francés é hijo del célebre canciller Pedro Flotte que pereció en la batalla de Courtrai. Este ministro impuso tributos muy gravosos. Los flamencos murmuraron, y lograron de la debilidad de Luis que le despidiese. La misma debilidad que impedia al conde reprimir las exacciones de los que cobraban los impuestos, dió osadía á los descontentos. Los habitantes de Brújas se sublevaron y dieron muerte á muchos de sus administradores. Sospechábase que Roberto de Casel, habia fomentado esta rebelion. Luis, violento como todos los hombres débiles, sobornó á algunos habitantes del pueblo de Varneton, donde residia Roberto, para que le asesinasen: pero Roberto, avisado secretamente del peligro por el canciller del conde, se escapó. Luis irritado mandó prender á su ministro, y le preguntó: "¿por qué habeis descubierto mi secreto?" "Por salvar vuestro honor", respondió el canciller. Esta respuesta de la virtud, que debia excitar agradecimiento y veneracion, fue castigada, y se cargó de cadenas al canciller. El gobierno injusto del conde entró en el círculo vicioso ordinario, de que es imposible salir. Los vasallos, descontentos de las contribuciones, se rebelaron: para contenerlos fueron necesarias tropas: para pagar estas tropas, hubo que echar impuestos mas pesados, y los descontentos se convirtieron en enemigos. Los flamencos tomaron las armas, vencieron é hicieron prisionero en un combate

á Luis, y le encerraron en la fortaleza de Brújas. Todas las ciudades de Flandes, escepto Gante, reconocieron como conde á Roberto de Casel. Luis merecia su suerte: pero la audacia de Roberto que tomó el título de conde en desprecio de la decision del parlamento y de la autoridad del rey su soberano, no podia ser tolerada. Cárlos se declaró contra este acto de independencia, y despues de haber intentado en vano el medio de las negociaciones, reunió un ejército numeroso. Los flamencos amedrentados imploraron clemencia. El rey los perdonó bajo las siguientes condiciones: que serian demolidos los castillos de Brújas, Ipres y algunos otros: que se sometiesen á su conde Luis: que renunciasen, sopena de la vida, á toda coligacion, y pagasen cuatro mil libras para fundar un convento en Courtrai. Ademas, se les obligó á pagar el viaje de cien peregrinos á Santiago de Galicia, de otros tantos á otros santuarios lejanos, y una multa de diez mil libras al rey. Casi todos los historiadores de aquel tiempo alaban la firmeza de Cárlos: hubiera sido mas justa, si hubiese impuesto algun castigo al conde su vasallo, cuya tiranía dió orígen á las alteraciones, y á Roberto de Casel, que por ambicion y deseo de venganza excitó la guerra civil.

Conquista del Agenes (1324). En la frontera meridional del reino habia asonadas de guerra por el carácter turbulento de los bascos y la conducta equívoca de los ingleses. Cárlos,

disimulando el verdadero objeto de su viaje, partió á Langüedoc con el pretesto de visitar, este hermoso pais, y establecer en él la administracion de justicia con mas regularidad.

Fue á Tolosa, acompañado de la reina, del rey de Bohemia, su cuñado, de su tio el conde Cárlos de Valois, y de don Sancho, rey de Mallorca. Los dos meses que pasó en esta ciudad, hubo muchas fiestas, y el rey hizo varios actos de justicia.

En el mismo año tuvo la pesadumbre de perder á su esposa, que murió de parto. Amábala mucho por sus virtudes y su hermosura: pero la política abrevió, como hace en todos los reyes, los dias de su viudedad: y pocos meses despues, deseando tener heredero del trono, casó con la princesa Juana, hija de su tio el conde de Evreux.

Pronto fueron conocidos los verdaderos motivos del viaje de Cárlos. Desde algunos años antes disputaban los bascos con los navarros la posesion de un castillo situado en la provincia de Guipúzcoa. Los bascos tomaron por sorpresa el castillo: los navarros acudieron en gran número, recobraron la fortaleza, y talaron el pais. Retirábanse con mucho botin, cuando al pasar un desfiladero, fueron rodeados por los bascos, mandados por Gil de Onaz, hábil guerrero. Los navarros, no pudiendo huir ni pelear, perecian con las piedras que arrojaban sobre ellos desde las altas cumbres sus inaccesibles enemigos. Los bascos vencedores mata-

ron en esta accion treinta mil hombres. Los que quedaron vivos hubieron de rendirse, á pesar del obstinado valor de su gefe, que era el señor de Mortain, nombrado virey de Navarra por el rey Cárlos el hermoso. Los bascos celebran todavía en sus cantos populares esta sangrienta victoria.

Cárlos reunió tropas con el objeto de pasar á Navarra: pero otra querella que sobrevino entre un señor del Agenes, vasallo del rey de Inglaterra, y los oficiales del rey de Francia, le obligó á mudar su determinacion. El señor de Montpezat habia edificado un castillo en terreno perteneciente á la corona de Francia, segun decian los delegados del rey: los cuales acudieron al parlamento de París, y este adjudicó la fortaleza al dominio real. Los franceses se apoderaron de ella en conformidad de esta sentencia: pero Montpezat reclamó la proteccion del senescal de Guiena, que acudió en su socorro. Acometieron entrambos el castillo, le tomaron por asalto, pasaron á cuchillo la guarnicion francesa, y ahorcaron á muchos oficiales del rey. Cárlos pidió al rey de Inglaterra satisfaccion de este agravio. Eduardo parecia dispuesto á darla, y envió á París á su hermano el príncipe Edmundo. Cárlos exigia que se le restituyese el castillo, y se le entregase el señor de Montpezat y el senescal de Guiena para castigarlos como merecian. Edmundo prolongaba la negociacion con la esperanza de lograr condiciones mas suaves. Pero fingiéndose vencido

por la firmeza del rey, condescendió en todo y partió á Guiena acompañado de un oficial, á quien debia entregar la fortaleza y los dos reos: mas apenas llegó á la frontera del ducado, se quitó la máscara y despidió ignominiosamente al enviado real, amenazándole con la muerte sino se iba pronto. El rey confió su venganza y el mando del ejército al anciano y célebre conde de Valois su tio, cuyas armas habia favorecido siempre la fortuna. Este hábil general pasó sin detenerse al ejército, acompañado de sus dos hijos Felipe y Cárlos, de Roberto de Artois y del conde de Beaumont.

Todo se le allanó: conquistó en breve el Agenes: la plaza de Agen abrió sus puertas sin resistencia para vengarse del príncipe Edmundo, que habia robado y deshonrado una doncella noble de la misma ciudad. Un numeroso destacamento francés persiguió con ardor al príncipe inglés, y le obligó á encerrarse en la Reole: pero despues, descuidándose en poner centinelas, fue sorprendido y derrotado por Edmundo. El conde de Valois acudió entonces con todas sus fuerzas, reparó con prontitud la pérdida, y puso estrecho cerco á la Reole. Las torres y máquinas de los franceses lanzaron contra la plaza innumerable cantidad de flechas y piedras, y la obligaron á capitular. Edmundo logró una suspension de armas bajo las condiciones que dictó el vencedor. Fue arrasado el castillo que dió orígen á la guerra, y Montpezat murió de sentimiento. Toda Guie-

na, á escepcion de Burdéos y Bayona, se sometió á la autoridad del rey, hasta la paz definitiva. Concediose al príncipe Edmundo libertad para ir á Inglaterra, á condicion de volver á ser prisionero, sino podia obligar al rey su hermano á comparecer ante el parlamento para que se viese en él su causa, y á rendir homenage al rey de Francia su soberano.

Paz con Inglaterra (1325). Este triunfo rápido y completo terminó la gloriosa carrera de Cárlos de Valois, que falleció en 1325 cuando formaba el designio de concluir y consolidar la paz, casando su hija con el primogénito del rey de Inglaterra. La injusta venganza, que en otro tiempo ejerció contra Marigny, fue expiada con el arrepentimiento de que dió señales en sus últimos instantes este ilustre nieto de san Luis. El pueblo que le veneraba decia: "es hijo, hermano, tio, padre, yerno y cuñado de reyes: y aunque no es rey, posee todas las virtudes reales." Corrió la voz de que le habian dado yerbas. Estas acusaciones eran entonces muy comunes: porque se creia que los italianos habian introducido en Francia este delito, ageno hasta aquella época del carácter de la nacion. Felipe el largo publicó poco antes un reglamento en que mandaba á sus camareros que no permitiesen á ningun estrangero acercarse á su cama, mesa, cocina y despensa, ni á las de la reina y ni de los príncipes sus hijos.

La derrota de los ingleses en Guiena, y la sumision de los flamencos permitieron á Francia gozar de alguna tranquilidad, que se prolongó por las disensiones interiores de Inglaterra, originadas de la debilidad y vicios de su rey Eduardo II, del orgullo y codicia de sus privados, y del carácter vengativo de la reina Isabela. Eduardo no podia vivir sin validos. Los barones ingleses, cuando dieron muerte á Gaveston, deseando poner cerca del príncipe un hombre de su eleccion, obligaron al rey á dar el empleo de camarero á Spencer, aborrecido del monarca, y que creían muy adicto á su partido. Pero este jóven ambicioso engañó sus esperanzas: consiguió, lisonjeando los vicios de Eduardo, ganar su corazon y su confianza, se hizo dueño de su voluntad, y fue mas soberbio, codicioso y cruel que su antecesor. Perseguido por el odio universal, se burló con arrogancia de sus enemigos. Los barones y la reina tramaban su ruina: y él formó el atrevido proyecto de alejar á esta de palacio, y de amedrentar á los grandes con el terror de los suplicios. Los barones se juntaron, y dirigieron al rey una representacion amenazadora pidiéndole el castigo ó el destierro de Spencer y su padre. Eduardo atemorizado vacilaba y dilataba la respuesta: pero incitado por su favorito, que le persuadió á que los barones querian destronarle, mandó prender y degollar á veinte y dos de ellos, "entre los cuales, dice Froissard, fue el primero Tomás de Lancás-

ter su tio, hombre bueno y santo, que hizo muchos milagros insignes en el mismo sitio donde fue decapitado." Esta horrible resolucion produjo los efectos ordinarios, que son el desprecio, el rencor y la sed de venganza. Las deshonestidades de Eduardo y de sus cómplices justificaban sobradamente el odio público: pero la reina Isabela, aunque tenia motivos fundados de queja contra los spenceres que alejaban de ella á su esposo, no era mas digna de estimacion que él: pues se abandonaba sin reserva ni secreto á sus adúlteros amores con Mortimer, jóven caballero normando, notable por su talento y hermosura. El rey mandó prenderle y condenarle á muerte: pero esta pena se conmutó en la de prision perpetua en la torre de Londres, y él halló medio de escaparse y refugiarse en Francia. Los spenceres irritaban sin cesar la ira de la reina con nuevos ultrages. Habiásele asignado el condado de Cornwall para los gastos de su casa: y se la privó de él, alegando cuán peligroso era dejar un dominio litoral á una princesa de Francia cuando habia guerra con este reino.

En estas circunstancias volvió á Londres el príncipe Edmundo para dar la desagradable cuenta de su derrota, de la pérdida de Guiena y de las condiciones rigorosas que proponia el rey Cárlos. Eduardo, en el primer momento de su terror, declaró que daria toda satisfaccion al rey su soberano, manifestándole su obediencia y respeto: y envió de pleni-

potenciarios á París á los obispos de Norwich y de Winchester, al conde de Richemont y á Enrique de Beaumont. Estos lograron que la tregua se prolongase hasta el 25 de julio: pero siendo vanos los esfuerzos que hicieron para obligar á Cárlos á suavizar las duras condiciones que queria imponer á los vencidos, creyeron que lograrian mejor su empresa, si venia á Francia la reina Isabela, hermana de Cárlos, á sostener las negociaciones con el amor que la tenia su hermano. El obispo de Winchester volvió á Londres para persuadir á Eduardo que tentase este último medio de conseguir la paz. El triunfo del prelàdo no costó mucho: porque los spenceres nada deseaban tanto como alejar á la reina: y esta princesa buscaba ocasion de libertarse del odio del privado, de reunirse con Mortimer en Francia, y de tener medios para vengarse de sus enemigos. Eduardo aborrecia á la reina, y no tenia mas volundad que la de Spencer. Resolvióse, pues, el viaje de Isabela. Esta princesa partió á arrojarse en los brazos de su hermano, con la esperanza de lograr la paz de Inglaterra y socorros contra los spenceres. Los consejeros del rey cometieron la grande imprudencia de permitirle que llevase consigo al jóven Eduardo su hijo, heredero del trono.

Cárlos recibió afectuosamente á su hermano y á su sobrino. Las primeras palabras de Isabela fueron quejas muy sentidas contra su esposo. "Me aborrece mucho, decia, y sin ra-

zon, por las sugestiones de un caballero, llamado Hugo Spencer, que hace de mi señor todo lo que quiere." Contóle las acciones sanguinarias del privado, el suplicio de los barones y la muerte trágica de Lancáster. "En fin, añadió, un hombre muy bien informado de los designios del rey de Spencer, me dijo en gran secreto que tenian malas intenciones contra mí: y que si permanecia mas tiempo en Inglaterra, el rey, llevado de siniestros y falsos informes, me mandaria matar, ó á lo menos me encerraria ignominiosamente: de modo que yo, como muger sin camino ni consejo, he venido á vos para tener socorro y consuelo en mis aflicciones." "Querida hermana, respondió Cárlos, sosegaos y consolaos: porque juro á Dios y á mi señor san Dionis, que en todo pondré remedio." El rey le dió alojamiento en su palacio, y mandó, dice Froissard, que "se le diese de la tesorería real todo lo necesario para ella y su casa." Cárlos juntó los pares y barones, y los consultó sobre la paz de Inglaterra y el socorro que deseaba dar á su hermana. Respondiéronle que los negocios domésticos no pertenecian al estado, y que la querella del rey Eduardo con su muger no era motivo suficiente para romper con Inglaterra y quebrantar la promesa que se acababa de dar al papa, de concluir la paz con prontitud. Cárlos, rindiéndose á este consejo, dijo á su hermana que no podia hacer por ella otra cosa sino darle armas secretamente, y exhortar á algunos ca-

balleros á que sostuviesen su causa. Froissard dice: "dióle oro y plata, que son los metales con que se gana el amor de los caballeros y de los pobres guerreantes."

El rey concluyó con los plenipotenciarios ingleses un tratado, cuyas condiciones eran estas: Guiena se pondrá provisionalmente en poder del rey de Francia, que enviará á Burdeos un senescal: las tropas inglesas y francesas evacuarán el ducado: Eduardo vendrá á Beauvais en la octava de la Asuncion, y hará homenage al rey de Francia su señor: despues, por amistad, restituirá Cárlos á Eduardo la Guiena y el Agenes; mas no las demas tierras últimamente conquistadas, á no ser que el tribunal de los pares determine que se restituyan: el mismo tribunal decidirá las cuestiones de indemnizacion: se devolverán los prisioneros de una y otra parte. Este tratado se firmó el 31 de mayo, y Eduardo lo ratificó: pero los spenceres no quisieron que fuese á Francia. El débil rey no sabía desobedecer á sus favoritos: pero al mismo tiempo recelaba perder, sino iba á Beauvais, la Guiena y el condado de Ponthieu. Para salir de la dificultad, cedió estos dos feudos á su hijo Eduardo, heredero de su trono y conde de Chester. Este príncipe, que tenia á la sazon trece años, hizo homenage á Cárlos. El rey de Francia le restituyó la Guiena: pero el acto de investidura quedó depositado en manos del arzobispo de Viena, hasta que Eduardo pagase los gastos de

chancillería, valuados en sesenta mil libras.

La posicion de Isabela era cada dia mas crítica. No le quedaba ya ningun pretesto decente para permanecer en Francia: y el rey su esposo, sabedor de sus intrigas, la mandaba volver á Inglaterra, cuando el amor de Mortimer la detenia en París. Esta pasion escandalosa escitó mucho descontento en el pueblo: sus murmuraciones abrieron los ojos de Cárlos, enemigo naturalmente de todo desorden, y severo en sus costumbres. Al principio no obligó á su hermana á salir de la corte: pero le manifestó mucho desagrado. Los cortesanos le imitaron: y aquella hermosa reina, por cuya causa querian tomar las armas poco antes tantos valerosos caballeros, se halló abandonada de todos, á excepcion de Mortimer, el señor de Beaumont y Juan de Henao, que sin reserva se declararon sus partidarios. Los descontentos de Inglaterra escribian á la reina, que si volvia con mil hombres de armas, se reunirian á ella y la libertarian de sus enemigos. Cárlos, despues de haber leido esta carta, declaró de nuevo á Isabela, que no podia darle ningun socorro.

Nuevo rompimiento con Inglaterra (1326). Pero Eduardo, viendo que se le permitia quedarse en Francia, declaró enemigos del estado á Isabela y á su hijo; y aun llevó tan adelante su enojo y su imprudencia, que declaró la guerra al rey de Francia, acusándole de favorecer la conspiracion de su hermana. Comenzaron

otra vez las hostilidades: los ingleses apresaron veinte navíos franceses en los puertos de Normandía, y se apoderaron de Saintes. Díjose entonces que en Inglaterra se habia dado muerte á todos los franceses que habia en aquel reino, y confiscados sus bienes. Cárlos mandó hacer crueles represalias: pero felizmente se desmintió á tiempo la noticia de la matanza. Habiéndose encendido de nuevo la guerra, muchos señores y caballeros ofrecieron su espada á Isabela: pero los spenceres, para conjurar la tempestad y obligar á Cárlos á echar de Francia su hermana, "enviaron á él y á los de su consejo privado mensages secretos y mucho oro, plata y joyas riquísimas: en poco tiempo hicieron tanto que el rey y todo su consejo miraron con tanta frialdad la suerte de la Dama, como ardor habian tenido antes para socorrerla: y el rey prohibió el viaje, y mandó, so pena de destierro, que ninguno acompañase á la reina para entrar á mano armada en Inglaterra." Al mismo tiempo Eduardo habia escrito al papa y á los cardenales en defensa de su causa. El sumo pontífice instó al rey de Francia para que "enviase á su hermana Isabela á Inglaterra, á poder de su marido, so pena de escomunion." Cárlos no quiso tener por enemigo al papa, é hizo saber á su hermana que "evacuase el reino con la mayor prontitud, ó él la arrojaria con afrenta." Pero Isabela buscaba siempre pretestos de dilatar su viaje. Roberto de Artois, su primo y el mas fiel de sus

amigos, la avisó una noche que en el consejo del rey se habia determinado prenderla al dia siguiente, como tambien al príncipe su hijo, al conde de Kent y al señor de Mortimer: y que serían entregados á los spenceres.

Entonces sin perder tiempo huyó la reina precipitadamente, permaneció algunos dias en el Ponthieu, y buscó despues asilo en el Henao, donde el señor de Ambricourt la recibió muy bien. Allí se le reunió el príncipe Juan, hermano del conde de Henao, y la suplicó que le nombrase su caballero. Isabela pasó á Valenciennes, defendida por él. Su hijo Eduardo se enamoró de la princesa Felipa, segunda hija del conde de Henao, y la política de la reina aceleró la conclusion de este casamiento tan útil á sus propios intereses, como deseado del príncipe. Juan de Henao era ardiente, valeroso y amigo de aventuras, y resolvió llevar triunfante á Inglaterra, con solo tres cientos hombres de armas, la reina que habia jurado servir. Inútil fue que su hermano el conde de Henao le exhortase á abandonar una empresa tan peligrosa y sostenida con tan pocas fuerzas. La reina y él se embarcaron sin mas tropas que los trescientos hombres, y la fortuna favoreció su temeridad. Una violenta tempestad que amenazaba sumergirlos, fue la que los salvó, alejándolos del puerto en que los esperaba la escuadra de Eduardo, y llevándolos á la rada de Harwich donde desembarcaron sin obstáculo. Allí se les reunieron, con suma ale-

gría de los aventureros, Enrique de Lancáster y otros muchos barones de Inglaterra. Isabela publicó un manifiesto, en el cual declaró que solo tomaba las armas para castigar los indignos validos que abusaban tiránicamente del nombre y la autoridad del rey. Su único objeto, decia, era librar al pueblo de su intolerable yugo, restablecer los privilegios de la nobleza, y mantener los derechos de la santa iglesia. Al mismo tiempo pidió á su esposo una conferencia. Este príncipe desalumbrado no oyó mas consejos que los de Spencer, y rehusó toda negociacion. El odio contra los favoritos era universal: y así los barones y guerreros de todos los condados acudieron á los reales de la reina. Eduardo, perseguido y abandonado, se encerró en Bristol con sus tesoros y ministros, y fue sitiado en esta plaza.

La ciudad capituló despues de larga resistencia. Á Spencer el padre y al conde de Arundel, que cayeron prisioneros en poder de las tropas de la reina, se les sacaron las entrañas; los ahorcaron, les cortaron la cabeza y los descuartizaron á vista del rey y de su privado que se habian refugiado en la ciudadela. Escapáronse de ella una noche; pero fueron perseguidos y presos. Spencer, sentenciado por el consejo de la reina, fue mutilado y colgado de la horca: allí se le arrancó el corazon y se arrojó al fuego. Isabela envió á Londres la cabeza de su víctima. Al rey se le encerró en la fortaleza de Monmouth. Convocóse el parlamen-

to. La reina y su hijo, engañando al rey cautivo con promesas de seguridad, lograron que les diese su sello, y los autorizase para servirse de él. De allí á poco declaró el parlamento á Eduardo indigno de la corona, decretó que acabase sus dias en prision y que su hijo subiese al trono. Isabela presidió el consejo de regencia. Un mensagero del parlamento fue á la prision del monarca proscripto, y le notificó la sentencia en estos términos: "yo, Guillermo Trussel, procurador del parlamento y de toda la nacion inglesa, os declaro en su nombre y con su autoridad, que retracto el homenage que os he prestado: os privo desde este momento del poder real, y protesto que ya no os obedeceré como á mi rey."

Segun la decision del parlamento Enrique de Lancáster debia presidir el consejo de los doce tutores que se habian dado al jóven rey: pero la reina, ansiosa de que Rugero de Mortimer reinase en Inglaterra como reinaba en su corazon, le dió la autoridad mas absoluta. Este nuevo favorito, tan injusto, tan codicioso y tan cruel como los spenceres, se grangeó en poco tiempo el odio de los grandes y el desprecio público. Murmurábase de él en todas partes, y se formaron algunas conspiraciones para restituir la corona al rey cautivo. Entonces los viles consejeros de la reina sobornaron algunos guardas del rey Eduardo II, y estos bárbaros le introdujeron en el cuerpo, por medio de un tubo de cuerno, un hierro encendido

que le abrasó las entrañas. Decíase al mismo tiempo que la reina estaba en cinta, llevando en su vientre el fruto de su adúltero amorío. Este escándalo produjo la rebelion. El galan fue preso en el cuarto de la reina, y conducido en prision á pesar de las súplicas de su amante que gritaba: "hijo mio, perdona al lindo Mortimer" Sus enemigos fueron sus jueces, y su muerte justa: pero la sentencia fue cruel como el odio que la dictó: porque se le mutiló, ahorcó y descuartizó: se enviaron sus miembros á las principales ciudades, y se puso su cabeza en la torre de Londres. La reina fue desterrada al castillo de Rising, donde vivió veinte y ocho años. Froissard dice que "se la dieron camareras para servirla, damas para hacerla compañía, guardia de honor para custodiarla; y que el rey su hijo la visitaba dos ó tres veces al año." Tales fueron los sucesos y el fin de estas dos revoluciones, originadas de los vicios de un monarca débil y de la pasion adúltera de una reina. Cárlos, cuya severidad condenaba justamente la conducta de su hermana, no dió paso alguno ni para defenderla ni para vengarla.

Turbulencias de otra especie alborotaban entonces á Francia Muchos hijos naturales de los caballeros de Guiena, buscando fortuna con su espada, tomaron las armas, alistaron mucha gente baladí, se hicieron gefes de bandidos y asolaron la provincia. Alfonso de España, señor de Lunel, marchó contra ellos para

reprimir sus latrocinios: pero fue derrotado. Los bastardos se apoderaron de Saintes y la entregaron á las llamas. Un nuevo ejército, mandado por el mariscal de Bribec, peleó con ellos, los venció y dispersó, y acabó esta guerra singular, que llamaron en aquel tiempo *guerra de los bastardos.*

Paz definitiva con Inglaterra (1327). Aun no se habia concluido la paz entre Francia é Inglaterra. El nuevo rey Eduardo III, habiéndole intimado Cárlos que viniese á prestarle homenage, daba por disculpa de su tardanza las alteraciones de su reino. Cárlos no podia dudar cuán cierto y legítimo era este motivo. Nombráronse comisarios de entrambas partes que ajustaron y concluyeron pronto el tratado. Restituyéronse á Eduardo todas las plazas conquistadas, y prometió pagar cincuenta mil libras esterlinas al rey de Francia, en indemnizacion de los gastos de la guerra. Concedióscle amnistía general, excepto á los gascones condenados en juicio. Pero Cárlos conmutó en destierro la sentencia de muerte, y Eduardo prometió arrasar sus castillos. Cárlos, moderado y hábil en su política, unía el vigor á la prudencia, y habia sabido reprimir con felicidad la ambicion hostil de Inglaterra, el carácter turbulento de los flamencos, y los desórdenes que causaron en Francia algunos alborotadores. Hubiera contado por triunfos los años de su reinado, á no haberse dejado engañar con la esperanza de ser elegido rey de romanos:

pero su error duró poco, y el revés que sufrió aunque humillase su amor propio, no comprometió la tranquilidad de su reino.

El pontífice Juan XXII, habiendo vacilado mucho tiempo entre Federico de Austria y Luis de Baviera que disputaban el imperio, se declaró en fin á favor de Federico, cuando este príncipe acababa de ser vencido y hecho prisionero por su rival en la batalla de Muldorf. El papa sostuvo sus pretensiones, alegando que la eleccion de emperador no daba derecho alguno sin la confirmacion de la santa Sede, y prohibió á Luis de Baviera tomar los títulos de emperador y rey de romanos. Luis, para quitar al pontífice todo pretesto, entró en negociacion con Federico, y la dirigió tan sagazmente, que consiguió su solemne renuncia al trono imperial. Juan XXII prometió entonces al rey Cárlos favorecerle con todo su poder, si queria ser elegido rey de romanos. Leopoldo de Austria, y Juan, rey de Bohemia, cuñado del rey de Francia, se obligaron á sostenerle en esta empresa. Cárlos creyó que tenian en Alemania mas influencia de la que realmente ejercian. Los electores y príncipes alemanes se reunieron en Bar le Duc. Como habia ya muerto la reina María, hermana del rey de Bohemia, este príncipe cambió de partido y se declaró á favor de Luis de Baviera: de modo que Cárlos, avergonzado del mal éxito de su pretension, renunció á ella.

Hablábase siempre de hacer una cruzada:

y aunque no se tomaba disposicion alguna para llevarle á efecto, la noticia causó alteraciones en Oriente, tan mal socorrido y tan frecuentemente asolado por los ejércitos de Europa. El emperador Andrónico, que temía una nueva invasion de los latinos tanto como á los infieles, envió embajadores á Cárlos pidiendo que fuese mediador entre la iglesia griega y la romana. El rey encargó á Roberto, rey de Nápoles, y á un religioso que tratasen en Roma de esta reconciliacion: pero sus tentativas no produjeron efecto alguno.

Á este tiempo se refiere una anécdota, que se halla en la crónica de Nangis. Cuando estaban mas vivas las disensiones entre el pontífice y el emperador Luis de Baviera, se presentaron á éste dos doctores, llamados Juan de Gaudodunoin y Marsilio de Padua, los cuales le dijeron haber huido de Italia, porque sostenian la doctrina de que la iglesia no tenia autoridad alguna sobre el imperio, y le exhortaron á seguir su dictámen y á favorecerle con todas sus fuerzas. Los consejeros de Luis le manifestaron cuán peligrosa era la doctrina de aquellos doctores en un tiempo en que el derecho público de Europa estaba fundado sobre el principio contrario: que se espondria, adoptando semejantes maximas, á que el papa le privase con justicia de todo derecho al imperio, y que debia castigar severamente á los novadores. El duque de Baviera siguió la opinion de sus consejeros, escepto en

esta última parte: porque dijo que sería cosa inhumana maltratar á los que por su causa habian dejado su patria: y así los dejó ir libres y colmados de presentes. En este mismo tiempo predicó el papa una cruzada contra Galeaze Visconti y los gibelinos, y pidió subsidio á todas las provincias de Francia para esta guerra. Al principio se opuso el rey á que se cobrase este tributo, como contrario á las franquicias y costumbres del reino: pero despues, á instancia del sumo pontífice que prometió cederle la mitad de la suma que produjese el impuesto, condescendió con los deseos del papa. La necesidad de dinero que tenian siempre los reyes de Francia, ya para reprimir las sublevaciones feudales, ya para sostener guerras dispendiosas contra Inglaterra, hicieron cometer graves injusticias al mas cuerdo de los monarcas. Cárlos, tan rigoroso y justiciero al principio de su reinado, siguió el ejemplo de su padre, y cometió los mismos actos arbitrarios, que habia castigado tan severamente cuando subió al trono. Socolor de establecer en el reino la uniformidad de pesos y medidas, quiso tambien, sin atender á los derechos de los señores, someter todas las monedas al mismo valor y al mismo título. Los prelados y barones se opusieron con viveza á esta resolucion, alegando justamente segun el derecho feudal, que la ordenanza de Cárlos no podia tener fuerza de ley en los señoríos diferentes del dominio de la corona, sin tener an-

tes el consentimiento de los barones. Cárlos sostuvo su dictámen, diciendo que su único objeto era el procomun. Cada dia era mas fuerte la autoridad real y mas flaca la resistencia de los señores. Los senescales y comisarios enviados por el rey, ya con astucias, ya con amenazas, ejecutaron sus órdenes en todas partes. Todas las monedas se fundieron para acuñar una sola, llamada *agnelet* (corderillo): las demas no corrieron.

Este grande acto de autoridad habria sido digno de elogios, porque era utilísimo, á haber sido dictado por la buena fé. Pero Cárlos, cuyo tesoro estaba exhausto, y no podia subvenir á los gastos de la guerra contra Eduardo, abusó del nuevo derecho que se habia arrogado y alteró las monedas como sus predecesores. Algunos barones que antes se oponian á su designio, le vendieron su antiguo derecho de acuñar moneda: y desde entonces no halló obstáculo ninguno para sus providencias. "La alteracion de la moneda, dice Condillac, espediente funesto á que recurrieron Cárlos y sus predecesores, fue tambien adoptado por los reyes que les sucedieron. Es de admirar la ceguedad de estos príncipes, hija de su ignorancia. No siendo capaces de conocer por sí mismos su verdadero interés, se entregaron á ministros, que repartiendo los despojos de los vasallos, no hacian caso de las pérdidas que resultarian para su soberano. Se creian justificados cuando no cometian otros

errores que los que se habian cometido antes de ellos: porque en materia de gobierno parece que el ejemplo basta para autorizar los abusos." Los reyes y estadistas deben leer y meditar con frecuencia las obras políticas de Condillac: se puede decir de ellas lo que Ciceron decia de las leyes romanas: *son la razon escrita.* Debe atribuirse, pues, este grave yerro del rey Cárlos á las circunstancias en que se hallaba, á sus consejeros y á las costumbres de su siglo, mas bien que á su carácter personal; era naturalmente cuerdo, bueno, generoso, amigo del orden, del saber y de la justicia. Protegiendo las ciencias y propagando las luces, hizo grandes servicios á la humanidad, ayudando á los hombres á salir de las tinieblas de la barbarie. Ya á mediados del siglo XIV, á pesar de innumerables obstáculos, empezaba á rayar la luz de la razon: pero en esta renovacion de las ciencias, la imaginacion precedió al juicio, y la literatura poética fue para los franceses la aurora de la filosofía.

En el reinado de Cárlos y durante su viaje á Tolosa se establecieron los juegos florales. Las guerras civiles y religiosas y las proscripciones que durante un siglo inundaron de sangre las provincias meridionales de Francia, no pudieron estinguir la pasion de sus habitantes á la poesía. El brillante sol de su clima era todavía Apolo para ellos, y los cantos de los trovadores no se interrumpieron por los gritos de las batallas ni por los gemidos de los

moribundos. Siete caballeros trovadores formaron una pequeña reunion, le dieron el nombre de *sociedad gaya* (alegre) de *trovadores*, y escribieron á todos los poetas de Languedoc, incitándolos á venir á Tolosa y leer sus versos en aquella academia: al mismo tiempo prometieron una violeta de oro al autor de la obra que fuese premiada, y cuyo asunto debia ser religioso. Muchos concurrieron al certámen, y los siete asociados ó *mantenedores* celebraron la junta en un jardin. El maestro Arnaldo de Vidal, de Castelnaudary, obtuvo el premio, logró la violeta, y fue nombrado doctor en la *gaya ciencia*. Los *capitules* ó magistrados municipales de Tolosa, dieron reglas á esta institucion que debia atraer muchos forasteros y dinero á aquella ciudad: asignaron fondos para el premio anual. La nueva academia tuvo por presidente un canciller, elegido por los siete mantenedores, y quedó obligada á redactar sus estatutos con el nombre de *leyes del juego de amor*. Ninguno podia obtener el grado de doctor en la gaya ciencia, sin exámen público. Las discordias civiles no respetaron el templo de las musas ni el de las leyes El jardin de los siete trovadores fue destruido, y la casa municipal les ofreció un asilo. Al fin del siglo XIV, una muger célebre, natural de Tolosa, llamada Clemencia Isaura, que debió su fama á su aficion á la poesía, fundó por testamento, en favor de la gaya ciencia, dos nuevos premios anua-

les, añadiendo á la violeta de oro una rosa silvestre y un pensamiento de plata. La gratitud erigió á Clemencia una estátua de mármol, que han respetado los siglos y las revoluciones. Esta sociedad libre de trovadores fue elevada á la clase de academia en tiempo de Luis XIV, bajo la proteccion del canciller de Francia: y se añadió un cuarto premio, que fue un amaranto de oro. Los académicos fueron al principio treinta y seis, y despues se aumentaron hasta cuarenta.

La paz general de que gozaba Francia, favoreciendo los progresos de las artes y de la civilizacion, parecia prometer dias venturosos despues de tantas tempestades: y el pueblo fundaba justas esperanzas en el carácter generoso y pacífico de Cárlos. Pero una enfermedad aguda terminó su vida en Vincennes el 1 de febrero de 1328, á los treinta y cuatro años de edad y siete de reinado. Así acabó el último de los tres hijos de Felipe el hermoso. Estos tres monarcas, distinguidos por su valor y su hermosura, y que prometian al trono una larga sucesion de príncipes, desaparecieron en menos de veinte y cuatro años, sin dejar heredero varonil á la corona.

Blanca de Borgoña, la primera muger de Cárlos, le dió dos hijos, Felipe y Juana, que murieron jóvenes. María de Luxemburg, que fue la segunda, murió sin posteridad: y la tercera, que fue Juana, hija de Luis, conde de Evreux, tuvo tres hijas. La última de ellas

fue Blanca, y casó con Felipe, duque de Orleans, último hijo de Felipe de Valois. La reina estaba en cinta de siete meses cuando murió su marido. Cárlos, antes de espirar, llamó á su cuarto los grandes de su corte, y les dijo: "si la reina dá á luz un niño, espero que será reconocido por rey: pero si es hija, los grandes barones de Francia adjudicarán la corona á quien pertenezca. En todo caso, declaro á Felipe de Valois regente del reino." Cárlos el hermoso erigió en ducado, con la dignidad de par, la baronía de Borbon en favor de Luis, hijo de Roberto y nieto de san Luis. En esta ocasion dijo: "Yo espero que los descendientes del nuevo duque contribuirán, por su valor, á mantener la dignidad de la corona."

Los ejércitos de Cárlos fueron mandados por los generales que se distinguieron en el reinado de sus hermanos, y por Juan de Barres, mariscal de Francia. Pedro Remy fue uno de los ministros que tuvieron mas parte en su confianza: pero no se libertó de la suerte de los predecesores: y fue ahorcado como ellos. Las exequias de Cárlos se celebraron en san Dionis. El juicio del presidente Henaul es demasiado rigoroso contra este príncipe. Sin duda mereció Cárlos el afecto de sus vasallos por su benignidad, por la pureza de sus costumbres, por su inclinacion á premiar el mérito, por su desprecio del fausto y por su amor á las letras: pues los cortesanos le acusaban de que vivia mas bien como filósofo que como rey.

CAPÍTULO ADICIONAL.

Historia de Alemania hasta la estincion de la familia de Suevia.

En la época de Felipe el atrevido, cuyo reinado hemos descripto en este volúmen, empezó á dominar en Alemania la ilustre casa de Austria, cuyos primeros príncipes Rodulfo y Alberto la sacaron de su corta y pequeña cuna, cuyo descendiente Cárlos IV dió nueva y estable forma al imperio, y cuya grandeza llevó al mas alto grado el emperador Cárlos V. Parece, pues, que este es el sitio oportuno para referir las vicisitudes de Alemania desde la antigüedad mas remota hasta la estincion de la casa de Suevia, época en que se estableció otra dinastía; y empieza, por decirlo así, una nueva historia del imperio germánico.

Este pais, acaso el único del cual se pueda decir que no ha sido conquistado por estrangeros, fue al mismo tiempo la cuna, ó por lo menos, la puerta de todas las naciones que destruyeron el imperio romano y fundaron las monarquías modernas. Su historia, como ya se ha podido observar en los tomos anteriores, y se observará en los siguientes, está íntimamente ligada con la de todas las naciones europeas. Nosotros procuraremos reducir á términos mas breves la narracion de los hechos ya referidos en la historia de Francia y de Italia, dando

mas latitud á los que, por ser peculiares de Alemania, no se han contado, ó solo se han contado ligeramente en otras partes.

Este capítulo se divide en tres secciones: la primera llegará hasta la dominacion de los francos: la segunda hasta Oton el grande, en que se reunió definitivamente la dignidad imperial con el trono germánico: y la tercera hasta la estincion de la casa de Suevia.

SECCION PRIMERA.

HISTORIA ANTIGUA DE ALEMANIA.

Orígen de los germanos. Los germanos se creen descendientes de Gomer, hijo de Jafet, á quien se cree tambien ascendiente de los galos.

La primer cuestion que se presenta, entre las muchas, á que dan orígen las tinieblas de la antigüedad, es conocer los límites de la antigua Germania. Tácito cuenta espresamente entre los pueblos germánicos á los cimbros y teutones, á los venedos, antepasados de la nacion esclavona, á los gotones, que despues se llamaron godos, á los suiones, hoy suecos, y por último á los fennos y esticos, habitadores de lo que hoy es Finlandia y Livonia: y es preciso confesar que los idiomas de todos estos pueblos, de orígen escandinavo, tiene tantas relaciones con el germano y el antiguo celta, que parece indudable la identidad de su cuna. El nombre mismo que los naturales de

Alemania se dieron en la antigüedad, y aun todavía dan á su pais, es una nueva prueba de este sistema: porque la palabra *Germania* fue inventada por los romanos, y el nombre de Alemania no fue general hasta el siglo X. Los alemanes llaman a su pais *Teutland*, ó tierra de los teutones: de esta palabra procede la moderna denominacion de *tudescos*, que se les dá todavía en muchos reinos de Europa. Y bien sabido es que los teutones fueron una de las principales naciones de Escandinavia. Si hemos de adoptar este sistema, comprendia la Germania antigua desde las orillas del Soma hasta el golfo de Finlandia, y desde los Alpes hasta el mar Helado.

Por otra parte, los escandinavos se dan á sí mismos un orígen muy diferente, pues cuentan por antecesor á Magog: su religion se alejaba mas de la de los druidas que la de los germanos del Rin y del Danubio: y ademas, dos diferencias muy notables distinguen á entrambos pueblos. Las naciones de orígen escandinavo, como los godos, vándalos, suevos, silingos, borgoñones, lombardos, esclavones, sanglos, sajones y normandos, se han distinguido siempre por su inclinacion á emigrar, y por la supremacía que en ellas ejercitaba la aristocracia: cuando en los pueblos de cuna puramente germánica se halla vigente el principio democrático, y no se vé que hayan salido de su pais para fundar imperios en otras partes. Los cuados y marcomanos del Da-

nubio defendieron siempre la frontera de este rio contra los romanos: los catos, queruscos, sálicos, caucos, bructeros y sicambros, que formaron despues la confederacion *fráncica* y tomaron el nombre general de francos, no abandonaron su pais para conquistar las Galias: pues vemos que los descendientes de Clodoveo reinaron en él y le dieron el nombre de *Francia oriental*, que aun se conserva hoy en el del círculo de Franconia; y en fin, los alemanes, que dieron su nombre á toda Germania, se mantuvieron siempre en el recodo que forma el Rhin hácia Basilea, y tuvieron por límites el Mein y el Danubio.

Parece, pues, lo mas verosimil, que la antigua Germania, es decir, el pais ocupado por pueblos de orígen germánico, solo llegaba hasta el Elba: y que los cimbros, teutones, suevos, vándalos, venedos y godos tuvieron su cuna en Escandinavia: esplicándose la semejanza de los idiomas ó por la mezcla y vecindad de estas naciones, originada de las emigraciones frecuentes de los escandinavos, ó por algun suceso antiguo y desconocido, como la conquista de uno de estos pueblos hecha por el otro. La emigracion de los cimbros y teutones en tiempo de Mario es conocida en la historia: y como estos pueblos permanecieron algunos años en Germania, no es de estrañar que le diesen el nombre de *Teutonia*, ni que recibiesen de ellos ó les comunicasen muchas voces y giros de su lenguaje.

La autoridad de Tácito no prueba la identidad de orígen de los germanos y escandinavos, sino la de costumbres y modo de vivir: pues él mismo confiesa, que pone á los fennos ó filandeses en el número de los pueblos germánicos, porque tenian habitaciones fijas, usaban de escudos, y se complacian en andar á pie, y escluye de dicho número á los sármatas, acostumbrados á andar á caballo ó en carros.

En fin, no es de creer que las naciones germánicas se hayan propuesto en ninguna época poblar ni conquistar la Escandinavia, pais mucho mas estéril y frio que el suyo propio. El movimiento general de los pueblos bárbaros en sus emigraciones, ha sido siempre del Norte al Mediodia, y nunca del Mediodia al Norte: porque su objeto constante fue buscar climas mas fértiles y templados.

Podemos, pues, suponer con bastante verosimilitud que los límites de los pueblos verdaderamente germánicos fueron el Rhin, el Danubio, el Elba y el Oceano germánico; y que los primeros pobladores de este pais procedieron del Asia, ya atravesando la Grecia, ya pasando por el Norte del mar Negro. En el occidente europeo tuvieron el nombre general de celtas, y se estendieron por Galia, Germania é Inglaterra.

Cuando los romanos prosiguiendo el curso de sus victorias, se pusieron en contacto con los germanos, los hallaron divididos en un gran número de tribus, gobernadas por gefes ó caudillos, pero bajo la inspeccion de la no-

bleza y conservando el pueblo la suprema autoridad en los negocios de mayor importancia Su religion, sus costumbres, su sistema gerárquico, del cual resultó despues el feudal, eran los mismos que los de los francos, descriptos ya en el primer tomo de la historia de Francia. Las tribus germánicas pelearon cinco siglos contra los romanos, ya confederadas entre sí, ya separadas; y tuvieron la gloria y la felicidad, no solo de resistir á las armas de la ambiciosa ciudad del Tíber, sino tambien de contribuir á la ruina de su imperio.

La mejor division que puede hacerse de la Germania antigua es la siguiente: 1.° las tribus que habitaban los paises comprendidos entre el Rin y el Elba, las cuales formaron la confederacion *francica* en tiempo del emperador Diocleciano: 2.° las tribus, que estaban al Mediodia de las primeras, entre el Mein y la Suiza: restos probablemente de los antiguos habitantes de Vindelicia y Norico, arrojados de estas provincias por los romanos: dichas tribus formaron la confederacion alemana en tiempo del mismo Diocleciano: 3.° la confederacion de los hermanduros, marcomanos y cuados, establecidos en lo que hoy es el Alto Palatinado, Bohemia y Moravia : estos pueblos reunidos con los sarmatas, que emigraron del Asia á principios del reinado de Augusto, defendieron ostinadamente contra los romanos la frontera del Danubio: 4.° los pueblos de orígen germánico, que en varias

épocas, difíciles de determinar con exactitud, pasaron el Rin, y ocuparon gran parte de la Galia Bélgica: los principales fueron los tribocos, ubios, menapios, bátaros y frisios. Estas tribus esforzadas, siempre en guerra con los galos que les disputaban sus nuevas posesiones, recibieron de ellos ó se dieron á sí mismas el nombre general de *germanos*, que en su idioma quiere decir, hombres de guerra. Cuando César penetró en las Galias, era ya vulgar este nombre, y se estendió no solo á todas las tribus del occidente del Rin, sino tambien á las del pais que habia sido su cuna. Tal fue el orígen del nombre *Germania*, con que fue conocida antiguamente la Alemania actual.

Irrupcion de Sigoveso en Germania. (A. M. 3390. A. J. 614). El primer suceso bien averiguado de la historia antigua de Germania es la irrupcion de los galos boyos, mandados por Sigoveso, en tiempo de Tarquino el anciano, rey de Roma. Sigoveso y Beloveso, sobrinos de Ambigato, rey de la Galia central, salieron de su patria con los que quisieron seguirles, á conquistar nuevos dominios. Beloreso pasó los Alpes, y se estableció en la parte septentrional de Italia, la cual adquirió el nombre de Galia Cisalpina: y descendientes de su colonia fueron los galos que saquearon é incendiaron á Roma, acaudillados por Breno é hicieron temblar tantas veces la capital de Italia, hasta que al fin, fueron sub-

yugados por el valor y la fortuna de los romanos. Sigoveso, hermano de Beloveso, atravesó con los suyos el Rhin, y se estableció en aquella parte de la selva Hercinia, donde hoy está el reino de Bohemia. Sus descendientes pasaron el Danubio y el Hemo, invadieron á Macedonia en tiempo del rey Ptoleméo Cerauro, robaron el templo de Délfos, fueron vencidos en el desfiladero de las Termópilas por los griegos, atravesaron el Helesponto, y poblaron en la parte septentrional del Asia menor la provincia que recibió de ellos el nombre de Galogrecia ó Galacia. Los boyos, que habian quedado en Germania, arrojados de Bohemia por los marcomanos, procedentes del pais comprendido entre el Rhin y las fuentes del Danubio, emigraron al Eno, hoy Inn, rio de Baviera, donde fueron subyugados por las armas romanas en tiempo de Augusto.

Invasion de los cimbros y teutones en el imperio romano (A. M. 3892. A. J. 112). Los cimbros y teutones eran pueblos de orígen escandinavo, habitantes el primero de la Jutlandia, llamada antiguamente Quersoneso Címbrico, y el segundo de las islas de Fionia y Zelandia. Todos los autores romanos, señaladamente Tácito, los cuentan entre las naciones germánicas, sin duda porque no conocieron el pais de su procedencia, y los creyeron habitantes de la misma Germania que les era forzoso atravesar y aun dominar en cierto modo para invadir las fronteras del imperio. Acaso

entonces recibió Germania el nombre de Teutonia ó Teutland: acaso fue entonces cuando empezaron á hacerse semejantes en lenguaje los pueblos de orígen germánico y escandinavo.

Hemos descripto muy circunstanciadamente en el tomo segundo de la historia romana la union de los cimbros y teutones con los tigurinos y ambrones, pueblos de Helvecia; las victorias que consiguieron de cuatro ejércitos consulares en Galia é Iliria; la escursion de los teutones á España, de donde fueron rechazados por los celtíberos; y en fin, la derrota y esterminio total de estos formidables enemigos, vencidos por el célebre Mario en los campos de batalla de Acuas Sextias y Vercélas. Un cuerpo de cimbros, que habia quedado en la Galia Transalpina se estableció en las orillas del Mosa, tomó el nombre de Aduáticos, peleó con las demas naciones bélgicas contra Julio César, y fue subyugado como ellas por este capitan. El célebre Espartaco, que cuarenta y dos años despues aterró á Italia, venció á dos pretores, y un doble ejército consular, y al fin fue vencido y muerto por Publio Craso: era cimbro de nacion, hijo de alguno de los cautivos que cayeron en poder de los romanos por las victorias de Mario, y aplicado por su amo á la triste é ignominiosa profesion de gladiador. Indignado de prodigar su sangre para la diversion de sus feroces dueños, sublevó á sus compañeros de infortunio, y alistó un gran núme-

ro de esclavos, entre los cuales habia muchos cimbros y teutones. Con estas fuerzas se atrevió á mover guerra á la señora del mundo: y el valor que mostró en su empresa y las victorias que consiguió al principio, probaron que no era indigno de lograrla.

Los pocos cimbros que quedaron en el Quersoneso de este nombre, se unieron á los sajones, habitantes de la desembocadura del Elba, y que fueron célebres en los siglos siguientes por la guerra marítima que hicieron á los romanos de Galia y Britannia. Pero ya era conocido su valor en el norte por sus contínuas lides con los reyes ó caudillos de Dinamarca, que deseaban imponerles tributo. Es célebre en las historias danesas el desafío del dinamarqués Stercater con el sajon Hammon, en el cual el primero ahogó á su adversario entre sus brazos. Los sajones, aunque se habian comprometido á pagar tributo si su campeon quedaba muerto, violaron su promesa y presentaron la batalla: pero fueron completamente derrotados y muerto Hanof su gefe. Suerting que le succedió en el mando, pidió la paz, ofreció pagar tributo, convidó á un banquete á los principales dinamarqueses, los recibió en su casa, mandó cerrar las puertas, y la incendió, y quedó abrasado él mismo con sus enemigos. Sus dos hijos le succedieron en el mando de los sajones, y sostuvieron la independencia de su nacion contra los reyes de Dinamarca.

Los suevos arrojados de Galia por César

(A. M. 3946. A. J. 58). Los suevos, pueblo escandinavo, ocupó gran parte del nordeste de Germania, entre el Elba y el Oder, probablemente en la misma época que los cimbros y teutones emigraron á la Alemania occidental desde las orillas del Báltico. Dieron su nombre al rio Suevo, hoy Sprée, en cuyas orillas está fundada Berlin, ó lo recibieron de él. La parte de esta nacion, que ocupó lo que hoy es Lusacia, tomó el nombre de Seimnones, distinguidos de los demas pueblos bárbaros por la costumbre de presentarse atados de pies y manos en sus templos y ceremonias religiosas.

Los suevos transmigraron algunos años antes del proconsulado de César en las Galias á la parte sudoeste de Alemania, que aun conserva el nombre de círculo de Suevia. Las discordias entre los galos secuanos y eduos les dió osadía para pasar el Rhin, y ocupar gran parte de la Galia oriental. Como aliados de los secuanos vencieron á los eduos: y despues oprimieron igualmente á amigos y enemigos, segun la costumbre de las naciones poderosas. Mandábalos Ariovisto, capitan célebre entre los bárbaros, al cual se reunieron los marcomanos y harudos de Germania, y los tribocos, vangiones y nemetes, pueblos tambien germánicos establecidos en la márgen occidental del Rhin. Ariovisto tenia fundadas esperanzas de estender su poderío por toda Galia, cuando le salió al opósito el genio y la fortuna de César.

En el tomo primero de la historia de Fran-

cia contamos de qué manera el héroe de Roma, vencidos los helbecios que habian invadido la Galia central, movido por las quejas de los eduos, aliados de Roma, hizo guerra á Ariovisto, le venció y arrojó á los suevos al otro lado del Rhin: cómo se sirvió de esta victoria para subyugar todas las Galias: las frecuentes é inútiles sublevaciones de los pueblos galos y germánicos que habitaban en la Bélgica: la ruina de los aduáticos, reliquias de los antiguos cimbros: sus victorias contra los tencteros, usipetes y sicambros, habitadores del bajo Rhin: y en fin, el tránsito de este rio, que verificaron por la vez primera las legiones romanas, siendo su adalid Julio César. Sin embargo, no pudo someter á los suevos: y su gloriosa espedicion fue mas brillante que útil á la ambicion de Roma: pero á lo menos dejó asegurada la conquista de la Galia transalpina.

Victorias de Agripa contra los catos y alemanes (A. M. 3968, A. J. 36). Llamáronse alemanes, que quiere decir en idioma teutónico, reunion de todas naciones, los que formaron, acaso despues de las victorias de César, una confederacion de hombres, procedentes de todas las tribus germánicas; establecidos entre las orillas del Mein y las del Danubio, dieron á la Suevia el nombre de Alemania que conservó por muchos siglos: nombre tan ilustre, que pasó despues á serlo de toda Germania. Los catos habitaban el alto Weser (antiguamente Veseris) y sus con-

fluentes, donde hoy está el electorado de Hesse.

Estos dos pueblos, confederados entre sí, acometieron á los ubios, habitantes de lo que hoy es el arzobispado de Colonia, pasaron el Rhin, y ocuparon el pais de los treviros, hoy treveris. Augusto, á quien en el repartimiento del imperio con Antonio y Lépido habia tocado el gobierno del occidente, envió á Galia al célebre general Agripa, autor de sus victorias, y que, despues de una reñida batalla, arrojó al enemigo al otro lado del Rhin, pasó este rio, y taló el país de los catos y alemanes: mas no pudo conservar á los ubios, pueblo débil y poco numeroso, las tierras que tenian al oriente del Rhin, y así le mandó pasar á la márgen occidental, estendiendo en la Galia bélgica su territorio hasta las orillas del Mosa.

El procónsul Lolio vencido por los sicambros. (A. M. 3985, A. J. 19). Los sicambros, tencteros y usipetes habitaban la márgen oriental del Rhin desde Colonia hasta Nimega, y amenazaban continuamente la Galia Bélgica. Augusto, dueño ya de todo el imperio, despues de la trágica muerte de Antonio, encargó á Marco Lolio, procónsul de Bélgica, la guerra contra estos bárbaros. Lolio pasó el Rhin, y penetró en su pais: pero Melon, caudillo de los sicambros, mostró mas habilidad en esta guerra que su adversario. Siguió á las tropas romanas, incomodándolas en su marcha con acciones parciales en que les mató mucha gente, y cuando las hubo traido disminuidas ya, fatiga-

das y sin víveres, á un campo de batalla oportuno, las acometió y derrotó, quedando las armas y bagajes de los romanos en poder del enemigo.

Este revés obligó al emperador á venir tres años despues, con grandes fuerzas á las fronteras de Germania. Los bárbaros, amedrentados del inmenso ejército de Augusto, pidieron la paz y la consiguieron bajo condiciones honoríficas para ellos.

Victorias de Druso (A. M. 3989. A. J. 15). Mientras Augusto se detuvo en las Galias, los vindelicos, que habitaban la Baviera actual, y los recios, que son los grisones y tiroleses del dia, se confederaron entre sí, pasaron los Alpes y talaron la Galia cisalpina. Druso, entenado de Augusto, acudió con las legiones de Italia, y derrotó á los bárbaros junto á Tridento: victoria, que inspiró á Horacio una de las odas en que mas se acerca á Píndaro, y que estendió el dominio de los romanos hasta el Danubio.

Pero ni su imperio ni sus armas habian conseguido vencer la barrera del Rhin. Druso emprendió, el año de su consulado, que fue el 742 de Roma y cinco años despues de la batalla de Trento, llevar las águilas del Tíber hasta el centro de Germania. En efecto, pasó el Rin, venció á los catos, construyó mas de cincuenta castillos en el pais que está entre aquel rio y el Elba, y erigió en las orillas de éste cerca de la confluencia del Sala (hoy Saal).

un trofeo, que anunciase á la posteridad el sitio mas lejano á donde llegaron las armas de Roma por aquella parte. Pero apenas se volvió al Rin á tomar cuarteles de invierno, los pueblos, vencidos y ahuyentados por su valor, ocuparon otra vez aquellos paises: de modo que seis años despues se presentaron armados en la orilla del Rin.

Druso habia muerto ya. Su hermano Tiberio, que le succedió en el mando del ejército de Germania, venció é hizo tributarios á los sicambros y demas pueblos que se estendian desde el Rin al Elba; mandó pasar cuarenta mil hombres de estas gentes al occidente de aquel rio y los incorporó con los Nemetes y Vangiones, naciones sometidas que habitaban donde hoy estan Spira, Wormes y Maguncia.

En esta época fundaron los romanos varias colonias en la frontera del Rhin, que les sirviesen como de escalones para penetrar en Germania, ó que á lo menos defendiesen las Galias contra las incursiones de los pueblos germánicos. Las mas célebres de estas colonias fueron Lugduno de los batavos, hoy Leiden, colonia agripina en el pais de los ubios, que tuvo este sobrenombre en memoria de Agripa, protector de aquel pueblo; Maguncíaco, hoy Maguncia; Treviri, hoy Treveris; Argentoracto, hoy Strasburgo, y Saverna.

Segunda espedicion de Tiberio en Germania (2). Los caninefates, que habitaban hácia la embocadura del Rhin; los bructeros, pue-

blos del actual obispado de Munster, y los alemanes, temiendo que se les obligase á abandonar su pais, como á los sicambros, tomaron las armas y ocuparon las tierras de los pueblos ya sometidos al imperio. Fue preciso que Tiberio volviese otra vez á tomar el mando del ejército de Germania. Este general llegó hasta el Weser y sometió, ademas de los queruscos, que habitaban entre este rio y el Elba, á los caucos, tenidos por los mas justos, pacíficos y virtuosos de los germanos. Habitaban entrambas orillas del Weser, en un pais estéril y acometido frecuentemente por las ondas del Oceano germánico.

Batalla de Winfeld: derrota de Varo (10). Dos germanos, uno y otro estimados y favorecidos de Augusto, sacrificando los sentimientos privados de honor y gratitud al amor de la independencia germánica, hicieron perder á los romanos todo el fruto de las victorias de Druso y de Tiberio.

Maroboduo, hijo de una familia distinguida entre los marcomanos, habiendo sido enviado como rehen á Roma en su adolescencia, recibió la educacion que se daba á las personas principales en la capital del mundo, y sobresalió tanto en los estudios y ejercicios militares, que se grangeó el afecto del emperador: de modo que en la segunda espedicion de Tiberio, le envió á Germania para que incitase los marcomanos á favorecer las empresas de este general. Pero Maroboduo, apenas llegó á las

orillas del Nicer, hoy Necker, que fue la cuna de su pueblo, formó el proyecto de civilizar su nacion y hacerla independiente de los romanos. Aceptó el título de rey que le dieron los marcomanos: se confederó con los semnones: y juzgando prudentemente que no podria su pueblo conservar su libertad, habitando un pais tan próximo á las fronteras del imperio, le persuadió emigrar á Boyohemia, hoy Bohemia, patria entonces de los galos boyos, que le habian dado su nombre desde la antigua invasion de Sigoveso. Maroboduo los arrojó de aquel pais, y los obligó á pasar el Danubio. Estableciéronse en Vindelicia, á la cual dieron el nombre de Boyoaria, convertido despues en Baviera. Augusto hubiera querido castigar la ingratitud del rey de los marcomanos: pero habiéndose rebelado los dálmatas y pannonios, y teniendo necesidad de las legiones de Tiberio para someterlos, concedió la paz á Maroboduo bajo condiciones honrosas, el año 9 de Jesucristo.

Militaba en el ejército romano del Rhin un jóven germano, llamado Arminio, hijo de una familia noble de la nacion de los catos, y que distinguiéndose por su valor y habilidad, habia ganado el afecto de Augusto cuando estuvo en Germania, y conseguido un mando superior en las legiones romanas. Pero este hombre estraordinario fomentaba siempre en su pecho el deseo de acabar con la prepotencia del imperio en su pais, y solo esperaba ocasion oportuna pa-

ra poner en ejecucion su designio. Tenia inteligencias secretas con Maroboduo y con los gefes de los queruscos y de las demas tribus germánicas que aborrecian el yugo y el nombre romano.

No tardó en presentársele la ocasion que deseaba. Cuando Tiberio marchó contra los dálmatas, quedó mandando el ejército romano del Rhin, que constaba de tres legiones completas, seis cohortes y un cuerpo numeroso de caballería é infantería auxiliar, Varo, mas literato que guerrero. Arminio le persuadió que émulo de la gloria de Druso, llevase hasta el Elba las águilas de Roma: y cuando le vió separado del Rhin, donde hubiera podido recibir socorros de Bélgica, deserta de las legiones, se pone al frente de los queruscos que le eligieron por caudillo, acomete y rodea con innumerable ejército, compuesto de todas las tribus germánicas del Weser, las tropas de Varo, en el sitio donde hoy está Winfeld, cerca de Paderborn, y las estermina enteramente. Varo se dió muerte á sí mismo. Esta espantosa ruina acabó para siempre con la efímera dominacion de los romanos en la Germania transrenana. Es célebre en la historia el dolor de Augusto, que clamaba como delirante: "Varo, vuélveme mis legiones."

Arminio, árbitro de los pueblos de Germania, despues del estrago de Winfeld, peleó toda su vida contra los romanos. Obligó á su suegro Segesto, amigo de la paz, á refugiarse en los reales de Germánico, hijo de Druso, que

habia quedado por comandante del ejército del Rin, cuando Tiberio, su tio, despues de la muerte de Augusto, ascendió al trono imperial. Este príncipe, que mereció ser llamado *amor del pueblo romano*, restableció el honor de las armas del imperio: esterminó gran parte de la nacion de los marsos que habitaban hácia las fuentes del Amisio, hoy Ems, destruyendo el templo de Tanfana, deidad reverenciada del pais: venció á los catos, y arruinó la ciudad de Macio, su capital: pero no pudo triunfar de Arminio. Este hábil general no se presentaba nunca en el campo de batalla, sino cuando la imprudencia del enemigo le permitia tomar una posicion ventajosa. Cortaba los víveres á los romanos: les picaba la retaguardia ó incomodaba sus flancos; se retiraba hácia el Elba, obligándoles á hacer marchas que los alejaban del Rin, y caía sobre ellos inopinadamente, cuando hallaba ocasion favorable. Despues de la derrota de los catos, cuando Germánico penetraba en el pais de los queruscos, atrajo Arminio la caballería romana hácia una emboscada, hizo gran destrozo en ella, y se retiró cuando vió al general de Roma venir en socorro de los suyos con el grueso de su ejército. Germánico, perdiendo la esperanza de vencer á Arminio, y estando ya muy entrado el otoño, trató de volverse á sus cuarteles de invierno, que estaban en Colonia. Arminio persiguió el cuerpo de Cecina, lugarteniente de Germánico, le derrota en varias ac-

ciones parciales, le encierra en el mismo campamento que tan funesto habia sido á Varo, y le hubiera hecho sufrir la misma suerte, si los queruscos, animados por Inguiomaro, tio de Arminio, y menos prudente que él no hubiesen acometido el real enemigo. El valor de Cecina y la táctica romana triunfaron de este ataque: los queruscos fueron rechazados con gran pérdida: y Arminio, viendo malograda por culpa de los suyos una ocasion tan oportuna, se retiró á los bosques de Weser, y permitió á los romanos concluir tranquilamente su retirada. Este éxito tuvo la campaña del año 15.

La siguiente fue infausta para romanos y alemanes. Germánico, habiendo recibido grandes refuerzos de Galia y España, evitó los peligros y fatigas de la marcha, embarcándose en las islas de Batavia, y tomando tierra en la embocadura del Amisio. Subyugó á los marsos, que habian puesto sitio á la fortaleza romana de Alizon, marchó al Weser, pasó este rio por un puente, derrotó en dos batallas campales á Arminio, aunque con gran pérdida suya, venció á los catos, y se volvió por mar cuando ya el invierno se acercaba: pero una tempestad que sobrevino, sumergió gran número de sus naves: y esta desgracia compensó en gran parte las que habian sufrido los germanos.

El emperador, comparando los gritos y peligros de la guerra de Germania con las ventajas que la victoria podia ofrecer al imperio, resolvió no hacer nuevas espediciones á aquel

pais, sino dejar que se consumiese con las guerras civiles que no tardaron en suscitarse apenas se vieron libres los germanos de las armas de Roma. Inguiomaro, envidioso de la gloria y poder de su sobrino Arminio, le declaró guerra, ausiliado, primero por Manoboduo, rey de los marcomanos; y despues por Adgancastro, rey de los catos. Arminio venció á entrambos pueblos en batalla campal, y aumentó con estos nuevos triunfos su fama: pero al fin pereció en un banquete, á manos de los asesinos sobornados por su tio, el año 20 de Jesucristo. Un año antes fue arrojado Maroboduo de Bohemia, por Catualda, rey de los godos, establecidos entre el Oder y el Wistula: pero el usurpador no gozó largo tiempo de su triunfo, porque fue echado del pais por los hermanduros. Tanto él como su antecesor hallaron asilo en el imperio. Roma se complacia en tener en su poder caudillos hábiles y atrevidos capaces de encender guerras civiles en aquella region que no podia domar á fuerza de armas. Sin embargo, ni Manoboduo ni Catualda fueron útiles á la política de Tiberio.

Independencia de los frisios (28). Llamábanse así en aquella edad todas las tribus de la Germania inferior que habitaban al norte del Rin, no solo la actual provincia de Frisia, que conserva su nombre, sino tambien las de Holanda, Utrecht, Overissel y Groninga: nacion subyugada por Druso, y tan pobre, que solo pagaba por tributo al imperio

un determinado número de cueros de buey. Pero la codicia romana halló medios de oprimir aun á la misma pobreza. Olennio, procónsul de la Galia Bélgica, exigió que los cueros fuesen del mismo tamaño que los de búfalo, cuando los bueyes de aquel pais eran de muy pequeña estatura. La imposibilidad de pagar produjo resoluciones opresivas de parte de los exactores, y estas la rebelion de los frisios que ahorcaron á los soldados que les exigian el impuesto, sitiaron á Olennio en el castillo de Flevo, construido por Druso, y derrotaron en varios combates á Apronio, general romano, que acudió en ausilio del procónsul. La última batalla que se dió en el bosque de Baduenna (hoy Seven Volden, ó *siete selvas* en la provincia de Frisia) fue decisiva: pues ademas del gran número de romanos que perecieron en el combate, quinientos de ellos, rodeados por los frisios, fueron pasados á cuchillo. Tiberio disimuló este revés, y fijó definitivamente la frontera germánica del imperio en las orillas del Rin.

Guerra de Civilis (69). Desde fines del reinado de Tiberio hasta el de Vitelio, no presenta la historia de Germania sucesos de gran consideracion. Es sabida por la historia de Roma la grande é inutil espedicion de Calígula á aquel pais, en la cual mostró su cobardía, así como en la de Britannia habia mostrado su insensatez. Pero Galba, que despues fue emperador, y entonces era procónsul en

las Galias, sostuvo el honor de las armas romanas, arrojando á los caucos, que habian pasado el Rin, al otro lado de este rio, y venciendo á los catos en dos batallas campales, una junto al Lipa, y otra junto á Weser, mientras Gabinio, su lugarteniente, vencia á los marsos y á los caucos que infestaban de nuevo las fronteras. Estos sucesos pertenecen al año 41. Entretanto ardian los queruscos en guerras civiles. Habiendo elegido por rey á Italo, sobrino de Arminio, que se habia educado en Roma, despues le aborrecieron y arrojaron del trono, al cual volvió á subir con el ausilio de los lombardos, que habitaban entonces entre el Elba y el Oder, la parte septentrional del actual Brandemburgo. Igual espectáculo dieron al año siguiente los suevos, destituyendo á su rey Vannio, elevado al trono por Druso, y repartiendo la corona entre sus sobrinos Vangio y Sidon. En fin, para completar el cuadro de las desgracias que afligieron la Germania central, los catos y hermanduros se hicieron cruel guerra, el año de 54, cuando ya imperaba Neron, y los primeros fueron casi esterminados en una gran batalla.

El único pueblo germano, que peleó en este intervalo contra Roma, fueron los caucos, que eligiendo por gefe á Gannasco, caninefate de nacion, y confederados con los frisios, invadieron las tierras del imperio. Mandaba el ejército de la Galia Bélgica el célebre Corbulon, que tanta fama adquirió despues en

la guerra de Oriente contra los armenios y partos. Este general, hábil y rígido, sometió á los frisios, aunque sin imponerles tributo, venció á los caucos, y se valió de asesinos para acabar con Gannasco. La espedicion de Corbulon pertenece á los últimos años del reinado de Claudio.

Esta frontera del imperio estuvo algun tiempo bastante tranquila, ya porque los emperadores dieron orden á sus generales de limitarse á la defensa del Rin, ya porque entre los mismos pueblos germanos tenia Roma aliados poderosos, como eran los bátavos, ubios y hermanduros. Pero el año de 69, cuando Vespasiano disputó la corona imperial á Vitelio, se movió en la Germania inferior una de las guerras mas peligrosas que sostuvieron los romanos. Claudio Civilis, batavo de ilustre nacimiento, guerrero esforzado y político astuto, ardia en deseos, no solo de libertar su patria de la alianza de los romanos, que era un verdadero yugo, sino tambien de transferir al occidente la silla del imperio. Pero temia el inmenso poder de Roma, y así no cometió las primeras hostilidades, sino en calidad de enemigo de Vitelio y partidario de Vespasiano. Sublevó, pues, á los batavos, caninefates, frisios y demas naciones germánicas que habitaban en la Galia Bélgica y en las orillas del Rin: hizo desertar de los ejércitos romanos todas las tropas de las naciones amigas suyas que servian en ellas: venció á los lugartenientes del procónsul Hordeonio Flaco, y sitió dos le-

giones que se habian refugiado á Vetera, hoy Santen, cerca del Rin, taló cruelmente el territorio de los ubios, pueblo el mas aborrecido de los rebeldes por haber sido el mas constante en la alianza con los romanos, é hizo cundir el espíritu de sublevacion por todas las Galias.

Al año siguiente se supo en las orillas del Rin la muerte de Vitelio y el triunfo definitivo de Vespasiano. Entonces se quitó Civilis la máscara, y declaró que peleaba por la independencia de Galia y Germania y por la fundacion de un nuevo imperio en Treveris. Mientras Vespasiano se preparaba á enviar contra él fuerzas considerables, rindió las dos legiones de Vetera, que fueron degolladas por los bátavos; corrompió el ejército de Vócula, sucesor de Hordeonio, muerto á manos de sus mismos soldados; y por la vez primera se vió á las legiones romanas pasarse al campo enemigo. Pero ya empezaban á marchar por Galia las numerosas tropas de Vespasiano mandadas por Cereal. Julio Sabino, que habia usurpado el título de emperador en el pais de los lingones, se ocultó en una cueva con su esposa Eponina, modelo de amor y constancia conyugal, de donde, vendido por un esclavo, salió para el suplicio: las tropas de los treviresses fueron vencidas completamente por Cereal en batalla campal: las Galias se sometieron de nuevo al imperio: y en fin, el mismo Civilis, peleando de poder á poder contra los romanos fue enteramente desbaratado y hubo de re-

fugiarse á Batavia. Allí se defendió todo el año 71, valiéndose contra los enemigos de las ventajas que le ofrecia el terreno: en una ocasion sorprendió la armada que los romanos tenian en el Vahal: y unas veces vencedor y otras vencido, fatigó de tal manera al procónsul, que le obligó á concederle la paz, en la cual se declaró que los bátavos eran aliados y no *estipendiarios* del imperio romano.

Primer tributo pagado por los romanos (84). La frontera del Rin estuvo pacífica por muchos años: no así la del Danubio, donde los marcomanos y cuados, confederados con los dacios, dieron una gran rota al ejército del emperador Domiciano, y le obligaron á hacer la primer paz vergonzosa que firmaron los señores del mundo, consintiendo en pagar á los dacios un tributo anual. Trajano vengó esta afrenta, conquistando á Dacia. Adriano hizo alianza con los sicambros y bructeros, que subyugaron á los demas pueblos de la Westfalia. Á este tiempo pertenece la emigracion de los sármatas, pueblo escita, á las orillas del Danubio desde las del Borístenes: estaban divididos en dos naciones, los yáciges que se estendieron por la parte oriental del Danubio, y los rojolanos, que ocuparon desde el Niester hasta el Tanais. Estos pueblos, unidos con los marcomanos y otras naciones germánicas, hicieron cruda guerra al imperio en el reinado de Marco Aurelio. Vencidos varias veces por este emperador, se hallaron re-

ducidos, cuando murió, á la última calamidad: pero Cómodo, su hijo y sucesor, deseoso de volver á las delicias de Roma, hizo con ellos paces á condiciones menos duras de las que debian esperar.

Victoria de los alemanes contra Caracalla (212). Despues de siglo y medio de paz, el insensato Caracalla movió guerra á los germanos del Rin. Los alemanes y catos se confederaron contra él, le vencieron completamente y le obligaron á darles una gran cantidad de dinero para que no le incomodasen en su retirada á Galia. Sabedores de esto los pueblos germánicos vecinos, declararon al cobarde emperador que le harian guerra, sino los regalaba como á los catos y alemanes: de modo que esta espedicion desastrada costó inmensas sumas al erario imperial.

Confederacion de los francos (251). El imperio romano se desplomaba, ya por sus vicios interiores, ya por el valor de los bárbaros que acometian sus fronteras. Á la verdad los pueblos germánicos no ocupaban el territorio romano; pero lo empobrecian y desustanciaban con el grande botin que sacaban de sus invasiones, y con los terribles daños que siempre dejaban hechos. Desde el reinado de Heliogábalo hasta el de Claudio II, es decir, en el espacio de medio siglo fueron casi anuales las irrupciones de los alemanes en Galia é Italia, de los marcomanos y sarmatas en Pannonia, de los godos en Iliria, Mesia

y Macedonia. Muchas veces eran vencidos ó por la habilidad de los generales romanos ó por la fortuna del imperio; pero siempre hacian estragos muy grandes en las provincias: y los emperadores empezaron á adoptar la funesta política de incorporar en los ejércitos romanos, á título de aliados y ausiliares, las mismas tropas de los bárbaros para que defendiesen las fronteras contra otros bárbaros. Esto era meter los enemigos en casa, y dar á aquellos pueblos valerosos lo único que les faltaba para triunfar de los romanos, que era la táctica y disciplina.

En esta época empezaron á ser conocidos, con el nombre de *francos*, que quiere decir *libres*, los habitantes del nordeste germánico. En esta confederacion entraron todos los pueblos que con las denominaciones de catos, queruscos, tencteros, usipetes, caucos, camavos, angrivarios, bructeros y sicambros, habian peleado contra Roma desde los tiempos de César. Esta nacion hizo guerra cruel á los emperadores hasta el reinado de Constantino, ya por tierra en las Galias, ya por mar reunidos con los sajones, tribu escandinava, establecida en lo que hoy es el ducado de Holstein.

El reinado de Galieno fue notable por las calamidades sin fin que afligieron al imperio, despedazado por 30 tiranos, que se arrogaron el título de emperador, acometido por los persas en Oriente, y saqueado por los bárbaros en las fronteras del Rin y del Danubio. Cuatro

generales dignos de los antiguos tiempos de Roma, que ascendieron sucesivamente al trono, restablecieron su dignidad y aseguraron su duracion. Estos fueron Claudio II, Aureliano, Tácito y Probo. Pero Aureliano sufrió una terrible derrota que le dieron junto á Plasencia los alemanes en 270: bien que la reparó en los tres combates de Fano, Placencia y Ticino, en que quebrantó sus fuerzas y los obligó á volver á su pais. No era esta la vez primera que los alemanes asolaban á Italia: pues ya en el reinado de Galieno habian llegado hasta Ravena; así como los godos penetraban en sus incursiones por Iliria y Macedonia hasta la misma Atenas. Tácito venció á los francos, borgoñones ó burgundiones, pueblo escandinavo procedente de las orillas del Warta, y á los vándalos, tribu gótica, cuyo primer asiento en Germania fue en la embocadura del Oder, llamado Viader por los antiguos. El emperador Probo pasó el Rin, hizo terribles destrozos en los pueblos germánicos, y los transplantó á otras partes del imperio. Es célebre el viaje marítimo de los francos, que establecidos por el emperador en las playas del mar Negro, robaron gran número de buques á los pueblos y ciudades cercanas, pasaron por el Bósforo y el Helesponto al Mediterráneo, y se volvieron por el estrecho de Hércules al Océano germánico, que baña las playas de su patria; no sin haber hecho destrozos considerables en Africa y Sicilia: documento insigne

del amor de los germanos á su patria, y de su poca inclinacion á abandonarla: bien al revés de los pueblos escandinavos, para los cuales era patria todo pais donde pudiesen subsistir. Los primeros no pidieron nunca tierras á los emperadores, y habitaron y habitan hasta nuestros dias su pais natal: los segundos vivian donde quiera que se les daban territorios que cultivar, y no se fijaron hasta despues de largas y repetidas emigraciones. Los primeros tuvieron fijo asiento, que aun conservan, entre el Rin, el Danubio y el Elba. Á los segundos les asigna siempre la historia antigua por primer mansion el nordeste de Alemania y gran parte de la Polonia actual.

Piraterías de los francos y sajones (286). En el reinado de Diocleciano volvieron á invadir el territorio del imperio los pueblos de Germania. Señalábase entonces entre ellos la tribu de los hérulos, perteneciente á la nacion goda, y á la cual destinaba el cielo la gloria funesta de dar el último golpe al trono de los Césares. Maximiano, colega de Diocleciano, venció á los hérulos y los arrojó de Iliria adonde habian bajado desde la Pomerelia actual, que fue su primer mansion en Germania.

Entretanto los francos y sajones devastaban el imperio de otra manera. Embarcábanse en un gran número de buques, groseramente construidos, y saliendo de entre los escollos del oceano germánico, entraban por los rios navegables de la Germania inferior, de Bri-

tania y de Galia, talaban los campos, robaban los navíos mercantes, saqueaban las ciudades no fortificadas, y se volvian á sus puertos cargados de botin. Estas piraterías obligaron á Diocleciano á formar una escuadra que defendiese aquellos mares: su almirante tenia el título de *conde de la playa sajona.* El primero que obtuvo esta dignidad fue Carausio; el cual, con el ausilio de los mismos francos, contra quienes debia pelear, usurpó la dignidad imperial en Britania. Este usurpador fue asesinado por un lugarteniente suyo, que no pudo sostenerse contra el César Constancio Cloro, á quien Diocleciano y Maximiano dieron el mando del occidente europeo. Britania volvió al poder de los romanos, y los francos establecidos en ella con el favor de Carausio, se volvieron á su pais nativo. Constancio Cloro peleó tambien contra los alemanes en Galia: vencido en la primer batalla, los derrotó completamente junto á la ciudad de los Lingones en otra accion, hizo gran número de prisioneros, los cuales envió á poblar las ciudades que sus irrupciones habian dejado desiertas, y arrojó á los demas al otro lado del Rin.

En el tomo primero de la historia del imperio de Oriente se describieron muy á la larga las guerras y victorias de Constantino el grande, de Juliano el apóstata y de Valentiniano I contra los francos y alemanes: pero los francos fueron menos ostinados. Cuando Juliano los arrojó de Batavia, donde impedian la

navegacion del Rin y del Vahal, y cobraban impuesto de los buques romanos que traficaban por estos rios, hicieron con él tratado de paz y alianza, que observaron religiosamente hasta el año 389 en que Marcomero, padre del célebre Faramundo, confederado con Genobaldo y Sunnon, caudillos de otras tribus francas, hicieron una irrupcion en la Bélgica. Reinaba entonces en Oriente Teodosio el grande, y en Occidente Valentiniano II. Nannieno y Quintino, generales de este emperador, se opusieron á los bárbaros, que concentraron sus fuerzas en las cercanías de Colonia: los romanos pasaron el Rin por Novesio, persiguieron al enemigo, y fueron derrotados en una gran batalla: pero al año siguiente, vencidos por Arbogasto, general de su misma nacion que militaba al servicio de Roma, en varios combates parciales, aceptaron la paz que les concedia el emperador.

Ya entonces estaban en la frontera del Danubio oriental los terribles hunnos, que procedentes de la Tartaria China, habian atravesado toda el Asia, obligado á los alanos, habitadores del Tanais, á buscar asilo entre las tribus góticas y germánicas, y arrojado á los godos de la margen septentrional del Danubio. Vencedores los godos del emperador Valente en la funesta jornada de Andrinópolis, se confederaron con los cuados y marcomanos sus vecinos: pero vencidos estos tres pueblos por Teodosio, emperador de Oriente,

aceptaron la paz y alianza de los romanos, y las tierras que se les concedieron en Mesia, Pannonia é Iliria: y conducidos por Alarico su rey, el primer conquistador de Roma, sirvieron en el ejército de Teodosio contra el usurpador Eugenio, cliente del soberbio Arbogasto, homicida de Valentiniano II. Teodosio triunfó en esta guerra, y quedó por único dueño del imperio: pero este gran coloso tenia ya en su seno á los godos, que le habian de quitar las fuerzas, y junto á si á los bárbaros que habian de dividir sus despojos.

Grande invasion de los bárbaros en occidente (406). Llegó el fin, el momento de la catástrofe tanto tiempo antes prevista. Muerto Teodosio, y dividido el imperio entre sus dos hijos Arcadio y Honorio, Alarico, rey de los visigodos, movió sus armas contra el Oriente donde reinaba Arcadio: pero persuadido de Rufino, ministro de este príncipe, á que invadiese los estados de Honorio, que gobernaba entonces Estilicon, rival de Rufino, pasó con su ejército á Italia. El valeroso Estilicon le venció en las batallas de Polencia y Verona, y le arrojó á Iliria: esterminó tambien el ejército de Rodagaiso, otro gefe godo, que reforzado con muchas tribus germánicas, llegó por los alpes de Helvecia, hasta las orillas del Arno donde pereció: pero el ministro de Honorio no pudo conseguir estos triunfos con las débiles fuerzas que guarnecian á Italia, sin llamar en su ausilio las legiones de Galia.

Quedaron, pues, sin defensa las fortalezas que guardaban el paso del Rin; y esto sucedió precisamente en la misma época que todas las naciones escandinavas y germánicas, ostigadas por los hunnos que ocupaban la Polonia actual y la parte oriental de Germania, se habian aglomerado sobre la frontera del imperio. Pasáronla primero los vándalos bajo el mando de su rey Godegisilo. Algunas tribus de francos, fieles al imperio, se opusieron á su marcha y los vencieron y dieron muerte á su rey: pero Gunderico, su hijo y sucesor, presentó de nuevo la batalla, derrotó y ahuyentó á los francos, y el paso del Rin quedó espedito para las naciones bárbaras.

Las que hicieron esta invasion grande y decisiva fueron: 1.º los vándalos, que despues de haber devastado las Galias por tres años; acosados por Constantino, que usurpó el título de emperador en Britania, pasaron en 409 á España, se establecieron en la provincia de Bética, invadieron el África en 427 bajo el mando de Genserico, hermano y sucesor de Gunderico, y fundaron en Cartago nuevo reino que duró hasta que fue destruido por Belisario, general del emperador Justiniano: 2.º los suevos, que pasaron á España con los vándalos, se establecieron en su parte occidental, y tuvieron monarquía independiente hasta que la conquistó Leovigildo, rey de los visigodos: 3.º los borgoñones, que fundaron en Galia el reino de Borgoña, compuesto de Al-

sacia, Helvecia, y el condado y el ducado de Borgoña. Este reino, debilitado por Clodoveo, primer rey de Francia, fue destruido últimamente por sus hijos: 4.° los alanos, pueblo escita, que huyendo de los hunnos, desde las riberas del Tanais, se incorporaron con las demas naciones que invadieron el imperio de occidente. Parte de los alanos se unió á los borgoñones: otra parte pasó con los vándalos á España, bajo el mando de su rey Ataces, y se establecieron en Lusitania y Carpetania: pero vencidos por Valía, rey de los visigodos, perdieron con la batalla el nombre, y los que quedaron vivos de esta nacion, se incorporaron con los suevos.

Al mismo tiempo los hérulos, gépidos, lombardos y rugios abandonaron las playas del Báltico y se establecieron en las riberas del Danubio. Créese tambien que Faramundo, rey de los francos, é hijo de Marcomeno, ocupó, desde 410 hasta 415, las islas de Batavia y la ciudad de Tréveris. Quedó, pues reducido el imperio de occidente á Italia, y la Galia Céltica: pues la provincia Narbonense, y despues la Aquitania, pasaron al poder de los visigodos.

Ninguno de los pueblos que emigraron de Germania para fundar reinos y monarquías en el imperio romano, era germánico en su orígen. Los alemanes, francos, hermanduros, marcomanos y cuados, cuya cuna es evidentemente germánica, no tuvieron parte en esta invasion.

Conquista de Clodion, rey de los francos, en

la Galia Bélgica (434). Los francos, cuyo valor y fidelidad no habia podido salvar el occidente de la invasion de los bárbaros, pensaron en aprovecharse de su ruina: y así Clodion, hijo y sucesor de Faramundo, invadió con su ejército la Galia Bélgica, y se hizo dueño de Cambray, Tournay y Amiens, antes de que se supiese en Roma la noticia de su marcha. Reinaba entonces en occidente Valentiniano III, cuyo general Aecio, último héroe de los romanos, peleaba entonces contra los borgoñones, que habian invadido el territorio de Metz. Despues de haberlos vencido en dos batallas, y obligádolos á pedir la paz y á reducirse á los límites de su reino, marchó contra los francos.

Clodion asistia á las bodas de un señor de su corte, que habitaba en las orillas del Escalda, y allí fue sorprendido por las tropas de Aecio. Algunos guerreros francos, que defendieron valerosamente el paso del rio, y que sacrificaron sus vidas por la libertad de su rey, le dieron lugar para retirarse y juntar su ejército. Aecio, cuyas miras se estendian á lo futuro, quiso mas tener por aliada que por enemiga una nacion tan valiente: y así concedió la paz á Clodion, dejándole la posesion de todas sus conquistas.

Invasion de Atila, rey de los hunnos, en Galia (451). La prevision de Aecio salvó el occidente de Europa del azote mas cruel. Mientras los pueblos bárbaros, saliendo de Germania, desolaron á Galia y España, la misma Ger-

mania fue subyugada por los hunnos. El año de 443 subió al trono de esta nacion bárbara el célebre Atila, que á la crueldad, innata en su pueblo, unía el valor, la pericia militar, la habilidad política; el arte de ganar el amor de sus tropas, y en fin, todas las prendas que caracterizan á los grandes conquistadores. Este hombre estraordinario tenia bajo sus estandartes gentes de todos los pueblos que habitaban entre el monte Altoy situado en el centro de Tartaria, hasta las orillas del Rin. Los reyes de los rojolanos, yáciges y ostrogodos eran sus vasallos.

Resuelto á destruir el imperio de occidente, marchó desde Pannonia, por el Norico y el pais de los alemanes hasta las orillas del Rin. Meroveo, rey de los francos, hijo y sucesor de Clodion, no pudiendo defender á Colonia, se retiró á la Galia Bélgica, y se reunió con sus tropas al ejército de Aecio, reforzado ya por el de Teodorico, rey de los visigodos. La terrible jornada de los campos cataláunicos en que Atila fue vencido y echado de Galia, y que ya hemos descripto en el tomo primero de la historia del imperio de Oriente, terminó esta lucha con suma gloria de Aecio, de los visigodos, cuyo rey Teodorico pereció en el combate, y de los francos que pelearon con su acostumbrado valor. Atila pasó á Italia el año siguiente, y devastó la parte septentrional de la península: pero vencido por los ruegos del papa san Leon, se volvió á Pannonia donde murió pocos meses despues. Su vasta monarquía terminó al

mismo tiempo que su vida. Los hunnos, divididos entre sí por guerras civiles, se juntaron y confundieron con otras naciones. Germania, Sarmacia y Escitia recobraron su antigua libertad, y solo se conservó el nombre y la dominacion de los hunnos en una pequeña parte de Pannonia, que disputaron muchos años con los emperadores de oriente.

El vencedor de Atila pereció asesinado á manos del mismo emperador Valentiniano III: y la Galia septentrional, hallándose privada del héroe que la defendia, fue presa facil de la ambicion de Meroveo. Este príncipe estendió sus conquistas hasta el Sena por la parte del Mediodia, hasta Maguncia por la de oriente, y hasta el canal de la Mancha por la de occidente.

Principios de la Heptarquia inglesa: ruina del imperio de occidente (476). Britannia, sin comunicacion con Roma, y abandonada á sus propias fuerzas desde el reinado del emperador Honorio, se defendia mal contra los pictos y escoceses, que dueños de la parte septentrional de la isla, estaban en guerra perpetua con ellos. Vartigerno, rey de los britanos, llamó en su socorro contra sus feroces enemigos á los sajones, célebres desde el tiempo de Diocleciano por su valor y sus piraterías. Hengist, caudillo de este pueblo, desembarcó en la Gran Bretaña, venció á los escoceses, movió guerra á los britanos sus amigos, y dió principio al reino de Kent. Los sajones del Elba y los anglos

sus aliados, que habitaban la parte meridional de Jutlandia, donde hoy estan Flensburgo y Sleeswig, incitados con el ejemplo de Hengist, hicieron frecuentes espediciones á la isla durante el intervalo de siglo y medio, y fundaron los siete reinos anglo sajones, conocidos en la historia con el nombre de Heptarquia inglesa.

Mientras Hengist echaba en Britannia los cimientos de la dominacion anglo-sajona, pereció el imperio de occidente, á manos de Odoacre, rey de los hérulos, habitadores entonces del Danubio aleman. En el momento de la catástrofe, era esta la disposicion de los pueblos bárbaros.

Los visigodos dominaban la parte meridional de Galia: los borgoñones la oriental: los francos la septentrional: Siagrio, conde romano, poseía algunos estados en las cercanías del Sena: y poco despues los britanos, que huyeron de los anglo-sajones, fundaron en Armórica, á la cual dieron el nombre de Bretaña, una pequeña monarquía, que vino á ser feudataria de Francia

Los visigodos eran dueños, ademas de la que poseían en Galia, de casi toda España, escepto algunas plazas marítimas que obedecian al emperador de oriente, y Galicia y parte de Lusitania sometidas á los suevos.

Los vándalos eran dueños del África.

Los anglo-sajones disputaban la Inglaterra con los britanos. Los escoceses dominaban la Caledonia, á la cual dieron el nombre de Escocia.

Los francos, ademas de lo que poseían en Galia, eran dueños del noroeste de Alemania: los alemanes del sudoeste: los sajones se estendian desde el Elba hasta el Oder: los marcomanos y cuados poseían la Bohemia y Moravia: los boyos, la Baviera: los lombardos y rucios, el Norico ó Austria actual.

Los hunnos y ostrogodos ocupaban la Hungría: pais al cual descendieron en los siglos siguientes los ávaros, búlgaros y hungros, pueblos de orígen escita.

Los esclavones se distinguián entonces en toda la Sarmacia europea. Este pueblo tuvo por antepasados á los venedos, vendos ó vinidos, habitantes de las playas del Báltico, hácia la desembocadura del Wístula. Sometidos primero á los godos, y despues á los hunnos en la invasion de Atila, apenas se desplomó el imperio de este conquistador, empezaron á estenderse desde el Báltico hasta el Danubio, y desde el Elba hasta el Volga. Las célebres naciones de rusos y polacos se reconocen por descendientes suyas, y las ciudades de Kiew y de Novogorod la grande fueron probablemente las primeras que fundó este pueblo.

Italia estaba en poder de los hérulos, sometidos poco despues por Teodorico el grande, rey de los ostrogodos.

Los reinos de Dinamarca, Suecia y Noruega, fundados desde una antigüedad remotísima en Escandinavía, empezaban á ser conocidos en Europa por la comunicacion que habia

con las naciones que tuvieron su cuna en aquel pais.

Clodoveo, rey de los francos (481). Childerico, rey de los francos, hijo y sucesor de Meroveo, miraba como sus principales enemigos, no á los romanos que despues de la caida del imperio defendian con valor algunos territorios que habian conservado entre el Loira y el Sena; sino á los visigodos, cuyo poder, acrecentado con las conquistas de su rey Eurico, amenazaba subyugar todo el occidente. Opúsose, pues, á las empresas de este monarca, y con el ausilio de los sajones y romanos, consiguió defender contra él las fronteras del Loira. Tambien derrotó á los alemanes, que llamados sin duda por los borgoñones, habian penetrado hasta el Loira superior.

Su hijo y sucesor Clodoveo, fundador de la monarquía francesa, movió primero guerra contra Siagrio, caudillo de los romanos, le venció en la batalla de Soisons, y estendió su dominacion hasta el Loira, en 486.

Guerra con los alemanes: batalla de Tolpiaco (496). Los alemanes deseaban tener parte como los demas pueblos bárbaros en la desmembracion de Galia, provincia que tantas veces habian saqueado. Eligieron por caudillo á Gíbulo: é invadieron los estados de Sigeberto, rey de los francos *ripuarios* (llamábanse así los que habitaban junto al Rin) que tenia su corte en Colonia. Sigeberto imploró el ausilio de su pariente Clodoveo. Este acudió con su ejército,

y encontró al enemigo junto á Tolpiaco, hoy Zulpik en el arzobispado de Colonia. Allí se dió la batalla que decidió la suerte de Galia y Germania. Los francos iban de vencida: Clodoveo, invocando al Dios de su esposa Clotilde, que era cristiana, hizo el último esfuerzo, dió muerte al general enemigo, y ganó la victoria con destrozo tan terrible de los alemanes, que pudo haber aniquilado enteramente esta nacion: pero persuadido de su cuñado Teodorico, rey de los ostrogodos, que ya eran señores de Italia, se contentó con hacerlos tributarios suyos.

Las victorias de Clodoveo contra los borgoñones, la batalla de Vouglé, en que triunfó de los visigodos, y que puso en sus manos la Galia meridional, y en fin, las traiciones, violencias y perfidias con que arruinó á los príncipes de su familia establecidos en Germania, y se apoderó de sus estados, crearon la inmensa monarquía francesa, que cuando murió Clodoveo se estendia desde los Pirineos hasta el oceano germánico, y desde el mar occidental hasta el Elba. Pero habiéndola dividido entre sus hijos, segun la costumbre de los francos, las guerras de ambicion, que entre ellos se movieron, minaron poco á poco esta gran potencia, hasta que la familia de los Carlovingios la volvió á consolidar,

SECCION SEGUNDA.

HISTORIA DE GERMANIA DESDE CLODOVEO HASTA OTON I EL GRANDE.

Tierry, rey de Austrasia (511). Clodoveo dejó cuatro hijos, llamados Childeberto, Clodomiro, Clotario y Tierry ó Teodorico. Los tres primeros fueron reyes de París, Orleans y Soissons, capitales de los territorios en que estaba dividida la Francia occidental. Tierry fue monarca de Austrasia ó Francia oriental, en la cual no solo se comprendian las provincias actuales del bajo Languedoc, Auvernia, Berry, Lorena, Alsacia y Paises bajos, sino tambien todo lo que poseian los francos en Germania. La capital de esta monarquía era Metz.

El rey de Austrasia, mas cercano que sus hermanos al reino de Borgoña y á Italia, causaba mas cuidado á Teodorico, rey de los ostrogodos; y así no perdia este monarca ninguna ocasion de suscitarle enemigos. Solicitó, pues, á Cothiliaco, príncipe de Jutlandia, contra Tierry. El dinamarqués aprestó una armada, desembarcó en las costas de Westfalia, y alegando ser descendiente de Clodion, declaró sus pretensiones á una parte de las conquistas de los francos. Teodoberto, hijo de Thierry, marchó contra Cothiliaco, que temeroso de las

fuerzas que venian sobre él, quiso embarcarse: mas no pudo hacerlo tan pronto, que no le alcanzase Teodoberto al tiempo de subir al buque. El dinamarqués y muchos de los suyos perdieron la vida en la batalla, y quedaron libres los prisioneros que ya habian hecho. Por esta victoria mereció Teodoberto el sobrenombre de *útil*. Estos sucesos pasaron el año de 520.

Al siguiente ausilió Tierry á Hermanfredo, rey de Turingia, y tributario suyo, para despojar de sus estados á Balderico, hermano de Hermanfredo. Este habia casado con Amelberga, sobrina de Teodorico, rey de Italia: muger orgullosa y cruel, que incitó á su marido contra sus dos hermanos Bertier y Balderico, á quienes Bazin, primer rey de Turingia y padre de los tres, habia dejado, seguir la costumbre de los pueblos germánicos, dos partes de sus estados. Bertier fue la primera víctima de la ambicion de Amelberga. Pero Balderico era mas poderoso ó mas valiente; y Hermanfredo pidió socorro al rey de Austrasia para despojar á su hermano, ofreciéndole parte en el botin. Tierry contribuyó á la injusticia: la victoria fue fácil, y Balderico pereció en la batalla: mas cuando Tierry pidió la parte que le tocaba en los estados del difunto príncipe, Hermanfredo le respondió, que los turingios no reconocian otros señores que á los descendientes de sus reyes.

Tierry, tan político como valeroso, disimuló la injuria mientras vivió Teodorico, rey de Italia y tio de Amelberga, cuyas armas temía: pero apenas murió el héroe de los ostrogodos, confederado con su hermano Clotario, rey de Orleans, entró con grandes fuerzas en Turingia el año de 530, arrojó á Hermanfredo de su reino, le atrajo á una conferencia, y cuando le tuvo en su poder, le mandó despeñar de las murallas de Zulpik. Turingia fue desde entonces provincia del reino de Austrasia.

Mientras Tierry peleaba en Germania, su hermano Childeberto, rey de París, engañado con la falsa noticia de su derrota y muerte, entró en sus estados y se apoderó de Auvernia: pero Tierry recobró esta provincia, y castigó con estraordinaria crueldad á sus habitantes. Tres años despues conquistaron sus hermanos Clotario y Childeberto el reino de Borgoña, que quedó entonces convertido en provincia del reino de Francia. Este príncipe fue cruel, pérfido y mal hermano: pero poseía en supremo grado las dos prendas que entonces se estimaban mas en los monarcas, el valor y la política.

Teodoberto, rey de Austrasia (534). Teodoberto fue valiente y hábil como su padre Tierry, pero mas humano y virtuoso. En su reinado gozaron las provincias germánicas de inalterable paz. Su política fue astuta é insidiosa como la de su padre. Reinaba entonces en

Oriente el emperador Justiniano; cuyo general Belisario, habiendo conquistado el Africa, y arruinado el imperio de los vándalos, habia pasado á Italia para hacer lo mismo con el de los ostrogodos.

El interés de Teodoberto era que ninguna de las dos naciones beligerantes quedase señora absoluta de Italia. Como el poder de los austrasios era tan grande y temido en el Occidente, la corte de Constantinopla, y Teodato, rey de los ostrogodos, incitaban á Teodoberto, por medio de sus embajadores, con grandes promesas á que favoreciese su partido. Teodoberto siguió á un mismo tiempo el hilo de ambas negociaciones, resuelto á obrar siempre como lo exigiesen las circunstancias, y á no abandonar la idea principal de su política, que era ser árbitro de Italia, no permitiendo ni á romanos ni á ostrogodos dominarla enteramente.

En 535 compró Teodato el ausilio y alianza del rey de Austrasia, cediéndole la Provenza, que habia caido en poder de Teodorico el grande, primer rey de los ostrogodos, cuando los visigodos fueron echados de la Galia central por Clodoveo.

En 538 envió diez mil borgoñones ausiliares á Vitiges, sucesor de Teodato, con los cuales se defendió el ostrogodo junto á Roma contra Belisario: y el mismo Teodoberto pasó los Alpes al frente de diez mil hombres. Los godos y romanos creian que este grande ejér-

cito venía en su favor: pero el austrasio peleó contra las tropas de unos y otros donde quiera que las encontró, las venció, saqueó las ciudades de ambos partidos, y se volvió á Francia cargado de botin, aunque muy disminuido su ejército á causa de las enfermedades.

En 540 Totila, rey de los ostrogodos, le cedió gran parte de Liguria y del pais de los venetos, y con este sacrificio compró el ausilio de los austrasios contra el célebre eunuco Nárses, sucesor de Belisario en el mando del ejército imperial de Italia.

Con semejantes astucias iba sentando el pie en la península, y logrando en ella preponderancia política, cuando la muerte le sorprendió enmedio de su brillante carrera. Teodoberto era muy caritativo: poseyó y ejercitó las virtudes cristianas: y la historia no le censura de otro defecto sino de poca fé en sus transaciones diplomáticas, y de la ciega pasion que á los principios de su reinado tuvo á Deuteria, manceba por la cual abandonó á su esposa Visigarda. Esta ilusion duró poco tiempo; merced al carácter atroz de aquella furia, que arrojó al Mosa á su propia hija, envidiosa de su hermosura. Este crímen disipó enteramente el amor de Teodoberto.

Teodobaldo, rey de Austrasia (548). Teodobaldo, hijo de Teodoberto y de Deuteria, subió al trono de Austrasia despues de la muerte de su padre. Los embajadores de Justiniano le persuadieron á que permaneciese neutral en

la lid, que iba á decidir la suerte de Italia. Pero los alemanes, pueblo entonces tributario de Austrasia, le pidieron licencia para hacer una espedicion á la península en favor de los ostrogodos: y Teodobaldo lo permitió. Alistáronse, pues, sesenta mil hombres, que acaudillados por Leutario y Bucelin, pasaron á Italia en el 553.

Este socorro llegaba tarde: ya Totila, rey de los ostrogodos, y Teya, su sucesor, habian sucumbido al genio de Nárses: y el general eunuco tenia sitiadas las plazas de Luca y de Cumas, última reliquia de la gran monarquía de Teodorico. Bucelin envió á Luca una divison alemana, que prolongó la resistencia de la plaza. Reunido con Leutaris, dió una terrible rota junto á Parma á las tropas imperiales, mandadas por Fulcaris, lugarteniente de Nárses, penetró en Umbría, pasó á la Italia meridional, y concibió esperanzas de lanzar á los imperiales de la península.

Pero Aligerno, rey de los ostrogodos, y hermano y sucesor de Teya, viendo reducido su reino á la plaza de Cumas, donde se habia encerrado, y previendo que aunque Nárses fuese vencido por las tropas ausiliares, los frutos de la victoria no serian para él sino para los alemanes, prefirió ser súbdito del imperio á someterse á un pueblo, bárbaro é idólatra todavía, y que devastaba y saqueaba los templos en todas las provincias que ocupaba. Rindió, pues, á Nárses la plaza de Cumas, y le entregó

todas las insignias de la dignidad real de los ostrogodos. Luca siguió su ejemplo: y Leotario en el norte y Bucelin en el Sur de Italia se hallaron reducidos á solos sus fuerzas y sin mas esperanza de salvacion que la victoria.

Leutario, despues de haber recogido en toda la península un inmenso botin, procuró ponerlo en salvo, atravesando la marca de Ancona, el Po y los Alpes. Acometido por los imperiales, mientras marchaba contra ellos y los ahuyentaba, rompieron las cadenas los numerosos cautivos que llevaba y le quitaron todo el botin. Leutario pudo penetrar hasta Padua donde murió con casi todos los suyos de una terrible peste que desoló aquel año gran parte de Europa y África.

Bucelin, que habia quedado en Campania con la mayor parte del ejército, incorporó en él las reliquias del de los ostrogodos, se apoderó en el año siguiente de 554, de Nápoles, y se apostó en Casilino, esperando á Nárses, que venia contra él con todas sus fuerzas. Nada omitió de cuanto debe hacer un hábil general para asegurar la victoria. Colocó sus reales en un sitio ventajoso, defendido por el Vulturno, una fuerte empalizada y una torre construida sobre un fuerte para asegurar la retirada en caso de revés. Pero Nárses, capitan mas sabio y esperimentado que él, envió un destacamento que puso fuego á la torre: incitó al enemigo al combate por medio de dos espías, las cuales aseguraron á Bucelin estar descon-

tento del general de Justiniano un cuerpo de hérulos que eran el principal nervio de su ejército, y confirmó este engaño, poniéndolos en un campo de reserva como si se hubiesen negado á pelear. Al mismo tiempo formó sus alas de las mejores tropas: y dejó su centro muy desguarnecido. Bucelin, para aprovecharse de éste, que creia yerro militar de su enemigo, sale de sus reales, acomete con ímpetu y desbarata el centro con facilidad: pero al seguir el alcance, las alas de Nárses se arrojan sobre sus flancos, los hérulos salen de los cuarteles, y una emboscada de caballería imperial le acomete por el frente. Desde entonces la accion se convirtió en espantosa carnicería: pero los alemanes mostraron la ferocidad é intrepidez propia de su nacion: de treinta mil que eran, apenas escaparon cinco con vida: los demas murieron sobre sus escudos.

Esta fue la sangrienta batalla de Casilino, que dió á Justiniano el señorío de Italia. Teobaldo, rey de Austrasia, murió al año siguiente. Su complexion era débil, y el sentimiento de la pérdida y estrago de los suyos aceleró su muerte.

En el reinado de este príncipe empezaron á ser conocidos en el oriente europeo los vendos ó venedos del Vístula, con el nombre de esclavones ó slavos, nombre procedente de *slavi*, vocablo de su idioma que significa gloria. Ocuparon á Bohemia, pasaron el Danubio, tomaron algunas ciudades de Tracia, y

talaron por muchos años esta provincia y las de Mesia é Iliria. Una tribu de esta nacion se estableció entre los rios Dravo y Savo, confluentes del Danubio de Ungría, y dieron á aquel territorio el nombre de Esclavonia ó Esclavonía, que aun hoy conserva.

Clotario, rey de Austrasia (555). Teodobaldo no dejó sucesion varonil, y los leudes y señores de Austrasia se reunieron para nombrar rey. Podian optar entre Clotario, rey de Soissons, y Childeberto, rey de París: porque Clodomiro, rey de Orleans, habia ya fallecido, y Clotario era dueño de sus estados por una horrible maldad: pues dió muerte á los hijos de su hermano, que podrian disputarle aquel cetro. Pero á pesar de este crímen, los austrasios le prefirieron por su carácter belicoso á su hermano Childeberto que era mas pacífico. Habíanse rebelado los turingios, ausiliados por los sajones, y negaban el tributo que debian pagar á los austrasios: así éstos necesitaban de un caudillo, hábil en la guerra. Clotario la hizo con felicidad: venció á los turingios que habian invadido la Franconia, entró en su país, y los obligó á someterse y á pagar el tributo acostumbrado. Esta guerra pertenece al año de 556.

En el siguiente se sublevaron de nuevo los turingios, vencieron á los austrasios y apellidaron libertad. Los austrasios querian esterminar á esta nacion rebelde: y Clotario, conociendo cuán peligroso era reducirla á la desesperacion, queria someterla mas bien con

negociaciones que á fuerza de armas: pero los leudes de aquel reino le acusaron de cobarde, hicieron pedazos su tienda, y le amenazaron con la muerte sino marchaba contra el enemigo: tan corta era la autoridad de los reyes en las naciones bárbaras. Clotario obedeció: los orgullosos austrasios no fueron tan temibles al enemigo como á su monarca, y sufrieron una completa derrota. Entablóse de nuevo la negociacion; y los turingios, que ofrecian antes la mitad de sus bienes por verse libres de la guerra, solo quedaron sometidos al leve tributo de quinientas vacas que debian pagar anualmente á la corona de Austrasia por el mes de marzo.

En los años siguientes sostuvo Clotario una guerra impía contra su hermano Childeberto, rey de París: el cual, descontento de haber sido propuesto por los austrasios, incitó á Cramno, el mas querido de los hijos de Clotario, á rebelarse contra su padre. El éxito de esta guerra fue digno de las pasiones que la habian encendido. Cramno fue vencido: el bárbaro Clotario le condenó á muerte, y mandó abrasar la habitacion donde le ahogaron. La muger y las hijas del infeliz príncipe, que no le habian querido abandonar en su último trance, perecieron entre las llamas. Childeberto habia fallecido poco antes sin dejar sucesion varonil: de modo que el año de 558 fue Clotario señor de todo el imperio franco. Pero le gozó poco tiempo, y murió en 561 ahogado

por los remordimientos que la muerte de su hijo, el esterminio de su familia y el asesinato de sus sobrinos causaban, aunque tarde, á su ánimo feroz.

Sigeberto, rey de Austrasia (561). Clotario dividió, como Clodoveo, entre sus cuatro hijos los vastos estados de su imperio. Cariberto, fue rey de París: Chilperico, de Soissons: Gontran, de Orleans y Borgoña, y Sigeberto, de Austrasia.

Este príncipe era el mas virtuoso y valiente de sus hermanos: porque Gontran, aunque benigno, no era á propósito para la guerra: Cariberto reinó muy poco tiempo, y Chilperico, instigado de su concubina Fredegunda, mereció el título de Neron de los francos por su cobardía, perfidia y crueldad. El primer acto del gobierno de Sigeberto fue restituir á su silla á Niceto, obispo de Treveris, hombre santo y desterrado por Clotario, por haber lanzado sentencia de escomunion contra este parricida. Sigeberto, reponiéndole en su dignidad, manifestó que no era su designio reinar de la misma manera que su padre, y que no temía la censura de los prelados virtuosos.

Los ávaros, tribu tártara, vencidos por los turcos en las cercanías del mar Caspio, pasaron el Volga, se estendieron por la Sarmacia europea, impusieron tributo á los esclavones de Bohemia, é invadieron á Baviera, dependiente entonces del reino de Austrasia, el año 567, acaudillados por Bayano, su ge-

se ó Kan Sigeberto marchó contra ellos, los obligó á pasar el Elba y les concedió la paz: pero mientras estuvo ocupado en esta guerra, su hermano Chilperico invadió la parte occidental de Austrasia, y se apoderó de Reims y de otras ciudades pertenecientes á Sigeberto.

El austrasio volvió sus armas contra él, le venció en batalla campal, recobró á Reims y conquistó á Soissons, donde hizo prisionero á Teodoberto, hijo de Chilperico: pero aconsejado del amor fraternal y de su innata moderacion, devolvió á su hermano el reino.

Al año siguiente tuvo que marchar contra Bayano, Kan de los ávaros, que infiel á la paz jurada, renovó la guerra: pero no fue tan feliz como en su primera campaña: porque vencido en el combate, no queriendo imitar á sus tropas que se salvaron con la fuga, continuó peleando hasta que cayó prisionero en poder de los ávaros. Bayano, que habia sido testigo de sus proezas en la batalla, supo apreciar su invencible valor: y despues de haberle hecho grandes regalos, le restituyó la libertad é hizo alianza con él. Este pueblo bárbaro se estableció en Pannonia é infestó muchos tiempos las fronteras del imperio de Oriente.

Este mismo año de 568 emprendió Alboino, rey de los lombardos, la conquista de Italia, donde fundó una nueva monarquía, y debilitó el poder del imperio de Constantinopla. Acompañáronle en su espedicion muchos sajones y otros pueblos germánicos. Habitaban los

lombardos entre el Danubio y los Alpes Julios, cuando se movieron para conquistar la península. Cuando ya se habian enseñoreado de la Italia septentrional, acometieron los estados de Gontran, rey de Borgoña: pero Sigeberto llamó á su servicio y dió sueldo á los sajones que estaban reunidos con los lombardos, y estos, privados de aquellas tropas ausiliares, fue vencido por los borgoñones y arrojados á Italia.

En 572 falleció sin hijos Cariberto, rey de París, y sus tres hermanos repartieron pacíficamente sus estados. A Sigeberto le fueron asignadas las provincias de Tours, Poitiers y Burdeos: pero dos años despues se confederaron Chilperico y Gontran para quitárselas. Teodoberto, hijo de Chilperico, entró en ellas con poderoso ejército y las llevó á fuego y sangre.

Sigeberto, en venganza de esta injuria, pasó el Saona con sus austrasios y con un gran número de alemanes, suevos, bávaros, sajones y turingios que le acompañaron en esta espedicion, deseosos del botin que les habia prometido. El cobarde Gontran se le sometió sin pelear. Marchó despues al Sena, donde Chilperico, reducido á sus propias fuerzas, no pudo hacer la guerra sino retirándose de puesto en puesto; y cuando ya le hubo reducido á la mayor estremidad, le concedió la paz, y le devolvió por segunda vez su reino.

Esta clemencia de Sigeberto escitó grandes alborotos en el real de los austrasios, princi-

palmente de los ausiliares germanos, frustrados por la paz del botin que esperaban. Sigeberto los sosegó con su afabilidad y con el castigo de los mas sediciosos, que fueron apedreados: suplicio desconocido hasta entonces entre los francos.

Pero apenas habia llegado á Metz su capital, y licenciado su ejército, el pérfido Chilperico, coligado con el débil Gontran, empezó á talar con sus tropas el territorio de Reims, mientras Teodoberto, su hijo, infestaba la Aquitania. Sigeberto vuelve á reunir sus fuerzas, jura no dejar las armas hasta haber aniquilado á su hermano, escita el valor de las tropas germánicas con la promesa del botin, que ya está resuelto á no negarles, obliga segunda vez á Gontran á pedirle perdon de su mala fé, marcha á París, y se apodera de casi todo el reino de Soissons, mientras sus lugartenientes derrotan á Teodoberto, que murió en la batalla. No quedaban ya á Chilperico mas recursos que la plaza de Tournay y los furores de Fredegunda. Esta muger aterró entonces el mundo por sus crímenes y su osadía. Dos asesinos, enviados por ella, dieron de puñaladas á Sigeberto, en el momento mismo que era proclamado en Vitri como rey de Soissons. Las consecuencias de esta maldad fueron tan rápidas como estraordinarias. Los señores austrasios se volvieron á su pais, dejando á Brunequilde, viuda de Sigeberto, y á Childeberto su hijo, espuestos en París á la ira de

Chilperico, y este feliz malvado volvió á recobrar todo su reino.

Childeberto, rey de Austrasia (576). Childeberto era á la sazon de corta edad. Brunequilde le confió á Gombaldo, vasallo fiel de su padre, el cual le condujo por entre mil peligros sano y salvo á Metz, donde fue coronado rey de Austrasia. Chilperico se apoderó de París é hizo prisionera á Brunequilde. La hermosura y discrecion de esta princesa incitaron á Meroveo, hijo legítimo de Chilperico y de su primera muger Audovera, á tomarla por esposa: tanto mas, cuanto necesitaba del ausilio de los austrasios para reclamar sus derechos contra las pretensiones de los hijos de Fredegunda, que dominaba enteramente en el ánimo de su padre. Pero Fredegunda descubrió el matrimonio secreto: Meroveo fue preso y asesinado, y Brunequilde puesta en prision mas estrecha.

La corte de Austrasia pedia con amenazas la libertad de esta princesa: Gontran, rey de Borgoña, irritado contra las maldades de Fredegunda, y que por no tener hijos, habia adoptado como heredero suyo á Childeberto, reunió sus instancias á las de los austrasios: y Fredegunda, muy á su pesar, dejó escapar su víctima y la restituyó á su hijo, en cuyos estados dominó Brunequilde casi con el mismo imperio que Fredegunda en los de Chilperico.

Continuaba en Italia la guerra entre lombardos é imperiales, y Childeberto, por su

posicion, debia mantener la balanza entre estas dos potencias, así como Teodoberto la habia mantenido entre los imperiales y los ostrogodos. El rey de Austrasia recibió embajadores, regalos magníficos y subsidios cuantiosos de Mauricio, emperador de Oriente, y de Autaris, rey de los lombardos. Pero estas protestaciones pérfidas ó de paz ó de alianza, no le impidieron hacer varias espediciones á Italia, que no produjeron otro efecto sino perder gran parte de sus tropas y coger mucho botin. Autaris solicitó la alianza de Garibaldo, duque de Baviera, disgustado entonces con Childeberto, y recibió por esposa á su hija la célebre Teodolinda. Childeberto envió á Italia nuevo ejército en 590: pero por la mediacion del rey de Borgoña se hizo la paz quedando Lombardía tributaria de Austrasia. La familia de Garibaldo no continuó reinando en Baviera, Childeberto nombró duque de aquel pais á Tasilon, guerrero austrasio cuyos ascendientes no se conocen.

Durante la guerra de Lombardía, pereció asesinado Chilperico, rey de Soissons, dejando en menor edad á Clotario, hijo suyo y de Fredegunda, bajo la regencia de su madre: pero Gontran y Brunequilde, temerosos de la maldad de aquella muger, limitaron su autoridad. Fredegunda se vengó sobornando asesinos que con el veneno ó el puñal acabasen con Brunequilde y con los reyes de Borgoña y Austrasia. Su artificio era tal, que se creyó cóm-

plice suya á Failuba, muger del mismo Childeberto: pero estas conspiraciones fueron descubiertas á Gontran por el embajador de los sajones, pueblo que Fredegunda animaba continuamente á tomar las armas contra el rey de Austrasia.

Gontran falleció en 593, y Borgoña, agregada á Austrasia, dió á Childeberto la supremacía en Italia, Francia y Germania. Así, al mismo tiempo que envió á Mauricio un considerable cuerpo de tropas ausiliares contra los avaros, que talaban la Tracia y amenazaban á Constantinopla, formó numeroso ejército contra Fredegunda, resuelto á castigar sus maldades y á apoderarse de los estados de su hijo Clotario, que creía ó afectaba creer que era supuesto. Pero la reina de Soissons, cuyo ánimo no era capaz de ser amedrentado por ningun crímen ni por ningun peligro, se puso al frente de los suyos, y venció completamente á los austrasios en la batalla de Truccia, hoy Droissy.

Habiendo vuelto triunfante á sus estados, incitó á los varnos, que habitaban en la desembocadura del Rin, á rebelarse contra el rey de Austrasia, de quien eran tributarios: pero fueron vencidos fácilmente, y su nombre desapareció desde entonces de la historia. Poco despues falleció Childeberto, envenenado, segun unos, por los emisarios de Fredegunda, segun otros, por los de su muger Failuba.

Teodoberto II, rey de Austrasia (596). Childeberto dejó dos hijos en menor edad, Teodoberto, que le sucedió en Austrasia, y Tierry, que fue rey de Borgoña, bajo la regencia de Brunequilde, abuela de ambos.

La guerra entre Brunequilde y Fredegunda continuaba siempre con el mismo furor. Fredegunda, despues de haber derrotado segunda vez á sus enemigos en la batalla de Leucofao, pueblo, segun unos, cercano á Laon, segun otros, á Moret del Gatines, falleció en 597, dejando á su hijo Clotario por sucesor de su ambicion insaciable y de sus rencores.

Brunequilde, deseando recobrar las plazas perdidas en las dos últimas batallas, hizo paz con los avaros que infestaban las provincias orientales de Germania, y continuó la guerra contra Clotario, rey de Neustria (así se llamaba entonces la parte occidental de Francia). Clotario, vencido por Teodoberto y Tierry, el año 599, en la batalla de Doromelo, hoy Dormeil en Borgoña, se vió obligado á hacer la paz: sus estados fueron repartidos entre los dos príncipes sus enemigos, sin conservar de toda la Neustria, mas que la ciudad de Ruan y su territorio. Dos años despues volvió Clotario á tomar las armas, confiado en la desavenencia de Teodoberto con su abuela Brunequilde, que hubo de retirarse á la corte de Tierry, rey de Borgoña: pero vencido su ejército cerca de Etampes por los borgoñones, pidió segunda vez la paz, y la obtuvo á condi-

ciones honrosas: porque ya los barones y leudes austrasios manifestaban gran descontento de la guerra civil que inmolaba los pueblos á las pasiones de los príncipes.

Mas una nueva desavenencia, originada entre los reyes de Austrasia y Borgoña, redobló las calamidades de Francia, y aseguró el triunfo definitivo de Clotario. Tierry se habia educado en Alsacia y era muy amado de los habitantes de este pais. Su padre Childeberto, al morir, vencido de las instancias de los alsacios, desmembró del reino de Austrasia, dos condados de aquella provincia, llamados hoy el Suntgau y el Ortenau, y los dió á Tierry en su testamento. Tal fue el orígen de la contestacion entre los dos hermanos. Teodoberto reclamaba los territorios separados de su monarquía: Tierry alegaba el testamento de su padre. Brunequilde, á quien respetaba mucho, consiguió de él que asistiese á la junta de barones que le proponia Teodoberto, y que los aceptase por árbitros.

La junta se celebró en Seltz, ciudad situada á las orillas del Rin entre Straburg y Saverná. Los dos hermanos concurrieron á ella con poco séquito: pero apenas empezaron las conferencias, rodeó el castillo donde se tenian, un numeroso ejército de austrasios. Tierry conoce su peligro, firma la sesion de los condados, se retira á Borgoña, hace alianza contra su hermano con el rey de Neustria, prometiéndole el territorio cedido á Teodoberto des-

pues de la batalla de Dormeil, reune el ejército de Borgoña, penetra en Austrasia, se apodera de Lángres, y vence junto á Toul las tropas de Teodoberto. Este se retiró á Colonia, esperando los refuerzos de los sajones y de otras naciones germánicas, aliadas ó tributarias suyas. Cuando los hubo recibido, volvió á probar la suerte de las armas, se encontró con Tierry en la llanura de Tolpiac, insigne por la victoria de Clodovéo contra los alemanes, y ya funesto por una guerra civil é impía: es vencido completamente y huye á Germanía, donde le persiguió Tierry.

El rey de Borgoña entró en Colonia, se apoderó de los tesoros de su hermano, y envió á Bertier, su camarero mayor, en seguimiento del príncipe fugitivo, que fué preso y traido, con su hijo Merovéo, á la presencia del vencedor. El bárbaro Tierry mandó matar al hijo á vista del padre que fue degollado despues. Á esta horrible catástrofe, que sucedió en 612, se siguió poco despues la muerte de Tierry, cuando se preparaba á marchar con todas sus fuerzas contra Clotario.

Clotario II, rey de Francia (613). Acercábase ya el desenlace de este terrible drama. Los barones de Austrasia y Borgoña, viendo que los cuatro hijos ilegítimos que dejaba Tierry de muy poca edad no eran capaces de defenderlos contra el rey de Neustria, valiente, político y ambicioso. Ofendidos tambien de las atrocidades del bárbaro rey de Borgoña,

se coligaron secretamente con Clotario para hacerle dueño de toda Francia. Clotario, con fingida moderacion, ganó el afecto de los pueblos. Su ejército penetró en Austrasia como en pais amigo, Buenequilde, nombrada por Tierry tutora de sus biznietos, envió á Sigeberto, que era el mayor de ellos, desde Wormes, donde se habia retirado, á las provincias germánicas, para implorar el ausilio de aquellos pueblos. Pero Garnier, gobernador del palacio de Borgoña, que acompañaba á Sigeberto, era amigo secreto de Clotario: y no solo impidió que los germanos se declarasen á favor de Brunequilde, sino que les persuadió á que hiciesen volver atrás un cuerpo de tropas que habian enviado contra el rey de Neustria. Cuando volvió á Wormes con el príncipe, dijo á Brunequilde que nada aborrecian tanto las naciones germánicas como el nombre de Tierry y su posteridad.

Entretanto se acercaba el ejército de Clotario: Brunequilde se retiró á Borgoña, juntó las tropas de este reino, y se presentaron en las orillas del Ain: pero los generales borgoñones se rindieron á Clotario sin pelear. Garnier entregó al rey de Neustria á Sigeberto y á otros dos hermanos suyos: Herpin, baron austrasio, puso á Brunequilde y á Childeberto, el último de sus biznietos, que estaba con ella, en poder del hijo de Fredegunda. Los cuatro hijos de Tierry fueron asesinados de orden suya, y Brunequilde pereció en el mas horren-

do y ignominioso suplicio. Así acabó, víctima de sus disensiones intestinas y del odio y ambicion de Fredegunda y su hijo, la segunda dinastía de Austrasia. Clotario fue monarca de toda Francia con el nombre de Clotario II. Pero en Austrasia, los barones, dirigidos por Radon, gobernador del palacio, le dejaron muy poca autoridad.

Dagoberto, rey de Austrasia (623). Clotario, no pudiendo incorporar el reino de Austrasia en el de Neustria, ni triunfar de la indocilidad de sus nuevos vasallos, les dió por rey á Dagoberto su hijo, y por gobernador de palacio á Pipino el antiguo, ascendiente por las hembras de la familia de los carlovingios.

Los primeros años de Dagoberto fueron notables por la paz y justicia que reinaron en sus estados, merced á la sabiduría de sus ministros, principalmente de Pipino: mas no faltaron acontecimientos propios para mostrar la barbarie de la nacion y del siglo. Crodoaldo, duque de Baviera, descendiente de la familia de los alifingios, la mas ilustre de aquel pais, fue condenado á muerte con dictámen de Pipino, por delito de concusion: y aunque á intercesion de Clotario, rey de Neustria, se le concedió perdon, con tal que indemnizase á los agraviados, cuando se presentó á Dagoberto en el palacio de Treveris, fue decapitado: acto, no ya de justicia, sino de perfidia.

Los barones de Austrasia reclamaron de Clotario muchos territorios que la familia de

Sigeberto habia poseido á uno y otro lado de los Vosges y del Loira, y que Clotario habia incorporado en el reino de Neustria. Clotario hubo de cederlos, y solo conservó las posesiones que tuvieron en otro tiempo los austrasios junto al Ródano y en las vertientes de los Alpes.

El año de 626 se redactaron, de orden de Clotario y Dagoberto, las leyes de los austrasios, alemanes, bávaros y turingios. Estas leyes no fueron otra cosa sino los antiguos usos de dichas naciones, escritos y colocados con cierto orden. En ellas se encuentra, como en las de otros pueblos septentrionales, la composicion pecuniaria por los delitos, el desafío y las pruebas judiciales del fuegò y del agua.

En 628 se rebelaron los sajones, acaudillados por Bertoldo, y declararon á Dagoberto que no le pagarian el acostumbrado tributo. Dagoberto marchó contra ellos, y fue vencido, perdiendo en la batalla el yelmo con parte de sus cabellos que le derribaron de un sablazo: un escudero los recogió y los llevó á Clotario, como pruebas del valor de su hijo. Clotario reunió sus tropas, pasó el Rin y el Weser, se mostró, quitada la visera, á los sajones, entre quienes se habia esparcido la falsa noticia de su muerte, cortó la cabeza á Bertoldo en singular batalla, sus tropas acometieron á los sajones, no dejando vivo ninguno, cuya estatura excediese á la de un sable, y el pais quedó sometido. Esta fue la última espedicion del hijo

de Fredegunda. Poco despues murió: y Dagoberto se apoderó de Neustria y Borgoña, dejando á su hermano Cariberto la provincia de Aquitania y el título de rey. Al año siguiente fallecieron Cariberto y su hijo, no sin sospechas contra su hermano, y Dagoberto quedó señor pacífico de toda Francia: pasó su corte á París, y vivió el resto de su reinado sumergido en la deshonestidad.

En 629 empezaron á hacerse célebres los esclavones en el oriente de Germania, acaudillados por Samon, franco y natural de Alsacia, y mercader de profesion. Hallábase en Baviera ejerciendo su tráfico, cuando supo que los esclavones se levantaban contra los ávaros que los tenian subyugados. Impelido de su espíritu, naturalmente belicoso, pasó al ejército de los esclavones cuando entraban en batalla con los ávaros, fijó la victoria con sus hazañas, y los vencedores le nombraron caudillo.

Al año siguiente recibió un embajador de Dagoberto, que se quejó de los esclavones por haber robado á algunos mercaderes austrasios; pero fue tan insolente, que llegó hasta el esceso de llamar *perros* á los súbditos de Samon: y este nuevo príncipe, aunque parecia dispuesto á hacer paz y alianza con su antiguo señor el rey de Austrasia, respondió que *los perros mordian.* Dagoberto declaró guerra á los esclavones, pero la hizo con desgracia, aunque ausiliado de los germanos y lombardos. Dervan, caudillo de los urbios, pueblo germánico

y tributario de Austrasia, se hizo feudatario de Samon, y le abrió camino para penetrar en Turingia. Venció á los pueblos de este pais, y tomó cuarteles en él. Dagoberto incitó á los sajones contra Samon, perdonándoles el tributo de quinientas vacas que pagaban; pero los sajones no pudieron cumplir la promesa de salir á campaña y dejaron á los esclavones talar libremente las orillas del Mein.

Sigeberto II, rey de Austrasia (632). Los orgullosos barones de Austrasia, irritados de estas pérdidas, de las fuertes contribuciones que Dagoberto imponia para saciar la codicia de sus mancebas, y de la residencia que el rey hacia en París, le pidieron un príncipe que viviese con ellos, y añadieron á esta peticion amenazas. Dagoberto, temeroso de la guerra civil, les dió por rey á su hijo Sigeberto, niño de cuatro años. A esta época se refiere la cruel matanza de doce mil bulgaros, pueblo tártaro, procedente de las orillas de Volga, de las cuales pasó á las del Danubio, donde fundó una monarquía, tan funesta en los siglos siguientes á Constantinopla. Vencidos en una batalla por los ávaros, se refugiaron á Baviera, y pidieron hospitalidad á Dagoberto, que les permitió pasar allí el invierno, mientras resolvia acerca del objeto principal de su peticion; pero una noche que estaban entregados al sueño, fueron, de orden del rey, acometidos y degollados inhumanamente por los bávaros. Solo escaparon de la matanza se-

tecientos, que se refugiaron entre los esclavones y hallaron en este pueblo, aunque bárbaro, proteccion y acogida.

En 634 fue vencido Samon y arrojado de Austrasia por Radulfo, duque de Turingia: pero este capitan, despues de haber reducido los esclavones á sus antiguos límites, aspiró á hacerse independiente de la corona de Austrasia. Ofrecióle ocasion oportuna para ello la muerte de Dagoberto, acaecida en 638. Francia se dividió de nuevo entre dos príncipes, hijos del difunto rey: Clodovéo II reinó en Neustria y Borgoña, y Sigeberto en Austrasia. Radulfo, duque de Turingia, confederado con los esclavones, y con Fara, hijo y sucesor de Grodoaldo, que estaba resuelto á vengar el asesinato de su padre, movió guerra á la Austrasia. La corte de Sigeberto estaba dividida en parcialidades. Pipino, gobernador del palacio, habia muerto, y Grimohaldo su hijo disputaba esta dignidad á Oton, uno de los señores mas ilustres del reino. Con esta disposicion de ánimos se prepararon los austrasios á la guerra contra los dos duques rebeldes: Fara, que quiso pelear antes de que se le reuniesen los turingios, fue vencido y muerto en una batalla; pero Radulfo, abandonando á las tropas de Sigeberto el pais llano que no podia defender, se atrincheró en una montaña cuyo pie baña el Unstrut, confluente del Sala.

Los austrasios, cuando llegaron á vista del enemigo, formaron consejo de guerra: los dic-

támenes fueron diversos, influyendo segun la costumbre la parcialidad de cada uno en sus opiniones sobre un asunto ageno de la política. Grimoaldo opinó que era arriesgado atacar entonces al enemigo, y se mantuvo siempre con un cuerpo escogido al lado del rey para preservar su persona de todo peligro. El dictámen de Grimoaldo no prevaleció: dióse la batalla, y los austrasios la perdieron despues de heróïcos é inútiles esfuerzos para subir á lo alto de la montaña, que quedó cubierta de sus cadáveres. Radulfo no se deslumbró con la victoria: conociendo la desigualdad de sus fuerzas, hizo la paz que era necesaria á los enemigos para tener segura la retirada: y aunque era en la realidad independiente, y mucho mas despues que hizo alianza con los esclavones, nunca quiso aceptar el título de rey que le ofrecian los turingios, y siempre afectó gobernar este pueblo como lugarteniente del rey de Austrasia. La batalla de Unstrut se dió en 640.

Sigeberto reinó hasta 654: ó por mejor decir, reinó en su nombre Grimoaldo, que obtuvo la dignidad de gobernador de palacio, dando muerte á Oton su competidor. Esta dignidad ofuscaba ya la del rey en los tres reinos en que estaba dividida Francia.

Clodoveo II, rey de toda Francia (654). Cuando Sigeberto murió, era Grimoaldo tan poderoso, que envió á Inglaterra á Dagoberto, único hijo del rey difunto, y usurpó la auto-

ridad, poniendo en las sienes de su hijo Childeberto la corona de Austrasia. Los barones no toleraron esta usurpacion: prendieron á Grimoaldo, le entregaron á Clodovéo, rey de Neustria y Borgoña, que le mandó matar, y fue reconocido rey por los leudes austrasios.

Childerico, rey de Austrasia (655). Clodoveo falleció al año siguiente, dejando tres hijos en menor edad: Clotario, que fue rey de Neustria y Borgoña, bajo la tutela de los gobernadores de palacio, Childerico, que reinó en Austrasia, y Tierry, que no tuvo parte alguna en la herencia.

Childerico reinó con gloria mientras se dejó guiar por los consejos de san Leger, obispo de Autun. Mandó volver de Inglaterra á Dagoberto, legítimo heredero de Austrasia, y le dió el gobierno de las provincias del Rin: en 670, por muerte de su hermano Clotario III, heredó las coronas de Neustria y Borgoña, y trató con suma benignidad á Tierry su hermano menor: pero al fin de su reinado, aborreció al santo obispo de Autun, á quien miraba como á un censor importuno, le desterró de su corte, se entregó á la disolucion y á la crueldad, y fue asesinado en una cacería.

Dagoberto II, último rey merovingio de Austrasia (673). Muerto Childerico, su hermano Tierry reinó en Neustria y en Borgoña, y Dagoberto II, hijo de Sigeberto II, ascendió en fin al trono de su padre. Ebroino, gobernador del palacio de Tierry, despues de ha-

ber sometido con sus violencias al yugo de su autoridad á los neustrios y borgoñones y al mismo Tierry, emprendió hacerse dueño de Austrasia: entró en este reino con poderoso ejército, encontró junto á Lángres á Dagoberto al frente de sus tropas, le dió batalla y le venció. Dagoberto murió en la pelea.

Angesilo, duque de Austrasia: Pipino de Heristal, duque de Austrasia (680). Desde la primer division que hizo Clodovéo I del imperio franco, hubo cierta aversion entre los austrasios y neustrios: porque estos, habiéndose reunido por medio de casamientos con las antiguas familias galas, habian adoptado en parte sus costumbres, y degenerado de la rigidez germánica, que se conservaba mas pura en Austrasia: cuyos pueblos, ya francos, ya tributarios, eran todos germanos. Así el poder é influencia de los leudes y las fuerzas militares eran mucho mayores en Austrasia que en Neustria: y si se sometieron á Clotario II el hijo de Fredegunda, fue solo por sustraerse á la autoridad, demasiado fuerte de Brunequilde, y con la esperanza de tener en Clotario un rey que solo lo fuese en el nombre. Llevaban muy á mal ser gobernados desde París, capital de Neustria: y así pidieron á Clotario II y á Dagoberto I un príncipe que residiese entre ellos: porque conservaban todavía gran respeto á la familia de los merovingios.

Pero este respeto, ya muy disminuido por la degeneracion de esta familia y por la auto-

ridad, que crecia diariamente, de los gobernadores de palacio, acabó del todo despues de la muerte de Dagoberto: porque los austrasios vian claramente que elegir por rey á Tierry, sería someterse en la realidad á la tiranía de Ebroino. Resolvieron, pues, conservar su independencia, renunciando al dominio de los merovingios, y eligieron por monarca á Angesilo, marido de una hija de Pipino el antiguo, y tronco de la segunda dinastía de los francos. Diéronle el título modesto de duque, por no usurpar el de rey á la sangre de Clodovéo. Esta fue la última señal de veneracion que le tributaron.

Desde el reinado de Sigeberto II se conservó tranquila Germania: pero en su parte oriental se iba elevando una nueva potencia, que llegó con el tiempo á ser célebre en los anales del imperio. Los zecos, tribu esclavona, pasaron desde Moravia, donde tenia su primera mansion, á Bohemia, acaudillada por su gefe Zeco, á mediados del siglo VI. Hermano de este caudillo fue Leko, fundador del reino de Polonia. Zeco halló en aquel pais los miserables restos de los antiguos marcomanos, reducidos á un estado muy semejante al de fieras. Unióse con ellos, y empezó á desmontar y cultivar la Bohemia, cubierta de selvas intransitables. Despues de la muerte de Zeco y de la anarquía que le sucedió, fue elegido rey un jóven, llamado Craco, lleno de prudencia y virtud, que atajó los desórdenes, dió leyes á

los bohemios, y las hizo respetar. Sucediòle en el mando su hija Libusa, la cual casó con Primislao, labrador de profesion, que reinaba en tiempo de Dagoberto II. Primislao fundó á Praga, capital de Bohemia, dividió el pueblo en clases, y adelantó mucho su civilizacion. Cuando pasó del arado al trono, llevó consigo las abarcas de que se habia servido en las labores del campo, con el objeto de que este emblema de su humilde estraccion le impidiese entregarse al orgullo propio de la autoridad suprema: y al morir, mandó que se guardasen con su capa en un lugar sagrado, donde nadie pudiese verlas sino el dia en que se eligiese nuevo príncipe: ceremonia observada despues por los reyes de Bohemia sus sucesores. Primislao reinó hasta los tiempos de Carlomagno.

Angesilo, duque de Austrasia, gozó muy poco tiempo de su nueva dignidad. Gunduino, su pupilo, á quien habia educado con el mismo amor y solicitud que á sus propios hijos, envidioso de su engrandecimiento, le dió de puñaladas, y huyó al otro lado del Rin con sus cómplices y partidarios. Pipino de Heristal, hijo de Angesilo, persiguió al malvado, entró solo con un amigo en la casa donde estaba con su tropa, y le atravesó con la espada, sin que ninguno de la numerosa cuadrilla se atreviese á defenderle.

Pipino, despues de esta hazaña, volvió á Metz, y los barones austrasios le elevaron á la

dignidad de duque. En este tiempo los pueblos tributarios de Germania negaron el tributo, y tomaron las armas para defender su independencia, animados con la division intestina de los francos de Neustria y Austrasia. Bien quisiera Pipino marchar contra ellos: pero necesitaba de todas sus fuerzas para asegurar su poder en Francia; y por otra parte, muchos señores de Neustria y Borgoña imploraban su ausilio contra el tirano Ebroino.

Pipino, pues, entró con su ejército en Neustria el año 681: pero fue vencido por Ebroino, que era el primer capitan de su siglo, en los campos de Leucofao, célebres ya por la rota que en ellos dió Clotario II á los hijos de Childeberto, rey de Austrasia. Esta victoria fue inutil al vencedor: porque irritando cada dia mas á los neustrios con su crueldad, que crecia á proporcion de su fortuna, fue asesinado poco despues por Stermanfredo, leude de Neustria.

Gilemaro, Varaton y Bertier, gobernadores sucesivamente del palacio de Tierry, pelearon con vario suceso contra Pipino, hasta que en 686 se dió una batalla decisiva en un bosque, llamado Carbonario, que separaba entrambos reinos. Pipino quedó vencedor: Bertier huyó, y fue muerto por sus mismos soldados. El duque de Austrasia, con este título y el de gobernador de palacio en Neustria y Borgoña, que el inútil monarca Tierry no le pudo negar, dominó á toda Francia.

Entonces fue cuando volvió sus armas contra los germanos. En 689 venció á Rabodio, duque de Frisia, le obligó á pedir la paz, y se la concedió: pero bajo la condicion de que no se opusiese á la predicacion del cristianismo en sus estados. En general los pueblos de Germania tenian al evangelio una aversion fundada en sus costumbres bárbaras: pues siendo para ellos la victoria y la felicidad indicio cierto de la voluntad y aprobacion del cielo, les era muy duro adorar un Dios, muerto con el suplicio de los esclavos.

Despues volvió Pipino sus armas contra los alemanes y los bávaros, y los subyugó igualmente. El resto de su vida, que duró hasta 714, lo empleó en afirmar su autoridad con el vigor y justicia de su gobierno, y en hacerla respetable á las demas naciones de Europa.

Arnaldo, duque de Austrasia (714). Pipino dejó un hijo natural, llamado Cárlos, tan ilustre despues con el sobrenombre de *Martel*, y dos nietos legítimos que sucedieron, en menor edad, á su poderío bajo la tutela de Plectrúdis su abuela. Arnaldo, uno de ellos, proclamado príncipe de Austrasia, y su hermano Teodaldo, segun el testamento de Pipino, debia ser gobernador del palacio de Neustria y Borgoña.

Despues de Tierry, fueron sucesivamente monarcas nominales de estos dos reinos, bajo la tutela de Pipino de Heristal, sus dos hijos Clodoveo III, que falleció en 695, y Childeber-

to, segundo de este nombre en Neustria. A este sucedió en 711 su hijo Dagoberto III, que cuando murió Pipino, quiso libertarse del yugo de los gobernadores de palacio, y declaró guerra á los príncipes de Austrasia.

Plectrúdis, que temia la ambicion de Cárlos, le mandó prender en la fortaleza de Colonia, y envió á su nieto Teodaldo con un ejército, á tomar posesion del gobierno de palacio de Neustria. Pero Dagoberto III, poniéndose al frente de sus tropas, venció completamente á los austrasios y entró en su territorio. Esta fue la última muestra de vigor que dió la familia degenerada de Clodoveo. Dagoberto murió poco despues de su victoria en 715, y fue elevado al trono de Neustria, con el nombre de Chilperico II, Daniel, hijo de Childerico II.

Entretanto Cárlos, hijo de Pipino de Heristal, favorecido de algunos amigos, se escapa de la prision de Colonia, anima á los austrasios contra los neustrios, junta tropas y derrota con ellas á los neustrios, reunidos con el duque de Frisia, que se habia rebelado segunda vez en la batalla de Vinci, dada en 717. Esta victoria dió á Cárlos la supremacía. Los austrasios le entregaron la plaza de Colonia, donde se hallaban Plectrúdis y sus hijos, y le reconocieron solemnemente por su duque.

Cárlos Martel, duque de Austrasia (717). Este hombre estraordinario, autor de la grandeza de los Carlovingios, y libertador de Europa, dueño ya de Austrasia, penetró con su ejército

en Neustria, destronó á Chilperico, y puso en su lugar á Clotario IV, reservando para sí el verdadero poderío con el título de gobernador de palacio. Clotario IV, de quien se sabe que era de la familia merovingia, pero se ignoran sus padres, murió en 720, y Cárlos, que necesitaba de un fantasma real, restituyó el nombre de monarca á Chilperico II.

Restablecida la tranquilidad en lo interior de Francia, marchó contra los germanos, que se habian sublevado. Venció á los sajones, que llegaban con sus correrías hasta las orillas del Rin, y los arrojó al otro lado del Elba: revolvió contra los alemanes, y los redujo á la obediencia. En fin, completó su gloriosa carrera militar esterminando en la batalla de Poitiers, dada en 732, el numeroso ejército de sarracenos, que acaudillado por Abderramen, gobernador de España, amenazaba someter á Europa bajo el yugo del Alcoran.

Chilperico II habia reinado pocos dias. Cárlos le dió por sucesor á Tierry, por sobrenombre el de Chelles, hijo de Dagoberto II. Tierry falleció en 738, y no tuvo sucesor. La victoria aseguraba á Cárlos el dominio de toda Francia. Derrotó y sometió segunda vez á los frisios y sajones rebelados: persiguió á los sarracenos en el mediodia de Francia, y les quitó muchas plazas, y redujo á su obediencia á Eudes, duque de Aquitania, que quiso hacerse independiente en esta provincia.

En esta época era Roma afligida por los

lombardos, que aspiraban á conquistarla, y por Leon el Isaurio, emperador de oriente, enemigo del culto de las imágenes. Los romanos desconocieron su autoridad, que perseguia la religion y no los amparaba contra los enemigos esteriores, y se pusieron bajo la direccion y gobierno de los sumos pontífices. Gregorio III, que á la sazon ocupaba la sede apostólica, imploró el ausilio del héroe de occidente, dándole los títulos de *patricio y cónsul de Roma*. Esta negociacion hizo temer á los lombardos las armas de Cárlos Martel, y renunciaron por entonces á sus hostilidades contra el ducado de Roma.

Cárlos Martel falleció en 741, dejando dividido su poder entre sus dos hijos Carlomano y Pipino el breve, de la manera siguiente: á Carlomano dejó el ducado de Austrasia con los feudos de Alemania y Baviera: á Pipino, el gobierno de Neustria y Borgoña con el título de duque. Los feudos de Frisia y Sajonia quedaron *pro indiviso*, mas bien como gravámen, que como herencia, atendida la indocilidad y continuas rebeliones de estos dos pueblos.

Carlomano, duque de Austrasia (741). Despues de la muerte de Cárlos Martel, los alemanes, bávaros y sajones, domados por su espada, levantaron el estandarte de la rebelion contra sus hijos: al mismo tiempo que los señores de Neustria y Aquitania meditaban sustraerse á la dominacion de un príncipe austrasio: lo que obligó á Pipino el breve á poner en el tro-

no de Neustria y Borgoña á Childerico IV, hijo de Tierry de Chelles ó de Clotario III que en esto varían los historiadores. Childerico III fue el último de los fantasmas merovingios que se ciñó la corona de Francia.

Carlomano y su hermano Pipino marcharon con todas sus fuerzas en 743 contra Odilon, duque de Baviera, que favorecido por las intrigas de Somniquilde, manceba de Cárlos Martel, habia recibido en sus estados á Hiltrúdis, hermana de los dos príncipes austrasios, habia casado con ella, á pesar de las reclamaciones de estos príncipes, y ausiliado de los alemanes, sajones y esclavones, les negaba la obediencia. Encontráronse los dos ejércitos en las orillas del Lech. Los francos lo pasaron de noche, sin pérdida considerable, divididos en un gran número de compañías: á la mañana siguiente forzaron los reales de los bávaros, que desbaratados y vencidos se retiraron al otro lado del Inn. Pipino se volvió á Francia á sosegar los aquitanos, y Carlomano volvió sus armas contra los sajones, los venció en batalla, tomó el fuerte castillo de Hochsburg, é hizo tanto estrago en los campos, que Teodorico, duque de los sajones, pidió la paz, y la consiguió entregándose él mismo en rehenes. Al año siguiente peleó contra los alemanes, y sometió esta nacion, esterminando gran parte de ella.

Florecia en este tiempo san Bonifacio, apóstol de Alemania, encargado por el sumo pontífice Gregorio II de predicar el evangelio á los

alemanes, bávaros, turingios y sajones, pueblos todavía idólatras. Es célebre el concilio que á instancia suya convocó Carlomano, en el cual se mandó restituir á la iglesia los bienes usurpados por Cárlos Martel para recompensar á los militares que se habian distinguido en la guerra: pero la restitucion solo se hizo á los eclesiásticos pobres y despues del fallecimiento de los detentores. En cuanto á los demas bienes, se mandó que pagasen el diezmo para la fábrica de las iglesias.

Pipino el breve, duque de Austrasia (745). Carlomano, fastidiado de la vanidad del siglo y quizá arrepentido de haber derramado tanta sangre en la guerra contra los germanos, renunció la corona de Austrasia en su hermano Pipino, y tomó el hábito religioso en el monasterio de Monte Casino. De este modo llegó Pipino á mandar en toda Francia: en Austrasia, como príncipe soberano; y en Neustria y Borgoña, como gobernador de palacio.

Fue igual á su padre en la habilidad política, y no muy inferior en el valor y pericia militar. En el segundo tomo de la historia de Francia, queda referido muy á la larga su reinado: y así solo recordaremos ahora los hechos principales. En 748, Grifon, su hermano bastardo, hijo de Cárlos Martel y de Somniquilde, dió medios á Teodorico, duque de los sajones, para huir de Austrasia, donde estaba de rehen, se juntó con él, declarándose manifiestamente contra Pipino, é incitó á la guerra los pueblos

de Sajonia. Pipino, auxiliado de los frisones y de los soravos y obotritas, tribus esclavonas de las orillas del Elba, se encontró con los enemigos en las del Ovacre, penetró en la Sajonia y la taló hasta que los sajones pidieron la paz, que les fue concedida á condicion de volver á pagar el antiguo tributo de quinientos bueyes. Grifon escapó de la batalla del Ovacre, y se retiró á Baviera, donde reinaba, en menor edad, Tasilon, hijo y sucesor de Odilon. Grifon quitó á este niño sus estados, y renovó la guerra confederándose con Teodobaldo, duque de los alemanes, y con Suidgardo, conde de Hirsberg. Pero al año siguiente revolvió Pipino sobre Baviera, derrotó al usurpador, y le perdonó dándole estados en Neustria, restableció á Tasilon en su gobierno, y consolidó la tranquilidad de Germania.

En 750 fue arrojado definitivamente del trono de los francos el último descendiente de los merovingios. La autoridad de esta familia era ya nula. Habia setenta años que no reinaban en Austrasia, parte entonces la principal del imperio frances, ni aun nominalmente; y otros tantos que en Neustria y Borgoña gozaban solamente de un vano título; cuando la familia de Pipino de Heristal habia consolidado sus derechos en toda Francia con un gobierno firme y con repetidas victorias. La revolucion que quitó la corona á Childerico III, y la puso en las sienes de Pipino el breve, no trasladó el poder, consolidado ya en la familia de éste; no hizo mas que quitar de Francia el gérmen de

disensiones civiles que podrian causar en lo sucesivo las pretensiones de los merovingios.

En 753, llamado por el sumo pontífice Esteban, á quien Astolfo, rey de los lombardos, queria quitar las tierras de Roma, pasó á Italia contra este rey, á pesar de las exhortaciones de Carlomano, que solo para ello dejó su monasterio y se presentó en la dieta de Quercy y de los señores de Alsacia, Treveris, Colonia y Maguncia, siguiendo el dictámen de Carlomano, se oponian á la espedicion. El ejército de Pipino era valeroso y numerosísimo, como que le componian todas las naciones que habitaban desde los Pirineos hasta el Oder. Entró en Italia por el desfiladero de Susa, donde un cuerpo de tropas germánicas fue destrozado por los lombardos para facilitar el paso del grueso de las tropas. Pipino descendió á las llanuras del Po, sitió á Pavía, y obligó á Astolfo á hacer la paz bajo condicion de entregar á la iglesia de Roma las provincias del Exarcado y de la Pentápolis.

En 755 volvió á Itália, porque Astolfo se negaba á cumplir las condiciones del último tratado: venció de nuevo á Astolfo, hizo efectiva la entrega de las dos provincias al papa, y obligó al rey de Lombardía á pagar los gastos de la guerra. Pipino mandaba en Italia con los títulos de patricio y consul que le habia conferido el papa como gefe de la *república* de Roma, esto es, del senado y pueblo romano.

En 758 venció junto á Sitimo á los sajones

rebelados de nuevo: en 762 á los aquitanos, que querian hacer valederas las pretensiones de la familia de Eudes, y en 768 falleció, despues de haber llevado el poder de los francos al grado mas alto que hasta entonces habia tenido. Poco antes recibió san Bonifacio la corona del martirio en Frisia, con otros cincuenta compañeros suyos en aquella mision. Fue muerto por los bárbaros porque quiso derribar una encina á la cual tributaban los frisios culto supersticioso. Este santo misionero fundó en Baviera los cuatro obispados de Salezburgo, Frisinga, Ratisbona y Pasau, y la abadía de Fulda en Franconia.

Cuando murió Pipino, reinaba en Lombardía Desiderio, príncipe hábil y valiente, que habia sabido hallar protectores entre los barones mas distinguidos de Austrasia. Uno de ellos era Tasilon, duque de Baviera, y sobrino de Pipino, que habia casado con Luitberga, hija del rey de los lombardos.

Cárlos I, rey de Austrasia y Aquitania (768). Pipino dejó á sus dos hijos Cárlos y Carlomano sus vastos estados: al primero los reinos de Austrasia y Aquitania: al segundo, los de Neustria y Borgoña. Cárlos, tan célebre despues con el nombre de Carlomagno, y cuyo reinado se halla en el tomo tercero de la historia de Francia, apenas subió al trono, movió sus armas contra los aquitanos rebelados, y los subyugó. Habiendo muerto su hermano Carlomano en 771, y refugiádose los dos hijos

de éste á la corte de Desiderio, temerosos de la ambicion de su tio, se apoderó de sus estados; fue rey de toda Francia, y fijó su corte en Aquisgran.

En 772 comenzó la terrible lucha de Carlomagno contra los sajones. Resuelto á estender en Germania los beneficios de la civilizacio de que gozaba entonces Francia, y teniendo necesidad de defender la frontera septentrional de sus estados contra los sajones, pueblo todavía idólatra y bárbaro, les declaró la guerra y la hizo por el espacio de treinta años, casi siempre vencedor, pero vencidos muchas veces sus lugartenientes por el valeroso Vitikindo, rey de aquella nacion, auxiliado por los dinamarqueses. Este guerrero, que resistió quince años á todo el poder de Carlomagno, se convirtió á la fé de Cristo, y se sometió á las armas del rey de Francia en 785: conservó para sí y sus descendientes el ducado de Sajonia, feudatario de Carlomagno: y fue el tronco de la dinastía sajona que dos siglos despues reinó con tanto esplendor en Alemania. Sin embargo, algunas tribus sajonas, independientes del gobierno de Vitikindo, continuaron la guerra contra Cárlos: la cual no concluyó, aun despues de ser vencidas en muchos combates y esterminadas con el fuego y con la espada, hasta que primero en 795, y despues en 804, diseminó Carlomagno las reliquias de aquellas tribus indomables, en Bélgica y en otras provincias de su imperio.

En 773 emprendió la guerra contra Desiderio, último rey de los lombardos, le hizo prisionero en Pavía, le despojó del reino, y agregó á las tres coronas de Neustria, Borgoña y Austrasia, la de Lombardía. Mandaba en Roma con el título de patricio que le habia conferido el sumo pontífice: y los duques lombardos de Friul y Benevento eran feudatarios suyos: bien que en 775 tuvo que pasar los Alpes para castigar al de Friul, que se habia rebelado; en 788 rechazaron sus lugartenientes á Adalgiso, hijo de Desiderio, que con el auxilio de la corte de Constantinopla hizo una invasion en Italia para recobrar el trono de su padre, y en 812 derrotó Vala, general de Carlomagno, á Grimoaldo, duque de Benevento, que se habia revelado y le obligó á pagar el acostumbrado tributo.

Su guerra contra los moros de España que amenazaban la frontera meridional de su imperio, empezó en 778, en que hizo su célebre espedicion á los pirineos. Dividido su ejército en dos partes, la una penetró por el canal de Jaca, y la otra por el Rosellon. Entrambas se reunieron junto á Zaragoza, plaza que cayó en poder de los franceses. Los moros pidieron la paz: Cárlos la concedió, y despues de haber arreglado los límites entre los príncipes cristianos de Navarra y los mahometanos de Aragon, y asegurado la tranquilidad en aquella frontera, se volvió á Francia por el desfiladero de Roncesvalles. Acometida su reta-

guardia en aquellas estrechuras por Lupo, duque de Gascuña, partidario de los descendientes de Eúdes de Aquitania, y por algunos cuerpos de cristianos navarros, indignados de la superioridad que habian afectado los franceses en aquella espedicion, y mucho mas de que Cárlos hubiese mandado destruir las fortificaciones de Pamplona, sufrieron las tropas de este héroe considerable estrago, y perdieron casi todos sus bagages. Muchos guerreros de primer nota perecieron en esta accion. Cárlos no volvió á hacer la guerra en España por sí mismo: pero sus lugartenientes derrotaron en 793 á los moros que infestaban la marca de España (así se llamaban los paises conquistados por los franceses en la primera espedicion): en 797 Luis, hijo de Cárlos, ya coronado rey de Aquitania, penetró hasta Huesca y contuvo á los príncipes moros tributarios que querian rebelarse, en 803 se apoderó de Barcelona, en 806 derrotó á los sarracenos junto al Ebro de Cataluña, y en 808 tomó á Tortosa. Esta plaza y la de Huesca volvieron al poder de los sarracenos poco despues. La guerra continuó hasta que en 812 se concedió la paz á los moros, que pagaron por ella una suma cuantiosa de dinero.

Ni fueron los sajones y mahometanos los únicos pueblos bárbaros que venció Carlomagno. Cuando Adalgiso, hijo de Desiderio, se preparaba á recobrar el reino de Lombardía, prometió ausiliarle Tasilon, duque de Bavie-

ra, su cuñado: á cuyo efecto se confederó con los hunnos, pueblo bárbaro de Pannonia. Tasilon fue preso en 788 y condenado á muerte; sentencia que se conmutó en prision perpetua, y los hunnos fueron vencidos por Pipino, hijo de Carlomagno, á quien su padre habia dado la corona de Italia. En Tasilon acabó la primer série de los duques de Baviera, y esta provincia, que comprendia los círculos actuales de Baviera y Austria, se agregó por entonces al reino de Italia. En 789 venció Cárlos á los esclavones obstritas, que mandados por su príncipe Viltzan, acometieron la frontera de Franconia. En 791 y el siguiente arrojó á los hunnos del Norico, penetró en Pannonia, y la sometió. En 796 y 799 los venció de nuevo Pipino, rey de Italia. En 805 Cárlos, hijo mayor de Carlomagno, libertó á los hunnos sometidos de la invasion que hicieron en su país los esclavones soravos y los zecos ó bohemios, mandados por Neclàn, su rey, descendiente de Primislao, y en 811 los lugartenientes de Carlomagno, vencieron á los esclavones de Iliria que habian invadido las Pannonias. En 808 fueron vencidos por el príncipe Cárlos los dinamarqueses, mandados por Gustrico ó Godofre su rey: esta guerra continuó hasta 810, en que Emingo, hijo y sucesor de Gutrico, hizo la paz con los franceses. Pero si los daneses, ó normandos, como se les llamaba entonces, fueron vencidos por tierra en Germania, no por eso dejaban de asolar

continuamente las playas del Océano con sus piraterías: y el mismo Carlomagno observó con dolor que no tenia las fuerzas navales necesarias para repeler aquel azote, que tanto habia de afligir en lo sucesivo la monarquía de Francia.

Ademas de estas guerras esteriores en paises tan distantes y con tan diferentes pueblos, tuvo Carlomagno que mantener un ejército contra los bretones, deseosos siempre de recobrar su independencia, que se rebelaban á la primer ocasion favorable, y que fueron constantemente subyugados por los generales franceses que mandaban en aquella frontera.

Por el corto resúmen que hemos hecho de un reinado tan glorioso y estraordinario, referido mas largamente en el tercer tomo de la historia de Francia, se podrá conocer cuán vasto era el genio de Carlomagno que abrazaba á un mismo tiempo tan grandes y varios designios. El año de 800 recibió del sumo pontífice la corona imperial, resucitando en su monarquía el estinguido imperio de Occidente. Murió este grande hombre en 814, dejando un reino tan estenso, que de sus fragmentos se formaron despues tres estados poderosos.

En cuanto á Germania, la dominacion de los franceses (que siendo pueblo germánico tambien, no pudo llamarse dominacion estrangera), produjo dos consecuencias importantes: 1.º, aquel país, defendido por las armas de Clodoveo, Teodoberto, Pipino y Carlomagno,

dejó de ser el tránsito de las naciones bárbaras de Escandinavia y Escitia á la Europa civilizada, como lo habia sido en los siglos anteriores: y así se vé que los sajones, los esclavones y los hunnos fueron constantemente repelidos por los austrasios, y retenidos en el Elba y el Danubio, fronteras entonces de la civilizacion: 2.ª, la predicacion del evangelio entre los pueblos germánicos, erigiendo ciudades episcopales, y monasterios que con el tiempo llegaron á ser ciudades, estableció un vínculo comun entre las tribus, antes desunidas y en perpetua guerra, acostumbró las naciones feroces y belicosas á las artes de la paz, y destruyendo su antigua libertad selvática, puso en su lugar el reinado de la moral, de la justicia y de las leyes. En tiempo de Carlomagno estaban ya muy civilizadas Franconia, Suevia (llamada entonces Alemania), Helvecia, Baviera y Turingia.

Luis I, emperador (814). Ninguno de los hijos legítimos de Carlomagno le sobrevivió, sino Luis, rey de Aquitania, y asociado al imperio por su padre en 813. Este príncipe, que mereció de su siglo el título de *Piadoso*, y de la posteridad el de *Débil*, era sin embargo valiente y hábil en la guerra y en la política, como demostró en los primeros años de su reinado, dando socorro á Herioldo, príncipe danés, para que disputase la corona de Dinamarca á los hijos de Gotrico, y defendiese la frontera septentrional del imperio; y venciendo

por medio de sus lugartenientes á los vilsos, tribu esclavona que habitaba lo que hoy es el Meklemburg, á los esclavones obotritas y bohemios, y á Lindabrito, Kan de los ávaros, que se rebeló apenas supo la muerte de Carlomagno. Esta guerra fue la mas porfiada que sostuvo Luis en la frontera de Germania. Lindabrito, que aspiraba al título de segundo Atila, despues de haber arrojado de Pannonia las tropas francesas mandadas por Cadolaco, duque del Friul, é inutilizado los esfuerzos de Balderico, su sucesor, penetró en Dalmacia y en el Norico, desoló estas provincias, hizo la guerra con varios sucesos, hasta que en fin, habiendo perdido la plaza de Siseg que tomaron los franceses, declinó su gloria y fue asesinado por un dálmata.

Entretanto Luis habia asociado al imperio en 817 á su hijo Lotario, y dado á Pipino y Luis, hermanos menores de éste, los reinos de Aquitania y Baviera. El de Italia, poseido por Bernardo, hijo y sucesor de Pipino, hermano del emperador, fue dado á Lotario, cuando Bernardo le perdió juntamente con la vida por haberse rebelado, en el mismo año de 817, contra su tio. El emperador se arrepintió de la severidad con que le habia castigado, y los remordimientos que manifestó públicamente en la dieta de Atigny, celebrada en 821, prepararon los ánimos á despreciar un príncipe acusador de sí mismo. Sin embargo, rigió su vasto imperio con felicidad hasta el

nacimiento del príncipe Cárlos, hijo suyo y de Judit, su segunda muger, hija de Guelfo, conde de Baviera, al cual en 829 nombró rey de Alemania; es decir de Suevia, Helvecia y Recia: paises, visiblemente quitados de la herencia, que debia esperar su hijo mayor Lotario.

Entonces empezaron las intrigas y confederaciones impías entre los tres hijos del primer matrimonio contra su padre. Dos veces fue derribado del trono Luis el piadoso, y otras tantas restituido á su dignidad, por la compasion que inspiraban á los franceses sus infortunios. Lotario, Luis y Pipino, ya enemigos entre sí, ya unidos contra su padre, segun los movía el interés ó la pasion del momento, afligieron el alma del emperador, desorganizaron el gran poder creado por Carlomagno, y dieron principio á la independencia de los barones y gobernadores de provincias, que sacudiendo el yugo de la autoridad monárquica, aspiraron á hacerse soberanos en sus jurisdicciones y á trasmitir la soberanía á sus descendientes.

En 834 fue restituido el emperador á su dignidad por las armas de Luis, rey de Baviera y de Pipino, rey de Aquitania, disgustados de la prepotencia de Lotario, que tenia cautivo á su padre, y queria tratar como súbditos á sus hermanos. Lotario fue vencido: pero Judit, deseando tener un valedor poderoso para su hijo Cárlos en el caso, que ya se preveía próximo de la muerte de Ludovico Pio,

le reconcilió con su padre: y habiendo fallecido Pipino en 838, hizo el emperador nuevo repartimiento del imperio entre sus hijos, dejando á Luis el reino de Baviera que ya poseia, y dividiendo lo demas entre Cárlos y Lotario: aquel poseyó todo lo que estaba al Occidente del Mosa y del Ródano, y éste lo restante con la Italia y la dignidad imperial. Luis de Baviera, enojado de no tener parte en esta division, tomó de nuevo las armas contra su padre, que marchó á Turingia, le venció y le arrojó á Baviera. Dos años despues murió Ludovico Pio, monarca y padre desgraciado. Los normandos infestaron en su tiempo las costas de Francia desde la desembocadura del Ems hasta la del Garona.

Lotario I, emperador (840). Lotario, muerto su padre, quiso restituir su esplendor á la dignidad imperial, que él mismo habia envilecido en la persona de Ludovico Pio, é intimó á sus hermanos los reyes de Baviera y Neustria que le prestasen juramento de fidelidad, como á emperador y como al mayor de la familia. Cárlos y Luis se confederaron contra lo que ellos llamaban la tiranía de su hermano, y se pusieron al frente de sus ejércitos. Luis de Baviera quiso pasar el Rin: pero rechazado por Odegario, arzobispo de Maguncia, y Adalberto, conde de Metz, lugartenientes de Lotario, firmó treguas con el emperador. Este, libre ya de enemigo tan poderoso, volvió sus armas contra Cárlos, resuelto

á destronarlo: pero Luis, viendo que si dejaba perecer á su aliado, su ruina propia era cierta, quebrantó la tregua, y mas feliz en esta ocasion, derrotó á Odegario y Adalberto, penetró en Austrasia, y á pesar de los movimientos de las tropas imperiales, se reunió con el ejército de Cárlos en Chalons del Saona. Estos sucesos pertenecen al principio del año 841. Poco despues se dió la célebre y funesta batalla de Fontenay, aldea cercana á Aujerre, que decidió la suerte del imperio. Lotario fue completamente vencido: y aunque hizo grandes esfuerzos en la campaña del año siguiente para restablecer su fortuna, acometido por ejércitos mas numerosos que el suyo, se retiró á Italia, y firmó en 743 el tratado de Verdum, que redujo á un vano título la dignidad imperial, y desmembró el imperio en tres monarquías.

Luis I, rey de Germania (843). En la paz de Verdum se hizo el repartimiento siguiente: á Luis de Baviera se dió toda la parte del imperio francés que estaba al Oriente del Rin, con los obispados de Spira, Wormes y Maguncia: tomó el título de rey de Germania, y es conocido en la historia con el nombre de *germánico* para distinguirlo de otros príncipes, llamados tambien Luis: á Cárlos el Calvo tocó la Neustria y Aquitania con el título de rey de Francia, y á Lotario lo restante del imperio y la dignidad imperial.

En el reinado de Luis el germánico co-

menzó Germania á tener derecho público é historia nacional: pues hasta entonces ó habia sido bárbara ó seguido la suerte y los intereses políticos de los francos, pueblo dominador, aunque procedente de su mismo seno. Formáronse nuevos intereses y hábitos, peculiares y esclusivos de los germanos, y desaparecieron de este pais los nombres de francos y de austrasios. La monarquía alemana debe empezar la sucesion de sus reyes en el tratado de Verdum.

Mucho contribuyó á afirmar los cimientos de esta monarquía el largo reinado y el carácter de Luis. Este príncipe fue, entre los hijos de Ludovico Pio, el que mas se asemejó á Cárlomagno en valor, justicia y vigilancia. Colocado en las fronteras del mundo civilizado, estendió sus límites y contuvo á los bárbaros. Apenas hizo la paz con sus hermanos, marchó contra los obotritas, bohemios y hunnos, que valiéndose de la guerra civil entre los príncipes carlovingios habian invadido y talado la Baviera. Luis venció y dió muerte en una batalla á Gozombil, rey de los obotritas; en otra, á los gefes de los bohemios y moravos: y estableció en sus paises duques y gobernadores á quienes obedeciesen. Los hunnos hicieron paces restituyendo los prisioneros que habian hecho en la invasion.

En 845 tomaron los normandos á Hamburgo, saquearon á Brema y vencieron en dos batallas al duque de Frisia, al mismo tiempo que otros piratas de la misma nacion devasta-

ron las playas occidentales de Francia, y entrando por los rios navegables, saquearon á Ruán, París, Nantes, Blois, Orleans, Burdeos y Tolosa, sin que Cárlos el Calvo, príncipe cobarde y pérfido, pudiese oponerles resistencia. No así Luis de Germania, que despues de pelear contra ellos por tierra con varios sucesos, construyó en sus puertos una armada que los arredró de las costas de Frisia y Westfalia, venció á Erico, uno de sus gefes, quitándole el *Reafan* ó estandarte sagrado de las tribus danesas, y le obligó á hacer la paz restituyendo el botin y los cautivos. Aun hizo mas. Convencido de que la vida errante de los pueblos bárbaros no cesaria hasta que se convirtiesen á la fé cristiana y entrasen por ella en el dominio de la justicia y civilizacion, envió á Dinamarca en 851, y despues á Suecia, á san Anscario, obispo de Brema y apóstol de Escandinavia, que fue el primero que predicó el evangelio en aquellas regiones. Ya en 846, en la dieta de Paderborn, habia sido el mismo Luis padrino de algunos señores bohemios que se habian presentado pidiendo el bautismo, y enviado con ellos misioneros que convirtiesen á los zecos, ó esclavones de Bohemia. Pero al año siguiente tuvo que pelear contra los bohemios, moravos y hunnos, que se habian rebelado, ofendidos de las vejaciones de Rastices, gobernador por Luis en aquella frontera. Aunque los sosegó por el momento, volvieron á tomar las armas dos años despues, en

odio del cristianismo, cuyos progresos irritaban á un pueblo, escesivamente adicto á la idolatría: vencieron á Ernesto, duque del país por el rey de Germania, y á Tracolfo, marques, es decir, gobernador militar de la marca ó frontera contra los soravos. Luis, detenido entonces con los negocios de Francia, marchó contra ellos en 851, los venció y sometió, y envió misioneros á Moravia.

En 857 venció, en las dos estremidades de su reino, á los soravos y dalmatas rebelados; en 868 Carlomagno, su hijo mayor, venció á Zuentivoldo, príncipe de los moravos, mientras sus dos hermanos Cárlos el gordo y Luis sujetaban á los bohemios y soravos, que habian invadido la provincia de Turingia. Al año siguiente sostuvo el rey de Germania guerra contra los vendos, habitadores de la Prusia actual, y en 871 peleó Carlomagno contra los esclavones del Savo: pero estos movimientos frecuentes de los bárbaros en las fronteras del Elba y del Danubio, no perturbaban la tranquilidad interior del reino, gobernado con mucha rectitud por Luis. En el reinado de este príncipe empezaron las ciudades germánicas á convertirse, de aldeas que eran antes hechas de madera y defendidas con empalizadas, en poblaciones hermosas con muros, torres y magníficos edificios.

Pero el principal asunto de la política de Luis durante su reinado fueron los negocios de Francia é Italia. Mientras vivió el empera-

dor Lotario, cuya ambicion y valor temia, conservó tenazmente su alianza con Cárlos el Calvo, como único medio de defenderse contra las pretensiones del hijo mayor de Ludovico Pio: y así, aunque los señores de Neustria y Aquitania, cansados del mal gobierno y de la cobardía de Cárlos, le ofrecieron estas coronas en 852, se negó á admitirlas, por no quebrantar la alianza de Verdum, renovada por los tres hermanos en muchas dietas posteriores.

Pero Lotario falleció poco despues en 855, habiendo repartido sus estados entre sus tres hijos: á Luis, segundo de este nombre entre los emperadores, dejó la Italia y la dignidad imperial: á Cárlos, la Provenza, ó reino de Arlés, que se estendia desde el Mediterráneo hasta los Vosges, y á Lotario, todo lo que hay entre estas montañas y el Escalda, que se llamó reino de Lotaringia, de donde procede el nombre actual de la provincia de Lorena.

Los barones de Francia, indignados siempre contra Cárlos el Calvo, renovaron á Luis de Germania, en 858, la propuesta de destronar á su hermano: y como Luis no tenia ya competidor á quien temer, la ambicion triunfó de la probidad, entró con ejército en Francia, y su hermano Cárlos huyó á Borgoña. Luis, despues de esta injusticia, cometió el yerro de licenciar su ejército: los obispos de Francia le acusaron de usurpador, y le obligaron á retirarse á Wormes, arrepentido de

su inútil perfidia. Cárlos volvió al trono, y se renovó, para no volverse á romper, la alianza de los dos hermanos.

En 862 empezó el escandaloso proceso del divorcio de Lotario el jóven. Este príncipe, enamorado de Valdrada, sobrina del arzobispo de Treveris y hermana del de Colonia, repudió á su esposa Tietberga, acusándola de adúltera é incestuosa, y casó con su amante. El papa Nicolas I y sus sucesores opusieron su autoridad contra este matrimonio impío: y la causa se vió en Roma y en otros concilios celebrados en Lorena con varias sentencias, unas favorables, otras contrarias á Lotario, segun la influencia que tenia en los jueces Luis de Germania, protector de su sobrino. Lotario murió en fin, sin hijos legítimos, en 868, y sus dos tios Cárlos el Calvo y Luis el germánico, repartieron entre sí sus estados, sirviéndoles de límite el rio Mosa; sin que el emperador Luis II, hermano de Lotario, y á quien pertenecian de derecho, ocupado en el Mediodia de Italia en la guerra contra los sarracenos, pudiese hacer valederas sus reclamaciones.

Este emperador falleció, tambien sin hijos en 875: y Cárlos el Calvo pasó á Italia con su ejército á recibir la corona de este reino y la imperial, al mismo tiempo que Luis el germánico envió á sus hijos Carlomano y Cárlos el gordo para oponerse á los designios del rey de Francia. Cárlos el gordo, príncipe

tan débil como el calvo, fue vencido y pasó los Alpes. No así Carlomano, que obligó á su tio á suspender la marcha á Roma, y á hacer un compromiso para repartir la Italia y volverse cada uno á su pais con su ejército. Confirmóse el tratado con juramentos: y apenas se hubo retirado Carlomano, los quebrantó el rey de Francia, marchó á Roma y recibió la corona imperial.

Carlomano, rey de Baviera: Luis, rey de Franconia: Cárlos el gordo, rey de Alemania (876). Luis el germánico falleció, cuando se preparaba á hacer guerra á su hermano Cárlos el calvo, para obligarle á cumplir el tratado que celebró con Carlomano. Segun la costumbre de su familia, dividió el reino de Germania entre sus tres hijos: á Carlomano, con el título de rey de Baviera, dejó esta provincia, el Austria, la Pannonia, y los estados tributarios de Bohemia y Moravia: á Cárlos el gordo, la Alemania: y á Luis, las provincias de Franconia, Turingia, Sajonia, Frisia y la Lotaringia oriental, que comprendia la Alsacia, los arzobispados de Treveris y Colonia y el obispado de Lieja. En esta porcion estaba comprendida Aquisgran, la antigua capital de los estados de Carlomagno, llamada hoy Aix la Chapelle.

Cárlos el calvo, creyendo propicia la ocasion para aumentar sus dominios, resolvió destronar á sus sobrinos succesivamente, y entró con poderoso ejército en los estados de Luis de

Franconia. Taló las comarcas de Treveris y Colonia, se acercó al Rin, y halló junto á Meyen el ejército de Luis, que aunque menor en número, se atrevió á pasar aquel rio entre Coblenza y Andernach, y á presentarle la batalla. Luis consiguió una señalada victoria, y obligó al injusto rey de Francia á volverse á París con fuga ignominiosa. Poco despues falleció despreciado y aborrecido de propios y estrangeros, dejando el reino de Francia á su hijo Luis el tartamudo, y vacante la corona imperial.

Carlomano, rey de Baviera, la solicitó favorecido por Lamberto, duque de Espoleto y otros muchos señores italianos: pero falleció de una larga y dolorosa enfermedad, que no le permitió hacer valederas sus pretensiones al imperio, mas justas que las de Luis el tartamudo: pues descendia del hijo segundo de Ludovico Pio, y el rey de Francia, del tercero.

Cárlos el gordo, rey de Alemania é Italia: Luis, rey de Franconia y Baviera (880). Carlomano dejó solamente un hijo natural, llamado Arnulfo. Sus dos hermanos repartieron entre sí sus estados: á Cárlos el gordo se dió el reino de Italia, que habia ocupado Carlomano, y á Luis de Franconia, la Baviera. A Arnulfo tocó el ducado de Carintia. Cárlos, dueño de Italia, pasó á Roma en 881 y recibió sin dificultad la corona del imperio, que habia estado vacante cerca de cinco años.

Cárlos el gordo, emperador, rey de Germania y de Italia (882). Cárlos reunió bajo su poderío todo el reino de su padre Luis el germánico, por muerte de Luis de Franconia, príncipe virtuoso y valiente, que falleció de pesar de haber perdido junto á Luneburg una batalla contra los dinamarqueses. Cárlos hizo paces con los normandos dándoles tierras en Frisia, y casando á Godofre, uno de los gefes bárbaros, con su sobrina Gisela, hija de Lotario el jóven. Godofre recibió el bautismo y el emperador fue su padrino.

La suerte continuaba favoreciendo á Cárlos el gordo. En 885 falleció Carlomano, hijo y sucesor de Luis el tartamudo, sin que quedase de la descendencia de Cárlos el calvo mas que un hijo de Luis II, llamado Cárlos el simple: pero de un matrimonio que era tenido por ilegítimo. Los barones de Francia, no queriendo someterse á un niño, cuyos derechos eran contestados, proclamaron rey al emperador Cárlos, que reunió así bajo su cetro todos los paises que dominó Carlomagno.

Parece que en esta época empezó á estenderse á todos los germanos la denominacion de *alemanes*. Como este pueblo fue el primero que reconoció por rey á Cárlos el gordo, y formaba la parte principal y en que mas confiaba, de sus ejércitos, es probable que los franceses é italianos diesen el nombre de alemanes á todos los pueblos del otro lado del Rin y los Alpes, y llamasen Alemania á aquel pais. Des-

de este tiempo le dan los historiadores entrambos nombres. La cuna antigua de los alemanes, que estaba entre el Rin de Suiza y el Neker, se llamó entonces Suevia, de los suevos que la ocupaban desde antes de Julio César.

Arnulfo, rey de Alemania (887). Cárlos el gordo perdió sus estados con la misma facilidad y mas pronto que los habia adquirido. Vencido en Francia ignominiosamente por los normandos, sus barones le destituyeron y colocaron en el trono á Eudes, conde de París, que se habia distinguido, como sus antecesores, en la defensa de Neustria contra aquellos terribles guerreros. Los grandes de Germania siguieron su ejemplo y dieron la corona á Arnulfo, duque de Carintia é hijo natural de Carlomano, rey de Baviera. El infeliz Cárlos, despojado de sus reinos, recibió limosna primero del Arzobispo de Maguncia, y despues del mismo usurpador Arnulfo, y falleció en 888. Así se disolvió para siempre el grande imperio de Carlomagno. Francia y Alemanía se convirtieron en dos aristocracias feudales con gefes, hereditarios en la primera y electivos en la segunda. Italia, dividida en el Mediodia entre sarracenos, griegos y lombardos, y en el Norte, entre Guido, duque de Espoleto, y Berengario, duque del Friul, quedó espuesta á todos los horrores de la guerra civil, que se hicieron estos dos proceres, que aspiraron y consiguieron sucesivamente la digni-

dad imperial. En esta lucha fue superior Berengario, y tomó el título de rey de Italia.

Arnulfo, valiente general y hábil político, reinó con mucha gloria en Alemania. Su primer cuidado fue confederarse con Eudes, rey de Francia, que aunque usurpador de esta corona contra la familia de los carlovingios á que pertenecia el mismo Arnulfo, tenia igual interés que él en abatir á los tiranos de Italia, Guido y Berengario, á Luis, rey de Provenza, nieto por su madre del emperador Luis II, y á Rodulfo, pariente de Judit, la madre de Cárlos el calvo, que se habia hecho dueño de la Suiza y Saboya, y tomado el título de rey de la Borgoña transyurana. Todos estos príncipes aspiraban á la corona imperial. Eudes se encargó de domar la ambicion de Rodulfo y Luis, que tenian sus estados en Francia, y Arnulfo de velar sobre los negocios de Italia. En la conferencia que tuvieron en Wormes estos príncipes, acordaron que la provincia de Lorena quedase agregada al reino de Alemania.

Arnulfo, no teniendo bastantes fuerzas para oprimir á los dos competidores italianos, se declaró á favor de Berengario, y le confirmó el título de rey de Italia: pero bajo su soberanía. Envióle tambien algunos socorros, bastantes para defenderle contra Guido: mas no para darle superioridad decidida: porque el intento de Arnulfo era, cuando ya Italia estuviese quebrantada con guerras crueles y con-

tínuas, pasar á ella con grande ejército y subyugarla.

No pudo poner tan pronto en ejecucion este gran designio, á causa de las guerras que se movieron en Germania. Zuentivoldo, gefe de los moravos, tributarios del imperio, que se habia convertido al cristianismo, y recibido el título de marqués de Moravia, quiso, á ejemplo de Rodulfo de Borgoña y de Luis de Provenza, convertir este nombre en el de rey: mucho mas despues que se apoderó de gran parte de Bohemia, cuyos pueblos habian depuesto á su rey Botzivoldo, porque favorecia los progresos de la religion cristiana; bien que despues le restituyeron. Zuentivoldo, pues, orgulloso con este acrecentamiento accidental de poderío, se ciñó la corona de Moravia. La intencion de Arnulfo era marchar contra él: pero los normandos hicieron una irrupcion en 892 por el Mosa en el occidente de su reino, y vencieron al ejército aleman, con gran pérdida de este, en una terrible batalla que se dió junto á Juliers. Arnulfo acudió con nuevas tropas, venció á los normandos, los arrojó al mar y restableció el honor de sus armas: pero las fuerzas que habia perdido en la derrota y en la victoria, no le permitian hacer guerra declarada al gefe de los moravos, y así le envió embajadores para entrar en negociacion. Zuentivoldo, que deseaba no tanto el título de rey como la independencia, se mostró poco sincero en cumplir las condiciones que se estipula-

ron, y en 894 Arnulfo, que ya habia podido reunir ejército suficiente, y confederádose con los hunnos y búlgaros, entró en Moravia á sangre y fuego, y obligó al marqués á pedir la paz y á someterse. Despues de este suceso hizo una espedicion á Italia, donde consiguió triunfos que tuvo que abandonar porque otros negocios le llamaron á Alemania.

Al año siguiente designó por duque de Lorena á Zuentivoldo, su hijo natural, y ahijado de bautismo del célebre marqués de Moravia, cuyo nombre tomó. Este príncipe, recibido con disgusto por los barones lorenses, tuvo que pelear contra ellos continuamente hasta el año de 900 que pereció en una batalla.

Arnulfo se halló en 895 con un reino pacificado y un ejército floreciente: y así, emprendió su grande espedicion á Italia, objeto de sus deseos y término de su vida. Quitó á Berengario el ducado de Friul, tomó á Roma, defendida por Ageltrúdis, viuda de Guido, recibió la corona imperial, y puso sitio á Espoleto: pero acometido de una paralisis, de que murió tres años despues, hubo de volverse á Alemania, sin haber logrado otro fruto de su empresa, sino algunas plazas del ducado de Friul que quedaron agregadas al reino germánico.

Luis IV el niño, rey de Alemania (900). Arnulfo habia querido repartir sus estados entre Zuentivoldo y Rabodo, sus hijos naturales: y los barones germanos consintieron en ello:

pero en el caso de que el rey no tuviese hijos legítimos. Este caso no se verificó: Oda, su muger, dió á luz un niño, llamado Luis, que á la edad de siete años fue proclamado rey de Alemania en la dieta de los grandes celebrada en Forkein.

Este príncipe reinó despues de la muerte de su padre, siendo regente del reino en su menor edad Haton, arzobispo de Maguncia. El año de 900 volvió á incorporarse la provincia de Lorena en la corona germánica por muerte de Zuentivoldo, hijo de Arnulfo. Mas este no fue un aumento de poder, sino de discordias civiles. La prepotencia y autoridad de los grandes era entonces tan absoluta en Alemania como en Francia: y Luis, cuando llegó á mayor edad, tuvo que pelear y vencer una sublevacion casi general de todo ellos, acaudillados por alberto, conde de Bamberg, y tronco de la primer dinastía de los duques de Austria. Alberto perdió la cabeza en un cadalso: pero la paz no se estableció hasta que el rey aumentando los privilegios de los barones, aumentó sus fuerzas y disminuyó las de la corona.

En este tiempo sufrió Alemania una gran calamidad. Los ogres, llamados tambien obres y úngaros, tribu de los hunnos ávaros, mas feroz que las otras, despues de haber sometido las pannonias, á las cuales dieron el nombre de Ungría, incitados por Berengario, rey de Italia, para quien era útil todo lo que fuese

dañoso á los germanos, penetraron por Baviera y asolaron toda la Alemania meridional. Berengario pagó muy cara su maldad: pues los úngaros revolviendo contra Italia, le vencieron junto al Brenta en un gran combate, y saquearon á su placer todo su reino. Luis, cuya salud era débil, sucumbió en 912 á las fatigas de la guerra contra los úngaros, y á la pesadumbre de ver desolada la Alemania, sin poder remediarlo, porque los barones, despreciando su autoridad, le negaron las tropas necesarias para oponerse á los enemigos. Dejó dos hijas: Plácida, que casó con Conrado, duque de Franconia, y Matilde, que fue muger de Enrique I el pajarero, rey de Alemania.

Este pais se halló, á la muerte de Luis IV, en que se estinguió la linea masculina de los carlovingios de Germania, dividido en muchos soberanos, que con el título de duques, condes y marqueses, dictaban leyes al monarca que elegian, se hacian la guerra unos á otros, y gobernaban sus pueblos casi con absoluta independencia. Los principales señores seculares eran entonces los reyes de Bohemia y de la Borgoña transyurana, los duques de Lorena, Frisia, Sajonia, Turingia, Franconia, Suevia y Baviera: estos habian empezado siendo gobernadores de sus provincias respectivas, y se habian hecho poderosos en ellas durante las guerras que los príncipes carlovingios tuvieron unos con otros. Los marqueses de Brandemburgo, Misnia y Moravia tuvieron este nom-

bre, porque mandaban las marcas ó fronteras contra los esclavones y hunnos. Los señores eclesiásticos de mas influencia eran los arzobispos de Maguncia, Colonia y Treveris. Las baronías seculares se dividieren con el tiempo en varias ramas, conforme se iban dividiendo en infantazgos para los diferentes príncipes de una misma familia. Así se formó poco á poco el cuerpo germánico, que á pesar de tantos elementos de discordia, se conservó, por la índole de la nacion, bastante compacto, no solo para conservar la independencia, que jamas han perdido los alemanes, sino tambien para acometer, muchas veces con felicidad, á otras naciones.

La época de la dominacion de los carlovingios fue en la que Alemania entró completamente en el sistema de la civilizacion europea, que se estendió en los siglos siguientes á Polonia, Ungría y Escandinavia. Á fines del siglo IX se echaron los cimientos del imperio de Rusia. Algunos normandos, establecidos desde principios del mismo siglo en las orillas y desembocadura del Niemen, hicieron guerra por muchos años á los esclavones de Novogord. Fatigados estos por guerras civiles y por las invasiones de los pueblos bárbaros del Volga y del Nieper, eligieron por su príncipe á Rurico, gefe de los varengas (este nombre daban en todo el oriente á los normandos). Rurico y sus hermanos conquistaron gran parte del pais conprendido entre el Nieper, el Don y el Volga, y le dieron el nombre de Rusia.

derivado segun unos, de los rojolanos sármatas, que habitaron y poseyeron aquella tierra antes de los esclavones: segun otros, de Rus, brazo del Niemen, que aun conserva este nombre, y cuna de Rurico y de sus compañeros. Novogorod fue la primer capital del imperio ruso: pero cuando Kief fue conquistada por los varengas, se trasladó á esta ciudad la residencia de los sucesores de Rurico, desde la cual hicieron guerra cruel al imperio de oriente.

Conrado I de Franconia, rey de Alemania (912). Despues de la muerte de Luis IV, celebraron los barones de Germania dieta general del reino en la ciudad de Wórmes, y eligieron unanimemente por rey á Oton, duque de Sajonia y descendiente del célebre Vitikindo. Pero este príncipe magnánimo, que se hallaba en edad avanzada, y que no estimaba la de su hijo Enrique, aunque hábil y valiente, bastante madura para sostener el peso de la corona, prefiriendo el bien de la patria á todo interés, á toda pasion personal, no solo renunció la dignidad real, no solo impidió que se diese á su hijo, sino que aconsejó y logró con su influencia que fuese nombrado rey Conrado, duque de Franconia, constante rival suyo en la carrera de la ambicion, y muchas veces su enemigo. Oton falleció poco despues de este grande acto de moderacion y generosidad, dejando por heredero de sus estados de Sajonia á Enrique su hijo, llamado el pajarero, por su aficion á la caza de aves.

Conrado reinó entre alborotos y sublevaciones, siempre con las armas en la mano. En 913 pasó á Alsacia á someter y castigar algunos señores rebeldes que habian dado muerte al obispo de Strasburgo. Despues recobró la corona de Lorena, de que se habia apoderado Cárlos el simple, que reinaba entonces en Francia: Conrado fue favorecido en esta empresa por los condes de Metz, Namur y Limburg, principales barones de aquel reino: pero estos no dejaron á su nuevo rey mas que un poder nominal, y se quedaron con toda la autoridad.

En 914 estalló la sublevacion de Enrique de Sajonia contra Conrado. Enrique pretendia que el rey le diese la investidura de los ducados de Westfalia y Turingia, á los cuales tenia derechos: Conrado se la negó, no queriendo crear un duque mas poderoso que el monarca. Enrique tomó las armas, y confederado con Burchardo, duque de Suevia, y Arnaldo, duque de Baviera, por sobrenombre *el malo*, merecido por las calamidades que causó á su patria, hizo guerra á Conrado.

El rey, viendo levantadas contra sí las provincias mas belicosas de Alemania, quiso someterlas mas bien por el artificio que por la fuerza. Atrajo á su partido al duque de Suevia con promesas y alhagos: contra Enrique se valió de perfidia, y procuró apoderarse de su persona en un banquete: lazo de que se libertó el duque de Sajonia, avisado á tiempo:

en fin, dió el pésimo ejemplo de incitar á los úngaros á invadir la Baviera. Pero Arnaldo el malo los venció en el paso del Inn. Conrado marchó contra él, le arrojó de sus estados, y los dió á Everardo su hermano. Arnaldo se confederó con los mismos bárbaros que habia vencido, y para los cuales toda alianza era buena, con tal que les proporcionase guerra y botin: recobró con estos ausiliares á Baviera, y les abandonó el saqueo de Suevia y Franconia. Las ciudades de Ausburgo, Ulma y Basilea y la rica abadia de Fulda fueron robadas y entregadas á las llamas. Conrado, para libertar sus estados hereditarios de semejantes huéspedes, les pagó tributo y los envió á Sajonia contra su enemigo Enrique, que los derrotó completamente en una gran batalla.

Este príncipe se confederó con Cárlos el simple, rey de Francia, que habia recobrado la Lorena durante la guerra civil de Alemania, y le visitó en su palacio de Aix la Chapelle, donde observando el orgullo de Haganon, ministro del monarca francés, y la ciega deferencia de este á sus voluntades, dijo á los señores que le acompañaban: *ó Cárlos vendrá á ser caballero particular como Haganon, ó Haganon vendrá á ser rey como Cárlos.* Enrique volvió á Sajonia, y venció junto á Eresburg, en una gran batalla, á Everardo, hermano de Conrado.

Al mismo tiempo Gormou, rey de Dinamarca, declaró la guerra Alemania é inva-

dió la provincia de Westfalia: pero salió á su opósito Tierry, conde de Ringelheim, el mas hábil general de su siglo, y le obligó á retirarse y á hacer la paz, cediendo las plazas marítimas que poseia en el territorio germánico. El duque de suevia y Rodulfo II, rey de la Borgoña transyurana, tenian tambien entre sí una guerra particular: pero hicieron paces despues de una batalla en que quedó vencedor el suevo. Todo era confusion y desventura en la triste Alemania: Gilberto, duque de Lorena por Cárlos el simple, se hizo aliado de los alemanes: y esta defeccion produjo nuevas lides sin resultados en las provincias occidentales del Rin. El único suceso feliz de este calamitoso reinado fue la agregacion del reino de Bohemia al imperio germánico. Venceslao y Boleslao, hijos de Vratislao, rey de este pais, que falleció en 916, se disputaron su herencia: Conrado envió á Bohemia un virey, que sosegó la guerra civil, gobernó con moderacion, y agregó aquel reino á la monarquía de Alemania.

Enrique I el pajarero, rey de Alemania (919). Conrado falleció de resultas de una herida mal curada que recibió en la batalla contra Arnaldo el malo, duque de Baviera: é imitó al morir la generosidad de Oton de Sajonia, designando por sucesor suyo á Enrique, que le habia hecho guerra durante todo su reinado, y cuyo valor, habilidad y poderío juzgaba que podrian terminar los males

de la patria. La dieta reunida en Frislar confirmó esta eleccion: y el mismo Everardo, hermano del difunto rey, llevó á Enrique la corona y demas insignias de su nueva dignidad. Enrique se negó á aceptarlas, para dar á entender á los barones que no debian esperar de él condescendencia alguna por un cetro que le era indiferente: y aun por la misma razon no quiso nunca coronarse solemnemente ni recibir la uncion real de manos del arzobispo de Maguncia, como habian acostumbrado á hacer sus predecesores.

Enrique tuvo por enemigos á los principios de su reinado á Burchardo, duque de Suevia, á Arnaldo, duque de Baviera, y á Cárlos el simple, rey de Francia, con el cual disputó la soberanía de Lorena. Enrique entró con ejército en Suevia antes que Burchardo recibiese ausilios de su antiguo enemigo y ya su aliado Rodulfo II, rey de la Borgoña transyurana, y le obligó á someterse. Ganó al duque de Baviera, permitiéndole la regalía de nombrar á los beneficios eclesiásticos: y cuando en 923 los barones de Francia depusieron á Cárlos el simple y dieron la corona á Rodulfo, duque de la Borgoña cisyurana, entró con poderoso ejército en Lorena, al año siguiente se apoderó de Zulpik, Metz y Aix la Chapelle, dió el ducado de este pais á Gilberto, á pesar de sus frecuentes rebeliones, y casándole con su hija Gerberga, aseguró su fidelidad.

En 926 hizo leyes muy útiles para asegu-

rar la permanencia del ejército, que compuso de la novena parte de la poblacion varonil, y las subsistencia de las tropas que hasta entonces no vivian sino del saquéo y pillage. Dos años despues estableció los marquesados de Brandemburg, Lusacia y Misnia, contra los esclavones obotritas que infestaban la frontera del Elba. Dió el de Brandemburg á Sigefredo, conde de Ringelheim, y á un caballero llamado Within, el de Misnia, nombre derivado de la ciudad de Misna ó Missein, hoy Miessen, edificado sobre el Elba por el mismo Enrique junto á las ruinas de Granau, destruida poco antes. El mismo año pacificó la Bohemia, donde Boleslao hacia guerra cruel á su hermano Venceslao, porque era afecto al cristianismo, trayendo por ausiliar suyo á Radislao, príncipe de los esclavones de Polonia. Enrique marchó en socorro de Venceslao, arrojó á los polacos de Bohemia; y Venceslao hizo florecer este reino con las artes de la paz y de la civilizacion que introdujo en él.

Guerra contra Suecia: sitio y batalla de Lunden (929). Enrique movió sus armas contra los pomeranios y vilsos, que ausiliados por los suecos, habian hecho una invasion en Sajonia, saqueado el territorio de Luneburg, y arrasado esta capital. Uno y otro pueblo fueron subyugados: y deseando escarmentar á los suecos, envió contra ellos una espedicion, mandada por Bernardo, duque de Luneburg, y un conde llamado Tiatmar, que desembarca-

ron en Escania, y sitiaron á Lunden. Acudió un ejército numerosísimo de suecos y pomeranios en defensa de la fortaleza: y como algunos capitanes sajones advirtiesen á Bernardo cuán grande era el número de los enemigos, el valeroso duque les respondió: *yo los contaré cuando esten tendidos en el campo de batalla.* El combate fue sangriento, y la victoria una de las mas señaladas que han conseguido los alemanes. Los habitantes de Lunden se defendieron tres meses todavía: al cabo de los cuales desampararon la ciudad, dejando en poder de los sitiadores sus mugeres, hijos y riquezas.

Guerra contra los úngaros: batalla de Merseburg (932). Los úngaros pidieron á Enrique el tributo anual que les pagaba la corona de Alemania y que el mismo Enrique habia satisfecho á los principios de su reinado. Parecióle vergonzoso, despues de tantas victorias, ser tributario de un pueblo bárbaro. Reunió, pues, la dieta de Alemania, y dijo á los señores: "he empobrecido á vosotros y á vuestros hijos para saciar la codicia de los úngaros. No hay ya mas recurso que los bienes de las iglesias: ¿quereis que las despoje para pagar el tributo?" Todos pidieron unánimemente la guerra. Cuando se presentaron los embajadores úngaros á repetir sus reclamaciones, Enrique en presencia de toda su corte les entregó un perro sarnoso, diciéndoles: "no espereis sacar otra cosa de mi reino."

Toda la nacion úngara tomó las armas pa-

ra vengar esta injuria, y se agregaron á su ejército un gran número de tribus esclavonas. Dividiéronse en dos cuerpos: el uno procuró, aunque en vano, penetrar en Turingia defendida por Enrique: el otro invadió á Franconia, pasó el Rin, taló la Alsacia y llegó hasta Lorena, donde tomó y saqueó la ciudad de Verdun: pero obligado á retroceder por la oposicion que le hizo el conde de Sunderhausen, se reunió con el primer cuerpo junto á Merseburg, y pusieron sitio á esta plaza. Vidon, que mandaba en ella, la defendió valerosamente, hasta que llegaron en su ausilio Enrique y Bertoldo, hermano de Arnaldo el malo, duque de Baviera, con las tropas de este ducado aguerridas y numerosas. Los bárbaros levantaron el sitio de Merseburg y acometieron á los alemanes: estos, aunque inferiores en número, sostuvieron esforzadamente el primer choque, que era el mas formidable de los úngaros: los cuales rechazados y acometidos á su vez, fueron completamente desechos con muerte de mas de cuarenta mil de ellos. Está batalla fue decisiva: Alemania quedó libre de tributo, y Enrique, para contener a los úngaros en su territorio, creó el marquesado de Austria. En el mismo año arrojó á los dinamarqueses, que habian entrado en Sajonia, mas allá del Slie, y creó el marquesado de Sleswig para contenerlos.

Este rey no solo fue benemérito de su patria, sino tambien del orbe cristiano. Habien-

dose amortiguado en Escandinavia las luces del cristianismo, predicado por san Anscario, envió á su sucesor Unnon, obispo de Brema, á Dinamarca y Suecia; en ambos reinos fue recibido con respeto, por la veneracion que el rey de Alemania inspiraba á todos los príncipes vecinos: y desde esta época puede contarse la estirpacion definitiva de la idolatría en Escandinavia.

A este príncipe se debieron tambien los torneos, juegos y simulacros de la guerra de caballería, institucion, no solamente militar, sino tambien moral: pues no era admitido en ellos ninguno que estuviese manchado con algun acto de injusticia ó infamia. La dieta de Alemania, celebrada en Hotingen, aprobó estos juegos: y en el primer torneo, que se celebró, concurrieron mil caballeros, tales como Enrique los deseaba, buenos y valerosos.

Este escelente rey falleció en 936, cuando se preparaba á pasar á Italia, asolada entonces por una multitud de tiranos, entre los cuales se distinguian por su perfidia y crueldad Hugo, conde de Provenza, y Alberico, hijo de la célebre Marozia, cónsul y patricio de Roma. El primero usurpó la Lombardia y quiso apoderarse de la capital del mundo cristiano: el segundo esclavizó la santa Sede, y con el favor del pueblo llenó de horrores y matanzas el centro de la península.

Oton I el grande, rey de Alemania (936). Oton, llamado el grande por sus hazañas y

conquistas, hijo mayor de Enrique I, le sucedió sin dificultad y fue coronado en Aix la Chapelle por el arzobispo de Maguncia. El reino de Alemania estaba entonces rodeado de enemigos. Disputaba con los franceses el ducado de Lorena: con los dinamarqueses, el de Sleswig: los esclavones y úngaros hacian frecuentes invasiones en Bohemia y Austria, al mismo tiempo que los negocios de Italia escitaban la ambicion del rey, deseoso de recobrar en aquel hermoso pais el poder que habian ejercido sus antecesores Carlomano y Arnulfo.

En 937 hizo Oton guerra á Boleslao, que ausiliado de los esclavones venció y dió muerte á su hermano Venceslao, rey de Bohemia, persiguió el cristianismo, y derrotó á un lugarteniente del rey de Alemania que se atrevió á oponérsele. Las fuerzas de Oton eran muy considerables para que Boleslao les hiciese frente: y así se sometió á pagar tributo, y se obligó á favorecer con toda su autoridad los progresos de la doctrina evangélica. En este tiempo murió Arnaldo el malo, duque de Baviera, y sus hijos se pusieron en posesion del ducado, sin pedir á Oton la investidura. Oton castigó esta desobediencia, quitándoles el dominio del pais, y dándolo con el título de duque á Bertoldo, hermano de Arnaldo, que se habia distinguido por sus hazañas en la batalla de Merseburg.

Guerra con los húngaros: batalla de Halberstat (938). Everardo, hermano de Con-

rado I, y su sucesor en el ducado de Franconia, habia permanecido sumiso y leal durante el reinado de Enrique I: pero en el de Oton, ostigado por la soberbia de Enrique, hermano del rey, llamado el rencilloso por su carácter turbulento, tomó las armas y quemó una ciudad de Westfalia. La dieta del imperio le condenó al castigo del *Arnescar*, que consistia en llevar un perro sarnoso sobre los hombros en presencia de toda la corte: pero Oton, movido de los ruegos de los amigos de Everardo, y de la sumision de éste, le perdonó. Poco despues se reveló Everardo otra vez á favor de Tancmaro, segundo hermano del rey, que solicitaba el marquesado de Brandemburgo, vacante por muerte de Sigefredo. Oton, que conocia su carácter inquieto, no se lo quiso dar, y nombró marqués de Brandemburgo á un conde, llamado Girardo. Los dos rebeldes y sus partidarios se hicieron fuertes en Statberg, ciudad de Westfalia, donde los cercó el rey: Tancmaro se refugió á una iglesia donde fue asesinado: Everardo pidió perdon y lo consiguió.

Los úngaros, animados con los disturbios interiores de Alemania, pasaron el Danubio con poderoso ejército, asolaron la Franconia, y penetraron hasta Halberstadt, en cuyos campos fueron esterminados por el ejército de Oton, mandado por el rey en persona. Esta victoria quebrantó de tal modo aquella fiera nacion, que durante el reinado de este príncipe no se atrevieron á hacer invasiones en Alemania.

Al mismo tiempo llamaban la atencion del rey los negocios de Francia, donde Hugo el grande, duque de París, disputaba á los últimos carlovingios los miserables restos de su antigua fortuna. La política de Oton, dirigida á asegurarse en el ducado de Lorena, consistia en favorecer al mas débil de los dos partidos para impedir que el mas fuerte le disputase aquel estado: y así su primer campaña en Francia en 939 fue en favor de Hugo, tanto mas cuanto Luis de Ultramar, rey carlovingio de los franceses estaba en secreta alianza con Enrique el rencilloso, que aspiraba á destronar á su hermano y á ceñirse la corona de Alemania, teniendo por partidarios á Gilberto, duque de Lorena y á Everardo duque de Franconia, perdonado ya dos veces por Oton. Este desconcertó con su actividad ordinaria los designios de los conjurados: quitóles los estados y plazas que tenian á la derecha del Rin, pasó este rio á vista de un ejército numeroso, y se apoderó de Lorena. Su hermano Enrique se refugió casi solo en Sajonia: Gilberto pereció ahogado en el Rin queriendo huir del vencedor, y Everardo fue asesinado en un banquete. Oton formó un nuevo feudo de los estados de Franconia y Lorena que estaban mas cercanos al Rin, y lo dió á Hermano, hijo de Arnaldo el malo, reconciliado ya con él, y el título de conde palatino del Rin. El resto del ducado de Lorena dió á su hermano Enrique, procurando triunfar de su carácter á fuerza de

beneficios, bien que poco despues le destituyó poniendo en su lugar á Conrado el prudente, hijo de Rodulfo II, rey de la Borgoña transyurana, cuyos dominios dependian siempre del reino de Alemania.

Oton cometió en 940 un gran yerro político: llevado de la ambicion, y fiado en las promesas de los barones franceses enemigos de Luis de Ultramar; juntó poderoso ejército, entró en Francia, y se coronó en Atigny rey de esta monarquía: pero todo el mediodia se levantó contra él: los señores mismos que le llamaron, se manifestaron prontos á preferir la obediencia nominal que tributaban al débil Luís, al yugo que les preparaba un monarca poderoso y vigilante. La ilusion duró poco. El rey de Alemania hizo treguas y despues paces y alianza con Luis de Ultramar, cuyo partido era entonces el mas flaco, y en 947 le ayudó con su ejército y persona á pacificar los barones rebeldes.

Espedicion de Oton á Jutlandia: batalla de Sleswig (948). Durante las campañas de Oton en Lorena y Francia, los dinamarqueses habian roto la paz jurada con Enrique I, tomado y arrasado el castillo de Sleswig, degollado su guarnicion, y ocupado y talado el Holstein. Oton entró con su ejército en Jutlandia, venció á los dinamarqueses, y penetró hasta la parte mas septentrional de la península, á la cual dió el nombre de *Otensum*, que aun conserva. Heraldo, rey de Dinamarca, desembarcó su ejército en las playas del Sleswig, con el

intento de cortar á Oton el camino para sus estados. Oton retrocedió, y presentó á los daneses la batalla, que fue muy sangrienta. Los historiadores dinamarqueses y alemanes atribuyen la victoria, cada uno á su nacion: pero el tratado de paz que siguió á esta guerra, demuestra que la victoria quedó por el rey de Alemania: pues se estipuló en él que Sleswig volveria á ser ocupada por tropas germánicas, que Heraldo no se opondria á los progresos de la religion cristiana, y que la península de Jutlandia se dividiria en los tres obispados de Sleswig, Rypen y Arhns, y que serian sufragáneos del arzobispado de Hamburgo, ciudad perteneciente á Alemania.

Primera espedicion de Oton á Itatia (951). Hugo, rey de Lombardía, habia muerto, y Lotario su hijo y sucesor, fue destronado por Berengario II, marqués de Ivrea, y nieto del primero. Este príncipe tan tirano como sus antecesores, despues de la muerte de Lotario, persiguió á su viuda Adelaida, y la encerró en el castillo del lago de Garda, de donde huyó y se escondió en el castillo de Canosa. Los señores de Italia y la reina perseguida imploraron el socorro de Oton, que hallándose en paz con las naciones vecinas y respetado de todas ellas, pasó á Italia con grande ejército, habiendo dejado por duque de Baviera á su hermano Enrique. No halló la menor resistencia en Lombardia: Berengario y Adalberto su hijo, se le sometieron, y Adelaida libre premió con

su mano el ausilio de su protector, viudo entonces.

Oton hubiera querido pasar á Roma: pero observando que los señores de Italia le temian mas que le amaban, dejó el mando del ejército á Conrado, su yerno, duque de Franconia, volvió á Alemania con su nueva esposa, y convocó para el año siguiente una dieta en que se deliberase acerca de los negocios de Italia.

Esta dieta se celebró en Ausburg: concurrieron á ella Berengario y Adalberto, en apariencia para implorar piedad: pero en el hecho para irritar el ánimo de Ludolfo, hijo de Oton y de su primera muger Edita contra el nuevo matrimonio de su padre, que podia darle hermanos capaces de disputarle la corona. Oton tomó el título de rey de los lombardos; concedió á Berengario y su hijo el título de reyes feudatarios suyos: pero les quitó el Verones y el Friul, cuyo gobierno dió á su hermano Enrique, y puso guarniciones alemanas en los castillos de Lombardía. Berengario pasó á Italia, dejando ya emprendido el fuego de la guerra civil, atizado constantemente por las sugestiones de Enrique el rencilloso, que no queria perder sus nuevas posesiones de Italia.

Ludolfo y Conrado de Franconia se rebelaron, trajeron á su partido los pueblos de Baviera, descontentos del gobierno de Enrique, y se apoderaron de Maguncia y Ratisbona, que fueron sus plazas de armas. Oton tuvo necesidad de todo su genio para sostenerse en esta

lid, cuyo fin se debió en 955 á las exhortaciones de Udalrico y Hetberto, obispos de Ausburgo y de Coira, que persuadieron á Ludolfo la sumision. Conrado pereció el mismo año en una batalla contra los húngaros; y al año siguiente venció Oton en las orillas del Ratz un numeroso ejército esclavon que habia invadido la marca de Brandemburgo.

Segunda espedicion de Oton á Italia (962). Pacificado el reino de Alemania, formó Oton el designio de reducir á Berengario, que á favor de los disturbios obraba en Italia como príncipe independiente. Ludolfo penetró en Lombardía en 956 con el ejército que su padre le confió, y la sometió fácilmente: pero habiendo fallecido en 957 cerca de Novara, no sin sospechas de haber sido envenenado por Berengario, volvió este á recobrar su antiguo poder en la Italia septentrional.

Oton hizo su segunda espedicion á Italia en 962. Lombardía se le sometió como siempre, y Berengario perdió definitivamente sus estados. El rey de Alemania marchó entonces á Roma, y recibió la corona imperial del sumo pontífice Juan XII. Desde entonces estuvo constantemente reunida la dignidad de emperador al trono de Alemania, y este pais recibió el nombre de imperio. Es verdad que los emperadores electos, por deferencia á la santa Sede apostólica, tomaban solo el título de *rey de romanos*, hasta ser confirmados ó coronados por los sumos pontífices. Este título en el

transcurso de los siglos se dió tambien á los herederos presuntivos de la corona.

SECCION TERCERA.

HISTORIA DE ALEMANIA DESDE LA ELEVACION AL IMPERIO DE OTON EL GRANDE HASTA LA ESTINCION DE LA CASA DE SUEVIA.

Oton I el grande, emperador (962). Desde Oton el grande empiezan los sucesos de Alemania á estar ligados íntimamente con los de Italia: y como estos se han descripto suficientemente en el tomo anterior en el capítulo adicional de la historia de Italia, nos contentaremos con referirlos aquí en sumario, y solo en cuanto digan relacion con la historia germánica.

Desde el año 962 en que Oton recibió la corona imperial hasta el de 973 en que falleció, casi todas sus acciones se refieren á los negocios de Italia. Los romanos le hicieron cruel guerra, resueltos á no consentir su dominacion. Sumisos cuando tenian á la vista el ejército aleman, se rebelaban apenas desaparecia el aparato de la fuerza. Oton consiguió al fin sujetarlos; hizo grandes conquistas en Pulla y Calabria contra los griegos, y restituyó la paz á la iglesia, turbada por la deposicion de Juan XII, la intrusion del antipapa Leon VIII, partidario de los alemanes y el nombramiento de Benedicto V por los romanos rebelados contra él.

Este fue desterrado á Hamburgo donde acabó sus dias, y Juan XII fue elegido canónicamente.

Oton estaba tan seguro de que su familia reinaria siempre en Alemania, que cedió su ducado patrimonial de Sajonia á Hermano Billung, conde de Luneburg. Despues de un reinado glorioso de treinta y siete años, murió á los cincuenta y ocho de edad. De su primer matrimonio con Edita, hija de Eduardo el antiguo, rey de Inglaterra, tuvo al príncipe Ludolfo, que falleció antes que él, y que dejó un hijo llamado Oton. De su segundo matrimonio con la bella Adelaida nació Oton II su sucesor, otros dos príncipes que murieron niños, y dos princesas que fueron religiosas.

Oton II el rojo, emperador (973). Oton II fue tan valiente guerrero como su padre, aunque no tan feliz á los fines de su reinado. En los primeros años venció á su primo hermano Enrique el jóven, duque de Baviera, hijo y sucesor de Enrique el rencilloso, le quitó sus estados y los dió á su sobrino Oton, hijo de Ludolfo: pero en 982 murió este príncipe, y el emperador restituyó á Enrique la Baviera.

En 977 venció á los dinamarqueses que habian ocupado el ducado de Sleswig y construido una muralla desde el Báltico al Océano germánico, cuyas ruinas se conservan todavía con el nombre de *Dannenwick*, destinada á defender la Jutlandia contra los alemanes. El ejército de Oton pasó esta barrera que se creia inex-

pugnable, y Heraldo, rey de Dinamarca, viendo al enemigo en el centro de sus estados, pidió la paz, y la consiguió dando en rehenes su mismo hijo.

De vuelta de esta espedicion gloriosa, hallándose en su palacio de Aix la Chapelle, fue sorprendido por Lotario, rey de Francia, que reclamaba la Lorena, y apenas tuvo tiempo para escapar. Al año siguiente vengó esta injuria, acometiendo con poderoso ejército los estados de Lotario, y talando las cercanías de Reims, Laon y París. Al fin la paz se concluyó, restituyéndose la Lorena á Oton, que dió en feudo la mayor parte de este ducado á Cárlos, hermano de Lotario, con el objeto de dividir entre sí á los príncipes de la familia real de Francia: donacion funesta para los carlovingios: pues de ella se valió por pretesto Hugo Capeto para escluir del trono de Francia á Cárlos, acusándole de haber sometido á los germanos la dignidad de su familia.

El mismo año pasó Oton los Alpes, se coronó emperador, venció al patricio Crescencio, que afectaba la supremacía en la capital del mundo cristiano, é hizo guerra tan cruel á los mahometanos del mediodia de Italia, que le dieron por renombre *pálida muerte de los sarracenos.* Movió sus armas contra los griegos de Pulla: pero fue vencido en una gran batalla, y obligado á acogerse á un buque, donde fue hecho prisionero. Libre de este peligro por su intrepidez y presencia de ánimo, se retiró

á Lombardía, donde le sobrevino la muerte, despues de veinte años de reinado, cuando se preparaba á hacer guerra á los griegos con mayor energía.

Oton III, emperador (983). Oton III, que mereció el sobrenombre de *maravilla del mundo*, por su piedad, valor y virtudes reales, fue hijo de Oton II y de su esposa Teofania, hija de Romano el menor, emperador de oriente. Sucedió á su padre de edad de cuatro años, cuando el imperio, alborotado por los manejos de Enrique de Baviera, hijo del rencilloso, estaba amenazado en el norte por los dinamarqueses y en el oriente por los polacos y úngaros, al mismo tiempo que en Italia era muy débil el poder de los emperadores de Alemania, que nunca fueron respetados en ella sino la ocupaban con ejércitos. El valor, el talento y las virtudes de dos princesas magnánimas libertaron al imperio y á Oton de tan grandes peligros.

Teofania su madre, y Adelaida su abuela, restablecieron la paz interior é impidieron las guerras esteriores. Enrique de Baviera se apoderó del jóven príncipe su sobrino con el pretesto de que le pertenecia su tutela; y cuando le hubo en su poder, se proclamó en Quedlimburg rey de Alemania, favorecido de Guillermo, conde de Turingia, hijo natural de Oton II, y de otros barones: pero Guillermo fue preso en un combate, á Enrique devolvió á Oton sus tutoras legítimas y naturales, bajo la condicion de que se le conservase el ducado de Baviera.

En 987 se verificó la gran revolucion, que estinguió en Francia la dinastía de los carlovingios, y elevó al trono la de los Capetos. Luis V, último rey de la familia de Carlomagno, murió sin sucesion, y Cárlos, su tio, hermano del rey Lotario, y duque de la baja Lorena, llamada hoy Brabante, disputó la corona con Hugo Capeto, y fue vencido. La corte de Alemania no tomó parte en esta lid: porque la derrota de Cárlos aseguraba á los emperadores el dominio de Lorena, muy dificil de conservar en el caso de que su duque llegase á poseer el cetro de Francia. Ademas, la caida de los carlovingios era un suceso favorable á la casa de Sajonia que reinaba en Germania: porque quitaba hasta la posibilidad de que un descendiente de Carlomagno resucitase los derechos antiguos de su dinastía á los estados teutónicos y lombardos.

Oton, cuando llegó á mayor edad, fue uno de los príncipes mas perfectos. Alemania gozaba de tranquilidad, pues durante su reinado solo hubo una invasion de los esclavones que talaron la marca de Brandemburg en 996, que fueron vencidos por el mismo emperador en persona en la batalla de Havelberg.

Este príncipe hizo tres viajes á Italia: el primero en 995 contra Crescencio, que tiranizaba á Roma. Venció á este faccioso, le perdonó y fue coronado por el papa Gregorio V. El segundo en 996 y duró hasta 999. Sitió á Crescencio, que habia vuelto á rebelarse en el castillo de Santan-

gelo, tomó por asalto esta fortaleza, dió muerte al tirano, y redujo á su obediencia á los de Tívoli, que continuaban en la faccion opuesta á los emperadores. El tercero en 1001 le fue fatal. Los de Tívoli y los romanos se habian levantado contra los alemanes. Los primeros fueron sometidos y perdonados segunda vez: los de Roma opusieron mayor resistencia. Al fin entró en la ciudad; pero hubiera perecido en su palacio á manos del pueblo sublevado, á no haber llegado á tiempo Enrique, duque de Baviera, su primo, hijo y sucesor del que se habia apoderado de su tutela cuando era niño, y nieto del rencilloso.

Un peligro de otra especie dió fin á su vida. La viuda de Crescencio, cuya hermosura é ingenio le tenian hechizado mas de lo que convenia á un rey, se valió de la familiaridad que con ella tenia para vengar la muerte de su marido, envenenándole, segun se dice, con unos guantes. Así murió este príncipe á los veinte y tres años de edad y diez y ocho de reinado, sin dejar sucesion; y segun la opinion mas probable, sin haberse casado. Es célebre su decreto de 999, dado en Roma en un concilio, presidido por el sumo pontífice; en el cual se estableció que solo los alemanes tendrian la facultad de nombrar emperador. Así se convirtió en derecho lo que existia de hecho desde el reinado de Oton el grande.

En el de Oton III se verificó la conversion de los polacos al cristianismo. Boleslao el pia-

doso, duque de Bohemia, que sucedió á su padre Boleslao el cruel, en 972, tenia una hija, llamada Ambruga, de estraordinaria hermosura: y habiendo solicitado su mano Micislao, duque de Polonia, no se la concedió el bohemo sino á condicion de que renunciase á la idolatría y abrazase la fé cristiana. Entonces se erigieron los obispados de Cracovia y Guesna, que eran las principales metrópolis de los esclavones polacos, sufraganeos de Magdeburgo, hasta 999, en que Oton III, de vuelta de su segunda espedicion á Italia, hizo un viaje ó Guesna. Reinaba entonces en Polonia Boleslao Chobri ó *el fogoso*, hijo de Micislao. Este príncipe recibió al emperador con suma magnificencia, y consiguió de él que mudase el título de duque de Polonia en el de rey, que hiciese arzobispal la silla de Guesna, y que le diese por sufraganeas las de Salrcoberg, Cracovia y Breslau. Los reyes de Polonia continuaron siendo feudatarios del imperio por el ducado de Silesia que poseian en su territorio.

Enrique II el santo, emperador (1001). Los estados de Alemania, despues de haber vacilado algun tiempo entre varios pretendientes, eligieron por emperador á Enrique, duque de Baviera, biznieto de Enrique I, por Enrique el Rencilloso, hermano de Oton el grande. Diósele la preferencia por respeto á su antecesor Oton III, que al morir, le habia enviado las insignias imperiales por mano del arzobispo de Colonia.

Este príncipe mostró en el trono las virtudes de un monge, la capacidad y la intrepidez de un héroe y la justicia de un buen monarca. Perdonó muchas veces con mansedumbre cristiana á los que habia domado con el valor. Rodeado de una nobleza altiva é independiente, en el siglo mas brillante de la aristocracia feudal, supo desarmar á los rebeldes, conciliar á los barones que estaban continuamente en guerra unos con otros, restablecer el órden en el imperio y la disciplina en el clero, y acabar en paz su reinado, que empezó con guerras civiles.

En cuanto á las estrangeras, tuvo que sostener tres: la primera contra Arduino, marques de Ivrea, que se rebeló y tomó el título de rey de Lombardía: tres veces pasó Enrique á Italia, y otras tantas le venció y obligó á someterse, hasta que en 1015 tomó el rebelde el hábito monástico en una abadía de su marquesado. La segunda se originó de la sucesion de Lorena. En 1005 falleció Oton, hijo y sucesor de Cárlos, duque de la baja Lorena, llamada hoy Brabante, y disputaron su herencia Alberto, conde de Namur, y Lamberto, príncipe de la familia de los condes de Henao, uno y otro cuñados del difunto Oton, con Godofre, conde de Ardennes, á quien Enrique dió la investidura del ducado. Balduino, conde de Flandes, favorecia las pretensiones de Alberto su concuñado, y se apoderó de la plaza de Valenciennes. Esta guerra, que no tuvo hechos

militares dignos de memoria, terminó en 1008, cediendo el emperador á Balduino á título de feudo la ciudad de Valenciennes y la isla de Walqueren. La baja Lorena quedó en poder de Godofre: y la alta, que es la que hoy conserva el nombre de Lorena, tuvo por duque á un conde llamado Tierry. La tercera guerra, mas larga y ostinada, fue contra Boleslao Chobri, primer rey de Polonia, célebre por sus victorias contra Sriatopolko I, gran príncipe de Rusia, cuya capital Kief tomó y asoló: pero no fue igualmente feliz en su guerra con los alemanes. La sumision de los esclavones de Pomerania al emperador Enrique, y las fortalezas de Lebus y Crossen, que este monarca mandó construir sobre el Oder, contuvieron los ímpetus del fogoso polaco. Esta guerra, que comenzó en 1005, duró con sucesos poco variados hasta 1017, en que tuvo fin por el tratado que se celebró en Bautzen, capital de Lusacia. Boleslao rindió homenage al emperador por el ducado de Silesia, hereditario en su familia, y por el marquesado de Moravia que habia conquistado.

Enrique falleció en 1023; y como él y su esposa Cunegunda, hija de Sigefredo, primer conde de Luxemburg, habian hecho voto de observar continencia, se estinguió la línea varonil de la dinastía imperial de Sajonia. Su hermana Gisela casó con Esteban el santo, rey de Ungría, en cuyo tiempo se convirtiéron los úngaros á la religion de Jesucristo, abando-

naron el género de vida errante y belicoso que hasta entonces habian tenido, y adoptaron las artes, usos y costumbres de los pueblos civilizados de occidente. Algunos años antes se convirtieron á la fé cristiana los rusos, bien que mancillada con el cisma de la iglesia griega, de la cual recibieron sus apóstoles y prelados: de modo que á mediados del siglo XI no quedaban mas pueblos idólatras en el territorio europeo, que los prusianos, livonios, firlandeses y lapones.

Conrado II el sálico, emperador (1024). Una dieta muy numerosa de príncipes y obispos alemanes se reunió en una isla del Rin, entre Wormes y Maguncia, para nombrar sucesor á Enrique el santo, y recayó la eleccion en Conrado, duque de Franconia, bizmieto de Verner; conde de Rotemburg, y hermano del emperador Conrado I, y de una hija de Oton el grande. Debió el sobrenombre de sálico á sus posesiones patrimoniales, que estaban en las orillas del rio sala.

Este príncipe se distinguió por su magnanimidad, justicia, firmeza y bondad de corazon. Aumentó el territorio del imperio con los estados de Rodulfo III, rey de la Borgoña transyurana, que falleció sin sucesion; y venció á Eudes, conde de Champaña que se los disputó. A todos los obispos de este reino hizo señores feudales de sus obispados: y desde entonces las iglesias de Leon del Ródano, Besanzon, Viena, Embrun, Lausana, Ginebra,

Basilea, Grenoble, Valencia del Ródano, Gap y Dic fueron estados inmediatos del imperio.

Tambien se atribuye á una ley de Conrado el sálico el principio de los feudos hereditarios en Alemania. Los últimos carlovingios de la rama germánica no fueron tan débiles como los de la francesa, y ademas los emperadores de la casa de Sajonia supieron hacer respetable á los grandes su autoridad, y conservaron la regalía de disponer de los feudos á la muerte del poseedor: ni parecia conveniente, que siendo la dignidad imperial electiva, fuesen inamovibles los ducados y marquesados. Pero siendo ya hereditarios en Francia, Conrado, para acallar los gritos y reclamaciones de sus grandes, dispuso que todo feudo pasase á los hijos y nietos, escepto el caso de felonía. Esta providencia fue el primer cimiento de la aristocracia feudal en Alemania. Las disputas de los emperadores de las casas de Franconia y Suevia con los sumos pontífices, y aun mas que todo, el fatal empeño que tuvieron estos príncipes, de dominar en Italia, consolidaron y ampliaron la autoridad aristocrática del cuerpo germánico, y redugeron casi á un vano título la del emperador, precisamente en la misma época que la aristocracia francesa, mas poderosa en sus principios que la alemana, estaba ya espirando bajo los sucesores de Hugo Capeto.

Conrado pasó á Italia en 1025 á recibir la corona imperial de manos del sumo pontífice,

y á comprimir los partidos que se hacian la guerra en sus ciudades. A favor de esta division, Guillermo el grande, duque de Aquitania, solicitaba lo corona de Lombardía. Conrado desbarató sus designios, entrando en Italia con poderoso ejército. Sometió á Novara, que se atrevió á cerrarle las puertas, y sosegó las facciones reprimidas por su presencia, y que volvieron á enconarse con nuevo furor, cuando el emperador marchó á Alemania, donde le llamaba la sublevacion de Ernesto, duque de Suevia.

Este príncipe era hijo de Leopoldo, marques de Austria, y enemigo de Conrado, á cuya eleccion se habia opuesto: ambicioso, valiente y pronto á engrandecerse á costa de las calamidades públicas. Coligado con otros señores, y viendo al emperador ocupado con su ejército en Italia, levantó tropas, asoló las provincias de Alsacia y Helvecia, y no perdonó en sus depredaciones ni aun las abadías. En esta invasion fue cuando los señores de Altemburg, pequeño condado de Suiza, construyeron, para guarecerse en él contra las tropas de Ernesto, el célebre castillo de Hapspugg, cuna y solar de la gran casa de Austria.

Conrado volvió de Italia en 1027, deshizo el ejército de los facciosos: el duque de Suevia cayó en su poder, y fue encerrado en una fortaleza de Sajonia. En 1030 y 1031 rechazó el emperador dos invasiones, una de los polacos en Sajonia y otra de los úngaros en Ba-

viera: pero concluida esta segunda guerra, se movió otra mas peligrosa en el centro mismo de Alemania. Vehelon, gefe de bandidos, hombre intrépido y habil, aumentó su cuadrilla hasta el punto de parecer ejército; y valido de los bosques impenetrables y de las fragosidades de la selva negra, infestaba las provincias vecinas sin que las tropas del emperador consiguiesen alcanzarle ni obligarle á un combate decisivo.

Conrado, creyendo que Ernesto seria mas propio que otro capitan para dar fin á este latrocinio, cuya plaza de armas estaba en Suevia, y vencido por los ruegos de sus amigos, y por sus protestaciones de fidelidad, le sacó de la prision, le restituyó su ducado, y le encargó la guerra contra Vehelon. Ernesto, apenas se vió libre y con ejército, se reunió á aquel foragido y redobló la calamidad pública. Conrado le puso *en la bandera del imperio*, frase con que se denota en Alemania el destierro y la proscripcion, y cuya fórmula era: *declaramos viuda á tu muger, huérfanos á tus hijos, y te enviamos, en nombre del diablo, á los cuatro rincones del mundo.* Ernesto peleó con las tropas, que el emperador envió contra él, con su valor ordinario: pero vencido en un primer combate, quedó muerto en el segundo; y así concluyó esta guerra.

Al mismo tiempo empezó otra con Micislao, rey de Polonia é hijo de Boleslao el fogoso; príncipe disoluto y malvado, y que no

heredó ninguna de las cualidades de su padre. Persiguió á su hermano Oton, y le obligó á refugiarse en Alemania. Conrado, despues de haber solicitado en vano que restituyese al príncipe perseguido sus dominios, le declaró la guerra, y marchó á Polonia. Micislao, incapaz de resistir á la tempestad que le amenazaba, pasó á la corte de Udalrico, duque de Bohemia, á implorar su ausilio. El Bohemo escribió al emperador que tenia en su poder á Micislao, y que se lo entregaria. Conrado, abominando semejante traicion, se negó á ser cómplice de la infamia, é hizo saber al rey de Polonia á quién ofendia, y de de quién se fiaba. Micislao, aterrado del peligro que habia corrido, pasó á la corte del emperador, se puso bajo su proteccion, y recibió la paz con las condiciones que quiso dictarle Conrado. Por este tiempo hicieron nueva invasion en Sajonia los esclavones del Meklemburg, todavía idólatras: pero fueron vencidos y obligados á pagar tributo.

La segunda espedicion de Conrado á Italia fue en 1036: pero ni tan feliz ni tan gloriosa como la primera: pues aunque tomó á Milan, cuyo arzobispo Eriberto se habia declarado contra él, y castigó á Pandolfo, príncipe y tirano de Capua, la guerra y las enfermedades disminuyeron su ejército de manera, que cuando volvió á Alemania, su poder era casi despreciado en Italia, asolada entonces por tres especies de parcialidades: la de unas

ciudades con otras, la de los nobles con los plebeyos y la de los enemigos de la dominacion germánica con los adictos á ella. En el mediodia de la península empezaba á levantarse la nueva potencia de los normandos. Guillermo Fierabras conseguia á la sazon grandes victorias contra los sarracenos y griegos de Calabria y Pulla.

Enrique III el negro, emperador (1039). Conrado falleció en Vtrecht, y dejó por heredero de la corona imperial á su hijo Enrique, que tuvo el sobrenombre de *negro* por el color de su barba. Ya en vida de su padre habia sido asociado al trono: pero su elevacion fue confirmada, despues que falleció Conrado en nueva dieta electoral.

Enrique el negro fue príncipe hábil, activo y belicoso como su padre: mas no tan popular entre la altiva nobleza de los alemanes, por el designio mal disimulado de abatirla y de levantar sobre sus ruinas la autoridad del trono. Sus primeros pasos fueron felices: Eriberto, arzobispo de Milan, y Bretislao, duque de Bohemia, hijo y sucesor de Vdalrico, que estaban rebelados contra él, se le sometieron facilmente.

Pero Bretislao volvió á tomar las armas al año siguiente, con esta ocasion. Micislao, rey de Polonia, habia fallecido, dejando á su hijo Casimiro, en menor edad, bajo la tutela de su madre Rica, que mal aconsejada, se indispuso con los barones polacos, fue arro-

jada del reino igualmente que su hijo, y dejó la Polonia entregada á la mas espantosa anarquía. Bretislao, ambicioso y vecino, quiso aprovecharse de la ocasion, y tomar algunas provincias de aquel reino destrozado. El emperador, como protector de Polonia, restituyó al trono á Casimiro, reconocido por algunos barones, y mandó por sus embajadores á Bretislao que retirase sus tropas de aquel pais. Como los embajadores de Enrique le hiciesen presente cuán grandes eran las fuerzas del monarca aleman, Bretislao les respondió: *por mas soldados que traiga, no nos faltará sitio para enterrarlos.* Los bohemios cumplieron esta orgullosa amenaza en la primer batalla que dieron á los alemanes declarada la guerra, pues los vencieron con grande estrago en 1041: pero en las tres campañas siguientes fue contraria á Bretislao la suerte de las armas, y hubo de presentarse en Ratisbona, donde desarmó con su sumision el enojo del emperador y recibió las condiciones de paz.

Guerra de Hungría: batalla de Javarin (1044). San Esteban, rey de Hungría, habia fallecido, dejando por heredero de su corona á Pedro, hijo del duque de Borgoña y sobrino del santo rey. Pedro, cobarde, disoluto y entregado á consejeros injustos y avaros, fue destronado y se refugió á la corte de Alemania. Los úngaros elevaron al trono á Ovon, marido de una hermana de san Esteban, que confiado en sus fuerzas invadió las tierras del

imperio: pero Adalberto, marques de Austria, le derrotó en el paso del rio Morava. El ejército del emperador penetró en Hungría, tomó por asalto á Presburg, arrojó al usurpador al otro lado del Danubio, y Pedro volvió á subir al trono Ovon juntó nuevo ejército, destronó segunda vez al rey, objeto siempre del odio de los úngaros, propuso á Enrique ceder al imperio la provincia de Stiria, posesion entonces de Hungría, y el emperador, fatigado de las quejas contínuas de los úngaros contra Pedro, hizo paz con Ovon á condiciones muy ventajosas para Alemania. Pero Ovon no cumplió ninguna: y fue menester volver á las armas. Enrique llegó con su ejército á las orillas del Raab, donde encontró al enemigo muy superior en número. El emperador tomó una posicion que obligaba á los úngaros á pelear contra el viento y á recibir en los ojos el polvo. Esta desventaja decidió la suerte de la batalla y de la guerra. Ovon fue completamente derrotado, y no hizo contra Pedro, que subió al trono por tercera vez, mas que una guerra de latrocinio. Vencido en un combate, abandonado de las tropas que le quedaban, se refugió en una aldea de Transilvania, fue descubierto, preso y llevado al rey Pedro que le mandó cortar la cabeza. Esto sucedió en 1045.

Dos años despues se encendió de nuevo la guerra en Hungría cuando Enrique estaba en Italia adonde fue á recibir la corona imperial. Los úngaros, que detestaban cada dia mas al

incorregible Pedro, nombraron por sus reyes á Andres y Leventa, sobrinos tambien de san Estévan, marcharon contra el rey, le vencieron é hicieron prisionero, le sacaron los ojos y le encerraron en un monasterio donde murió poco despues. Los nuevos reyes, queriendo aumentar su partido con los idólatras que aun quedaban en Hungría, proscribieron el culto cristiano, y restablecieron los altares del paganismo.

Enrique marchó contra ellos con ejército numeroso en 1050. Andrés, que habia quedado por único rey de los úngaros, habiendo fallecido su hermano Leventa, destruyó un cuerpo mandado por Gebardo, obispo de Bamberg; cortó los víveres á las tropas imperiales, y obligó á Enrique á hacer la paz. El emperador, á pesar de la crítica situacion á que estaba reducido, logró por condicion el restablecimiento de la religion cristiana en Hungría.

Enrique pasó á Italia segunda vez en 1054, y con acuerdo del papa Victor II restituyó á aquel pais una tranquilidad momentánea. En el concilio de Florencia que se celebró entonces, se quejó de Fernando I el grande, rey de Castilla, porque tomó el título de emperador de España, y aun pretendió estender su autoridad á la península, considerándola como feudo del imperio. Pero los embajadores de Fernando, entre los cuales cuentan algunos al célebre Ruy Diaz de Vivar, sostuvieron tan enérgicamente la independencia de su nacion, que Victor II, aunque aleman y amigo perso-

nal del emperador, declaró que la justicia estaba de parte de los españoles.

El emperador volvió á Alemania, é hizo guerra á los esclavones del Melzlemburgo: pero con éxito infeliz: porque estos bárbaros vencieron sus ejércitos y talaron á su placer las provincias de Sajonia y Turingia. El pesar de estas derrotas aceleró su muerte, y falleció en Botfeld, á los treinta y ocho años de edad y catorce de reinado.

Enrique IV, emperador (1056). En la muerte de Enrique el negro, que dejó á su hijo y sucesor Enrique IV, niño de nueve años, bajo la tutela de su madre la emperatriz Ines, se desenvolvieron en Alemania todos los gérmenes de anarquía, comprimidos por el vigor de los últimos emperadores. Magno, Rodulfo y Oton, duques de Sajonia, Suevia y Baviera, fueron los gefes de la aristocracia, resulta á apoderarse para siempre del gobierno, y á someter la autoridad imperial á las decisiones de la dieta germánica. Su primer paso fue usurpar la regencia, que les cedió la emperatriz, y gobernar á su arbitrio la Alemania. Adquirieron entonces los barones el derecho de hacerse guerra unos á otros, y estas guerras fueron crueles y bárbaras. Los mismos obispos, en calidad de señores feudales, usaban ampliamente de este privilegio.

Enrique, educado enmedio de los desórdenes de la anarquía, cuando llegó á mayor edad, veía pronto á caer el trono de sus ante-

pasados: pero de todas las virtudes que podian sostenerlo, no poseía ninguna sino el valor militar. Disoluto, ambicioso, avaro y poco fiel á su palabra, llenó de escándalo su corte, dió por dinero los obispados y abadías á sacerdotes indignos y quebrantó los tratados mas solemnes hechos con los grandes barones que se rebelaban frecuentemente y con igual facilidad volvian á su obediencia.

Sin embargo, á pesar de tantos defectos, fueron gloriosos los primeros dias de su reinado. En 1070 hizo prisionero á Magno, duque de Sajonia, venció al landsgrave de Turingia, capitan célebre entre los rebeldes, destituyó á Oton, duque de Baviera, acusado de haber urdido una conspiracion contra la vida del príncipe, y dió sus estados á Guelfo, conde de Ravensburg en Suevia, que era yerno de Oton, y descendia de la estirpe de los Agilofingios, antiguos señores de Baviera, y que fueron privados de este señorío en tiempo de Carlomagno por la rebeldía de Tasilon, último duque de esta familia.

Guerra de Sajonia: batalla del Unstrut (1074. Los sajones, irritados con la prision de su duque, y llevando á mal ser gobernados por una dinastía estrangera á su pais, juntaron poderoso ejército, á cuyas fuerzas se agregaron las de Oton de Baviera y de los duques de Lorena y Bohemia, coligados con ellos contra el emperador. Este les salió al encuentro, y los halló junto á las riberas del

Unstrut, rio de Turinoja. Dióse la batalla, que fue sangrienta y reñidísima. Rodulfo, duque de Suevia, reconciliado entonces con Enrique, á quien tocaba por su dignidad acometer primero, no pudo sostenerse en el campo de batalla, sino con el ausilio de Guelfo, duque de Baviera. Los sajones llevaban lo mejor de la pelea, cuando Enrique, acometiendo en persona al frente de la reserva, decidió la victoria, mas gloriosa que útil: pues los señores de su partido, viendo la grande pérdida que les ocasionaba una guerra emprendida por el interes del emperador y no por el de ellos, abandonaron sus banderas y no fue posible hacerlos volver á pelear, á lo menos en número suficiente para triunfar de los contrarios: y ademas los duques de Suevia, Baviera y Carintia declararon que no consentirian que se quebrantasen sus fueros á los sajones, temiendo este ejemplo que pudiera algun dia ser pernicioso para ellos mismos. Enrique, pues, se vió obligado á hacer la paz, recibió los homenages de aquella nacion indómita y les confirmó sus privilegios.

Al año siguiente, que fue el de 1076 empezó la terrible lid entre el emperador y el sumo pontífice Gregorio VII con motivo de las investiduras de los obispos. Los emperadores, bajo el pretesto de los bienes temporales que poseían en feudo los prelados habian avocado á sí la facultad de nombrarlos, que antes pertenecia á los fieles y al clero, y cometian los

mayores abusos en la concesion de beneficios, que se daban por dinero casi públicamente á hombres encenagados en los vicios y no pocas veces reos de grandes delitos. Gregorio VII trató no solo de estirpar esta simonía, sino de ejercer sobre los reyes la supremacía del poder sacerdotal, que era el primero de todos en aquella época, aun en el orden político. Enrique resistió: el pontífice no solo le escomulgó, sino tambien le depuso del trono.

Todos los señores de Alemania abandonaron entonces la corte del emperador, y este príncipe se vió reducido á pasar á Italia para ser absuelto por el sumo pontífice. Gregorio le levantó la escomunion, mas no le restituyó la corona, reservando esta segunda cuestion para que se decidiese al año siguiente en la dieta general del imperio. Entretanto la de Lombardía, donde dominaban muchos obispos de malas costumbres, enemigos del papa por su rigidez en sostener la disciplina de la iglesia, quitó la corona de Italia á Enrique, socolor que se habia hecho indigno de ella por su sumision á Gregorio, y la dió á Conrado su hijo. Enrique volvió á Alemania, declaró nulo cuanto habia tratado con el papa, y se dió principio á la guerra civil que por tantos años asoló el imperio y la Italia.

Guerra civil de Alemania: batalla de Merseburg (1081). Los señores de Alemania adictos á la causa de Roma, celebraron dieta en Forcheim, destituyeron á Enrique, y eli-

gieron emperador á Rodulfo, duque de Suevia, que fue consagrado y proclamado en Maguncia. Este príncipe era de grande ánimo y ambicion, y tenia por ausiliares los pueblos sajones, enemigos siempre de la casa imperial de Franconia. Enrique, que habia pasado á Italia con un ejército, tenia sitiado al papa el castillo de Canosa: pero sabiendo el resultado de la dieta, volvió á Alemania en 1078, ocupó el ducado de Suevia, é impidió á su competidor, que acudia con fuerzas numerosas, el paso del Necker. Al año siguiente le venció en batalla campal, lo que le dió la superioridad en el Mediodia de Alemania: pero habiendo penetrado en Turingia en 1080, se dió de poder á poder una nueva batalla junto á Fradheim, en que Enrique sufrió una derrota: bien que el movimiento de su retirada fue tan hábil, que Rodulfo no pudo incomodarle ni desbaratar su ejército.

Al año siguiente de 1081 quedó decidida la suerte de Alemania. Su ejército, mandado por él mismo en persona y por Oton, duque de Baviera, se encontró cerca de Merseburg con el del emperador, cuyo centro mandaba Enrique, el ala izquierda Federico de Hohenstauffen, y la derecha el célebre Godofre de Bullon, duque de Bravante, despues gefe de la primer cruzada y conquistador y rey de Jerusalen. Godofre recibió el primer choque de Rodulfo con la mayor firmeza, le acometió despues, le atravesó el vientre con su

dardo, y le cortó la mano derecha con su sable. Revolvió despues contra Oton, que traía mal parado á Enrique, y le arrojó del campo de batalla. Federico de Hohenstauffen le persiguió, y esterminó casi su ejército. Rodulfo murió de las heridas, y el emperador dió el ducado de Suevia al baron Federico.

Esta batalla quebrantó las fuerzas de los rebeldes: y aunque eligieron á Hermano, general de nombradía, sucesor de Rodulfo, y depuesto en 1087 sin mas delito que ser desgraciado en la guerra, á Ecberto, marqués de Misnia, nunca pudieron recobrar la superioridad perdida en la batalla de Merseburg. Ecberto pereció en un combate, la Sajonia se sometió y el emperador dió el marquesado de Misnia á Timon, conde de Lamperg. La coligacion de los grandes se disipó, y Enrique gozó en Alemania de alguna tranquilidad hasta los primeros años del siglo siguiente.

En Italia consiguió grandes triunfos al principio. En 1080 creó antipapa, á favor de los obispos de su partido, á Guiberto, arzobispo de Ravena, que disputó la tiara á Gregorio VII y á sus sucesores. Pero la santa Sede favorecida por Roberto Guiscard, caudillo de los normandos y por Rugero, su hijo y succesor, contuvieron los progresos de Enrique en el Mediodia de Italia: y su autoridad acabó en Lombardía, por la rebelion del príncipe Conrado su hijo, que se verificó en 1089. Las causas de la desavenencia entre padre é hijo fue-

ron los escándalos del palacio imperial. Enrique habia casado en segundas nupcias con Inés, hija de Useboldo I, gran príncipe de Rusia. Acusada de adulterio por su marido, huyó á Italia, se coligó con su entenado, que habia recibido por esposa á una hija de Rugero, rey de Sicilia, matrimonio que le hizo abrazar la causa de la santa Sede, y entrambos desacreditaron de tal manera al emperador en Italia, que todas las ciudades se declararon contra él. El papa Urbano II se aprovechó de la tranquilidad momentánea de Italia, para pasar á Francia, y celebrar el concilio de Clermont, donde se predicó la primer cruzada. Las tropas de Gualtero, por sobrenombre *sin caudal*, y del ermitaño Pedro, que fueron las primeras que pasaron de Europa al Asia contra los mahometanos, atravesando la Alemania y la Hungría, cometieron mil escesos, principalmente contra los judíos, á los cuales mataban y robaban en todas partes. Los úngaros esterminaron á Gualtero y á los suyos: Pedro el ermitaño llegó hasta el Asia menor, peleó con los turcos de Nicéa y fue completamente derrotado.

Conrado falleció en 1101: pero èste suceso, en lugar de mejorar la fortuna de Enrique IV, la empeoró. Enrique, su segundo hijo, príncipe hipócrita, pérfido, cruel y avaro, se rebeló contra él, favorecido por Lotario, uno de los señores mas poderosos de Sajonia: engañó á su padre fingiendo reconciliarse: le

hubo á las manos, y le obligó á cederle la corona imperial. El infeliz monarca, puesto en libertad, buscó asilo en Lieja, renovó la guerra contra su hijo en la Germania inferior: pero falleció en 1106 pobre y miserable: príncipe, á quien solo faltó para ser grande haber tenido virtudes como tenia prendas militares.

Enrique V., emperador (1106). Su hijo Enrique fue reconocido sin dificultad, apenas se supo la muerte de su padre, y su primer acto fue dar el ducado de Sajonia á su amigo Lotario. El pretesto de que se habia servido para justificar su rebelion contra Enrique IV, fue que este era enemigo de la sede apostólica; y él mismo, cuando fue emperador, se declaró contra ella. Lotario, mas sincero en su creencia, no pudo tolerar la versatilidad de la política de Enrique V, le declaró la guerra, y se hizo casi independiente en Sajonia.

La disputa de las investiduras duró, con varios sucesos, ya referidos en el capítulo adicional de la historia de Italia, inserto en el tomo anterior, hasta el año de 1122, en que se hizo la paz entre Enrique y el sumo pontífice Calisto II. El emperador conservó la facultad de dar la investidura de los beneficios eclesiásticos, no por medio del báculo y del anillo, sino por medio del cetro que representaba el señorío temporal, y se restituyó al clero el derecho libre de elegir los prelados. Enrique falleció tres años despues detestado de sus vasallos como mal hijo y príncipe cruel. Muy inferior á

su padre en el talento militar, supo sin embargo conservar, mejor que él, la autoridad imperial. Los alemanes decian de este príncipe que *vivió pobre para morir rico*: porque habiendo usado de economía que llegaba hasta la mezquindad, dejó inmensas riquezas. Murió sin sucesion, y en él se estinguió la línea masculina de la casa de Franconia.

Lotario II, emperador (1125). Los barones de Alemania eligieron por emperador á Lotario, duque de Sajonia, á pesar de que quedaban dos sobrinos de Enrique V á los cuales este príncipe, viéndose sin sucesion, habia dejado los ornamentos imperiales. Federico, duque de Suevia y Conrado, duque de Franconia, eran hijos de Federico de Hohenstauffen, y de Inés, hija de Enrique V y hermana de Enrique IV. Pero los grandes de Alemania, recelosos del derecho hereditario que ibá estableciendo la casa de Franconia, quisieron elegir monarca de otra familia, y coronaron á Lotario, no sin hacer capitulaciones que disminuyeron en gran manera el poder imperial: pues dos de sus artículos fueron 1.° que el emperador no podria tener ninguna plaza fortificada; 2.° que no podria quitarse á ningun príncipe del imperio su estado sino por sentencia de la dieta general. Lotario se despojó del ducado de Sajónia que poseía, dándolo en dote á su hija Getrúdis, que casó con Enrique el soberbio, duque de Baviera, nieto de Guelfo I, y cuya casa llegó á ser con este acrecen-

tamiento de dominio la mas poderosa de Alemania, pues ademas de Baviera y Sajonia poseia en Italia los marquesados de Verona y del Friul.

Lotario fue príncipe religioso, caritativo, justo, valiente y feliz en casi todas sus guerras. Venció á Conrado y Federico de Suevia, que le hicieron guerra en Alemania é Italia, y con los cuales se reconcilió por mediacion de san Bernardo, oráculo entonces de occidente. Pasó á Italia, y consiguió grandes victorias contra Rugero, rey de Sicilia, favorecedor del antipapa Anacleto contra Inocencio II. Conquistó la Pulla y la Calabria, obligó á Rugero á buscar asilo en su isla, y terminó el cisma que afligia la iglesia. De vuelta de la segunda espedicion á Italia, falleció en 1138 cerca de Trento. Murió sin sucesion varonil. Getrudis, la mayor de sus hijas, casó, como ya hemos dicho, con Enrique, duque de Baviera, y Heduigis, la menor, con Luis el barbudo, descendiente por mugeres de Cárlos de Lorena, hijo de Luis de Ultramar, rey de Francia. Lotario dió en dote á Heduigls el landsgraviato de Turingia.

Conrado III. emperador (1138). Enrique el soberbio, duque de Baviera y Sajonia, recibió de Lotario, próximo á la muerte, las insignias imperiales: pero los barones de Alemania no quisieron tener por emperador á un magnate tan poderoso, y dieron la corona á Conrado, duque de Franconia, hijo mayor de Federico de Hohenstauffesn. Este fue el primer em-

perador de la célebre casa de Suevia. Enrique el soberbio tomó las armas contra Conrado, y este, en la dieta celebrada en Vurztburg le proscribió, y le despojó de sus ducados, dando el de Sajonia á Alberto, por sobrenombre el oso, marques de Brandemburg, y el de Baviera á Leopoldo V, marques de Austria, descendiente de Arnaldo el malo, á cuyos hijos quitó Oton el grande el mismo ducado. Leopoldo era hermano uterino del emperador; porque su madre Inés, hija de Enrique IV muerto su primer marido Federico de Hohenstauffen, casó en segundas nupcias con Leopoldo IV el santo, marqués de Austria, del cual tuvo á Leopoldo V y á Enrique, por sobrenombre Jasamergot.

Enrique el soberbio arrojó fácilmente á Alberto del ducado de Sajonia, cuyos habitantes le eran muy afectos: pero falleció cuando se preparaba á recobrar el ducado de Baviera, dejando por su heredero á su hijo Enrique, por sobrenombre el leon, en menor edad bajo la tutela de Guelfo, hermano del difunto. Guelfo, con el valor y actividad propio de su familia, invadió los estados de Leopoldo, que hubiera perdido la Baviera, á no haberle socorrido el emperador con todas sus fuerzas.

Redújose el trance decisivo de la guerra al sitio de Winsberg, plaza acometida por las tropas imperiales y defendida por Guelfo en persona. En él se oyeron por primera vez los nombres de Guelfos y Gibelinos, tan funestos á Alemania y á Italia. El primero tuvo su origen del

nombre propio Guelfo, comun en la familia de Enrique el soberbio. Su hermano, que defendia la plaza, lo designó á sus tropas como grito de guerra: y los sitiadores adoptaron el de *Gibelinos*, de Gibeling, solar de la baronía de Hohenstauffen en Suevia, de donde procedia el emperador Conrado. Despues en las guerras de Italia entre los emperadores y la santa Sede, se dió el nombre de gibelinos á los que favorecian la causa del imperio, y él de guelfos á los defensores de los papas.

Este sitio fue memorable por su éxito. Reducida la plaza á la última estremidad, y no atreviéndose Guelfo á capitular temiendo la ira del emperador, su esposa pidió á Conrado licencia para que ella y las mugeres que estaban en Winsberg, saliesen con los bienes que pudieran llevar consigo; prometiéndole, si esto concedia, la entrega de la fortaleza. Conrado consintió esperando haber á las manos su enemigo: pero ¡cuánta fue su admiracion, viendo salir de la plaza las mugeres al frente de todas las de Guelfo, con sns maridos en los hombros! El emperador supo apreciar este noble ejemplo de valor conyugal, y perdonó á todos los que habian tomado las armas contra él.

La espedicion mas célebre y funesta de Conrado fue la segunda cruzada. Pasó por Constantinopla al Asia con un ejército floreciente de cien mil guerreros, en 1145: pero perdido en los desiertos de Capadocia por la perfidia de los guias que le dió Manuel Comneno, empera-

dor de oriente, acometido por la caballería turca, que cargaba y se retiraba como la de los partos, ostigado de la falta de víveres, del calor del clima y de las enfermedades, no pudo forzar los desfiladeros de Siria, y retrocedió hasta Nicea, donde llegó con un cortísimo resto de sus tropas á reunirse con Luis VII, rey de Francia, que tambien habia tomado la cruz, y en cuyo reinado se describió muy circunstanciadamente esta espedicion. Conrado, á pesar de sus infortunios, pasó por mar á Palestina, y se halló con los reyes de Francia y de Jerusalen en el famoso sitio de Damasco, donde hizo prodigios de valor, inútiles todos, por la desunion de los gefes, que dió lugar á los sarracenos para la defensa. En esta calamitosa espedicion se distinguió el jóven Federico, por sobrenombre barbaroja, sobrino de Conrado, é hijo de su hermano Federico, duque de Suevia.

Mientras Conrado estuvo en Asia, ni Enrique el leon, ni su tio Guelfo se atrevieron á moverse por la ley eclesiástica que proscribia á todos los que invadiesen los estados de los campeones de la guerra santa: pero en 1150, cuando ya el emperador se hallaba en Alemania, volvieron á renovar la antigua pretension, que por entonces terminó amigablemente la mediacion de Federico Barbaroja, con estas condiciones: Enrique el leon quedó con el ducado de la baja Sajonia, Alberto de Brandemburg con el de la alta; y Enrique de Jasamergott, hermano y sucesor de Leopoldo V, con el de Baviera. Dos

años despues murió Conrado, designando por sucesor á su sobrino Barbarroja con preferencia á su propio hijo Federico, que era niño: anteponiendo el bien público al engrandecimiento de su familia. Accion digna de un príncipe justo, valeroso y magnánimo, á quien solo faltó la fortuna para ser el primero de su siglo.

Federico I Barbarroja, emperador (1152). Este príncipe sucedió á su tio Conrado sin la menor oposicion. Las prendas que le distinguian eran valor, á toda prueba, de que habia dado muestras en la última espedicion á la tierra santa: habilidad y política cual no la tuvo ningun otro príncipe de su tiempo, firmeza y justicia que mantuvieron la paz en Alemania durante su largo reinado á pesar de la anarquía propia del sistema feudal.

Aunque Gibelino por su padre, era Guelfo por su madre Judit, hermana de Enrique el soberbio: y así trató de favorecer á su primo y amigo Enrique el leon, restituyéndole la Baviera, bien que reducida á sus límites actuales. El marquesado de Austria fue erigido en ducado á favor de Enrique Jasamergot, y el que hoy se llama Palatinado de Baviera, se dió á Oton, conde de Witelspach, que descendia como Enrique Jasamergot, del antiguo duque de Baviera Arnaldo el malo. Tanto el palatinado como el Austria eran antes provincias del ducado de Baviera.

Compuestas las cosas de Alemania, pasó á Italia á recibir la corona imperial, y aun mas

á consolidar su poder contra el espíritu de independencia que cundia en todas sus ciudades: mas esto no podia hacerse, sin tener contra sí á los sumos pontífices, protectores natos de la libertad de Italia. En el capítulo adicional, ya citado, de la historia de este pais, referimos sus primeros triunfos en Italia, la toma y destruccion de Tortona en 1155, su adhesion al antipapa Octaviano en 1159 contra el sumo pontífice Alejandro III, la toma y destruccion de Milan en 1162, la confederacion contra los alemanes de las ciudades lombardas, la fundacion de Alejandría de la Palla en 1168, el sitio que puso á esta plaza en 1174 donde perdió inútilmente la mayor parte de su ejército, y en fin la batalla del Tesin, dada en 1176, en que fue completamente derrotado por el ejército de la confederacion lombarda, y que le obligó á hacer la paz con Alejandro III y á terminar el cisma.

Federico volvió á Alemania muy irritado contra Enrique el leon, duque de Sajonia y Baviera, que le habia abandonado con sus tropas en el sitio de Alejandría cuando mas necesidad tenia de ellas, y que se habia aprovechado de la ausencia de Federico en Italia para acometer los estados de algunos barones sus vecinos. Enrique fue proscrito en la dieta de Vurtzburg de 1180, y sus dominios fueron repartidos. La Baviera se dió á Oton de Whitelspach, conde palatino de Baviera: la alta Sajonia á Bernardo, hijo de Alberto el oso, y tronco de la fa-

milia de Anhalt, y la baja Sajonia se dividió entre varios príncipes y obispos: de modo que solo quedaron á Enrique el leon y sus descendientes los señoríos de Brunswik y de Luneburgo.

Tercera cruzada: batalla de Iconio (1190). Federico marchó en la tercer cruzada, predicada por el sumo pontífice Clemente III, á la conquista de la Tierra santa, contra el célebre Saladino, que habia destruido el reino de Jerusalen. Atravesó el Austria y la Hungría sin dificultad. Los tratados que habia hecho con Isaac Angel, emperador de oriente, y con Kay Cosroes, sultan selgiucide de Iconio, le prometian franco el paso del Tauro y del Amano para la Siria: pero uno y otro monarca fueron infieles á sus promesas. Apenas llegó á Bulgaria el ejército aleman, exigió Isaac de Federico que renunciase al título de emperador, que solo, segun decia, tomaban con derecho los monarcas de Constantinopla: Federico le respondió apoderándose de Filipópoli y de Andrinópoli, dando cuarteles á sus tropas en Tracia, y exigiendo que los griegos le suministrasen buques para atravesar el Helesponto. Isaac obedeció.

Los alemanes, instruidos por los desastres de la espedicion de Conrado, á quien el mismo Federico acompañó siendo partícipe de sus peligros y calamidades, evitaron el camino del desierto de Frigia, y por la Misia, la Troade, y la Jonia penetraron en los estados del sultan de Iconio, que en vez de cumplir su palabra, les presentó un ejército innumerable de turcos.

Federico, para inutilizar la manera de combatir de aquellos bárbaros, finge temor, se retira con una parte de sus tropas, dejando otra en emboscada, es perseguido por los turcos, se vuelve contra ellos cuando los de la celada acometian por un costado, logra una señalada victoria, persigue al enemigo hasta Iconio, pone sitio á esta plaza dejando á Federico, su hijo segundo, duque de Suevia, delante de ella, y marcha contra el ejército principal del selgiucide. Derrotóle en otro segundo combate, mas encarnizado que el primero, el mismo dia que su hijo tomó la ciudad.

Kay Cosroes hizo la paz á condicion de dar víveres al ejército cristiano hasta su entrada en Siria. Ya marchaba contra Saladino el único héroe de Europa igual en valor y capacidad al de Asia, cuando la muerte le sorprendió bañándose en el Cidno, rio de Cilicia. Este gran monarca dejó cinco hijos: Enrique, coronado ya rey de romanos y lombardos, y que le sucedió en el imperio: Federico, duque de Suevia, que murió en Palestina, á donde pasó con el ejército aleman despues de la muerte de su padre: Conrado que le sucedió en el ducado de Suevia: Oton, conde de Borgoña, y Felipe, que fue despues emperador.

Enrique VI el severo, emperador. Este príncipe fue gran capitan como su padre Federico; pero avaro, ambicioso y cruel. Al mismo tiempo que murió su padre, falleció Guillermo II el bueno, rey de Sicilia, y se estin-

guiò en él la dinastía de los normandos. Aquel reino pertenecia al emperador Enrique, marido de Constanza, hija de Rugero, primer rey normando de Sicilia, y tia del difunto Guillermo: pero los señores de Sicilia y Nápoles, enemigos de la dominacion alemana, dieron la corona á Tancredo, conde de Lecce, é hijo natural de Rugero, hermano de Constanza. Tancredo se sostuvo en el trono hasta 1193: pero habiendo fallecido, dejando en menor edad á su hijo Guillermo III, el emperador invadió el reino, se apoderó del niño, le mutiló y encerró en una fortaleza de Alemania, destruyó las ciudades del Mediodia de Italia, se bañó en la sangre de sus habitantes, y murió, dejando aquella corona y la de Lombardía á su hijo Federico, niño de corta edad. Este príncipe manifestó su avaricia, alargando la prision de Ricardo I, rey de Inglaterra; que volviendo por tierra de la espedicion de Palestina á sus estados, fue preso por Leopoldo, duque de Austria, á quien habia injuriado en el sitio de Tolemaida del modo siguiente. Leopoldo, con los alemanes que restaban de la espedicion de Federico Barbarroja, se apoderó de un castillo de la plaza, y puso en él la bandera de Austria: Ricardo mandó quitarla y arrastrarla en el lodo, declarando que donde él y el rey de Francia mandaban, ningun señor particular tenia derecho para tremolar su estandarte. Leopoldo vengó esta injuria, cuando Ricardo pasaba por Austria de vuelta á Inglaterra: y Enrique no dió

libertad al ilustre cautivo hasta que se le entregó por su rescate una suma mayor que la que le ofrecia porque le retuviese, Felipe Augusto, rey de Francia competidor y enemigo de Ricardo.

En el reinado de Enrique se fundó y aprobó por el sumo pontífice la orden teutónica, religiosa y militar, compuesta esclusivamente de caballeros alemanes, y en favor de los guerreros de su nacion que pasaban á tierra Santa, y que hallaban menos socorros que otros en las órdenes del hospital y del Temple, por ser su idioma menos conocido. La bula de aprobacion fue dada por Celestino III á 22 de febrero de 1191.

Felipe de Suevia, emperador (1198). Enrique VI habia hecho jurar rey de romanos á su hijo Federico: pero su corta edad le escluyó de la corona del imperio. Disputáronla Felipe, hijo de Federico Barbarroja, y heredero en el ducado de Suevia, de su hermano Conrado que falleció sin sucesion, y Oton de Brunswick, hijo de Enrique el leon, y hermano de Enrique, duque de Brunswick. Favorecian á Oton su tio Juan sin tierra, rey de Inglaterra, y la corte de Roma, que al mismo tiempo que favorecia al niño Federico, rey de Sicilia, que habia quedado bajo su tutela, templando con su autoridad los ánimos de los sicilianos y napolitanos exasperados por las crueldades de Enrique VI, no queria ver á un gibelino en el trono de Alemania. Pero el partido de Felipe era superior

en el imperio; bien que perdió la alianza de Primislao, rey de Bohemia. Este príncipe, arrojado de Praga por una faccion, se vió reducido á tanta indigencia que para mantenerse tuvo que servir de criado á un arquitecto de Ratisbona. Los bohemios le volvieron á llamar al trono de aquel ducado, y siguió el partido de Felipe, que le recompensó dándole el título de rey, hereditario desde entonces en su familia.

Pero su amistad se acabó por el motivo siguiente: Primislao estaba casado con una hija del marques de Misnia, y la repudió por causa de adulterio Felipe, por amistad al marques, dió orden al rey de Bohemia de volver á recibir á su esposa. Primislao indignado, en vez de obedecer, se pasó al partido de Oton, con tanto empeño, que trocó su nombre en el de *Otocaro*, ó amante de Oton. Pero al mismo tiempo Enrique de Brunswick, hermano de Oton, pasó al partido de Felipe, mediante la restitucion del ducado de Westfalia, que habia sido de Enrique el leon, y las pérdidas de los dos rivales se compensaron.

Batalla de Colonia (1206). La guerra civil entre Felipe y Oton duró ocho años sin mas sucesos militares que la toma de algunas plazas, y la tala de los campos. Al fin, Oton hizo alianza con Valdemaro II, rey de Dinamarca, que se valió de aquella ocasion para conquistar el Holsthein, el Meklemburgo, la Pomerania y la Vandalia: y á él se le atribuye la

fundacion ó reedificacion de Dantcik, nobilísimo emporio del Báltico.

Al fin los dos rivales vinieron á dar una batalla decisiva junto á las murallas de Colonia. Felipe, superior en fuerzas y mas querido de los alemanes, consiguió la victoria, y Oton, acompañado solamente de algunos amigos, huyó á Inglaterra. Pero Felipe no gozó mas que dos años de su triunfo ni del imperio. Oton de Witelspach, conde palatino, le asesinó en su mismo cuarto, porque habiéndole prometido en casamiento una hija suya, se la negó despues. El motivo de Felipe erá justo: pues el conde habia sido declarado por infame en la dieta del imperio, posteriormente á la promesa del emperador, convencido de haber dado muerte alevosa á un baron, estimado generalmente por su intrepidez y providad.

Felipe no tuvo sucesion varonil: de sus cuatro hijas, Cunegunda casó con Venceslao, hijo y sucesor de Otocaro, rey de Bohemia: María, con Enrique, duque de Brabante: Beatriz con Oton, su rival, y muerto éste, con Fernando III, rey de Castilla, por sobrenombre el santo.

Oton IV, *emperador* (1208). Muerto Felipe, subió al trono imperial sin dificultad alguna Oton de Brunswick; castigó al asesino de su predecesor confiscando sus bienes, y condenándole á muerte. Esta segunda parte de la sentencia no se ejecutó, por la fuga de Oton

de Witelspach: pero Felipe de Calata, mariscal del palacio del emperador Felipe, le buscó y le dió muerte en desafio.

Oton, sosegadas las cosas de Alemania, pasó á Italia, recibió en Monza el cetro de Lombardía, y en Roma fue coronado emperador por el papa Inocencio III. La prosperidad cegó á este príncipe de grande ánimo y de mayor ambicion. En vez de restituir á la santa Sede, como habia prometido, algunas tierras de Toscana que pertenecian á los papas por donacion de la condesa Matilde, se apoderó de varias plazas de los estados pontificios, y so-color de que Calabria y Pulla fueron antiguamente feudos del imperio, hizo guerra cruel á Federico, rey de Sicilia, protegido entonces por el papa.

Facil era de preveer el resultado de una ambicion tan injusta, tan impolítica, y manifestada tan á las claras. Inocencio III se confederó con Felipe Augusto, rey de Francia, enemigo de Oton, por ser éste aliado y pariente de Juan, rey de Inglaterra. El emperador fue escomulgado y depuesto por el pontífice, y la corona imperial dada á Federico, que tenia derecho a ella, por haber sido jurado rey de romanos en vida de su padre el emperador Enrique VI. Los duques de Alemania, afectos á la casa de Suevia, se declararon por Federico. Oton tuvo que evacuar á Italia para sosegar las alteraciones del imperio: Federico le siguió, fue reconocido rey de Lombar-

día, y todos los barones de la Alemania meridional se adhirieron á él: entre ellos Rodulfo, conde de Habspurg, abuelo del emperador del mismo nombre, y á quien Oton habia confiado el gobierno de Alsacia con título de Landsgrave. Esta guerra civil comenzó en 1210, y se continuó hasta 1214 con vario suceso.

Oton, dueño de la Alemania septentrional, y teniendo en su partido al duque de Brabante, al conde de Flandes y á otros señores de la Germania inferior, formó una empresa capaz, á haberle salido bien, de asegurar su dominacion, no solo en el imperio, sino tambien en Francia y en Italia. Esta fue combinar sus movimientos con los de Juan, rey de Inglaterra, en el Poitou, y acometer á un mismo tiempo con todas sus fuerzas el centro de todos los estados de Felipe Augusto; seguro de que, vencido este enemigo formidable, someteria á los demas fácilmente. Pero el rey de Francia era, por lo menos, tan gran capitan como Oton, y tenia mas prudencia política. Informado á tiempo de los designios del emperador, deja suficientemente guarnecidos los pasos del Loira contra el rey Juan, que ni sabia hacer la guerra ni era amado de sus vasallos, y reunido el grueso de sus fuerzas marchó contra el emperador. Encontráronse los dos ejércitos junto á Bouvines, y allí se dió la primer batalla campal entre alemanes y franceses, célebre por la intrepidez con que unos y otros combatieron, y por los resultados

que tuvo. Tanto Felipe como Oton pelearon como nobles caballeros, y entrambos estuvieron en peligro de perder la vida ó la libertad. Al fin, la victoria se declaró por los franceses con terrible estrago de los enemigos; y Oton se retiró á sus estados hereditarios de Brunswick, donde vivió cuatro años como simple particular, aunque sin reconocer á Federico, y murió de pesadumbre en 1218; víctima, á semejanza de otros muchos príncipes, de su ambicion desmesurada.

Federico II, emperador (1214). La corte de Roma olvidó el recelo que le inspiraba la casa de Suevia, heredera de las pretensiones de Federico Barbarroja, por la indiscreta ambicion de Oton de Brunswick: mas no le olvidó tanto que al favorecer la elevacion al trono imperial de Federico II dejase de tomar precauciones contra el poder escesivo que heredaba. Inocencio III y su sucesor Honorio III, consintieron en dar la corona imperial á Federico: pero á condicion que cediese el trono de Sicilia á su hijo Enrique, niño todavía: que tomase la cruz y partiese á la Tierra santa con ejército: en fin, que se mostrase siempre hijo, no solo sumiso, sino tambien agradecido de la santa Sede; á la cual debia su engrandecimiento

Federico, monarca de ánimo elevado, intrépido, instruido en el arte militar y en la literatura de su siglo, y hábil político, heredero ademas de toda la ambicion de sus abuelos, se propu-

so hacer efectiva su autoridad en Lombardía, cuyas ciudades, erigidas ya en repúblicas, detestaban el yugo aleman, y no reconocian, sino de nombre, al emperador: y al mismo tiempo libertarse de la tutela de Roma. De aquí provino la guerra, primero diplomática y despues manifiesta, que sostuvo treinta años contra los sumos pontífices Honorio III, Gregorio IX, é Inocencio IV: guerra, en que pasaron á Italia las facciones y nombres de *guelfos* y *gibelinos*: guerra en que adquirió muchos laureles inútiles, y que se terminó por la batalla de Parma, dada en 1248, en que fue desbaratado y roto su ejército, y quebrantada su potencia. Ya referimos en el capítulo adicional de la historia de Italia los acontecimientos principales de esta larga y terrible lid: y así nos contentaremos ahora con describir los sucesos mas notables de Alemania durante el reinado de Federico, que fue mas dichoso al otro lado de los Alpes, que en la península italiana.

El emperador, antes de su primera espedicion á Italia á recibir la corona imperial, hizo nombrar rey de romanos á su hijo Enrique en la dieta del imperio celebrada en 1220, en lugar de coronarle rey de Sicilia, como habia prometido á la corte de Roma; y este fue el primer motivo de su desavenencia con Honorio III.

Durante las guerras civiles entre Oton IV, y Felipe de Suevia, los reyes de Dinamarca habian ocupado sin oposicion el Sleswig, el

Holstchim, gran parte del Meklemburgo: y las ciudades de Hamburgo y Lubec; pero un suceso estraordinario restituyó al imperio aquellos paises. Valdemar II, rey de Dinamarca, visitó sin desconfianza al conde de Schwesin, uno de los señores principales del Meklemburgo, y que era á la sazon vasallo y aliado suyo. El conde habia ido algunos años antes á la espedicion de Tierra santa, y durante su ausencia, la condesa su esposa le ofendió en el honor teniendo trato adúltero con Valdemar. El esposo ofendido disimuló su ira, y no la manifestó hasta que se le proporcionó ocasion de venganza. Cuando tuvo en su poder al ofensor, le retuvo prisionero, y no le puso en libertad, hasta que hubo pagado un rescate cuantioso, restituido al imperio las ciudades y territorios que le tenia usurpados, y reconocido la independencia del condado de Schweriot. Este acontecimiento pertenece al año 1224.

Cuatro años despues pasó Federico á Palestina, y en virtud de un tratado con el soldan de Egipto adquirió las ciudades de Jerusalen, Nazaret, Belen y otras; y tomó el título de rey de Jerusalen, unido desde entonces á la corona de Sicilia. A su vuelta á Europa trajo consigo á los caballeros teutónicos, les dió en Franconia la ciudad de Mergentein, y les incitó á hacer guerra á los pueblos, idólatras todavía, de las orillas del mar Báltico. Los caballeros conquistaron la Prusia, la Curlandia y la Livonia, que esta orden poseyó mu-

chos siglos, aunque á costa de guerras continuas con los rusos de Novogorod la grande. Aquellos paises se llenaron de colonias alemanas, y entraron en la esfera de la civilizacion europea.

Federico volvió á Italia en 1229, y empezó su terrible lucha con Gregorio IX. Enrique, su hijo, rey de romanos, incitado por los guelfos de Alemania, se manifestaba dispuesto á imitar la conducta de Enrique V, y á rebelarse contra su padre. La paz momentánea, hecha en 1230 entre Federico y la corte de Roma, le contuvo: pero continuando la guerra entre el emperador y las ciudades lombardas, Enrique levantó el estandarte de la rebelion en 1234. Vencido al año siguiente por el marques de Baden, y obligado á implorar la clemencia de su padre, Federico le destituyó y le encerró en una fortaleza de Pulla, donde murió poco despues. En la dieta de Ratisbona de 1237 fue elegido rey de romanos, Conrado hijo segundo del emperador.

Este mismo año se verificó la terrible invasion de los mogoles en Europa, conducidos por Batukan, nieto de Gengiskan y gefe de la *tribu dorada*, establecida en el Kipzak, país colocado entre el Don y el Jaik. Este formidable conquistador asoló la Rusia, la parte meridional de Polonia y la Ungría: pero sus armas no fueron felices en Moravia, única provincia que invadieron en Alemania. Peti, lugarteniente de Batukan, fue vencido y muerto

por Venceslao IV, rey de Bohemia, en una batalla que dió á los tártaros junto á Olmutz, plaza que tenian sitiada.

La elevacion al trono pontifical de Inocencio IV, cardenal amigo, y papa enemigo de Federico II, segun habia pronosticado este emperador, encendió mas cruelmente la guerra entre el imperio y la santa Sede. En el concilio de Leon fueron escomulgados y depuestos Federico y su hijo Conrado. El partido guelfo de Alemania eligió emperador á Enrique Raspon: landsgrave de Turingia, que venció junto á Francfort, á Conrado, rey de romanos, siempre fiel á su padre: pero habiendo muerto Raspon, al año siguiente, los electores de su partido, reunidos en Nuitz, eligieron por emperador á Guillermo; jóven valiente y ambicioso, hermano de Florante, conde de Holanda. En esta eleccion habla la historia por la primera vez del colegio de electores, que no se estableció legalmente hasta la bula de oro de Cárlos IV: pero que ya se habia introducido como una costumbre, cuyo orígen es el siguiente.

Todos los príncipes y prelados de Alemania tenian voto desde la estincion de los carlovingios en el nombramiento del rey teutónico: pero en las ceremonias de la coronacion ejercian su ministerio los grandes dignatarios de la corona, que eran al mismo tiempo los príncipes mas poderosos del cuerpo germánico á saber, el arzobispo de Maguncia, archicanci-

ller del imperio por Alemania; el de Tréveris, por las Galias; el de Colonia, por Italia: el rey de Bohemia, copero mayor del emperador: el conde Palatino, maestresala mayor: el duque de Sajonia, archimariscal de palacio, y el marques de Brandemburgo, camarero mayor. Estas dignidades estaban vinculadas á sus posesiones feudales. Como estos dignatarios eran los únicos que figuraban en la coronacion, creyeron fácilmente que ellos daban la corona: y por usurpacion ó por compromiso de los demas que tenian derecho de sufragio, empezaron á avocar á sí toda la autoridad electoral: mucho mas cuando eran los únicos que en razon de sus empleos estaban obligados á asistir á la dieta de eleccion: y así se les vé ya bajo la dinastía de Franconia dominar en las elecciones. Las guerras civiles, tan frecuentes en Alemania y tan favorables al poder de los grandes barones, convirtieron en uso la usurpacion, y el uso se convirtió en ley, como hemos dicho, en el reinado de Carlos IV.

El mismo año que fue coronado Guillermo falleció Federico, duque de Austria, por sobrenombre el belicoso, y en él se estinguió la línea masculina de la primer casa de Austria, cuyo tronco fue Everardo, hijo mayor de Arnaldo el malo, duque de Baviera. Primislao III, por sobrenombre Otocaro, hijo de Venceslao IV, rey de Bohemia, y de Margarita, hermana de Federico el belicoso, hizo,

como príncipe mas poderoso y cercano, valer sus derechos, y se apoderó de Austria, en cuyo ducado le confirmó Guillermo de Olanda, para ganarle á su partido; aunque era mejor el derecho de Federico, hijo del marques de Baden y de una hija del último duque.

Guillermo sostuvo con felicidad contra Conrado, hijo de Federico II hasta la muerte de éste, que se verificó en 1250, dos años despues de haber perdido la batalla de Parma. Hallábase entonces en Fiorenzuela, ciudad de la Pulla, donde falleció, segun unos, de veneno que le dió Manfredo, su hijo natural: segun otros, del pesar que le causaba la ruina de su poderío, y la suerte de Encio, otro hijo natural suyo, á quien habia dado el reino de Cerdeña, y que se hallaba preso en poder de los de Bolonia, ciudad del partido guelfo, despues de haberle derrotado en un combate. Los boloneses no quisieron nunca dar libertad á su cautivo, y murió en la prision.

En tiempo de Federico II el ejemplo de Francia é Italia, y la necesidad de precaverse contra las guerras civiles, movió á muchas ciudades de Alemania, principalmente las que estaban sometidas á señores menos poderosos como eran los obispos, á pedir al emperador fueros, privilegios y régimen municipal. Estas ciudades tomaron el títnlo de *imperiales* porque dependian inmediatamente del emperador, y de *libres*, porque nombraban sus magistrados. La primera de esta clase, de que habla la

historia, es Goslar, emancipada por Federico II al principio de su reinado. Este emperador emancipó otras muchas, no solo porque esta providencia disminuia el poder de los señores, sino tambien por las sumas que recibia en precio de la libertad de aquellos pueblos, y que le eran necesarias para la guerra continua que tuvo que sostener en Italia. El número de estos pueblos era tan grande, que en la anarquía que sufrió Alemania en el reinado de Guillermo de Olanda, se confederaron setenta ciudades imperiales, y juntaron un ejército para defender sus posesiones y su independencia contra el furor de los partidos.

Conrado IV, emperador (1250). El reinado de Conrado IV, hijo de Federico II, fue corto y desgraciado. Vencido por su competidor Guillermo de Olanda en la batalla de Oppenheim, le abandonó el imperio de Alemania, pasó á Italia, tardó dos años en recobrar el reino de Sicilia, cuyas plazas principales estaban ocupadas por los güelfos, y murió en 1254, dejando á su hijo Conradino, heredero de toda la gloria y de todos los estados de la casa de Suevia, en muy corta edad. Su hermano, Enrique, último hijo de Federico II, habia fallecido sin sucesion dos años antes.

Guillermo de Olanda, emperador (1254). Muerto Conrado, reinó Guillermo en Alemania sin competidor: pero reinó solo en el nombre. El título de emperador era entonces meramente honorífico. Los electores, príncipes,

prelados y ciudades del imperio habian sacudido completamente el yugo de la autoridad monárquica: y mal podria imponérselo un emperador, como Guillermo, que no tenia estados hereditarios, ni las prendas personales que dieron tanto poder á los príncipes de las anteriores dinastías.

Guillermo pereció despues de dos años de reinado peleando contra los frisios que movian guerra á Olanda. En una batalla que les dió, atravesando á caballo un lago cubierto de hielo, se rompió este, y quedó sumergido hasta medio cuerpo. Los enemigos, que le vieron en esta situacion, le acabaron á flechazos.

Interreino grande (1256). Los electores, sabida la muerte del emperador, se dividieron: unos nombraron á Ricardo, conde de Cornwallis, hermano de Enrique III, rey de Inglaterra, otros á Alonso X, rey de Castilla, hijo de san Fernando y nieto del emperador Felipe por su madre Beatriz de Suevia. La corte de Roma, resuelta á acabar con la casa de Suevia, habia prohibido á los alemanes elegir a Conradino, hijo de Conrado IV, y hacia guerra en Italia á Manfredo el bastardo, que despues de la muerte de su hermano Conrado, se coronó rey de Sicilia, socolor de que un niño como Conradino, no era capaz de sostener el peso del cetro en circunstancias tan dificiles.

Ricardo, mas cercano al imperio, y mas desocupado de negocios propios que Alonso de

Castilla, pasó á Alemania, y fue coronado por los de su partido en Aix la Chapelle: pero fastidiado de un vano título sin poder, y llamado de su hermano el rey de Inglaterra para que le ausiliase en la guerra civil que tenia entonces con sus barones, se embarcó para la isla; y sin renunciar al cetro imperial, se manifestó resuelto á no hacer por él el menor sacrificio.

Si Alonso de Castilla hubiese pasado entonces á Alemania, habria conseguido la corona sin oposicion: pero las guerras de los moros y la turbulencia de sus grandes le impidieron hacer un viaje tan largo como impolítico: y cuando se resolvió á emprenderlo fue despues que el intereino estaba acabado, y nombrado emperador Rodulfo de Habspurg, gefe de la segunda casa de Austria, que ascendió al trono imperial en 1273.

Durante este largo intereino se consumó la ruina de la dinastía de Suevia. Cárlos de Anjou, hermano de san Luis, coronado rey de Sicilia por el papa Clemente IV, venció y dió muerte á Manfredo en la batalla de Benevento en 1266: y dos años despues derrotó é hizo prisionero á Conradino, jóven ya y de grandes esperanzas, en la batalla de Tagliacozzo junto al lago Celano. Este infeliz príncipe fue enviado al cadalso por su bárbaro vencedor, juntamente con su primo Federico de Baden, que se llamaba duque de Austria por el derecho de su madre. No quedó mas he-

redero de las venganzas y pretensiones de tan nobilísima familia, que Constanza, hija de Manfredo y esposa de Pedro, príncipe de Aragon: pero esta débil chispa, encubierta entre cenizas, bastó con el tiempo á levantar un terrible incendio que asoló muchos siglos la Italia, é introdujo por fin en ella el dominio de los españoles.

Á esta época debe referirse tambien la célebre confederacion de las ciudades *anseáticas*, llamadas así, ó de la voz teutónica *hansa*, que significa alianza, ó de la palabra *sée* que en los idiomas del norte significa mar. Las principales de estas ciudades eran Brema, Hamburgo, Lubec, Rostof, Gripswald, Stralsund en Alemania, Dantzick, en Prusia y Riga y Revel en Livonia. Eran ciudades libres, y su profesion el comercio marítimo, cuyas escalas fueron para el Atlántico y Mediterráneo Brujas, ciudad de Flandes, y para los paises del Oriente, Novogorod la grande, que recibia los géneros de Alemania por el golfo de Finlandia y el rio Volkof, y los de Constantinopla, Asia y Siberia, por los rios Volga y Nieper y el mar blanco. La confederacion anseática fundada al principio para sostener la independencia y el comercio de las ciudades marítimas, llegó á ser la potencia mas formidable del Báltico, é impuso leyes frecuentemente á los príncipes de Dinamarca y Suecia.

La estincion de la casa de Suevia desterró por muchos siglos de Italia á los alemanes:

pero dió orígen al engradecimiento de la dinastía de Habspurg ó de Austria, que á fuerza de prudencia y perseverancia restablecieron hasta cierto punto en Alemania el principio monárquico, y volvieron á hacer respetable el nombre de su nacion entre las potencias estrangeras.

Alemania y Francia se hallaron en una misma situacion política al fin de la dinastía de los carlovingios: pero en Francia era mas poderosa la autoridad de los señores feudales bajo los primeros reyes capetos, cuando en Alemania la gloria y poder de Oton el grande obligaba á los barones á la sumision. Mas los emperadores de las casas de Franconia y Suevia se empeñaron impolíticamente en ejercer en los negocios eclesiásticos y en toda Italia una autoridad absoluta; y este empeño degradó la autoridad imperial, no solo en Italia, sino tambien en la misma Alemania, centro de su verdadera fuerza. La adquisicion de Nápoles y Sicilia por el enlace de Enrique VI con una princesa normanda, parecia que debiera consolidar para siempre la dominacion de la casa de Suevia: y este enlace aceleró su ruina. Los papas, defensores natos de la libertad de la iglesia y de la independencia italiana, emplearon el grande influjo religioso y político que ejercian en todo el orbe cristiano, en luchar contra la prepotencia de los emperadores, y al fin dieron con ella en tierra. Así se esplica cómo la autoridad monárquica, mas fuerte en Alema-

nia que en Francia á fines del siglo X bajo la dinastía de Sajonia, era casi nula á fines del siglo XIII, es decir, en la misma época en que el poder de los monarcas franceses, que habian buscado su verdadera fuerza, no en un pais estrangero, sino en sus propios estados, tenia ya sometidos á todos los barones.

Esta degradacion del principio monárquico en Alemania produjo efectos muy funestos al imperio en sus relaciones con las otras potencias. Dinamarca se declaró libre del vasallage que pagaba á los emperadores por el ducado de Sleswig-Polonia y Ungría, no socorridas por el imperio en su terrible lid contra los tártaros, y no teniendo nada que temer de él, fueron reconocidas como potencias independientes. Solo las conquistas de los caballeros teutónicos en Prusia, Curlandia y Livonia sostenian en los paises estrangeros la gloria antigua del nombre aleman.

Pero la nacion germánica presentó en la época que hemos descrito, un fenómeno estraordinario, y acaso sin ejemplo. En otro tiempo, dividida en pequeñas tribus que estaban frecuentemente en guerra unas con otras, tuvo sin embargo bastante fuerza para resistir á la dominacion de la señora del mundo, y conservar sus barreras del Danubio y del Rin: y en la edad media, destrozada por las facciones guelfa y gibelina, humillada por Francia en la batalla de Bouvines, y atormentada por la anarquía feudal, conservó, á pesar de tantos

elementos deletéreos, no solo su independencia, sino tambien su union política. Es cierto que la dignidad imperial no era mas que un fantasma: pero servía á todos de estandarte. Electores, príncipes, prelados, ciudades imperiales y anseáticas, los caballeros teutónicos, en fin todas las autoridades políticas, que se formaron en aquella confusion, le seguian como un punto de reunion, despojado á la verdad de su poder físico, pero que conservó siempre su influencia moral; lo que bastó para que la nacion se mantuviese una y compacta.

Esta bandera pasó en Rodulfo de Habspurg á una dinastía, que saliendo de un castillejo de Suiza y de algunos pobres territorios de Alsacia, llegó á engrandecerse en Alemania lo bastante para restituir su dignidad al trono, y por sus hazañas, matrimonios, alianzas y hábil política hizo el cetro imperial hereditario *de hecho*, y lo ha conservado y conserva, á pesar de tantas y tan terribles tempestades como se han suscitado contra ella en el espacio de seis siglos.



TABLA CRONOLÓGICA

de la historia de Alemania hasta la elevacion de Rodulfo I al trono imperial.

Años del mundo.		Años antes de J. C.
3390	Invasion de Sigoveso en Germania y establecimiento de los boyos, pueblos de Galia, en Bohemia.	614
3892	Invasion de los cimbros y teutones en Galia, España é Italia. . . .	112
3946	Los suevos arrojados de Galia por Julio César.	58
3968	Victorias de Agripa contra los catos y alemanes.	36
3985	El procónsul Lolio es vencido por los sicambros.	19
3989	Victorias y espediciones de Druso en la Alemania septentrional. .	15

Años de J. C.	
2	Tiberio vence á los caucos y queruscos.
10	Batalla de Winfeld: defeccion de Arminio: derrota de las legiones de Varo.
15	Victorias de Germánico contra Arminio.

28 Independencia de los frisios.
69 Guerra de Civilis, gefe de los bátavos, contra los romanos.
84 Los marcomanos y cuados obligan al emperador Domiciano á pagarles tributo.
212 El emperador Caracalla es vencido por los alemanes.
251 Confederacion de los francos.
286 Piraterías de los francos y sajones. Sus guerras con los emperadores romanos desde Diocleciano hasta Teodosio el grande.
406 Invasion de los vándalos, suevos y borgoñones en Galia y España.
410 Faramundo, rey de los francos, se establece en la Germania inferior.
434 Clodion, rey de los francos, hijo de Faramundo, conquista la Galia Bélgica hasta el Soma.
451 Batalla de los campos catalaunicos, en que Merovéo, rey de los francos, fue auxiliar de los visigodos y romanos contra Atila.
476 Ruina del imperio de Occidente: invasion de los anglosajones en Britania, y de los esclavones en Alemania y Ungría.
481 Clodovéo, rey de los francos. Batallas de Soissons, Tolpiac y Vouglé. Fundacion de la monarquía francesa, es-

tendida entonces desde el Océano hasta el Elba.

511 Tierry, hijo de Clodovéo, rey de Austrasia. Vence á los dinamarqueses. Conquista la Turingia.

534 Teodoberto su hijo, rey de Austrasia. Auxilia á los ostrogodos contra Belisario y Nárses, y adquiere parte de la Liguria.

548 Teodobaldo su hijo, rey de Austrasia. Envía á Italia en socorro de los ostrogodos un ejército, que fue derrotado por Nárses en la batalla de Casilino.

555 Clotario I, rey de toda Francia, habiendo muerto Teodobaldo sin sucesion.

561 Sigeberto su hijo, rey de Austrasia: vence á los ávaros, y afirma su poder en Baviera. Es vencido y hecho prisionero por Bayano, Kan de los ávaros, que le dió libertad é hizo alianza con él. Hace guerra á su hermano Chilperico, rey de Soissons. Es asesinado. Invasion de los lombardos en Italia.

576 Childeberto, rey de Austrasia, hijo de Sigeberto. Vence á los lombardos. Adquiere el reino de Borgoña por muerte de su tio Gontran. Es vencido por Fredegunda, reina de Soissons en la batalla de Droisi. Muere envenenado.

596 Teodoberto II, rey de Austrasia, hijo de Childeberto. Vence, con el ausilio de su hermano Tierry, rey de Borgoña, á Clotario II, rey de Neustria, en la batalla de Dormelo. Su desavenencia con Tierry. Es vencido y degollado por su hermano.

613 Clotario II, rey de Neustria, hijo de Chilperico, estermina la familia de Sigeberto, y es rey de toda Francia. Suplicio de Brunequilde, muger de Sigeberto.

623 Dagoberto, hijo de Clotario II, rey de Austrasia. Pipino el antiguo, gobernador del palacio de Austrasia. Guerra con los sajones. Muerto Clotario, queda Dagoberto por rey de toda Francia.

632 Sigeberto II, rey de Austrasia, hijo de Dagoberto. Matanza de los búlgaros en Baviera. Victoria contra los esclavones. Los austrasios vencidos por los turingios.

654 Clodovéo II, hermano de Sigeberto, rey de toda Francia.

655 Childerico, su hijo, rey de Austrasia, y muerto su hermano Clotario III, de toda Francia.

673 Dagoberto II, hijo de Sigeberto II, último rey merovingio de Austrasia: vencido y muerto en la batalla de

Lángres peleando con Ebroino, gobernador del palacio de Neustria.

680 Independencia de los austrasios: nombran por su soberano, con título de duque, á Angesilo, yerno de Pipino el antiguo: sucédele su hijo Pipino de Heristal. Guerra con Neustria. Batalla del bosque Carbonario. Pipino, gobernador del palacio de Neustria. Vence á los frisios, alemanes y bávaros rebelados.

714 Arnaldo, nieto de Pípino, duque de Austrasia. Cárlos, hijo bastardo de Pipino, vence á los neustrios en la batalla de Vinci. Toma á Colonia, donde estaban su madrasta y sus hermanos.

717 Cárlos Martel es nombrado duque por los austrasios. Vence á los sajones y alemanes. Victoria de Poitiers contra los sarracenos. Cárlos Martel, dueño de toda Francia. Es nombrado por el papa cónsul y patricio de Roma.

741 Carlomano, hijo de Cárlos Martel, duque de Austrasia. Batalla del Lech, en que vence á los bávaros, sajones y alemanes San Bonifacio, apóstol de Alemania. Carlomano, monge en monte Casino.

745 Pipino, su hermano, duque de Austra-

sia, y primer rey de Francia de la familia Carlovingia. Vence á los sajones y alemanes. Pasa á Italia y obliga á los lombardos á ceder á Roma el exarcado y la Pentápolis.

768 Cárlos I, llamado Carlomano, rey de Austrasia y de Aquitania, y despues de toda Francia por muerte de su hermano, conquista la Lombardía, triunfa de los sajones, bávaros y esclavones en Alemania, de los sarracenos en España, y es coronado emperador de Occidente.

814 Luis I, el piadoso, hijo de Carlomagno, emperador. Depuesto por sus hijos y restituido dos veces.

840 Lotario I, emperador: es vencido en la batalla de Fontenay. Paz de Verdun.

843 Luis I, rey de Germania, hermano de Lotario. Este quedó emperador y rey de Lotaringia.

876 Carlomano, Luis y Cárlos el gordo, hijos de Luis el germánico, reyes de Baviera, Franconia y Alemania.

880 Cárlos el gordo, rey de Alemania é Italia, y despues de todo el imperio por muerte de sus hermanos.

887 Arnulfo, rey de Alemania, por deposicion de Cárlos el gordo. Favorece á Berengario I, rey de Italia.

900 Luis IV el niño, hijo de Arnulfo, rey

de Alemania. Invasion de los úngaros.
912 Conrado I, duque de Franconia, rey de Alemania.
919 Enrique I el pajarero, duque de Sajonia y primer príncipe de esta dinastía, rey de Alemania.
936 Oton I el grande, su hijo, rey de Alemania: pasa á Italia y recibe la corona imperial, reunida desde entonces á la teutónica. Vence á los úngaros. Batalla de Sleswig, en que triunfa de los daneses.
973 Oton II, el rojo, su hijo, emperador. Vence á los dinamarqueses: es vencido por los griegos de Pulla.
983 Oton III su hijo, emperador. Vence á los esclavones, y castiga á Crescencio tirano de Roma.
1001 Enrique II, el santo, biznieto de Enrique el pajarero, último emperador de la dinastía de Sajonia.
1024 Conrado II el sálico, primer emperador de la casa de Franconia. Vence á los polacos y úngaros,
1039 Enrique III el negro, su hijo, emperador. Guerra de Ungría: batalla de Javarin, en que venció á los úngaros.
1056 Enrique IV, su hijo. Guerra de las investiduras. Es depuesto por su hijo.
1106 Enrique V, emperador. Termina la guerra de las investiduras. Fue el último

emperador de la casa de Franconia.
1125 Lotario II, duque de Sajonia, emperador. Vence á los normandos.
1138 Conrado III, primer emperador de la casa de Suevia. Su desgraciada espedicion al Asia.
1152 Federico I Barbaroja, su sobrino. Guerra de Lombardía. Paz de venecia. Muere en su espedicion al Asia.
1190 Enrique VI, el severo, su hijo, emperador y rey de Nápoles y Sicilia por el derecho de su muger.
1198 Felipe de Suevia, su hermano, emperador: disputa el imperio con Oton de Brunswik. Es asesinado.
1208 Oton IV de Brunswick, emperador. Es vencido por Felipe Augusto, rey de Francia, en la batalla de Bouvines.
1214 Federico II, hijo de Enrique VI, emperador. Sus guerras contra la silla de Roma y los lombardos.
1250 Conrado IV, su hijo, último emperador de la casa de Suevia. Es vencido en Oppenheim por Guillermo de Olanda.
1254 Guillermo de Olanda, emperador. Perece en una batalla contra los frisios rebelados.
1256 Intercino grande. Batallas de Benevento y Tagliacozzo junto al lago Celano. Esterminio de la familia de Suevia. Elecciones inútiles de Ricardo, conde

de Cornwallis, y de Alonso el sabio, rey de Castilla.

1273 Eleccion de Rodulfo, conde de Habspurg, primer emperador de la casa de Austria.

Fin del tomo VI de la historia de Francia; IX de la moderna, y XVII de la obra.

INDICE

DE LOS

CAPITULOS COMPRENDIDOS EN ESTE TOMO.

HISTORIA DE FRANCIA.

Capitulo xxvi.

Capitulo xxvii.

CAPÍTULO ADICIONAL.

SECCION PRIMERA.

SECCION SEGUNDA.

SECCION TERCERA.


278
SEGUR
17
196

colorchecker CLASSIC

calibrite

mm